

Horacio **Pino Sanhueza**  
Marcela **Navarro González**

# NAGUAYÁN

50 AÑOS DEL CASO  
HORNOS DE LONQUÉN

**NAGUAYÁN**  
50 AÑOS DEL CASO  
HORNOS DE LONQUÉN



Proyecto financiado por el Fondo del Libro y la Lectura, Línea Fomento a la Industria, Modalidad Libro Único, convocatoria 2023.

## **NAGUAYÁN** **50 AÑOS DEL CASO HORNOS DE LONQUÉN**

© Horacio Pino Sanhueza  
© Marcela Navarro González

Primera edición: septiembre, 2023  
Inscripción n.º 2023-A-8931  
ISBN 978-956-6277-00-2

Retratos: Oscar Masías

Impreso en Santiago de Chile  
por Grupo Donnebaum



Licencia Creative Commons

Diseño, edición y diagramación  
Editorial ELOtroCuarto  
[www.elotrocuarto.cl](http://www.elotrocuarto.cl)

**NAGUAYÁN**  
50 AÑOS DEL CASO  
HORNOS DE LONQUÉN

Horacio Pino Sanhueza (inv.)  
Marcela Navarro González (inv.<sup>a</sup>)

Ediciones **ElOtroCuarto**

*A Purísima Elena Muñoz, Emilio Astudillo Rojas,  
y a todos los familiares de ejecutados políticos en los  
Hornos de Lonquén*

*Pero vino Caín y fue de noche.  
Cual fiera se lanzó contra su hermano.*

CANTATA DE LOS DERECHOS HUMANOS CAÍN Y ABEL  
**GRUPO ORTIGA**



## PRÓLOGO

### UNA DERROTA INDELEBLE

Al leer los testimonios que nos presenta este libro, *Naguayán: 50 años del caso Hornos de Lonquén*, se me vino a la memoria un verso del poema «Besos» de Gabriela Mistral: «Hay besos que se dan con la memoria», nos dice nuestra nobel poeta. Este libro está plagado de esos besos de amor incondicional de las familias de las víctimas de Lonquén, de sus esposas, hijos, hijas, nietas, amigos, amigas, y de quienes los conocieron en momentos trágicos para sus vidas. También del reconocimiento de aquellos que ayudaron a buscarlos y a encontrarlos. Nadie ha olvidado a las víctimas, nadie siguió viviendo como lo hacía antes del aciago 7 de octubre de 1973. Ni los familiares, ni los verdugos, ni los que ayudaron a buscarlos.

Reconozco que me ha costado leer estos testimonios sin trasladar mi memoria a tantos recuerdos. Es inevitable no emocionarme al imaginar a Elena esperando a que llegara tan solo uno de sus hijos y le dijera dónde estaba el resto, o a Hilda que dejaba el ventanal entreabierto para que Sergio Miguel tuviera cómo entrar a la casa. Vi a la señora María de niña comiendo a destajo las moras junto a los pequeños

Óscar Nibaldo y Nelson Hernández. Escuché el llanto desgarrador de Rosario al enterarse que una vez más los suyos no aparecían por ningún lado. Se puede palpar la bicicleta de Manuel por los rincones de Isla de Maipo, meneando en la plaza su pelo largo, y sus pantalones con patas de elefante al ritmo de Sandro, y cómo su tío anestesiaba el dolor de la tortura recordándolo. Oí a Emilio con sus apasionados e improvisados discursos, y sentí el sufrimiento, el cansancio y el hambre de esas mujeres gigantes e incansables que dejaron los pies en la calle buscando a los suyos.

Los momentos en que conviví estrechamente con los familiares desde principios de diciembre de 1978 y por muchos años más, los llevo guardados en mí como un enorme tesoro. Ellos motivaron nuestro compromiso para que la verdad fuera descubierta, y los autores de crímenes de lesa humanidad pagaran con cárcel. Estas familias nos hicieron mejores personas a quienes trabajábamos en la Vicaría de la Solidaridad, y a quienes, en silencio, ayudaron a rescatar a estas y a otras víctimas del olvido y de la impunidad. Sin estas familias y su descendencia no seríamos lo que somos hoy.

Los hechos que se relatan en este libro constituyen una derrota indeleble para la dictadura y los civiles que les ayudaron en su política de exterminio. Hablar y registrar estas historias, que constituyen una verdad ineludible, es una tarea muy importante. Y es que no basta con pregonar las palabras «no olvidar», «justicia» y «reparación», sino que hay que hacerlas carne, visibles y notorias, y trabajos como estos aportan a este cometido.

Agradecer el hermoso y necesario trabajo de un grupo de jóvenes profesionales que toman la posta del «No olvido»: Horacio Pino Sanhueza y Marcela Navarro González, escritores e investigadores; Óscar Pérez Masías, fotógrafo; Daniel Viscarra Aranda, editor; y Roberto Morales Rodríguez, diagra-

mador y diseñador gráfico. A medio siglo de estos horribles acontecimientos, ellos han tomado este desafío por amor a la verdad, por respeto a la vida, por amor a las familias y a sus historias más profundas. Estos jóvenes se han dedicado a sembrar una semilla más en el gran prado del «Nunca más» sobre el cual debe regirse nuestra sociedad.

Agradezco el privilegio de prologar este libro y la confianza que sus autores me han entregado.

**Héctor Contreras Alday**

*Abogado de la Vicaría de la Solidaridad (1976-1991)*

## INTRODUCCIÓN

### **VINIERON POR ELLOS UNA NOCHE DE PRIMAVERA EN EL FUNDO NAGUAYÁN**

Naguayán es un fundo de la comuna de Isla de Maipo, ubicado en la zona surponiente de la Región Metropolitana de Chile. En 1973, once personas fueron sacadas a la fuerza por Carabineros desde sus casas ubicadas en este lugar, y otros cuatro jóvenes detenidos en la plaza de armas. Cinco años después serían encontrados muertos en el cerro de Lonquén, ocultos en unos antiguos hornos de cal. Este libro busca recopilar información de primera fuente de los hechos acontecidos que se enmarcan en este histórico e importante caso, llegando a entrevistar a veintidós personas, entre familiares e involucrados, con el fin de plantear un panorama extenso y general de lo que ocurrió, dejando un registro para las nuevas generaciones, aportando a la memoria, a la no repetición de estos brutales crímenes de lesa humanidad. Invitamos al lector a asomarse, a través de estas historias, por la rendija profunda y sincera del drama familiar que significa el caso Hornos de Lonquén.

Nos remontamos a mayo de 1974. Según antecedentes recopilados en Memoria Chilena, lugareños del sector Cues-

ta Chada, en las cercanías de Paine, encontraron una pila de restos humanos. Sus ropas fueron reconocidas por familiares de campesinos que habían desaparecido luego de ser detenidos entre septiembre y octubre de 1973. Carabineros y el Instituto Médico Legal se hicieron presentes en la escena. Previamente, el Comité Pro Paz, organismo que, más tarde, se convertiría en la Vicaría de la Solidaridad, había recibido un llamado anónimo sobre la noticia. Sin embargo, al presentarse en el lugar del hallazgo, se dieron cuenta de que las instituciones antes mencionadas se les habían adelantado y ya habían retirado los cadáveres para someterlos a pericias. Tuvieron que pasar dieciséis años para que al fin pudieran ser reconocidos y entregados a sus familiares. Mientras tanto, estuvieron almacenados y ocultos en el Servicio Médico Legal.

Cuatro años después de estos hechos, en noviembre de 1978, se presenta en los pasillos de la Vicaría —ubicada a un costado de la Catedral de Santiago, en plena Plaza de Armas— un llamativo hombre con un cucalón en la cabeza, largas botas y vestimentas que denotaban una suerte de explorador o cazador. Solicitó hablar con la directiva del organismo, asegurando que tenía algo muy importante que decirles. Inocencio de los Ángeles Palominos era su nombre, oriundo de Valdivia de Paine. Contó que recorría los cerros de ese sector en busca de su hijo, al cual nunca más volvió a ver luego de ser detenido, pues se rumoreaba que la dictadura se había desecho de los cuerpos de muchos detenidos en esas cuevas y remotos lugares de la Región Metropolitana.

Lo atendió el sacerdote Gonzalo Aguirre, quien escuchó atentamente lo que el hombre tenía que decirle. Paseando por las cercanías de Talagante, en el cerro de Lonquén, había dado con unas minas de cal abandonadas, compuesta por dos torres de piedra caliza. Al escarbar por la parte inferior, vio cómo caían, desde una suerte de parrilla interior, harapos

y osamentas humanas. El sacerdote tomó la denuncia y la facilitó inmediatamente a la directiva.

El 30 de noviembre de 1978, en Plaza de Armas 444, se llevó a cabo una reunión con la presencia del Vicario Episcopal de la Solidaridad, Cristián Precht Bañados; Enrique Alvear Urrutia, Obispo Auxiliar de Santiago; Máximo Pacheco Gómez, Vicepresidente de la Comisión Chilena de Derechos Humanos; Javier Egaña Barahona, Secretario Ejecutivo de la Vicaría de la Solidaridad; Alejandro González Poblete, Jefe del Departamento Jurídico de la Vicaría; Jaime Martínez Williams, Director de la revista *Qué Pasa*; Abraham Santibáñez Martínez, Subdirector de la revista *Hoy*; y los sacerdotes Luis Aguirre Ode, Rafael Hernández Berríos y Pablo Sahli Illanes. Se reunieron con el objetivo de informar a los asistentes sobre la existencia de restos humanos enterrados en Lonquén, un lugar rural próximo a Santiago. Ante la gravedad de los hechos, el Cardenal Raúl Silva Henríquez planteó la necesidad de conformar una comisión integrada por personas dignas de crédito, que pudiese corroborar la veracidad de la información antes de formalizar la denuncia. El encuentro comenzó con la voz de Cristián Precht diciéndoles que lo que iban a saber debía quedar en la más completa de las confidencialidades, ya que no querían volver a pasar por otra «Cuesta Chada».

Ese mismo día por la tarde, la comisión se dirigió a la localidad de Lonquén y constató que en los faldeos de los cerros del asentamiento «El Triunfador», al interior de dos antiguos y grandes hornos de piedra, antes usados para tratamiento de minerales, de unos ocho metros de altura y cuatro de diámetro, yacían, efectivamente, varias osamentas humanas. El interior de los hornos tenía forma de cono, con un diámetro de 3,5 metros en la parte superior y de 2,5 metros en la parte inferior. Uno de ellos estaba cubierto por tierra, cemento, pie-

dras superpuestas y fierros cruzados. Bajo estas capas había una gran parrilla de metal. Fue ahí donde se escarbó y comenzaron a caer los restos humanos: un cráneo que tenía adherido un trozo de cuero cabelludo, liso y de color negro, un fémur, trozos de telas y piedras impregnadas de una materia aceitosa, algunas de las cuales tenían adheridas materias orgánicas, y cabellos humanos, sumado a emanaciones de mal olor (Pacheco, pp. 8–9).

El 1 de diciembre de 1978, se presentó una denuncia formal ante el presidente de la Excelentísima Corte Suprema, lo cual dio inicio a un largo proceso investigativo que permitió clarificar, en un comienzo, que se trataba de quince individuos adultos, todos de sexo masculino, fallecidos desde hace uno u ocho años desde el momento del hallazgo. Posteriormente, comenzaría el trabajo de verificación de sus identidades. La Vicaría de la Solidaridad empezó a citar personas que ya habían hecho denuncias por desaparición forzada, solicitando fotografías, vestimentas, cualquier elemento que ayudara a clarificar sus nombres. Luego de diversas pericias, en donde el lente del fotógrafo Luis Navarro fue clave, se logró determinar que todos eran hombres de la localidad de Isla de Maipo, principalmente trabajadores agrícolas del fundo Naguayán, propiedad de José Celsi Perrot:

1. **Enrique René Astudillo Álvarez.** Nacido el 11 de abril de 1922 (51 años).
2. **Omar Enrique Astudillo Rojas.** Nacido el 27 de noviembre de 1953 (19 años).
3. **Ramón Osvaldo Astudillo Rojas.** Nacido el 27 de agosto de 1946 (27 años).
4. **Sergio Adrián Maureira Lillo.** Nacido el 22 de abril de 1927 (46 años).

5. **José Manuel Maureira Muñoz.** Nacido el 7 de agosto de 1947 (26 años).
6. **Rodolfo Antonio Maureira Muñoz.** Nacido el 19 de febrero de 1951 (22 años).
7. **Segundo Armando Maureira Muñoz.** Nacido el 19 de mayo de 1949 (24 años).
8. **Sergio Miguel Maureira Muñoz.** Nacido el 30 de octubre de 1945 (27 años).
9. **Carlos Segundo Hernández Flores.** Nacido el 24 de septiembre de 1934 (39 años).
10. **Nelson Hernández Flores.** Nacido el 06 de marzo de 1941 (32 años).
11. **Óscar Nibaldo Hernández Flores.** Nacido el 17 de mayo de 1943 (30 años).
12. **Manuel Jesús Navarro Salinas.** Nacido el 8 de diciembre de 1952 (20 años).
13. **Miguel Ángel Arturo Brant Bustamante.** Nacido el 6 de junio de 1954 (19 años).
14. **Iván Gerardo Ordóñez Lama.** Nacido el 5 de octubre de 1956 (17 años).
15. **José Manuel Herrera Villegas.** Nacido el 15 de abril de 1956 (17 años).

Una vez determinadas las identidades, comenzó la investigación sobre los hechos acaecidos que dieron como resultado este macabro desenlace. Algunas de las principales declaraciones de los familiares y otras personas asociadas al caso se encuentran en el libro *Lonquén* de Máximo Pacheco, cuyos registros son esenciales para comprender los acontecimientos. Según estos, Carabineros de Chile de la Tenencia de Isla de Maipo había detenido a estas quince personas el 7 de octubre de 1973, presentándose en los domicilios de once de ellos en diversos vehículos, dentro de los cuales testigos

identificaron que algunos eran propiedad del dueño del fundo, José Celsi; de un vecino llamado Sergio de Martino; y del sacerdote del pueblo, Ignacio Bermeosolo Beltrán. Al respecto, el 23 de mayo de 1979, don José Mario Celsi Perrot declaró que:

Es efectivo que algunas de las personas que aparecen como desaparecidas, y que presuntamente se habían encontrado sus restos en una mina de Lonquén, se desempeñaban como trabajadores en el fundo Naguayán, del cual soy uno de los dueños. Es efectivo que eran trabajadores los Hernández, Astudillo y Maureira, pero no recuerdo cuántos ni quiénes. Esta información más detallada la puede dar al tribunal el administrador del fundo, don Maximiliano Genskowski. De algunas de estas personas puedo informar que Sergio Maureira Lillo, pertenecía a un partido de la Unidad Popular, ignoro cuál, y periódicamente recibía visitas de políticos de Santiago. Nelson Hernández, que también se desempeñaba en el fundo, era dirigente sindical e influía en la gente para moverla políticamente. Enrique Astudillo, padre, era comunista y también actuaba agitando a la gente. De los demás no tengo antecedentes de sus actividades políticas.

A su pregunta, efectivamente Carabineros de Isla de Maipo me solicitó una camioneta de mi propiedad marca Ford, modelo 1970, color blanca, la cual entregué el mismo 11 de septiembre de 1973, y me fue devuelta unos seis o siete meses más tarde.

Tuve noción de la detención de mis trabajadores al día siguiente, seguramente por el administrador de mi fundo. No realicé ninguna denuncia a Carabineros ni ante otra autoridad para saber del paradero de dichas personas (Pacheco, pp. 249-250).

Según testimonios de familiares y campesinos, el teniente Lautaro Castro, junto con otros carabineros, habían rondado los diversos fundos de la zona consultándole a los dueños y administradores quiénes eran los trabajadores conflictivos. En este punto, tanto Celsi como Genskowski mencionaron a los dirigentes Maureira, Astudillo y Hernández como personas agitadoras que ponían a los trabajadores en contra del patrón. Al respecto, declaró el 23 de mayo de 1979 el señor Germán Maximiliano Genskowski Inostroza:

Conozco a las familias Maureira, Astudillo y Hernández, puesto que la mayoría de sus integrantes trabajan en el fundo Naguayán, lugar en donde me desempeñé como administrador desde 1964. En cuanto a la presunta detención de Sergio Maureira Lillo y cuatro de sus hijos, como a las de Enrique Astudillo Álvarez y dos de sus hijos, y a los tres hermanos Hernández Flores, puedo manifestar que tuve conocimientos de ellas solo días después de que ocurriera, toda vez que algunos de los que se mencionan como desaparecidos, tales como José Manuel Maureira Muñoz, Sergio Miguel Maureira Muñoz, Carlos Segundo Hernández Flores, y Ramón Astudillo Rojas, no trabajaban en el fundo. En cuanto a Omar Astudillo Rojas, me asiste la duda de si trabajaba o no en la viña. En cuanto a Segundo Armando y Rodolfo Maureira Muñoz, Nelson y Óscar Nibaldo Hernández Flores, y Enrique Astudillo Álvarez, tenía poco contacto con ellos.

A su pregunta, puedo señalar que tanto Enrique Astudillo Álvarez, Sergio Maureira Lillo y Nelson Hernández Flores, eran personas conflictivas, que creaban diversos problemas de carácter laborales. Puedo señalar además que estas tres personas eran de conocida militancia política, pertenecientes a partidos de la antigua Unidad Popular. Debo manifestar en relación con lo mismo, que en una ocasión y a raíz de que se comentaba que estaban realizando reuniones clandestinas

en la zona, un funcionario de Carabineros me consultó en mi casa de qué se podían tratar y qué personas participaban en ellas, a lo cual le señalé a las tres personas anteriormente indicadas. Esto fue con posterioridad del 11 de septiembre y anterioridad de la fecha de detención de estas personas. (...) es efectivo que los funcionarios de Carabineros solicitaron que les facilitara algunos vehículos para movilizarse, facilitándoles una camioneta Ford de color blanco de don José Celsi. Lo mismo hizo un vecino llamado Sergio de Martino, quien prestó una camioneta Chevrolet, no recuerdo su color. Otro tanto hizo el padre Ignacio (Pacheco, pp. 250–252).

Tanto familiares como testigos, además de la declaración de Maximiliano, indican que al momento de la detención también había un vehículo cedido por el párroco de la comuna Ignacio Bermeosolo Beltrán, quien testimonió el 23 de mayo de 1979:

Me desempeñé como cura párroco de Isla de Maipo desde 1971, y en esa misma calidad en la parroquia de Lonquén desde el año 1975.

A su pregunta, efectivamente escuché que se habrían detenido a algunas personas por Carabineros de Isla de Maipo. Tengo antecedentes de que los desaparecidos Maureira, Hernández y Astudillo, habían tenido activa participación y diferentes hechos políticos durante el Gobierno de la Unidad Popular, especialmente en toma de predios y agitación en general en los medios sindicales. Puedo agregar asimismo que tuve conocimiento por diferentes medios que dichas personas estaban efectuando reuniones clandestinas con posterioridad al 11 de septiembre de 1973, en un lugar ubicado al final de Avenida El Rosario, cerca del río denominado «La casa de piedra», hecho que me fue confirmado por funcionarios de Carabineros en una conversación sostenida por ellos.

A su pregunta, en cuanto a los cuatro jóvenes presumiblemente detenidos en plaza de Isla de Maipo, tuve conocimiento de este hecho por diferentes conductos. Carabineros se movilizaba en un camión con ocasión de haber sido insultados por los detenidos. Desconozco si estos jóvenes Brant, Ordóñez y Navarro tenían actividades políticas antes y después del 11 de septiembre de 1973. Sí puedo agregar que se me informó que Ordóñez andaba en malos pasos, de carácter delictual.

Expongo, por fuentes bien fundadas y comprobables, que hubo un vehículo, una renoleta verde oscuro, que llegó en tres o cuatro oportunidades hasta las cercanías de la mina de Lonquén, quedando oculta en un recodo del camino. Sus ocupantes, premunidos de linternas por ir siempre de noche, ascendían hacia el cerro como cazadores y luego bajaban hasta los hornos. Esto me lo confidenció un muchacho que trabaja en la parroquia, quien a su vez se lo oyó a un anciano que vive como cuidador cerca de los hornos.

Quiero agregar que, en fecha cercana al 11 de septiembre de 1973, Carabineros de la tenencia de Isla de Maipo se trasladaban diariamente por dos o tres horas, en las tardes y al anochecer, a los cerros cercanos en busca de extremistas cuya presencia habría sido informada en dicha unidad. En tanto cumplían esos patrullajes, quedaba la Tenencia custodiada por algunos civiles de la Isla. En cuanto a que estos vestían uniformes, no me consta y pienso que son rumores infundados (Pacheco, pp. 246-248).

Queda en evidencia que tanto el poder del latifundio como el religioso, representados por los testimonios que recoge Pacheco, aportan a generar un ambiente propicio para las detenciones, buscando justificar el proceder de Carabineros, direccionando las identidades que serían luego detenidas y violentadas. Sin perjuicio de lo anterior, según testimonios

referidos en este trabajo, las familias Hernández, Maureira y Astudillo, no eran de las más reconocidas ni tenían importantes cargos dirigenciales y sindicales; más bien, el nombramiento de los ejecutados respondía a rencillas personales con Celsi y Genskowski, dueño y administrador del fundo Naguayán. Una situación similar ocurre con los cuatro jóvenes que se encontraban en plaza de armas: Manuel, José, Iván y Miguel Ángel, que fueron detenidos de forma arbitraria y, según testimonios, por líos personales entre un carabiniero y Manuel Navarro. Ellos no significaban peligro alguno para la comunidad; pero fueron testigos de algo que, bajo ninguna circunstancia, debía resistir testimonio alguno. No había otra salida que el forzado silencio, aunque esto significara exterminar a personas muy jóvenes.

Existía temor por parte del poder económico, no solo de Isla de Maipo, sino que de diversos lugares de Chile, en donde acontecimientos como los de Lonquén se repiten casi de manera exacta, con la complicidad y participación de civiles, empresarios y Carabineros, como en Paine, San Bernardo, Laja-San Rosendo, entre otros. Básicamente, se cuenta con la participación del brazo armado del Estado para arremeter en contra de campesinos y trabajadores asociados con la Reforma Agraria y la Unidad Popular, junto a civiles que prestaban apoyo a Carabineros, en muchos casos vistiéndose como ellos. Una suerte de venganza se desata en los campos chilenos en contra de los que buscaban la repartición de tierras abandonadas, no trabajadas o mal explotadas, para que los peones y sus familias pudieran vivir y generar trabajos bajo una lógica comunitaria, no vertical ni jerárquica: «la tierra para quien la trabaja». Otro tipo de cuestiones que molestaban al poder establecido era que dirigentes como Nelson Hernández, Enrique Astudillo y Sergio Maureira, pidieran mejoras humanas como la repartición justa de las cosechas,

menos horas de trabajo al día, una escuela, atención médica, cosas básicas para vivir dignamente. Para el patronazgo, en cambio, era imperioso «proceder con energía», como menciona el teniente Lautaro Castro, de manera tal que el mensaje se escuchara fuerte y claro: si hubiera nuevos alzamientos del campesinado hacia los patrones, las consecuencias serían fatales no solo para ellos, sino que además para toda su familia. El castigo debía ser ejemplificador.

Según antecedentes judiciales de la época, por resolución de la Justicia Militar, el 2 de julio de 1979, se encargó reo y se sometió a proceso al capitán Lautaro Eugenio Castro Mendoza (teniente en 1973, que luego de estos hechos fue ascendido a capitán) y a otros siete carabineros en calidad de «autores del delito de violencias innecesarias, causando la muerte de las personas mencionadas». No obstante, por sentencia del 16 de agosto de 1979, pronunciada por el Juez Militar, General de Brigada don Enrique Morel Donoso, se sobreseyó total y definitivamente a favor de los carabineros, en mérito de lo dispuesto por el Decreto de Ley 2191 de 1978, que legisló sobre amnistía a todas las personas que, en calidad de autores, cómplices o encubridores de actos delictuosos entre el 11 de septiembre de 1973 y el 10 de marzo de 1978, siendo este caso el primero en donde se aplica (Pacheco, p. 10).

Según las primeras declaraciones del teniente Castro, que luego repitieron casi literalmente todos los carabineros involucrados, se indica que:

Por informes recogidos de diversas fuentes, se supo que una familia de nombre Maureira constituía un peligro para la seguridad pública en esos momentos, por cuanto los antecedentes que yo tenía era de que varios de sus miembros, muy vinculados a los intereses del gobierno anterior, eran per-

sonas cuyas actividades podían calificarse de activistas que planificaban un ataque a nuestro cuartel. Di orden de que se procediera a su detención, y personal a mi cargo se constituyó en el lugar donde ellos vivían, siendo arrestados varios miembros de esa familia y de otras igual de peligrosas, entre ellos de apellido Hernández y de otra que no me recuerdo, hasta completar el total de once personas. Acompañé al piquete y para dilucidar quiénes iban a ser detenidos, me basé principalmente en una nómina hallada en la casa de uno de los Maureira, que adjuntaba un plano de nuestro cuartel en donde aparecían detalles de su ubicación, de las calles adyacentes y de las dependencias internas, lo que proyectaba que se haría un ataque a la unidad. Dadas las circunstancias procedimos con energía, y en un camión municipal y otra camioneta particular estos sujetos fueron trasladados al cuartel. Se procedió a interrogarlos, y logramos corroborar su peligrosidad, confirmando la idea de asalto al cuartel. Además, quedó de manifiesto que todos ellos habían recibido instrucción paramilitar en distintas partes, regiones rurales y a distintas horas. El instructor habría sido un tal Pepe, de quien no nos otorgaron mayores antecedentes. Las detenciones fueron ocurridas en horas de la noche y, finalizados los interrogatorios, dispuse a que fueran remitidos al Estadio Nacional. Sin embargo, en el último momento uno de los detenidos pidió hablar conmigo en privado, comentándome que había armas ocultas en una mina abandonada. Fuimos con ellos primeramente a pesquisar la ubicación de las armas a las minas de Naltagua, resultando infructuoso porque nada había allí. Nos dirigimos a las minas abandonadas en Lonquén, que consideramos podía ser la otra opción. Todo ello porque el informante solo sabía que las armas estaban en unas minas del sector, sin tener conocimiento de cuáles específicamente. Nos aproximamos lo más posible, y cuando el camino se hizo dificultoso hicimos descender a los detenidos, y marchando junto a ellos a pie nos dirigimos al sector de los hornos. No-

sotros éramos ocho y los detenidos once. Otros dos hombres de mi tenencia quedaron custodiando los vehículos algo más abajo. A poco andar en medio de la obscuridad, fuimos objeto de un repentino ataque con armas de fuego, que provenía de distintas partes de las alturas próximas, centralizado en dos focos, uno frente a nosotros y otro hacia nuestro lado derecho. Quizás nos localizaron por las linternas que llevábamos y que de trecho en trecho prendíamos buscando el sendero. En esa situación mandé a hacer alto a los detenidos e inmediatamente ordené al personal que se defendiera y repeliera el ataque. No puedo detallar el desarrollo del suceso, porque como digo estaba obscuro, pero hubo un nutrido cambio de disparos, unos diez a quince minutos. Una vez que cesó el ataque, permanecemos quietos y por nuestra parte también cesó el fuego. A continuación, llamé a la tropa para reorganizarnos, iniciándose algunos minutos después la búsqueda de los detenidos, pensando que se habían escapado. Los cuerpos de todos ellos estaban dispersos en un sector de un radio de unos cincuenta metros y hacia delante de nosotros. Comprobamos que todos estaban muertos, no sabría precisar si a causa de nuestros disparos o de los proyectiles que procedían de nuestros atacantes. Después de meditarlo y consultarlo con el sargento Sagredo, que me seguía en rango, resolví y a modo de evitar represalias a nuestro cuartel, incluso a nuestras familias, ocultar los cuerpos de estas personas en una de las chimeneas de los hornos abandonados que allí mismo había. Fueron echados al interior los cuerpos, y ordené que se lanzara sobre ellos tierra y escombros que había en los alrededores. No hubo necesidad de hacer ninguna otra operación, porque la garganta de la chimenea que se abre hasta el cenicero estaba ya clausurada o sellada con tierra.

Las personas que murieron en este suceso ya relatado fueron once, y no tengo conocimiento de que además hayan perecido otros sujetos. En el tiroteo no hubo heridos por parte del personal a mi cargo, tan solo lesiones de menor im-

portancia, cortes o erosiones por el hecho de arrastrarse u ocultarse en un terreno abrupto.

Me sorprendí al enterarme por la prensa que se atribuyen más de once cadáveres en dichos hornos. No conocía a los menores que supuestamente murieron ese día. En verdad solo recuerdo a un señor de apellido Navarro que tiene un taller de bicicletas en Isla de Maipo. Es todo cuanto puedo decir (Pacheco, pp. 104–108).

Una suerte de manual es este testimonio, ya que dirige las declaraciones de todos los otros uniformados, casi con las mismas palabras. En conversaciones con Carlos Maureira, hijo, sobrino y nieto de los Maureira que fueron arrojados a los hornos, genera un símil entre este caso y el de Camilo Catrillanca, comunero mapuche asesinado con una bala en la nuca en noviembre del 2018. «Si te fijas», me comenta, «en el caso de Camilo se siguió una historia que todos los uniformados repetían de la misma forma, y era que unas profesoras habían sido víctimas del robo de sus vehículos, generando una persecución e intercambio de balas entre policías y ladrones, dando muerte en este contexto al comunero». Con el tiempo toda esta narración se cayó: nunca existieron los autos ni el intercambio de municiones. Todo era mentira, un montaje. La misma situación ocurre en 1973 a través de la versión del teniente Castro: no había armas en los hornos, nunca existió el fuego cruzado con estos hombres ocultos. Se trataba de otro montaje y hoy la historia se repite con casos como el de Catrillanca.

La resolución del Ministro en visita de este caso, don Adolfo Bañados Cuadra, se declara incompetente para proseguir con la causa, argumentando que la versión que ofrece el capitán Castro y sus subordinados, se contrapone en múl-

tiples aspectos y detalles, en particular en lo que concierne al número de las víctimas, resultando intrínsecamente inverosímil imaginar que en el supuesto enfrentamiento ocurrido en medio de la oscuridad, los proyectiles contrarios hayan alcanzado tan solo a los detenidos y no a los funcionarios policiales que se encontraban prácticamente junto a ellos, y que los impactos hayan sido tan certeros que uniformemente causarían la muerte instantánea de las víctimas, sin dejar rastros o huellas en otra parte (Pacheco pp. 228–229).

Finalmente, el caso es derivado a la Justicia Militar, siendo el primer proceso de uniformados amnistiados involucrados en casos de crímenes de lesa humanidad, quedando todos ellos libres. No solo por este antecedente el caso Hornos de Lonquén tiene un sentido histórico trascendental. Refiere un punto de inflexión crucial, un antes y un después, pues hasta ese entonces las denuncias sobre detenidos desaparecidos habían sido descalificadas oficialmente por la dictadura, tanto en Chile como en encuentros internacionales. En 1975, el embajador chileno ante la ONU, Sergio Diez, había puesto en duda la existencia de personas cuyas detenciones y desapariciones habrían sido efectuadas por servicios de seguridad del país, entregando un listado en el cual aparecían ocho nombres de desaparecidos de Isla de Maipo. Sergio Maureira aparecía como una identidad ficticia (es decir, no tenía existencia legal) y los otros siete supuestamente habían sido encontrados en el Servicio Médico Legal. Con el hallazgo se cae el montaje del régimen, develando que los detenidos no estaban en otros países o escondidos en algún lugar dentro de Chile, sino que la mayoría de estos habían sido asesinados y abandonados en cementerios clandestinos a lo largo de todo el país. De este modo, se da inicio a la *Operación Retiro de Televisores*, mandatada por el dictador Augusto Pinochet

Ugarte, que consistía en sacar los restos de osamentas ocultos en cuestras, cerros y otros lugares, y hacerlos desaparecer en sitios donde efectivamente nunca fueran hallados. Otro caso Hornos de Lonquén era insostenible.

Las familias no dejarían de sufrir, puesto que en septiembre de 1979, a casi un año del hallazgo, recién fueron notificadas de que se les devolverían los restos de sus deudos, y se dieron cita el 14 de ese mes en la iglesia y convento de la Recoleta Franciscana, donde serían velados y luego enterrados en el Cementerio General. El desgarrador llanto se dejó escuchar por los rincones de aquel edificio con más de cuatro mil personas adentro cuando fueron avisados de que no serían devueltos, porque personal policial habría ido a arrojarlos a la fosa común de Isla de Maipo, lo cual sumaría a esta historia un hecho de una crueldad inimaginable.

Tuvieron que pasar más de cuarenta años para que los familiares encontraran un poco de justicia. La Excelentísima Corte Suprema, a través de la ministra en visita extraordinaria, la señora Marianela Cifuentes Alarcón, por sentencia del 9 de septiembre de 2016, condenó a Marcelo Castro Mendoza (Lautaro, que luego cambió su nombre a Marcelo), David Coliqueo Fuentealba, Juan Romo Peralta, Héctor Sagredo Aravena, Jacinto Torres González y Juan José Villegas Navarro, a la pena de veinte años de presidio mayor en su grado máximo para el primero, y quince años de presidio mayor en su grado medio a los restantes, como autores de secuestro calificado y homicidio a los quince isleños. La misma sentencia condenó a Pablo Ñancupil Raguileo como autor de los delitos de secuestro simple, a quince penas de sesenta y un días de presidio menor en su grado mínimo, en su calidad de conductor del vehículo. La parte civil acogió la demanda en contra del Fisco de Chile, debiendo pagar sumas de dinero a las familias

por concepto de daño moral. De igual manera, la sentencia determinó los hechos acontecidos el 7 de octubre de 1973, desestimando las primeras declaraciones de Carabineros. Cabe destacar que, en este último juicio, algunos de los abogados esgrimieron como argumentos que sus defendidos no habían causado daño físico a los detenidos, y que estos perecieron a causa de proyectiles emanados desde el cerro; es decir, siguieron la misma línea del juicio de 1979, en pleno 2016, y con todos los antecedentes conocidos en esta época.

Quedó dilucidado en la sentencia del 2016 por la Excelentísima Corte Suprema que los hechos fueron:

1. El día 7 de octubre de 1973, en circunstancias en que los jóvenes Miguel Ángel Brant Bustamante, José Manuel Herrera Villegas, Manuel Jesús Navarro Salinas e Iván Gerardo Ordóñez Lama, se encontraban en plaza de Isla de Maipo y fueron detenidos, sin derecho, por funcionarios de Carabineros, y posteriormente trasladados a la Tenencia de dicha comuna.
2. Que ese mismo día, después de las 22:00 horas, los funcionarios llegaron a la casa de Sergio Adrián Maureira Lillo, al interior del fundo Naguayán, calle Ballica, lo detuvieron sin derecho y lo subieron a una camioneta.
3. Que momentos después, los mismos funcionarios de Carabineros se dirigieron al inmueble de la calle Ballica 12, al interior del mismo fundo, lugar en que detuvieron sin derecho a Carlos Segundo Hernández Flores, Nelson Hernández Flores, Óscar Nibaldo Hernández Flores e Ignacio del Carmen Vergara Guajardo (este último fue liberado antes de llegar a la Tenencia), a quienes subieron a la citada camioneta.

4. Que luego los funcionarios policiales se dirigieron hacia los inmuebles de los hermanos Rodolfo Antonio Maureira Muñoz y Sergio Miguel Maureira Muñoz, domiciliados en calle Álvarez, y los detuvieron sin derecho en presencia de sus respectivas cónyuges, Elisea del Carmen Navarrete Sepúlveda e Hilda María Sepúlveda Garrido. Luego los trasladaron en el referido vehículo a la Tenencia.
5. Que media hora después, los mismos funcionarios regresaron a la casa de la familia Maureira, y detuvieron sin derecho a José Manuel Maureira Muñoz y a Segundo Armando Maureira Muñoz, a quienes trasladaron a la comisaría.
6. Que esa misma noche detuvieron sin derecho a Enrique Astudillo Álvarez, y a sus hijos Omar Astudillo Rojas y Ramón Astudillo Rojas, en su casa ubicada en Avenida El Rosario 694, al interior del mismo fundo.
7. Que una vez en la unidad policial, los detenidos fueron encerrados, interrogados y sometidos a apremios físicos.
8. Que en horas de la madrugada los detenidos fueron atados de manos, vendados los ojos, sacados de la unidad policial en un camión, y llevados hasta la localidad de Lonquén, a unos metros de los hornos de cal, y el piquete de funcionarios de Carabineros de la Tenencia de Isla de Maipo, al mando del teniente Lautaro Eugenio Castro Mendoza, les disparó a algunos y golpeó a otros, causándoles la muerte, para luego arrojar sus cuerpos al interior de los hornos, a fin de ocultarlos.
9. Que el día 30 de noviembre de 1978 por la mañana, en las oficinas de la Vicaría de la Solidaridad, ubicada en Plaza de Armas 444 de la comuna de Santiago, se llevó a cabo una reunión convocada por el Vicario Episcopal de la Solidaridad, Cristián Precht Bañados, con el objeto de crear un comité de personas dignas de credibilidad, para generar

una denuncia formal del hallazgo de restos óseos en la localidad de Lonquén.

10. Que ese mismo día, en horas de la tarde, las personas del comité se dirigieron en automóviles al lugar de los hechos, constatando la presencia de osamentas humanas.
11. Que en razón de lo anterior, el día 1 de diciembre de 1978 se presentó una denuncia formal a la Excelentísima Corte Suprema, dándose inicio a un largo proceso de investigación que constató que los individuos eran quince.
12. Que sus restos fueron nuevamente inhumados, esta vez en una fosa común del cementerio parroquial de Isla de Maipo. Recién el 2015 se logró determinar la información pericial de identificación, comprobando científicamente la identidad de la totalidad de las víctimas.

Han pasado cincuenta años de estos acontecimientos. Existen nuevas generaciones que no vivieron este proceso sociopolítico. No obstante, sus huellas trascienden hasta ellas, no solo en familiares y descendientes de las víctimas, como se puede desprender de estas entrevistas, sino que en la comunidad en su conjunto. Es Naguayán el símbolo de un eslabón territorial histórico, de peones y patronos, de fundos e inquilinos, cimiento cultural y familiar de habitantes de localidades rurales como Talagante, San Bernardo, Paine e Isla de Maipo. Aún se puede apreciar una cultura inspirada en la sumisión de los desposeídos hacia los dueños de todo, en donde, si reclamas sobre la posición histórica del tablero social, corres el riesgo de ser despedido y, si persistes y convocas a otros, serás un cuerpo arrojado a un lugar inhóspito, a merced de la indiferencia, ayudando a perpetuar una herida profunda y abierta. Así, la colectividad también sufre cuando el olvido se cierne sobre la memoria, siendo vulnerables a su

repetición. No es algo que haya quedado en el pasado, sino algo que necesita estar presente cada día en nuestras comunidades:

Como es evidente, el campo de la memoria es un espacio de conflictos que tienen lugar entre quienes mantienen el recuerdo de los crímenes de Estado, y quienes proponen pasar a otra etapa, cerrando los años más monstruosos de nuestra historia. Pero también es un campo de conflictos entre los que sostenemos que el terrorismo de Estado es un capítulo que debe quedar jurídicamente abierto, y que lo sucedido durante la dictadura cívico-militar debe ser enseñado, difundido, discutido, comenzando por la escuela. Es un campo de conflictos también para quienes sostenemos que el «nunca más» no es un cierre que deja atrás el pasado, sino una decisión de evitar las repeticiones, recordándolo (Sarlo, p. 24).

Es inviable generar garantías de no repetición de crímenes de lesa humanidad si no hablamos de lo que pasó en Chile. No solo generar espacios educativos en escuelas cercanas a los lugares donde este tipo de acontecimientos sucedieron, sino que también en la esfera comunitaria y familiar. No fue fácil la construcción de este puzzle de testimonios. La mayoría de los posibles entrevistados optaban por el silencio debido a variadas razones: desconfianza en lo que se pudiera hacer con la información, aprovechamientos políticos, no superación del duelo, olvido del tema a través de la estrategia de no abordarlo nunca más, etc. Sumado a ello, casi la totalidad de familiares nacidos después de la década de los noventa insinuaban que lo que había pasado con sus abuelos, tíos y padres, no se hablaba en el espacio privado de la familia, que era un tema tabú. En ese sentido, el silencio se vuelve una suerte de mecanismo de defensa que ayuda a sostener

la terrible y desgarradora verdad que implica ser víctimas de terrorismo de Estado. Este libro busca, por tanto, ser un significativo aporte para el rescate de la historia oral mediante la recopilación de información y testimonios de lo que ocurrió en Isla de Maipo y en cerro de Lonquén una noche de octubre de 1973, y así convertirse en una herramienta en función de la palabra que rompa el silencio, abra diálogos y puentes generacionales. De igual manera, busca abordar los acontecimientos desde una perspectiva territorial y humana, entendiendo que somos parte de un cuerpo social y que, por tanto, episodios como estos, que no hemos vivido en carne propia, resuenan de igual manera en nuestra carne. ¿Cómo rompemos los ciclos si no los afrontamos? ¿Cuál es la garantía de la no repetición si no enfrentamos lo que pasó? Es complejo abordar estas temáticas en el contexto actual, donde el negacionismo toma fuerza, llegando incluso a validar y justificar el aparato represivo de la dictadura cívico-militar.

Si bien se ejecutaron condenas sobre los carabineros involucrados en el caso, estas fueron irrisorias y condescendientes. No hay que olvidar que se enfrentaban a la justicia por asesinar a quince personas. En la actualidad, el administrador del fundo, Maximiliano Genskowski Inostroza, se desempeña como funcionario municipal, en el cargo de supervisor de operaciones en terreno, siendo un importante asesor del alcalde, luego de haber sido concejal por la comuna de Isla de Maipo durante varios períodos. El sacerdote Ignacio Bermeosolo Beltrán, luego de servir a la comunidad de Isla de Maipo y ser un puente de información entre Carabineros y los familiares que asistían a la iglesia en busca de consuelo, fue destinado a la comuna de Colina. Luego de fallecer ahogado en un lago, se le hizo un monumento en su honor. En noviembre del 2022, a sus noventa y cuatro años, muere el empresa-

rio José Celsi Perrot, dueño del fundo Naguayán. Ningún civil fue procesado en este caso. Del mismo modo, ninguna calle, ninguna oficina ni departamento público en Isla de Maipo y Talagante lleva el nombre de alguno de los quince asesinados políticos en el cerro de Lonquén o de sus viudas, mujeres que buscaron incansablemente a sus familiares, y que pusieron en jaque al régimen.

Al momento de ser procesado por los crímenes de Lonquén, Lautaro Castro cumplía condena desde el 2010 por el secuestro y desaparición de Juan de Dios Salinas (29) y Guillermo Sotelo Bustamante (39), luego de ser detenidos por Carabineros el 14 de septiembre de 1973. Ambos obreros y dirigentes agrícolas, que fueran delatados por el dueño del predio donde trabajaban, y, posteriormente ejecutados en el puente de Naltagua, siendo arrojados sus cuerpos al caudal del río Maipo. Lautaro (o Marcelo) fue condenado a 10 años por la ministra Marta Hantke, de la Corte de Apelaciones de San Miguel, por ambos crímenes, no presentándose a la notificación de la condena, dándose a la fuga y escondiéndose en un cerro de Valparaíso durante seis meses. La Brigada Investigadora de Asuntos Especiales (BRIAES) de la Policía de Investigaciones, logró capturarlo y entregarlo a disposición de la justicia. El 2017, a sus setenta y dos años, muere en el presidio para violadores de derechos humanos Punta Peuco. Se encontraba ciego por una avanzada diabetes, sometido a diálisis, entre otras complicaciones de salud. Por lo mismo, solicitó indulto humanitario a la presidenta Michelle Bachelet en diciembre del 2016, siéndole negado.

El 19 de enero de 1996, el Consejo de Monumentos Nacionales declaró el lugar donde se encontraban los hornos como Monumento Nacional, en la categoría de Monumento Histórico, ubicado dentro de un predio privado en el cerro

de Lonquén. Sus dueños decidieron dinamitar los hornos y cerrar con un gran portón la parte de acceso para evitar que siguieran haciendo romerías en el sector, encontrándose el sitio de memoria cerrado desde 1980. Una vez que se hizo público el hallazgo, asistían familiares de detenidos desaparecidos de todo Chile, en primera instancia, a ver si los suyos se encontraban en el cerro; y después, al ser el lugar el primer hallazgo reconocido, se convirtió en una suerte de sitio de peregrinación. Los latifundistas resolvieron cortar esta situación de raíz, cercando el predio e impidiéndole el paso a la comunidad. Este es abierto al público el 7 de octubre de cada año, cuando familiares y amigos de las víctimas realizan actividades de conmemoración. Así, si uno intenta acceder en otra fecha, un enorme portón negro de fierro impide el paso.

En el año 2005, el Estado se adjudicó seis hectáreas, correspondientes al radio de la ubicación de las antiguas minas, pero distantes a 3,5 kilómetros del portón de acceso, siendo este un camino privado. Si bien existe un paso de servidumbre en el proyecto inicial, el cual permite el paso desde el portón negro hasta el sitio de memoria, nunca se contempló dentro del presupuesto la creación de un cierre que dividiera dicho lugar con el predio particular, lo que hace que, en la práctica, dicho paso no exista. Por tanto, el lugar no puede ser utilizado como un sitio de memoria de libre tránsito donde se pueda recordar lo que allí ocurrió.

En agosto del 2022, se traslada al sitio la roca que estaba en la huesera construida en 1979, luego de que la CNI fuera a arrojar los restos a la fosa común del cementerio de Isla de Maipo. Tiene grabados los nombres de los quince isleños junto al verso de Neruda: «aunque los pasos toquen mil años este sitio, / no borrarán la sangre de los que aquí cayeron». Más allá de este valioso trabajo, no existen más cosas

en el lugar; se encuentra en abandono, como un territorio baldío, mientras podría ser un espacio de encuentro para la comunidad, visitantes y estudiantes, con charlas, paseos educativos, jornadas de reflexión, y un sinfín de iniciativas más, si tan solo las condiciones estuvieran dadas para acceder al lugar, pero por sobre todo para que exista la infraestructura necesaria, y así contribuir al fortalecimiento de la memoria, la identidad territorial y el «Nunca más».

¿Cómo mantenemos el recuerdo vivo para que ese «Nunca más» sea real? ¿Cómo hacemos que esas dos palabras sean más que un rayado en la pared, una frase panfletaria, un discurso aprendido o el mensaje políticamente correcto? En el período de gobierno local del exalcalde de Isla de Maipo, Carlos Adasme Godoy (2012-2021), se levantó la iniciativa de un programa educativo de memoria y derechos humanos llamado «Emilio Astudillo Rojas», en honor al fallecido concejal y dirigente nacional de familiares de detenidos desaparecidos, que consistía en generar talleres electivos en las diversas escuelas de la comuna, con el fin de indagar y profundizar en el caso Hornos de Lonquén, para que los habitantes tengan un conocimiento de los hechos desde la formación secundaria. Esta iniciativa se logró poner en práctica durante un año, pero luego de asumir el alcalde Juan Olave Cambara, independiente y exUDI, no generó continuidad a esta iniciativa ¿Cómo podemos posicionar entonces la memoria sin haber planes de estudios comunales y teniendo un Monumento Histórico cerrado, abandonado, casi en el olvido?

Esperamos que este trabajo sea un aporte para mantener la memoria viva y que pueda difundirse en las escuelas, bibliotecas y museos; que pueda ser tomado por creadores y creadoras que quieran hacer de algunas de estas imágenes un poema, una canción, una obra de teatro, murales, un bai-

le, un himno; que se cuente esta historia y sea narrada para las nuevas generaciones de múltiples maneras, una y otra vez, y así acercarnos más a un enorme manto de conciencia que concretice en la práctica ese anhelado «Nunca más».

**Horacio Pino Sanhueza**  
**Marcela Navarro González**



**Luis Navarro Vega, 84 años**

*Fotógrafo de la Vicaría de la Solidaridad*

**Barrio Bellavista, Santiago de Chile, viernes por la mañana. Nos recibe Lucho Navarro en su casa. En la micro, mientras acomodaba su cámara con la certeza de que está todo en orden para ejecutar el trabajo, Óscar contaba que era uno de sus fotógrafos chilenos favoritos. Ese día el fotógrafo sería el fotografiado. Al llegar, el conserje nos pregunta si nosotros éramos los periodistas. Algo así, le respondo, mientras nos indica cómo debíamos hacer para llamar a don Luis a su puerta. En el cuarto piso nos recibe el fotógrafo. Viste de negro y nos invita a sentarnos en sillas que daban hacia la calle. En las paredes asoman sus rostros el cardenal Raúl Silva Henríquez, sus hijos, amigos, el Che Guevara con sus padres, y un Altazor que le fue otorgado el 2010. En una repisa, una decena de cámaras fotográficas antiguas que ha logrado coleccionar a sus 84 años de vida y sus más de 50 como fotógrafo.**

Yo soy de Antofagasta. De allá llegué arrancando a Santiago. Apenas vino el golpe iniciamos una ayuda a los familiares de la gente que se estaban llevando presa. No teníamos nada, así que debimos conseguir todo. Los chilenos somos muy solidarios en tiempos de crisis. Entonces la gente del puerto, del hospital y de las universidades colaboraban con dinero para poder ayudar a los que iban cayendo, incluso de antes. No hay que olvidarse que en esa época estaba el problema alimenticio: se guardaban las cosas más esencia-

les para vivir. Curiosamente, después del golpe aparecieron todas. Una vez que se llevaban a un hombre detenido, quedaba una mujer con tres o cuatro niños pequeños en el más completo de los desamparos. Armábamos canastas con mercadería y se las íbamos a dejar. En ese contexto me identificaron y me advirtieron que si no emigraba de la zona me iban a encarcelar. Fue así como llegué a Santiago en 1976. Acá me encontré con amigos de infancia, estudiantes universitarios que se habían quedado a vivir. Ellos me ayudaron a estabilizarme y a sentirme más seguro. Un día me encontré con un amigo que era hijo de un profesor muy querido que tuve en la escuela básica, que también era profesor, y él tenía un amigo en la Vicaría de la Solidaridad. Paralelamente a eso, traté de ponerme en contacto con otro amigo de la infancia, Germán Miric Vega, que había sido alcalde de Antofagasta. Estuvo preso desde los días venideros del golpe. Por ese entonces la Caravana de la muerte comenzó a recorrer Chile y él estaba en las celdas de los que iban a ser ejecutados, pero el alcaide tenía buena relación con mi amigo, lo sacó de ahí y lo ubicó en otro sector, por lo que logró salvarse, pero siendo relegado a Mulchén con su familia. Lo fui a ver y me comentó que debía irse del país, porque se había enterado de que, al ser el único testigo de la Caravana de la muerte en Antofagasta, lo estaban buscando para matarlo, y me pidió ayuda. Me contacté con mi amigo profesor y nos llevó a ambos para la Vicaría. Al llegar allá nos entrevistó el periodista Pablo Portales, del boletín *Solidaridad*. Yo andaba con una cámara y luego de atender a las necesidades de Germán, Pablo me preguntó si era fotógrafo, a lo que le respondí que sí, y le hablé un poco de mi experiencia en el norte. Me preguntó si quería colaborar con el boletín. Anteriormente a esto había un fotógrafo en el Comité Pro Paz que fue amenazado y renunció a las labores. Por tanto, necesitaban a una nueva persona. Fue

así como me integré. Comencé dibujando, porque aparte de fotógrafo me dedico al dibujo. La Vicaría tenía cuatro oficinas en la Región Metropolitana, siendo la del centro de Santiago la principal, que estaba al lado de la catedral. Tenían comedores infantiles y mucho espacio para cubrir las necesidades de la población más pobre, porque en esa época había una pobreza realmente salvaje. Uno de los servicios eran consultorios de salud. Entonces mi primera misión fue dibujar con plumones afiches de atenciones de los diversos servicios, indicando los horarios, lugares y especialidades de médicos que atenderían, y luego en una mesa de luz iba calcándolos, de manera tal que llegaran a todos los centros. Luego de eso comencé a hacer fotos, y las primeras fueron de desaparecidos. En ese tiempo era muy difícil que las familias tuvieran fotografías. Era un lujo muy grande, y era necesario tener una de cada detenido desaparecido para ingresar un recurso de amparo. Así, los retratos parten como una necesidad legal ante los tribunales. Necesitábamos ponerle un rostro a cada persona. La gran mayoría de las fotos que llevaban eran la del carné. Uno que otro llegaba con una foto familiar celebrando algo. A esas había que hacerle un acercamiento con la cámara y capturar la imagen. No teníamos nada, ni lente de acercamiento ni cámaras más sofisticadas, nada. Entonces lo que se me ocurrió fue invertir el lente de mi cámara: lo pegaba con huincha aisladora y se generaba un efecto de lupa, una suerte de lupa artesanal. En un papel opaco imprimíamos, y con un grafito número cuatro iba realzando las caras de las personas: resaltar los ojos, dibujar bien la nariz, entre otras cosas, de manera tal de acercarnos lo más posible a una imagen realista. Habilitamos un laboratorio con los diagramadores del boletín. Me acuerdo de que estaba en el tercer piso y el trabajo era tremendo, ya que había un calor salvaje, y para el proceso de revelación necesitábamos cerrar todo para que

no entrara la luz. Trabajar ahí en verano era como hacerlo dentro de un horno.

**Don Luis interrumpe su relato. De improviso se pone de pie. Se dirige a la mesa del comedor. Y pensar que nada de eso existe hoy en día, exclama como para sí, mientras toma una cigarrera de metal. Vuelve a la silla, extrae un cigarro, lo enciende mirando hacia la gran cantidad de autos que se asoman por Purísima. Me pregunta si lo estamos grabando. A Óscar le debe haber llamado la atención el fotógrafo envuelto en humo, pues alista su lente, se acomoda y dispara. Ya es mediodía.**

Como te iba diciendo, el trabajo de los detenidos desaparecidos comienza en la Vicaría. Fuimos nosotros quienes acuñamos ese término y les dimos rostros.

En 1978, las cosas comenzaban a tomar otro rumbo. Del 73 a esa fecha imperaba el miedo, el horror, el silencio, pero no hay mal que dure cien años, dicen. Entonces comenzaron las huelgas de hambre, las primeras tímidas protestas, encadenamientos y manifestaciones de un pueblo cansado de ser pisoteado. Ya estaba formada la agrupación de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos, de modo que se fue dando una orgánica social y política debida a toda la represión y crímenes impunes que se estaban cometiendo. La Vicaría facilitaba un espacio, una oficina en donde podían reunirse. Sumado a eso comenzaba a salir información al extranjero de casos específicos y fotografías que íbamos rescatando desde nuestro laboratorio. El trabajo se fue convirtiendo en una caja de resonancia. Empezamos a publicar en la revista *Hoy* lo que no podía salir a la luz en Chile. Lo enviábamos a través de valijas diplomáticas para afuera. Ya no hablábamos de detenidos y desaparecidos sin identidad; sino que, gracias

a nuestra labor, había rostros, nombres e identidades, y para el régimen ya no era tan fácil negar la existencia de aquellos compatriotas. Por lo tanto, la importancia de la fotografía fue muy relevante para la época y todo este proceso. Teníamos pruebas para mostrarle al mundo los horrores que estaban acaeciendo en el país. Poco a poco empezaron a reunirse los partidos políticos que estaban funcionando en la clandestinidad. El país comenzaba lentamente a moverse a través de un tímido remezón telúrico que concluiría en un canto poderoso de la tierra, como dice la canción de Silvio. A pesar de que faltaba para ello, ya en esta época podemos hablar de un comienzo, de un renacer.

En noviembre del 78, la Vicaría realizó un simposio con invitados de todo el mundo, en su mayoría defensores de derechos humanos con relevancia internacional. Contábamos con la colaboración económica de distintos sindicatos del mundo: Italia, Francia, Alemania, entre otros países. Ayuda fundamental para realizar todas estas actividades, ya que simplemente acá no teníamos dinero. Por ejemplo, había una sola cámara: la mía, que al final doné al museo de la memoria por su valor histórico.

Te menciono el simposio ya que por ese entonces no existía otro organismo que velara por los familiares, sus desaparecidos y ejecutados. El régimen negaba su existencia, o bien decía que estaban en otro país, o que simplemente se exterminaron entre ellos. Fuimos nosotros quienes, desde la misma institucionalidad, ejercimos presión, y personajes como los asistentes a esta actividad, otorgaban seriedad y prestigio a nuestro trabajo. Por cierto, el apoyo del Cardenal Raúl Silva Henríquez fue fundamental. Por esa fecha apareció un día por los pasillos de la Vicaría un hombre misterioso, vestido como esos exploradores del África. Inmediatamente nos llamó la atención. Pedía una reunión urgente con la

dirección, diciendo que tenía información muy importante que comunicarnos. Tiempo después me enteré de que se llamaba Inocente Palominos y que era un cazador, una suerte de ermitaño que recorría cerros conejeando, pero también buscando a un hijo que había desaparecido luego del golpe. La dirección lo recibió. Me llamaron a la oficina para hacerle un retrato, pero el hombre no accedió. Nos pidió mantener tanto su imagen, su nombre, como lo que nos venía a mostrar, en el más completo anonimato. Nos contó que andaba buscando un hijo, que había escuchado rumores de que en el cerro de Lonquén había una mina de cal abandonada, de principios del siglo XX, con unos hornos enormes, que algo se podía encontrar en su interior. Allá llegó y empezó a escarbar por debajo. Le llamaron la atención unos ladrillos y piedras removidas en el suelo, como si un derrumbe o un temblor los hubiera dejado allí. Comentó que había un fuerte olor que no correspondía al hábitat del entorno. Entonces comenzó a escarbar, y entre los residuos encontró un fémur y otros restos. Estaba lleno de huesos humanos. Quedamos todos impresionados cuando vimos que desde un bolso sacó uno y lo dejó encima de la mesa. El asombro fue tal que las reacciones fueron inmediatas. El cardenal convocó una reunión urgente contando que, bajo secreto de confesión, había recibido una denuncia por un cementerio clandestino en Lonquén. Entre los asistentes había directores de diarios, pero les hizo jurar que esta información no se haría pública hasta que se denunciara en el juzgado de Talagante, de manera tal que se amarrara a un proceso judicial antes. Se armó una comitiva para ir al cerro de la que formé parte como fotógrafo oficial. Junto a dos abogados y un sacerdote removimos los escombros y, efectivamente, había más restos óseos y ropas. Teníamos la evidencia frente a nuestros ojos por primera vez, ya que antes no existían pruebas ni vestigios de que los desaparecidos

estuviesen siendo ejecutados y enterrados en lugares remotos como aquella mina. Fue así como, luego de un proceso y conducto regular judicial, llegamos con la jueza subrogante de Talagante, Juana Godoy, a ver el lugar de los hechos. De pronto empezaron a llegar personas desconocidas a observar lo que estaba ocurriendo. Conocía a algunos, ya que en otras ocasiones nos siguieron. La jueza era una persona joven, y era evidente el temor que sentía al darse cuenta de que estábamos enfrentándonos a algo realmente importante. Uno de los abogados le comentó quiénes éramos y que nuestras intenciones eran las de ayudar, que teníamos la noticia del hallazgo y se debía iniciar un proceso judicial. No fue para nada fácil, ya que la entrada a los hornos era más bien baja. No se podía entrar sino acostado. Había que ingresar para dejar registro de lo que allí había. A lo que vinimos, pensé, así que pusimos una manta e ingresé de espalda con un pañuelo en la boca. Fue necesario que me empujaran, ya que no podía avanzar solo y al mismo tiempo sostener la cámara. Los hornos eran una suerte de embudo: arriba era ancho, pero abajo no tanto. Por la boca se podía ver que había restos de piedras, cemento y fierros, y bajo estos escombros estaban sepultadas las personas. Dentro había una suerte de parrilla, y arriba se encontraban los restos colgando. Por supuesto, no se veía nada y se respiraba un olor insoportable. A ratos me costaba y, haciendo gestos con los pies, pedía que me sacaran. Debo haber entrado unas veinte veces por lo menos. Era tanta la precariedad que no teníamos ni un flash, por lo que tuvimos que conseguirnos uno de repetición, que se prendía y apagaba en todo momento. Recuerdo que al entrar sentía algo que rozaba mi cara. Como no se veía nada, podía ser cualquier cosa. En un destello de luz, pude ver que era un calcetín con huesos de un pie que me tocaba cada vez que entraba y salía. Sumado a ello, estaba lleno de arañas, y pude sentir cómo se

paseaban por todo mi cuerpo. Recordé mi fobia de niño. Soy el menor de mis hermanos y, una vez jugando, me encerraron en un cuarto oscuro con una araña adentro. Mis gritos de terror causaban risa a mis hermanos. Sentía escalofríos, miedo, incertidumbre. Es un tanto difícil explicar todo lo que se experimenta en una situación como esa.

Recordé otro episodio de infancia. Para nosotros la playa era como el patio de nuestra casa. Íbamos con los amigos del barrio a jugar en la arena y en el verano nos bañábamos. Un día, estando con Germán, llegaron unos marinos del regimiento Esmeralda con ametralladoras. Los lobos marinos estaban en la orilla y ellos los masacraron haciendo puntería. Pensé también en los muertos de la pampa, mi tierra. Se mezclaban los recuerdos de vida con la escena espantosa que tenía frente a mi cámara. Como si no importaran los años, la vida, los sentimientos ni nada. Cero respeto por la dignidad humana, por sus familias.

**El fotógrafo se toma una pausa para ir por otro cigarro. En sus ojos se ve el reflejo de la calle, autos y peatones que atochan por completo el barrio, como buen viernes. Nuevamente nos pregunta si estamos grabando. Sí, mientras esté la luz roja encendida, le digo. Nos consulta la edad. Son unas guaguas, nos responde con un tono tierno. No se imaginan el horror que era vivir en esa época, complementa antes de dar otra calada.**

En esa ocasión debo haber sacado en total unas dieciocho fotos. Al salir, la jueza Godoy me pidió que le llevara las fotos ampliadas al día siguiente. La memoria es un mundo muy misterioso e interesante. Fíjese que, al recordar este momento de mi vida, se me viene el olor que había dentro de esa

cueva. Lo tengo aquí, en la punta de la nariz, en este preciso instante.

Mi padre era un asiduo lector. De muy chico me contaba historias del siglo XX, sus guerras y atrocidades, al mismo tiempo que me hacía leer. Gracias a él tengo un vasto conocimiento de la historia de la humanidad, y fue por eso que en ese instante tomé conciencia de que estábamos frente a un hallazgo histórico que cambiaría la suerte de este país. Era un punto de inflexión, ya que no hay que olvidar que el régimen de Pinochet negaba una y otra vez la existencia de ejecutados políticos. Era innegable que estábamos frente a las pruebas irrefutables de que, efectivamente, se estaban asesinando a personas de forma arbitraria y sin procesos judiciales. Esto era una noticia a nivel mundial. Aquí iban a pasar muchas cosas. Al salir me sentía muy afectado. Me alejé del lugar, bebí agua y, al regresar mentalmente a la situación, tomé conciencia de que había gente que no conocíamos observándome con atención a mí y a mi cámara. Sin duda estos tipos sabían la importancia de las fotos que acabábamos de sacar. En ese tiempo las fotografías de rollo eran pruebas válidas ante tribunales, de modo que el valor de ellas era incalculable. Me volví a reunir con el grupo y volvimos a Santiago en una Citro-neta. Esta parte es tragicómica, porque imagínate el hallazgo histórico que teníamos en nuestras manos, y andábamos en un autito tan frágil que cualquier roce con otro vehículo nos hubiera hecho añicos. Llegamos a Santiago sin novedad e inmediatamente fui a revelarlas. Una vez más el olor. Mi ropa estaba impregnada de él. Subí al tercer piso, cerré todos los espacios que daban cabida a la luz, y comencé el proceso. Una a una las fotografías iban revelando el espanto. Restos humanos desparramados por todos lados, cráneos con cuero cabelludo, ropas con huesos colgando, y algo que me llamó

particularmente la atención: una camisa. Tiempo atrás, recordé que una de las personas en las fotografías de desaparecidos llevaba puesta esa prenda. Era uno de los Maureira.

Bajé con las copias a la oficina de la dirección, e inmediatamente les comenté que son los desaparecidos de Isla de Maipo. El abogado me preguntaba si estaba seguro, que esto era muy importante, y que iba a quedar la embarrada. Volví a subir por los archivos para encontrar las fotografías de los isleños, les mostré la foto de la camisa que llevaba puesta, y luego la que estaba dentro de los hornos. Era exactamente igual. Recuerdo que tenía flores. Quedamos impactados al comprobar que era la misma. Nos dirigimos al cardenal. Al facilitarle las pruebas ya no había espacio a dudas. Él nos indicó que estábamos frente a algo muy importante. Recuerdo que los días venideros, la Vicaría se llenaba de familiares de desaparecidos, con la intriga de que alguno de los de Lonquén podía ser uno de los suyos.

En total fueron cuatro días los que estuvimos en los hornos: cuatro tenidas de ropa que tuve que botar a la basura porque, por más que las lavara, el olor no salía. También sentía las arañas desplegarse por las telas. Recuerdo que ambas sensaciones me rondaron por muchísimo tiempo. Lo que no sabía en ese momento es que esta era solo la apertura de una orquesta del horror que, con el paso del tiempo, aumentaría su oscuridad. Me tocó fotografiar restos en la cuesta Barriga, en San Rosendo, Laja, Yumbel, entre otros. Había lugares de donde sacamos por lo menos a sesenta personas.

Fue así como me llevaron detenido en 1981. Si yo estoy vivo fue gracias al cardenal, que generó presión para que me soltaran. Fue por ese entonces que me tildaron de sapo los mismos verdugos. Yo pienso que, al notar el apoyo del cardenal, y al verse imposibilitados de matarme, me colgaron ese cartel como una suerte de venganza. Me ofrecieron irme de

Chile, pero no quise por motivos familiares y por mi compromiso con el país. La gente tenía tanto miedo.

**Lucho suspira y agacha la frente. Sus ojos vidriosos asoman bajo sus cansadas pestañas. Enciende un cigarro y levanta la frente: la ciudad en el reflejo de su mirada y, como dijera Nona Fernández, en el cerro una Virgen con los brazos abiertos que nos mira día y noche, mostrándonos el poto a los que estamos al otro lado del Mapocho. Vuelve a la palabra:**

Mientras me torturaban me decían que yo les había hecho más daño con una cámara que con una metralleta. La fotografía es poesía gráfica, la fotografía cumple un rol histórico, la fotografía preserva la vida y también denuncia, la fotografía es peligrosa. Uno es cazador de imágenes. Tú eres un cazador de imágenes, Óscar, que no hace daño. Un cazador mata, el fotógrafo no; el fotógrafo preserva la vida, porque con el solo hecho de tomarles una foto a ustedes estoy ubicándolos en el tiempo. En cada golpe entendía cuál era mi crimen y lo asumía. Fue difícil. Me decían que me iban a cagar como sea. Si inventaban que maté a la Virgen María, todo el mundo lo iba a creer porque están todos cagados de miedo. Textual. No tenía que esconderme porque estuve en el lugar y en el momento en que tenía que estar por conciencia, por empatía.

Han pasado los años y estoy seguro de que, así como a mí, a varios compañeros les marcó mucho este caso, por su crudeza y porque fue el primer hallazgo. Recuerdo que el 2010 se realizó el funeral que se les fue negado luego de encontrarlos. En esa ocasión estábamos en el cerro y me llamó la atención ver a tres guaguas idénticas. Me acerqué a uno de los hermanos Maureira para preguntarle quiénes eran esos

niños, y me respondió que hijos de Miguel, que es hijo de Sergio Miguel y nieto de Sergio padre. Cerca de mí había un camarógrafo y me acerqué a comunicarle la noticia, que por favor les tomara una nota. Imagínate una familia que sufrió tanto como el clan Maureira, y de repente llega un descendiente con trillizos. Para mí es hermosamente increíble.

Años más tarde me encontré con Miguel y los trillizos en una exposición que se hizo en la Universidad de Chile. Cada vez que veo a estos chiquillos me inspiran algo lindo: esperanza. A los días de ese encuentro me dieron un premio de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, en un teatro lleno con grandes invitados, y destacué este triunfo de la vida que son estos niños a pesar de toda la brutalidad, todo lo que nos tocó ver. A pesar de todo, la vida persiste. Como dice Neruda, podrán cortar todas las flores, pero no detendrán la primavera. Ese verso encaja perfectamente en este caso.

**Octubre del 2018. Primavera en Chile. En el patio cívico de la municipalidad de Isla de Maipo se celebra un conversatorio organizado por gestores y artistas de esa comuna: «Por la fuerza de la memoria. Caso Hornos de Lonquén», se titula. Un joven abre los micrófonos contando que tiene diecinueve años. Aún no había nacido para el golpe de Estado, ni siquiera para el regreso de la democracia, lo que en ningún caso le impedía tener opinión y adoptar posiciones referentes a los procesos históricos del país. En ese mismo espacio estuvo la Tenencia de Carabineros de 1973, el último lugar donde recluyeron a las víctimas antes de ser llevadas al cerro de Lonquén. Una mesa alberga a tres personas, quienes conversarán sobre sus participaciones en el caso. Están Luis Navarro, fotógrafo de la Vicaría; Héctor Contreras, abogado de la Vicaría; y Juan Luis Gumucio, integrante de la Corporación Lonquén. Al centro, una cincuentena de sillas alberga a familiares y vecinos interesados en oír. La comunidad dándose cita a escuchar su propia historia. El entusiasta joven del micrófono cita a Saramago. Dice que hay que recuperar, mantener y transmitir la memoria histórica, porque se empieza por el olvido y se termina por la indiferencia. Pide aplausos para los expositores y para las familias por su entereza, entrega, valor y dedicación. «En el departamento jurídico de la Vicaría de la Solidaridad trabajó nuestro segundo invitado, Héctor Contreras»,**

**continúa el presentador. Junto a su equipo, se encargó de generar una estrategia para poder abordar el hallazgo de osamentas en 1978 en el cerro de Lonquén, con el fin de hacerlo público y evitar que el régimen interviniera en este cometido. La gente aplaude, agradecida, respetuosa, con ganas de escuchar. Habla Héctor:**

Muchas gracias a los jóvenes que organizaron este encuentro. Es cierto lo que mencionan de la Vicaría, pero todo esto comenzó antes de fundarla. En octubre de 1973, el cardenal Raúl Silva Henríquez funda el Comité Pro Paz, cuyo objetivo era agrupar a diversas iglesias, ya sean cristianas o no (como la comunidad judía, por ejemplo), con el fin de generar apoyo y ayuda a las personas que sufrían el peso de la dictadura, que estaba actuando con una fuerza bestial, o con «energía», como dijo el teniente Castro. El régimen se preocupó de romper con este comité generándole presión interna a sus integrantes. Entonces el cardenal tomó la iniciativa de cerrarlo; de lo contrario iba a ser allanado y lo harían desaparecer. Pero esto fue una estrategia de sobrevivencia y no que don Raúl se estaba inclinando al lado del dictador, como algunos insinuaron. El Comité se cierra el 31 de diciembre de 1975 y el 1 de enero de 1976 se abre la Vicaría de la Solidaridad; y todos los que trabajaban en el Comité ocuparon el palacio arzobispal, al lado de la catedral de Santiago, poniendo el tema de los derechos humanos al centro de la Iglesia. Esto era algo que la dictadura por supuesto no quería. Ya por esa fecha, cuando había nuevos embajadores que presentaban sus credenciales en Chile, desde Europa y —los más importantes— desde Latinoamérica, la mayoría lo hacían en La Moneda y al día siguiente visitaban la Vicaría, cosa que irritaba profundamente al tirano.

Una de nuestras misiones era tratar de descifrar cuáles eran los diversos métodos de tortura y represión, determinar el número de víctimas y saber cómo se medía el riesgo para la población, con el objetivo de evitar más afectados. A fines de 1976, la dictadura cierra todos los campos de concentración, siendo Tres Álamos el último bastión. Al día siguiente nos vemos enfrentados a decir que teníamos registros de personas desaparecidas, individuos que nunca salieron de los campos.

En enero de 1977, se crea la unidad que investigaba a los detenidos desaparecidos y ejecutados políticos. Hasta esa fecha no se hablaba ni en Chile ni en el mundo de detenidos desaparecidos. Ese es un concepto que creamos en la Vicaría. No podíamos ponerles solo desaparecidos porque, al igual que hoy, por ese entonces desaparecía gente sin haber sido detenida previamente. Entonces inventamos la sigla DDDD. Años después se creó el concepto jurídico de «desaparición forzada», gracias al cual se ha podido encarcelar a ciertos uniformados por sus crímenes de lesa humanidad.

Comenzamos a crear estrategias judiciales. En 1978, el cardenal decide hacer un simposio de derechos humanos en Chile. La Iglesia se comunicaba de todas las maneras que podía hacerlo. Se repartía un semanario, el *Boletín de Solidaridad*, por todas las capillas y por donde más se pudiera en realidad. No obstante, no todos los obispos apoyaban al cardenal y sus iniciativas. Tuvimos algunos problemas de comunicación al comienzo. Para evitar el trato directo, íbamos a las regiones y contratábamos a un abogado para que viera los casos, y así no romper la estructura de la Iglesia, evitando que el cardenal tuviera problemas. Recogíamos todos los testimonios y antecedentes posibles. Por lo tanto, teníamos contactos en casi todo el país. Ya para esa fecha era muy difícil que pasara algo en el territorio y no lo supiéramos, ya que estos profesionales sabían que, apenas sucediera algo,

debían comunicarse con la Vicaría. De repente recibíamos una llamada de algún pueblo remoto indicándonos que estaban pasando cosas. Nos comunicábamos con el abogado más cercano a ese lugar e iba en representación del cardenal para ver qué estaba pasando. Esos fueron los primeros pasos de la Unidad de Detenidos Desaparecidos, que estudiaba los métodos de exterminio de la dictadura: la desaparición forzada, las ejecuciones sumarias y las torturas, comandadas por tropas regulares de las fuerzas armadas, incluyendo civiles.

En 1978 invitaron a personas significativas del mundo de la defensa de los derechos humanos. Estuvo Desmond Tutu, Monseñor Romero, Hélder Câmara, miembros del Consejo Mundial de Iglesias, obispos de Sudáfrica, entre otros. Debíamos preparar este gran evento, y empezaron a hacerse reuniones para promover la pastoral de DDHH de la Iglesia de Santiago, basada en la parábola del buen samaritano, cuyo fin era ayudar a quien lo necesitara sin preguntarle su nombre.

Esto ocurría en un contexto en que la dictadura se sentía segura, a pesar de que estaba la CNI y que ya se había cerrado la DINA por el asesinato de Orlando Letelier. Un día alguien fue a la Vicaría y contó que, paseándose por los cerros de Talagante, vio cuerpos sobre tierra en algún lugar, y que cree que nosotros tenemos que saberlo. No obstante, no era algo que no supiéramos. En 1974, hubo una operación periodística donde quisieron convencernos de que ciento diecinueve víctimas de desaparición forzada habían sido asesinadas por sus propios compañeros, entre Brasil y Argentina. Es ahí donde aparece el famoso título de *La Segunda*: «Exterminados como ratones». En 1976, una mujer desnuda, amarrada de manos y pies, que luego sabríamos que se trataba de la profesora Marta Ugarte, aparece flotando en la playa La Ballena, y se dice que se trata de un crimen pasional, lo cual era muy ex-

traño, ya que era difícil que una persona que matase a otra por temas amorosos amarre a su víctima como lo hacían los comandos. El mismo año, entre mayo y octubre, aparecieron doce cadáveres desnudos a lo largo del río Maipo, en el Cañón: dos mujeres y diez hombres con los dedos cortados con sierras, los rostros desfigurados y arrojados desde el aire. Así se trataban de esconder estos crímenes, pero nosotros ya sabíamos lo que significaba hacer desaparecer personas; métodos que no se habían utilizado en América Latina, pero sí en el mundo, y que nuestras fuerzas armadas lo aprendieron en Panamá, en la famosa Escuela de las Américas. Lo que no teníamos eran pruebas, evidencias físicas de estas metodologías de exterminio. Por lo tanto, el acercamiento del señor a las oficinas de la Vicaría fue una suerte de farol. Al recoger su testimonio, la pregunta era: ¿qué hacemos con esto? Estábamos en pleno simposio. El gran dilema que teníamos era que la dictadura iba a decir que invitamos a esta gente de todo el mundo para mostrarles a las víctimas. Entonces, tanto el hallazgo como el encuentro iban a ser considerados como una maniobra propagandística del comunismo internacional; es decir, una provocación directa, y no aceptarían quedar en vergüenza frente a esos importantes personajes. Sumado a ello, teníamos otro problema. En su momento se dijo que esto fue un secreto de confesión, pero no fue así. Fue el padre de un detenido desaparecido, cuyo nombre era Inocente Palominos, que cazaba liebres en los cerros y que al mismo tiempo buscaba rastros de su hijo. Inocente cuenta que vio cadáveres en unos hornos de cal que hay en el cerro de Lonquén. No sabíamos quiénes eran y debíamos averiguarlo. Para ello la Iglesia creó una comisión con monseñor Alvear, Máximo Pacheco, Alejandro González, quien habla y dos periodistas, para verificar la veracidad de la denuncia. Previamente, un grupo pequeño de trabajadores de la Vicaría había ido antes. Yo no fui

porque ya era reconocido como abogado de la Vicaría, y que me vieran en Isla de Maipo iba a ser complicado. Cuando posteriormente comenzamos a recoger declaraciones, el párroco de esa localidad declaró que él sabía que en la noche había unos tipos extraños buscando algo en los cerros. Luego supimos que él incentivó la intervención de Carabineros, facilitó un vehículo, y les dio tranquilidad espiritual a los asesinos. Por lo tanto, nosotros teníamos que movernos. Comprenderán que ir en la noche a cerros que no se conocen es un poco intimidante. Fue ahí que descubrimos los hornos. No sabíamos bien qué hacer. Se suspendió el simposio y fuimos a la Corte Suprema para presentarle al presidente un escrito con lo verificado en el hallazgo.

La fuente del descubrimiento y la comisión que fue a verificar en terreno eran confiables. Se confirmó que los restos encontrados eran recientes, dadas ciertas características, como el hecho de que algunas calaveras aún mantenían mechones de pelos. Estos no pueden ser sino detenidos desaparecidos, pensamos. Le pedimos al presidente de la Corte Suprema que atendiera nuestra denuncia, pero él nos dijo que necesitaba un abogado, ya que las inhumaciones ilegales se denunciaban en los tribunales del territorio donde ocurren. Alejandro González le aclara que el escrito no era para él, sino para el pleno de la Corte. Sin embargo, el presidente dio fin a la reunión y pidió al grupo que se retirara. En la tarde de ese día, Alejandro me pidió que saliéramos en su vehículo particular para desarrollar una estrategia y avanzar con los siguientes pasos. Debíamos tomar una decisión rápida con respecto a lo que íbamos a hacer. Al día siguiente me dirigí al juzgado de Talagante. Allí había una jueza subrogante, la señora Juana Godoy. Le comenté que iba en nombre del Cardenal Silva Henríquez y que quería pedirle un favor, que había cadáveres en el cerro de Lonquén y que creíamos que eran detenidos

desaparecidos. Me miraba impávida y asustada. Todos estábamos asustados. Cada uno hacía lo que tenía que hacer, pero estábamos muertos de miedo. Le comenté que había que ir al lugar, a lo que me responde que no puede ir sola, que hay que ir con Investigaciones en otra ocasión. Al día siguiente nos juntamos a las once de la mañana. Me contó que la había llamado el presidente de la Corte Suprema diciéndole que iban a llegar unos tipos raros para denunciar una cosa, y que debía mantenerlo informado de todo lo que pasara día a día. Nosotros ya veníamos trabajando con un grupo de jóvenes antropólogos. Debíamos estar preparados para eventuales hallazgos y se estaba dando el caso. Nos fuimos con la jueza y tres policías, y empezamos a trabajar. Lo primero que hicimos fue sensibilizarla mostrándole los hornos. Pusimos una frazada de lana abajo para que entrara a ver lo que había. Sacamos fotos. Dos funcionarios de Investigaciones entraron con ella. Le dijimos que teníamos que sacar dos toneladas de tierra porque las víctimas estaban atrapadas. Empezamos a hacerlo. Al cabo de tres o cuatro días de trabajo, tuvimos el primer acercamiento a los restos. Días antes había aparecido un fotógrafo de la revista *Hoy*. Se paseó por las inmediaciones con su cámara y luego fue publicado un reportaje con una foto de los hornos que decía: «Víctimas en hornos de Lonquén». La dictadura se volvió loca porque «hornos» y «víctimas» nos retrotraen a la peor experiencia del siglo XX. Al otro día de ese reportaje empezaron a llegar más personas. En ese entonces estábamos en la Vicaría un fotógrafo y unos obreros que nos ayudaban. Recuerdo un momento muy particular y emocionante. Cuando les conté que había restos humanos y debíamos sacar la tierra para poder rescatarlos, algunos se emocionaron y comenzaron a rezar, pero tomaron la decisión de hacerlo. Yo comencé a adoptar el personaje de capataz de estos trabajadores, para que los policías

que comenzaran a llegar creyeran que era un obrero más. Al otro día apareció gente del SIDE, el Servicio de Inteligencia del Ejército, la CNI casi en pleno, Investigaciones y Carabineros. Una de las cosas llamativas era que Investigaciones llegó con un equipo de brigada de homicidios. Como yo andaba con corbata, pensaron que era colega de ellos, y me preguntaban qué estaba pasando allí. Aún no sabemos, les respondí. Poco a poco comenzaron a llegar fotógrafos y nos sacaban fotos porque ya nos conocían de tribunales y otras partes. Fue ahí cuando escuché que el mayor de Carabineros le decía a la jueza que tenía que dinamitar todo eso, y que una vez hecho iban a comenzar a recoger los restos hueso por hueso. Pero Juana no accedió y seguimos con el plan inicial: sacar la tierra. En eso volvió el mayor con su radio y le comentó que acababa de nombrarse juez en visita a don Adolfo Bañados. Posteriormente, este juez se negó a entregarnos los cuerpos y mandó la causa a la Justicia Militar.

Luego de eso me tocó acompañar a los familiares al Instituto Médico Legal. Se habían llevado restos de ropas encontrados en los hornos, de manera tal que pudieran ser reconocidos por alguno de ellos. Había una prenda en particular que era una camisa colorida. Nos llamó la atención porque fue a través suyo que llegamos a las familias de Isla de Maipo. Sumado a ello, se reconocieron las dentaduras de algunas de las víctimas. Además, quince eran los desaparecidos de esa comuna y quince los restos hallados. No obstante, seguíamos sin pruebas científicas.

Bañados se declaró incompetente después de encargar reo al teniente Lautaro Castro y a otros carabineros sin entregar previamente los restos. Posteriormente, envió el caso a la Justicia Militar. Ese día fui a buscarlo para hablar con él. Pocas veces me he enojado tanto como en ese momento. Le dije que no podía hacerlo, que si él hacía eso nunca nos iban

a entregar los restos. Aún me acuerdo de una frase que me dijo cabizbajo. Qué odiosos son ustedes. Piensan que todo el mundo es malo. Con los años le cobré estas palabras.

Efectivamente decidieron no entregar los restos. No obstante, los de don Sergio Maureira Lillo no tenían alternativa, ya que había un reconocimiento dental hecho por una dentista de la Isla que identificó las tapaduras y arreglos que le había hecho, sumado a un chaleco y un bluyín reconocido por su viuda, lo cual lo convertía oficialmente en el primer detenido desaparecido confirmado. Sin embargo, del resto no teníamos nada concreto. En un comienzo, el SML autorizó a que lo entreguen solo a él. Luego de varias presiones, como huelgas de hambre en todo Chile, se decidió que serían facilitados todos los restos.

La iglesia franciscana en Recoleta estaba repleta ese día. Se iba a hacer una misa para despedirlos y darles sacra sepultura. Yo me encontraba afuera del SML con Sola Sierra y Viviana Díaz, pensando en que esta pesadilla no podía ser más terrible. Estábamos muy equivocados. Fue así como vimos que salieron cuatro cucas de Carabineros, y desde adentro un informante nos dijo que los iban a ir a botar a la Isla, que no se los entregarían a los familiares. No podíamos creerlo. Decidimos seguirlos en mi Citroneta. Ese viaje fue surrealista, ya que los cuatro vehículos nos rodeaban. Los tipos sacaban armas, nos apuntaban; y nosotros ahí, siempre dignos, seguíamos nuestro camino autoconvenciéndonos en todo momento de que no teníamos miedo cuando, insisto, por dentro estábamos muertos de miedo. Llegamos juntos con ellos al cementerio y vimos cómo los botaban, envueltos en bolsas de basuras negras, en la fosa común del cementerio. Luego se fueron mostrándonos sus armas y sonriéndonos con ironía. Ahí quedamos impotentes, sin nada que poder hacer. Me fui al centro de la Isla para buscar un teléfono. Llamé a

la Vicaría para contar lo que había pasado. Luego hicimos las gestiones y logramos cerrar la fosa de manera tal que no se arrojara ningún otro resto. Al fondo del cementerio se hizo una nueva huesera, con la secreta esperanza de que algún día íbamos a poder identificarlos.

Llegamos a la actualidad: están todos identificados y los autores vivos condenados. Hace un tiempo murió Lautaro Castro en prisión, el teniente a cargo del operativo, que luego fue ascendido a capitán; es decir, premiado por ser el director de orquesta de los asesinatos. Murió ciego, fracturado y diabético. Tenemos un convencimiento: que el teniente no fue el que decidió matar a estas personas; él sólo ejecutó una orden. Por la misma fecha, en Laja, San Rosendo, San Bernardo, en el norte con la Caravana de la muerte, en Paine, etc., hubo una política de exterminio y venganza. Los prisioneros de la Isla fueron un grupo más, para desgracia de los familiares.

Una vez me tocó conversar con Lautaro, que después se cambió el nombre a Marcelo. Le dije que hablara, que contara la verdad, que ahora estábamos solos y que no podía llevarse esos secretos a la tumba, pero él insistía en que no podía. No hubo caso. Murió sin decir una sola palabra.

**Talagante, 2021. Una mañana de verano. Mario me recibe en su casa con una taza puesta en la mesa. Según las primeras declaraciones de Carabineros, las acusaciones por las cuales fueron detenidos, apuntaban a que iban a envenenar las copas de agua. Rodearían el cuartel para atacarlo. Armaban sindicatos y grupos para poner a los trabajadores en contra del patrón. Se dijo que en una de sus casas había un plano perfecto de la Tenencia, con los apellidos Maureira, Astudillo y Hernández. Se dijo que eran los revoltosos, la manzana podrida, los extremistas, los flojos, los comunistas, las ovejas perdidas del fundo, los alborotadores del gallinero. Muñoz fue el jefe directo de Sergio Maureira Lillo en el MAPU, partido político de izquierda fundado en 1969 luego de una fracción con el partido Demócrata Cristiano, compuesto principalmente por el mundo campesino y universitario. Por tanto, su mirada se constituye como un ojo privilegiado de la cultura y la orgánica política de los campesinos de Isla de Maipo en la época, más allá de las declaraciones de Carabineros y los rumores.**

Sergio escuchaba muy atento cuando le hablaba, mirándome siempre fijamente a los ojos. Yo fui su jefe directo en el MAPU. En 1969 hubo una división de la Democracia Cristiana, donde nació el Movimiento de Acción Popular Unitaria. Fui asignado junto con un compañero para trabajar en la Provin-

cia de Talagante. Nuestra misión era armar el partido. Éramos todos muy jóvenes, de poco más de veinte años. Nos instalamos en varios sectores y conversábamos con mucha gente. Fue así como llegamos a Isla de Maipo. Había mucha simpatía hacia nuestro movimiento por parte de los campesinos. Nos fuimos nutriendo de ellos, de mucha gente humilde y esforzada. Éramos un partido de cuadros. Al interior teníamos una sigla: GAP, Grupo de Acción Política. No «Grupo de Amigos del Presidente», como fuimos denominados más tarde por Carabineros. Comenzamos a instalarnos en las periferias para encontrar personas intelectualmente aptas para trabajar con nosotros, que comprendieran el proceso, sus objetivos, y la función que debíamos cumplir dentro de él. Fue así como llegamos a la casa de los Maureira. En primera instancia, nos interesaba conocer las situaciones de los territorios, cómo se relacionaban con los patrones, la organización sindical, y en qué medida estaban comprometidos con el proceso político del gobierno de la Unidad Popular. Había mucha gente a favor al principio, lo que nos facilitó la tarea, pero también muchos en contra. Él tenía cerca de cincuenta años. Era un señor muy respetado, padre de familia de muchos hijos y un líder innato entre sus pares. A mí me pareció que era una persona de ideas claras con el proceso, y comenzamos a integrarlo lentamente a nuestro grupo. Íbamos a su casa, conversábamos con él, le entregábamos información política, etc.

En ese contexto, lentamente empezaron a aparecer grupos de extrema izquierda y derecha. Nosotros no queríamos caer en esos extremos porque podíamos perder el rumbo y la situación se iría para otro lado. Sergio era un hombre disciplinado y mesurado; no representaba ningún tipo de extremo. En 1971 se divide el MAPU en dos fracciones: el MAPU a secas, que era ultra; y el MAPU Obrero Campesino, que era más calmo. Todos nos quedamos en este segundo grupo, in-

cluyendo a Sergio y toda su gente, que eran campesinos de la Isla. Conversábamos acerca de lo problemático que era ser de la ultraizquierda. Debíamos apoyar el proceso; pero ordenadamente, a fin de ir abriendo espacios para consolidarlo y no hacerlo añicos en dos tiempos. Siempre estuvo de acuerdo con nosotros, y con ello su familia. Conforme pasaba el tiempo, teníamos que comportarnos según cómo avanzara el proceso. Con información privilegiada, decidíamos qué hacer. Sabíamos que Pinochet había asumido el mando de las fuerzas armadas, que era leal a la Constitución y al presidente Allende. Sergio, además, era presidente de un club deportivo. Por lo tanto, convocaba a mucha gente. Era un campesino muy inteligente que se educaba de forma autodidacta. Sabía leer. Tenía buenas ideas y capacidad para los números. Había sido dirigente en un fundo y en la actualidad lo era en el Naguayán, que era donde vivía junto a su familia. Por lo mismo, para nosotros era muy importante mantener ese vínculo con él.

Una de nuestras misiones era conversar con los campesinos referente al proceso de la reforma agraria, y que pudiera ejecutarse lo más apegado a la ley, de manera tal que no se nos desbandara el asunto. Me acuerdo de que había unos compañeros del MAPU que se tomaron la parcela de una señora francesa. Eran once hectáreas donde tenía animales. No cumplía los requisitos para ser expropiada, ya que se buscaban parcelas de doscientas hectáreas para arriba y que fueran agrícolas. Algunas personas no se cuadraron con el proceso mismo y querían hacer las cosas a su manera, pero en esa línea estábamos condenados al fracaso. Este tipo de situaciones generó muchos anticuerpos y desconfianzas. Por todos lados se creía que iban a expropiar terrenos y sus dueños estaban preocupados, alterados, a la defensiva. La idea era generar espacios de conversación y educación entre los

campesinos. El sistema latifundista no se diferenciaba mucho de lo que sucedía en la edad media con los feudos. Tampoco de la esclavitud. Por tanto, era imperante que los mismos trabajadores cuestionaran su estilo de vida y las condiciones que otorgaban los patronos para comenzar a generar transformaciones profundas. Fue una tarea ardua y compleja. Cabe destacar que el presidente Frei Montalva fue una pieza fundamental en todo esto. Él fue quien ayudó a ordenar el proceso de la reforma agraria y lo profundizó un poco más, ya que anteriormente había existido una liderada por Alessandri, pero fue muy tibia. Esta seguía los lineamientos de John Kennedy, con el programa Alianza para el Progreso, que buscaba detener procesos subversivos en la región, como la Revolución cubana de 1959. Así, más que reforma agraria, se le llamaba «reforma del macetero». Recuerdo que el cardenal Silva Henríquez parceló un fundo que tenía. Se expropiaron uno que otro abandonados, pero más de eso no fue. Frei profundizó y Allende fue más radical, pero sin llegar a los extremos como el de la señora de las once hectáreas. Ese tipo de situaciones desafortunadas nunca estuvieron en el programa ni en las ideas reformistas; más bien, fueron decisiones que iban tomando grupos radicales.

Cuando conocimos a Sergio tenía nociones de todo esto, pero más bien básicas. Llegábamos a su casa en una camioneta blanca que fue facilitada por el partido. Tiempo después, cuando me detuvieron, supe que en más de una ocasión me habían seguido, que sabían que ese vehículo iba a la casa de los Maureira, y que se indicaba que ambos éramos extremistas. Pero cuán equivocados estaban. Ni Sergio ni yo lo éramos. Ambos estábamos apoyando el proceso y al compañero presidente, pero desde la mesura y el orden. Era menester establecer cambios políticos y sociales en este país. Imagina que hoy en día las desigualdades son atroces. Piensa

entonces cómo lo eran en esa época, pero todo se tergiversó y los chilenos nos dividimos en solo dos bandos: los blancos y los negros, los buenos y los malos, sin matices. Y para el régimen y Carabineros nosotros éramos del bando oscuro, terroristas peligrosos.

**Interrumpe su relato para ir a la cocina y poner el hervidor, mientras me cuenta que desde hace muchos años vive en Berlín, Alemania, y que cada cierto tiempo regresa a Talagante a ver algunos asuntos familiares y viejos amigos. Lentamente se incorpora a la mesa con el agua hirviendo. «Ahí tiene azúcar rubia», me comenta.**

Entre Oliveto y Malloco había otros dirigentes campesinos que estaban con nosotros, pero la gran mayoría de trabajadores y campesinos estaban al margen. No se metían en temas políticos. Históricamente estos sectores rurales son más bien tradicionales, conservadores. Aquí no hubo una revolución desde abajo como en México. Personas como yo nos internábamos y hacíamos ese trabajo de cuadros y de educación, por tanto, el ambiente sinceramente no era de algarabía y desorden. Con los años me he dado cuenta de que la pobreza era mucha, y no solo material. Finalmente, lo material es consecuencia de otro tipo de pobrezas, como la educacional, por ejemplo. En esa línea, las masas eran más bien flexibles. Un día podían ir a todas contigo, pero al otro no. En consecuencia, no percibía una convicción profunda del proceso ni mucho menos masiva. De todas formas, la reforma agraria levantaba esperanzas porque se abría como una posibilidad de romper con el círculo de esta suerte de esclavitud moderna, donde las familias dependían de un patriarca y, hay que decirlo, en muchos lugares los patrones y sus hijos se sentían con el derecho de abusar no solo de los trabajadores, sino que

también de sus esposas e hijas. Era como si la tierra y las personas les pertenecieran. Eso no podía ser así. Algunos entendíamos eso y trabajábamos para engendrar cambios en esa realidad. Sin embargo, todo eso se vio truncado con el golpe y a muchos les vino la noche larga, como es el caso del amigo Sergio y su familia. Entonces ya no era importante armar partidos y revoluciones, sino que mantenerse con vida y poder parar la olla, que esa era otra cosa también. La crisis económica era terrible. Estamos hablando de familias que tenían, en promedio, seis hijos, incluso más de diez en varias de ellas. En toda esta historia, los hijos de Sergio participaban muy poco. Él era nuestro hombre. Él sabía, y los suyos más bien lo seguían. Eran personas alejadas de temas políticos. No eran considerados militantes. Eran personas buenas, quitadas de bulla, campesinos con otras costumbres y tradiciones.

Nuestra labor era comunicar que la ley hablaba de doscientas hectáreas para arriba, pero había sectores ultra que querían todo. «Avanzar sin transar», vociferaban, y que Allende era un reformista y no un revolucionario. Eso trajo pugnas internas muy fuertes, separaciones que al final nos pasaron la cuenta.

Mi tarea era recorrer todas las localidades. Muchas veces no sabía dónde iba a amanecer. A veces en todo el día no comía nada. Tenía una entrega total a la causa. Las carreteras no son como las que tenemos hoy. Había harto camino pedregoso, de tierra, oscuro. Entonces, en más de una ocasión, cuando iba donde los Maureira se me hacía tarde, y la señora Elena me invitaba a quedarme en su casa, que cómo me iba a ir. Me trataba como si fuera un hijo más. La gente del campo de Chile suele ser así de amable. Te dan mucha comida y te atienden como si fueras el rey de España.

Cuando llegó el golpe nos juntamos en la gobernación de Talagante. Estaban el Chino Peluquero y un compañero

que no reconocí porque se había afeitado y cortado el pelo. La idea era distribuirnos por distintas partes. El Chino tenía nueve hijos y era viudo. No podía irse de Talagante y dejarlos solos. Por mi parte me fui a esconder a un fundo en Melipilla. Allá me encontré con otros compañeros y me dijeron que tenía que irme camino a San Antonio. Nunca más volví a ver a los Maureira.

El 14 de septiembre por la tarde regresamos a Santiago para que nos reubicaran. Nos vinimos con tres compañeros a mi casa y esa misma noche nos detuvieron a todos. Donde actualmente está el Banco de Chile de Talagante estaba la comisaría. Para allá nos llevaron. A cargo iba un oficial con el cual a veces almorzaba y jugábamos fútbol; es decir, nos conocíamos. De todas formas, el trato fue pésimo. Éramos prisioneros de guerra. Allá nos topamos con otros compañeros que habían sido detenidos en Melipilla. Los tenían en el suelo con las manos en la nuca. Tanto prisioneros como policías nos conocíamos todos, y pateándonos en el suelo nos decían constantemente que habíamos sido acusados de ser guerrilleros y que, uno por uno, nos iban a fusilar. Poco a poco, comenzaron a llevarnos de forma individual a una sala donde nos interrogaban y torturaban, nos dijeron que teníamos que delatar inmediatamente a otros compañeros si no queríamos pasarlo mal. La primera vez fue insoportable. Me dejaron como un trapero sucio. Era incapaz de estar en pie. Entonces, a la segunda interrogación no fui capaz y me llevaron al hospital de Talagante que estaba en Francisco Chacón. Una vez que estuve mejor me volvieron a llevar a la comisaría, y el teniente me explicó que había un consejo de guerra en contra de nosotros, y que yo estaba acusado de revolver el gallinero con los campesinos. Me dijo que iríamos a la Isla de Maipo y que si era reconocido por los carabineros de allá me iban a matar inmediatamente. De lo contrario, me

iban a dar cinco minutos para que arrancara y después me iban a disparar. Al llegar a la tenencia de la Isla me estaba esperando Lautaro Castro, el teniente de esa localidad. Al verme, inmediatamente me reconoció como el «huevo de la camioneta blanca». Resultó ser que me habían seguido en más de una ocasión y me tenían perfectamente identificado. Entonces no hay nada más que hablar, te vamos a tener que ajusticiar, me dijo el carabinero de Talagante. Me llevaron de regreso al complejo químico. Me fui pensando todo el viaje en que me iban a matar. Fue terrible, pero me mantenía en pie el convencimiento profundo de que todo lo que había hecho era lo que había que hacer; que, si moría, lo haría por una causa justa, comprometido hasta el último suspiro. Al llegar, venían dos regidores, don Rafael Calderón y José Diéguez. Me reconocieron y pidieron hablar conmigo en privado junto con el teniente. Me dijeron que tenían buenas referencias mías y que me reconocían como una persona tranquila. Entendí que esa era una oportunidad para salvar mi vida y comencé a tomar una postura conciliadora y autocrítica con respecto al fallido proceso de la UP y a las causas del golpe. Me dijeron que me iban a dejar en libertad, pero que estarían observándome, que al mínimo indicio me volverían a tomar prisionero y que entonces no saldría libre nunca más.

Me fui a Los Ángeles, a una residencial. El 10 de octubre aparecí en *La Tercera* como uno de los extremistas buscados más peligrosos del país. Tuve que entrar en la clandestinidad hasta que un día me tomaron detenido y me llevaron a Chacabuco. Estando allí, comenzaron a llegarme mensajes de otros prisioneros y familiares que estaban en las afueras, preguntándome si sabía de los Maureira, pero por ese entonces cada cual debía salvar su vida y no volví a saber no solo de ellos, sino que de mucha gente más. Estuve un año preso entre Chacabuco, la cárcel pública, Tres Álamos, Esta-

dio Nacional y Estadio Chile. En cada uno de esos lugares fui interrogado y torturado, hasta que pude salir en libertad y de ahí inmediatamente al exilio. Entendí que si no salía del país en cualquier momento me iban a matar.

En una oportunidad nos encontramos con Enrique Correa, que también había sido del MAPU. Él vivía en la RDA, la Alemania Oriental, y conversando llegamos a la idea de traer a algún familiar de detenidos desaparecidos desde Chile, a fin de que pudiera dar testimonio por diversos lugares. Pensamos en la señora Elena Muñoz porque su caso era emblemático al ser madre y esposa de cinco personas desaparecidas. Se me asignó esa tarea y realicé las gestiones correspondientes. Finalmente, Elena no pudo viajar por diversos motivos, y vino en representación de la familia Corina Maureira Muñoz, que era hija de Sergio y Elena.

Estando allá, nos enteramos de que habían aparecido los restos de los isleños en el cerro de Lonquén. Fue muy dolorosa toda esta situación porque aun cuando habían hallado a Sergio y a los demás, el régimen seguía negando que tenía algo que ver. En ese momento, recibimos información desde la radio, diarios, casetes y cartas de compañeros que nos llegaba desde Chile, y empezamos a sacar conclusiones, como que cuando me llevaron a la Isla dentro de la tenencia había gente de derecha que aplaudía el golpe y nos insultaba cuando nos veía caminando prisioneros. Si bien todos se tiraron la pelota entre sí y nunca nadie se hizo cargo, en estos pueblos chicos todos nos conocíamos y sabíamos quién era quién. Esto fue un plan perfectamente armado y yo pienso que tanto a los Maureira, Astudillo, como Hernández, los tenían vigilados de antes, y se ensañaron tanto con ellos porque fue una venganza en contra de los campesinos que osaron alzarse en contra del patrón. Había un mensaje claro aquí: si vas a revelarte, esto es lo que te espera. Lautaro Castro fue un ciervo

de los latifundistas, un personaje desagradable y sádico. Yo pienso que este caso retrata de cuerpo entero lo que fue la dictadura. Mataron a gente inocente. Si me hubieran matado a mí, al menos yo tenía la convicción absoluta; pero los hijos de los Maureira, por ejemplo, nada tenían que ver en todo este entuerto. En la escala de responsabilidades, si fuera por ello, yo tenía que morir.



**MAUREIRA**



**Corina Maureira Muñoz, 69 años**

*Hija de Sergio Maureira Lillo, hermana de Sergio Miguel,  
Rodolfo Antonio, José Manuel y Segundo Armando Maureira Muñoz*

**Agosto del 2019, Isla de Maipo. Corina me había dicho por teléfono que con mucho gusto me recibiría en su casa para hablar de lo que pasó con su familia. Era un deber porque, por ningún motivo, quería que otras personas pasaran por lo mismo. La presencia de su padre y hermanos se desplegaba por todas las paredes de la casa, especialmente en una esquina donde resaltaba un altar que sumaba a Purísima Elena Muñoz, su madre. Nos sentamos en unos sillones. Agradezco su amabilidad. Empiezo a grabar y le cuento que la ubicaba por haberla visto en varios encuentros y conmemoraciones del caso, incluso en un programa de televisión por los cuarenta años del golpe, donde le daba una entrevista a Benjamín Vicuña. Tenía la impresión de que era una suerte de vocera de su familia.**

Así es, pero no fue tanto por elección, sino más bien porque la vida me puso frente a esta situación y no me quedó otra. Me tocó salir del país en plena dictadura para denunciar lo que le habían hecho a mi familia. Antes de subirme a ese avión no era capaz de hacer un trámite sola. No tenía personalidad para nada. Iba al médico y me transpiraban las manos. Caminaba por el centro avergonzada, como escondiéndome. En cualquier tipo de diligencia siempre estaba acompañada de mi madre o de una hermana mayor. Era muy insegura. Pero lo que nos pasó fue tan duro que no sé de

dónde saqué fuerzas. El dolor que se siente es tan grande que te da las agallas para no temerle a nada. Se va el miedo. Se crece de pronto. Hay coraje para enfrentar lo que sea y a quien sea. Hace cinco años se habían llevado a mi padre y a mis hermanos. Hasta ese entonces no sabíamos qué había sido de ellos. Los buscamos por todas partes. En el retén de Carabineros nos decían que los habían llevado al Estadio Nacional. Para allá partíamos. Estábamos días enteros esperando a que apareciera algún familiar o, en su defecto, que soltaran a una persona cualquiera; y con fotos nos acercábamos a preguntar si habían visto a uno de los nuestros, pero nada. Un día escuchamos que a don Miguel Sepúlveda, el Chinito, que era peluquero de Talagante y amigo de mi papi, lo habían soltado del estadio. A su casa fui a preguntarle si había estado con ellos, pero nada. Decía que la última vez que los vio fue antes del golpe, en nuestra casa. Pero ¿está seguro don Miguel? Haga memoria por favor, le preguntaba una y otra vez. Era como si se los hubiera tragado el planeta. Poco a poco empezamos a darnos cuenta de que nuestra familia no era la única que había sido desaparecida en Isla de Maipo. También fueron a las casas de unos vecinos: los Astudillo y los Hernández. Algunos de ellos eran conocidos sindicalistas. No sabíamos dónde estaban y nadie se hacía cargo. Se tiraban la pelota unos con otros. No se reconocían los hechos. Es más, desde el gobierno se insinuaba que nunca habían existido. Era todo tan absurdo, tan ilógico como negarles la existencia a las madres de los hijos que ellas mismas habían parido.

Por ese entonces tenía veinticinco años y le llegó una invitación a mi mamá. Un grupo de exiliados chilenos que vivían en Europa estaban realizando encuentros donde contaban lo que había pasado y estaba pasando en Chile luego del 11 de septiembre de 1973. Hasta ese momento la dictadura negaba la existencia de detenidos desaparecidos y, sumado

a ello, se decía que los comunistas estaban inventando identidades falsas para hacer creer en el extranjero una situación más catastrófica de lo que realmente era. No bastaba para ellos hacerlos desaparecer físicamente; debían borrarlos de nuestras memorias, nuestros recuerdos, nuestros corazones. Me parecía una injusticia tremenda, una inhumanidad que no podía entender. La invitación consistía en que mi madre fuera a dar testimonio a las charlas que organizaban los exiliados, a modo de testigo, para que contara lo que había pasado, que sus hijos sí habían existido. Pero ella no podía salir del país porque necesitaba el permiso de mi papá y, además, en plena dictadura. Sabiéndose que era esposa y madre de detenidos cuyo paradero nadie sabía, era muy difícil que la dejaran salir. No queríamos desperdiciar esta oportunidad. No solo podíamos hablar de nuestros familiares, sino que de cientos más de los cuales nadie sabía dónde se encontraban y que eran negados por el régimen. Mis hermanos y hermanas estaban todos casados. Yo era la única soltera y a esas alturas ya no era la niña temerosa. Entonces era la indicada para partir. No fue para nada fácil tomar la decisión. Por aquel tiempo era empleada doméstica en una casa de Santiago. La hija de mi patrona, Gracia, trabajaba vendiendo pasajes en una línea aérea. Fue así como, desde Suecia, se organizó mi viaje en conjunto a ella. Fue muy buena con nosotros. Siempre escuchó nuestra historia y jamás nos juzgó. Empatizaba con mi familia. Entonces ella misma me sacó el pasaporte. Me ayudó a emperifollarme y dejamos todo listo para viajar a Polonia, desde donde me movilizaría a distintos lugares. Jamás me había subido a un avión. Mucho menos sabía hablar otro idioma que no fuera el español. Esa tarde hacía mucho calor. Recuerdo como si fuera ayer a mi madre Elena Muñoz besándome la frente en el aeropuerto, y a Gracia deseándome suerte, que me sintiera segura de lo iba a decir y que no tuviera miedo,

que allá tendría amigos y amigas esperándome, y que no me dejarían sola en ningún momento. Intenté que mi madre no se diera cuenta de lo nerviosa que estaba. No podía dejarla preocupada. Verla todos estos años con la angustia día y noche me había hecho entender que, en lo profundo, de esa mujer fuerte y luchadora, había una persona sensible, frágil, y que yo, su hija, tenía que estar a su lado en todo momento para llevar juntas este calvario. Llevaba una falda café larga y una blusa floreada, en un bolsillo la fotografía de mis cuatro hermanos y mi padre. Recuerdo que me senté a la ventana y me allegué fuerte al asiento. Tenía mucho miedo. Cerré los ojos y me encomendé a la Virgencita. No fue tan terrible, sinceramente. Se me fue pasando cuando veía la cordillera a lo lejos. A José Manuel le hubiera gustado mucho subirse a un avión. De seguro estaría peluseando, mirando por todos lados. Qué habrá sido de él, quizás dónde estaría echando la talla, pensaba yo. Y Rodolfo. Y Sergio Miguel, sus hijos tan pequeños. Y mi papi. Cómo se le ocurre dejar sola a mi mami con la tracalada de cabros chicos. Quizás dónde andarán.

Mi padre le trabajaba como empleado particular a don José Celsi en el fundo Naguayán, conocido latifundista de la zona donde nació. En ese lugar había varios jefes de secciones. Mi papá era uno de ellos. Él no podía pertenecer al sindicato por su condición de jefe, pero todo el mundo sabía la cercanía que tenía con ellos. Siempre lo buscaban para preguntarle cosas y gustoso accedía. Resulta que a mi viejo le gustaba mucho leer y escuchar radio, las noticias. Sabía mucho de leyes laborales porque ya había sido jefe en otro fundo. Le complacía darles consejos a los trabajadores para que no los pasaran a llevar en sus derechos. Se indignaba con las injusticias y los malos tratos a los peones y a sus familias. Le gustaba ser solidario con los más pobres. Lo que mejor sabía hacer era arar la tierra y hacer salir de ella los más grandes y

sabrosos vegetales: cebollas, papas, choclos, ajos, habas, entre muchas otras cosas. Aparte del fundo, con mis hermanos arrendaban una parcela. Tenían un tractor y con él sembraban para después cosechar e ir a vender a la vega. Mis hermanos mayores vivían de eso. Todo se los había enseñado mi padre, que a su vez aprendió de su padre y él del suyo, como una suerte de legado familiar.

Mi viejito tenía varios amigos. Era una persona sociable. Cada cierto tiempo venían a visitarlo a la casa y yo me daba cuenta de que era un grupo de caballeros de Talagante. Era muy estricto con sus hijas mujeres y no nos permitía estar presente en reuniones donde había hombres. Por tanto, debíamos estar encerradas en la pieza y no nos dábamos cuenta de qué hablaban. Tiempo después me enteré de que iban una vez al mes a mi casa a realizar reuniones de un partido en el cual mi papá estaba inscrito. Se llamaba MAPU Obrero Campesino. Toda su vida había sido campesino, lo mismo que sus padres, abuelos y bisabuelos. Por ende, si había que pertenecer a algún grupo, sería al que representara a los trabajadores agrícolas.

La primera parada fue en Frankfurt, Alemania. Allí tenía que hacer una escala y esperar un vuelo que me llevaría con mis recepcionistas. No entendía nada. Todos hablaban alemán de una forma muy rápida. Faltaban como cinco horas antes de que partiera el avión, así que me senté en una esquina a esperar. Comencé a recordar a mis hermanos. Disfrutaba tanto irlos a ver a jugar a la cancha. Mi papá siempre fue pelotero y le gustaba todo lo social, que entre las familias de los trabajadores nos ayudáramos. Todos mis hermanos también eran futboleros, chunchos y buenos para la pelota. Sergio, mi padre, ya había sido presidente años atrás del Club Deportivo y Social La Patagua. Siempre lo molestaban que con la montonera de hijos que tenía ya había completado el

equipo. Entonces un día simplemente lo armó: el Club Deportivo Robert Kennedy. Fuimos a varias partes con el club. Fuimos muy felices.

En el Naguayán todos sus habitantes éramos muy humildes. Trabajábamos para un patrón que era el dueño de todo el fundo. Él nos pasaba una casa y un pedazo de tierra; pero la siembra era mitad para el patrón, mitad para nosotros. Éramos doce hermanos. Con eso nos daba para lo básico, pero mi viejo siempre se las arreglaba para sacarnos a pasear. Invitaba a familias del fundo. Arrendaban unos buses y nos íbamos todos de viaje por semanas enteras. A veces partíamos en camiones, de esos que transportaban a los caballos. Andábamos todos parados y apretados como animales, pero muertos de la risa. Conocimos Pichilemu, la laguna Aculeo y todo el litoral central. Llevábamos carpas y cada familia tenía su pedacito. Y a mi madre, pobrecita, no conforme con todo lo que tuvo que pasar, el arrebato y desaparición forzosa de cuatro de sus hijos y su esposo, estando aún en Naguayán, constantemente la iban a amenazar y a decirle que nos fuéramos. Las reglas eran claras: si no existía un patriarca que trabajara para el patrón, la familia debía abandonar la casa, y así dar paso a otros en donde sí hubiera un padre de familia que responda a los deberes del fundo, justificando su estancia y el techo sobre sus cabezas. Le llamaban «el obligado». Según ellos mi padre nos había abandonado. Era un terrorista que quería envenenar las copas de agua potable de toda la Isla. Otro absurdo, porque si así hubiera sido mata a toda su familia, los amigos y vecinos. ¡Por Dios! Mi padre, si había algo por lo que luchaba en su vida, era precisamente por su familia y sus vecinos. Sumado a ello, todos mis hermanos hombres que quedaron eran menores de edad. Por tanto, no podían responder por la familia.

Recordé entonces las formas que empleaban para amedrentarnos: nos secaban la acequia para que no pudiéramos regar ni darle agua a los animales, nos tajeaban las vacas, nos robaron los chanchos, cercaron nuestra casa con alambres de púa, y llegaban los milicos de FAMA E cada quince días a decirnos que nos fuéramos, que nadie quería ser vecino de unos comunistas conchasumadres, que no teníamos nada que hacer allí, que buscáramos otro lugar para vivir, en donde nadie nos conociera ni nos apuntaran con el dedo. Nos hacían firmar unos documentos que decían que nos teníamos que ir, pero antes debíamos entregar la cosecha. No teníamos dónde ir. Nos quedamos solos. Nos dieron la espalda amigos e incluso familiares. Mis hermanos estaban chicos. Mi madre no sé cómo se mantuvo en pie tantos años. Como ya no sentía miedo, cuando llegaban a mi casa con el administrador del fundo, Maximiliano Genskowski, me paraba al medio de la casa y les decía que se fueran, que si querían matar a alguien que me mataran a mí, que no nos íbamos a ir porque nosotros no habíamos hecho nada malo, ni mi padre ni mis hermanos. Ahí quedaban los milicos y el administrador. Creían que nos iríamos cascando y muertos de miedo, pero no. Mi padre me enseñó que tenía que llevar siempre la frente en alto y eso fue lo que hice. Defendí a los míos, como esa tarde en un continente extraño, a miles de kilómetros del pequeño pueblito que me vio nacer, rodeado de brazos del río Maipo y un apacible silencio que sería testigo y cómplice de todo lo que se vendría.

Al fin llegó el avión que me llevaría a Polonia, donde estarían esperándome los chilenos Mario Muñoz y Carlos Rubio, ambos exiliados y gestores de esta iniciativa. Me sentía sola, perdida y en un completo y obligado silencio; pero al mismo tiempo sabía que lo que estaba haciendo era lo correcto. Y no portaba tan solo mi voz y mis palabras, sino que

la de muchos más que estaban perdidos y negados por el régimen en Chile. El recibimiento fue con mucha amabilidad. Me estaban esperando ansiosos. Sabían que lo que iba a decir era muy valioso para la comunidad extranjera, sobre todo en Naciones Unidas. Allí se darían cita importantes diplomáticos de todo el mundo. Esa misma tarde nos fuimos a la casa de Carlos, me tenían preparada una linda cena. Conversamos sobre el viaje y sobre cómo estaban las cosas con mi familia en Isla de Maipo. Les conté lo de las otras víctimas y cómo estaban negando la existencia y desaparición de mis hermanos; también lo de los amedrentamientos para que nos fuéramos del fundo, y cómo éramos mal vistos por algunos isleños. Les hablé de una tarde que marcó mi memoria. Cuando, con mi madre, un domingo al medio día yendo a misa, a la iglesia del centro, el cura que recibía a los feligreses en la entrada le dio un ferviente abrazo a Maximiliano, mientras que al vernos a nosotras nos hizo un desprecio y se dio media vuelta para ingresar al templo. Todo era una locura. El mundo estaba al revés: el cura apoyando a los cómplices asesinos y a nosotras, las víctimas, nos daba la espalda. Algo muy simbólico con lo que estaba ocurriendo en todo el país. Esa misma noche me contaron con más detalles de qué se trataba mi viaje. Debía acompañarlos a diversas charlas para contar todo lo que había pasado esa noche del 7 de octubre. A mi lado habría un traductor y yo debía hablar sin tapujos ni límites, contándolo todo con lujo de detalles y sin ningún temor, ya que ellos me cuidarían en todo momento. El itinerario era Suecia, Suiza, Italia y las dos Alemanias, y entre tanto debíamos ir un día a la ONU, en donde compartiría testimonio con la señora Hortensia Bussi, la viuda del presidente Salvador Allende. Cómo te explico lo que estaba sintiendo: una mezcla de ansiedad, nerviosismo y miedo. Si en Chile se enteraban de lo que estaba haciendo, las consecuencias las iban a pagar mi familia.

Imagínate si, así, sin nada, iban y mataban a los animales, con todo esto qué pasaría. Pero ya estaba ahí. Tenía una misión clara y debía cumplirla.

Los primeros días fueron los más difíciles. Si bien estando con chilenos me sentía como en casa, al momento de poner un pie en la calle me volvía a sentir una hormiguita en el mundo. Todo era tan distinto: las personas, los lugares, el idioma, las costumbres, todo. Tan solo era una niña enfrentada al universo, con una verdad en el pecho que me pedía a gritos ser contada.

Cuando me fui, se habían descubierto hace un par de meses restos humanos en el cerro de Lonquén. Decían que estaban dentro de una mina de cal y que los habían hallado luego de haber recibido una denuncia anónima en la Vicaría de la Solidaridad. Se decía que había sido un paco arrepentido. Otros decían que fue una revelación bajo secreto de confesión. El caso es que eran cuerpos humanos enterrados clandestinamente. No había claridad sobre quiénes eran. Hasta ese momento la dictadura seguía negando sistemáticamente que hubiera detenidos asesinados por ellos. Según la versión oficial de la Junta, era que los desaparecidos se habían matado entre ellos, a manos del comunismo extranjero, o que se habían ido a esconder a otros países. Un par de años atrás había un titular que decía algo así como que morían como ratas, y también había aparecido el cuerpo de una joven profesora en una playa del norte; pero en ninguno de los casos estaba asumida la mano del régimen. La versión oficial era que el primero había sido un enfrentamiento y el segundo un crimen pasional, pero al parecer este nuevo hallazgo era de detenidos políticos y no podían esconderlo. A pesar de que no había evidencia sobre quiénes eran o sobre cómo habían llegado hasta allí, los rumores de que eran víctimas de Pinochet eran muchos.

Recuerdo que llevaba uno o dos meses en Alemania cuando, una tarde en la que estaba sola en casa de Carlos, sonaba en su living Radio Moscú. Un hombre daba las noticias del mundo entero. De pronto se detuvo en Chile y en los crímenes que allí estaban sucediendo. El relator comenzó a decir que habían sido reconocidos los cuerpos de los asesinados en los hornos de cal, en el cerro de Lonquén, ubicados al surponiente de Santiago. Mi intuición me decía que eran ellos. Quince eran los desaparecidos de la Isla, quince los cuerpos hallados. Una hilera de frío recorrió mi espalda hasta mi cabeza cuando escuché que había sido reconocida la ropa y dentadura de don Sergio Maureira Lillo, convirtiéndose oficialmente en el primer detenido desaparecido y asesinado reconocido por el régimen. Hubo un largo silencio. En eso llega Carlos y me ve destrozada frente a la radio. Me da un abrazo y le baja el volumen. Me pide que nos sentemos para conversar un rato. Estaba desesperada. Lo único que quería era regresar a mi país y contener a mi madre. Pensé en ella y en mis hermanos menores, en mis sobrinos. Tenía que estar allá para colaborar con lo que fuera necesario: las diligencias de reconocimiento, el velorio, el funeral y todos los ritos que ameritaba una situación como esta. Carlos me contó más detalles, como que el único reconocido por el régimen había sido mi papá. De los otros seguían diciendo que ellos no tenían nada que ver. Esta vez no podían disfrazarlo de crimen pasional o enfrentamiento, o al menos eso creía estando allá. Con mayor razón quería regresar. Tenía rabia, pena. Cómo era posible que aún después de muertos, teniendo la evidencia de mis hermanos, siguieran negándolos. Hasta dónde llegaba la maldad humana. Carlos me insistía en que aún no íbamos a la ONU y, además, me estaban invitando a Washington y a Cuba. Me decía que mi testimonio era muy importante porque era la hija del único asesinado reconocido

por la dictadura. Pero los míos en ese entonces eran los vivos, era mi madre. Le pedí con todas mis fuerzas que me fueran a dejar al aeropuerto y que por favor velaran para que ni a mí ni a mi familia nos pasara algo. Al cabo de un rato llegó Mario. Me pidió que me calmara, que no era tan fácil coordinar un vuelo de regreso. Tenía novedades de mi familia. Me contó que había una red de apoyo en Isla de Maipo, que se estaba cuidando a Elena como se podía, pero que tenía que entender que no era fácil. Tiempo después me enteré de que cuando fui a hablar a la Radio Moscú se escuchó en Chile, y llegaron a mi casa periodistas, milicos y pacos con el administrador del fundo. Para ellos yo era tan solo una niña. Por tanto, no significaba ningún tipo de amenaza. Pero luego de escucharme comenzaron a decirle a mi familia que era una terrorista, una comunista tal por cual mentirosa, que cómo había sido posible que lograra salir del pueblo, yo, una mocosa campesina, que quién nos había ayudado, que nos fuéramos de una buena vez de ahí bien lejos, que si no les decíamos quién nos había ayudado íbamos a pasarlo mal. ¿Más mal aún? ¿Más de lo que ya lo habíamos pasado? Era un poco difícil de imaginar; pero sí, era posible. La maldad de estos tipos no tenía límites. Decidí quedarme y terminar lo que había empezado. Fue así como fui a la ONU.

Estaba muy nerviosa, pero decidida. Realmente siento que cuando salí de aquí era una niña, y que cuando regresé ya era toda una mujer, y sin duda este episodio de la ONU fue un antes y un después. Comencé contando que estudiaba en un internado, el Instituto Nacional Femenino; pero desde el 7 de octubre de 1973, la noche en que se llevaron a mi papá y mis hermanos, dejé toda mi vida de lado y me dediqué solamente a buscarlos. Yo vengo de un fundo: el Naguayán, que está ubicado en un sector de campo que se llama Isla de Maipo. Vivo en un callejón, calle La Ballica, donde hay casas

por ambos lados. Era un domingo de primavera. Esa tarde mi padre había llegado triste de la cancha porque su club había perdido. Se fue directo a su cama. Mi madre le tenía listo un lavatorio con agua calentita para que se lavara los pies. Esa era una suerte de ritual que tenían ellos dos. Eran como las diez de la noche cuando golpearon la puerta de la casa. De una camioneta blanca se bajaron cuatro carabineros preguntando por don Sergio Maureira. Mi mamá los atendió y los hizo pasar. Venían muy amables y calmados. Comenzaron a revisar todo. Decían que venían mandados y que en la tenencia necesitaban hablar con él. Yo miraba hacia afuera, pero no lograba ver muy bien porque estaba muy oscuro. La ampolleta alumbraba un breve espacio de la entrada. Solo se veía una camioneta blanca que, tiempo después, supimos, era del cura del pueblo, Ignacio Bermeosolo Beltrán. El que entró a la pieza de mi papá fue el carabinero Pablo Ñancupil. Yo misma lo acompañé. Este señor era amigo de la familia, casado con una compañera del colegio de nosotros. Mi papá era como su tío y mis hermanos sus amigos. Entonces había confianza y todo se veía tranquilo. Fue muy respetuoso y le dijo a mi padre que por favor se vistiera, que necesitaban hablar con él su teniente Castro, pero en el cuartel. Le dio tiempo para que se levantara mientras revisaba toda su pieza: velador, ropero, todo. Mi padre tenía un revólver calibre 22 que contaba con permiso, además de una vieja carabina que colgaba como reliquia en la pared, ya que había sido heredada de su bisabuelo. Eso era todo lo que había; no como dijeron después que teníamos un armamento escondido. Mientras pasaba eso en la pieza, los otros tres carabineros revisaban la casa entera, también el patio. Nos acercábamos a ellos para preguntarles qué buscaban y por qué se llevaban a mi papá; pero solo decían que habían sido mandados, que tenían que hablar con don Sergio en la tenencia. Mi viejo

miró a mi madre. Le dijo que no se preocupara, que Pablito le había dicho que era un asunto rápido, que iba y volvía. Le dio un beso en la frente y se fue. Me acuerdo de que vimos que se le había olvidado la billetera. Como donde vivimos es un callejón estrecho y no se podían dar la vuelta, sino que tenían que llegar al fondo, entonces sabíamos que tenían que volver. Esperamos afuera para pasársela. Al parar, el Pablo nos vuelve a decir que no nos preocupáramos, que en un rato estaban de vuelta con don Sergio. Al mismo tiempo le dice a mi madre que nos entráramos porque había toque de queda. Debe haber pasado una hora de eso cuando llegaron nuevamente los carabineros, en la misma camioneta blanca; pero ya no caballerosamente como la primera vez, sino que todo lo contrario. Empujaron la puerta de afuera y la de adentro la abrieron a patadas. Los más grandes estábamos en el living esperando a mi papá, mientras que tres policías nos gritaban que nos levantáramos, que éramos unos comunistas conchasumadres y que nos íbamos a llegar a recagar por terroristas. Entraron a la pieza y se llevaron a dos hermanos. A uno de los chicos le pegaron un cachazo con la pistola por salir a mirar lo que estaba pasando. Nosotros tratábamos de quitárselos diciéndoles que para dónde se los llevaban, que ellos no eran delincuentes ni ladrones para que los trataran así, mientras tanto pateaban las cosas y nos preguntaban dónde teníamos guardadas las armas. «¿Cuáles armas?!», decíamos, mientras se llevaban a mis hermanos y otras cosas de mi papá, como un vino y su reloj. Yo les preguntaba dónde estaba mi papá y para dónde se llevaban a mis hermanos, pero ellos no dijeron una sola palabra; solo se dedicaron a destrozarnos todo, a gritarnos e insultarnos. Uno de los pacos era Jacinto Torres, que vivía en una parcela que arrendaba mi papá para la siembra. Ellos eran amigos. Si hasta vino tomaban juntos. Todos nos conocíamos, pero nos trataron como si tuviéramos peste

o algo así, de la peor forma en que se puede tratar a un ser humano. Cuando lograron sacarlos a la calle, uno de los pocos no nos dejó salir de la casa. Nos apuntó con su arma y rompió la ampolleta del patio. Ahora sí que no veíamos nada. Nos dijo que si poníamos un pie afuera nos iba a matar ahí mismo, porque había toque de queda. Mi mamá intentó salir, pero mis hermanos la tomaron.

Esa noche no pudimos dormir. Tampoco podíamos salir a buscarlos por el toque de queda. Esperamos hasta el alba. Cuando íbamos en camino hacia la tenencia, nos topamos con mis cuñadas Hilda y Elisea, las esposas de mis hermanos mayores, que estaban casados y vivían en otro lado con sus familias. Venían muy angustiadas a contarnos que también se los habían llevado. En total, se llevaron a cuatro hermanos y a mi padre. Cuando llegamos a pedir explicaciones, nos decían que estaban en distintos cuarteles. Recorríamos todo Santiago buscándolos. Primero nos dijeron que estaban en el Estadio Nacional, luego en el Estadio Chile, después en distintos cuarteles y campos de concentración como Tres Álamos, la FISA, FAMA E y otros lados, pero no estaban en ninguna parte. Finalmente nos volvían a enviar al cuartel de la Isla, que fue de donde los tomaron, pero ahí nos volvían a decir que estaban en el Estadio Nacional. Estuvimos buscando en círculos todos estos años y hasta el día de hoy no los hemos encontrado. Los primeros meses fueron los más terribles porque no sabíamos dónde ir ni a quién pedirle ayuda. Caminábamos a Talagante preguntando por ellos, ya que no teníamos dinero para pagar un pasaje. Muchos días no teníamos ni siquiera un pan que llevarnos a la boca. Había días en que apenas hacíamos la plata para los pasajes a Santiago, y no nos alcanzaba para comer. Era terrible.

Después, nos enteramos de que habían ido a buscar a otros trabajadores, de las familias Astudillo y Hernández, del

mismo fundo Naguayán. Junto a unos jóvenes que tomaron presos en la plaza de la Isla, en total eran quince personas. En Santiago se abrió un Comité Pro Paz, que ayuda a los familiares de los detenidos que no aparecen. Ahí nos dimos cuenta de que éramos muchos y de todo Chile. Ya no nos sentíamos tan solos; nos acompañábamos en este sufrimiento, en esta angustia de no saber dónde están nuestros familiares. En ese lugar hay profesionales, abogados, psicólogos, asistentes sociales, y nos hicieron las primeras fichas de los detenidos. Desde esta agrupación hemos mandado cartas a los diversos cuarteles preguntando si hay detenidos de apellidos Maureira, Astudillo y Hernández, pero no hemos recibido ninguna respuesta. No sabemos dónde están. En el pueblo se rumoreaba que se los habían llevado porque tenían armas. Según ellos, eran subversivos que querían envenenar el agua potable. Declaro aquí que eso es mentira y exigimos que nos digan dónde está mi familia, dónde están mis vecinos.

Ya de regreso me despedí de todos allá. En el avión venía con la sensación de haber hecho y dicho lo correcto. Una tarde, hablando con Carlos, me contó que se habían enterado por otros exiliados que el caso de mi familia no era el único en Chile. Había otras localidades donde había pasado lo mismo: por la noche iban a arrestar a campesinos y nunca más se volvía a saber de ellos. Los carabineros se paseaban por diversos fundos y fábricas preguntando a los encargados quiénes eran los empleados más peligrosos. En Naguayán fueron indicados mi familia, la de los Astudillo y los Hernández, como aquellos que ponían en contra del patrón a los trabajadores. Entonces eran considerados como personas extremadamente peligrosas. El gran crimen de mi papá fue haber sido candidato a regidor, aconsejar a los trabajadores por sus derechos y organizar paseos con sus familias; y los de mis hermanos fueron llevar nuestro apellido y, supuestamente, ser cómpli-

ces de mi padre. Llevarse a mis hermanos no fue más que una venganza para hacer un daño familiar más grande aún, para que mi madre se quedara sola con los más chicos.

En junio de 1979 volví a Chile. Nunca me pasó nada, ni en el trayecto ni a la llegada. Ni siquiera me revisaron las maletas en el aeropuerto. Pienso que estaba protegida por Naciones Unidas. Si me pasaba algo, la ONU se iba a enterar, y si había algo a lo que le temía Pinochet era a la opinión de Chile en el extranjero. En el aeropuerto me estaba esperando una comitiva. Estaban los abogados de la Vicaría, Viviana Díaz, Ana González, Sola Sierra, mi madre Elena con mis hermanos y amigos de la familia. Al llegar a casa comencé a recibir cada cierto tiempo a otros familiares. Me enteré de que no querían devolver los restos; es decir, no conformes con quitarles la vida, querían impedir que los sepultáramos. Fue así como surgió la idea de hacer una huelga de hambre para generar presión. Eso fue hermoso porque nos enteramos de que en todo Chile había personas apoyando la causa haciendo huelgas de hambre también, gente que nunca conocimos ni conocían a mi papi ni a mis hermanos. Era ciertamente un gesto de profunda solidaridad.

Con el tiempo, nos enteramos de que el relato oficial fue que uno de los presos tenía un arsenal de armamentos oculto en el cerro de Lonquén, y los habían llevado para allá a fin de que los entregaran. Estando arriba, habían aparecido unos extremistas desde los cerros y comenzaron a dispararle a los presos, matándolos a todos. Curiosamente, ningún carabinero salió herido, las armas nunca aparecieron y solo un cráneo tenía un impacto de bala. Con los años esa versión fue desechada, pero nunca ningún paco cobarde se atrevió a contar lo que realmente pasó. Yo pienso que los mataron a golpes. Los amarraron con alambres de púa de pies y manos, de tres en tres, y los torturaron, les pegaron y tiraron para

adentro de las minas, y las rellenaron con piedras, tierra y cemento. Una vez escuché que un paco había contado que cuando se alejaban de las minas aún seguían pidiendo auxilio. Todo fue muy confuso y aún no sabemos con certeza qué fue lo que allí sucedió.

No entiendo cuando la gente no quiere hablar de esto, no contar la pena que llevan dentro. Prefieren enterrar el pasado y olvidarse de todo para seguir viviendo. Al parecer, así es más fácil. Pero esto es algo que me acompaña todos los días de mi vida. ¿Cuánto auxilio pidieron? ¿Cómo se sentía mi padre al ver que sus hijos se estaban muriendo? Pienso en la culpa que debe haber sentido. O quizás no. Tal vez sentía que moría por una causa justa. Hasta el día de hoy los pienso, los siento, viven conmigo. Sinceramente, no entiendo cómo se puede olvidar y perdonar algo así.

Nunca más en mi casa volvimos a celebrar una fiesta. No sabíamos de cumpleaños, dieciocho de septiembre, años nuevos ni navidades. Con mis hermanos no volvimos a estudiar, ya que nos dedicamos solamente a buscarlos. Nos sacábamos la mugre trabajando en la vendimia los más grandes: Ricardo, Rafael, Jorge, Juan Luis, Olga y yo. Cortábamos uvas y de ahí sacábamos plata para que los más pequeños pudieran seguir estudiando y mi mamá parando la olla.

**Corina se quiebra, se encoge de hombros, suspira. Me pide permiso para ir a la cocina a buscar algo que no encuentra. «Sabes que siento que me falta algo sin esta cosa». Sigue buscando hasta que encuentra su delantal. Lo sacude y se lo pone. Del nuevo atuendo saca unos cigarrillos. Abre la puerta, cruza el umbral, me invita. Las golondrinas pasan sobre nuestras cabezas rumbo al río. Su floreado delantal de género le recuerda a su madre. Ella también sentía que le faltaba algo cuando no lo llevaba**

## **puesto, incluso cuando no estaba en la cocina. Después de un rato, volvimos al sillón.**

Luego de volver de la ONU me invitaron a la Vicaría de la Solidaridad a contar mi experiencia. Conté todo lo que viví en Europa dando charlas en Alemania, Holanda, Francia y otros lugares.

La huelga de hambre era realizada solo por mujeres. Ya habían sacado todos los restos de la mina y no querían devolverlos a los familiares, a pesar de que ya se había confirmado que eran de los detenidos de Isla de Maipo. La huelga duró diez días y sirvió de presión para que nos regresaran las osamentas. Fue en la parroquia San Cayetano de La Legua donde nos reunimos por primera vez a protestar en Santiago. Como fue un caso emblemático, movilizaba a mucha gente a romerías y otras actividades. En la huelga estaban Viviana Díaz, Violeta Zúñiga, Carmen Hernández, entre otras personas incansables en la búsqueda de verdad y justicia; mujeres valientes que, juntas, hicimos presión. A fines de 1979 veríamos los resultados, ya que nos entregaron los restos.

Estábamos en la iglesia de la Recoleta Franciscana. En el Cementerio General nos prestaron un espacio mientras encontrábamos un lugar en la Isla. Nos encontrábamos la familia directa y muchos familiares de detenidos desaparecidos, la gente de la Vicaría y otras personas más. Sin embargo, todo se retrasó y nunca llegaron los restos. Resultó que agentes de la CNI los sacaron del SML y los llevaron al cementerio de nuestra comuna. Se encontraba Héctor Contreras, un abogado de la Vicaría, haciendo guardia fuera del SML, y fue él quien vio cuando la CNI salía en un auto con bolsas de basura negras, donde estaban nuestros familiares. Los siguió en su Citroneta a pesar de los escoltas. Ese hombre nos ayudó mucho a todos nosotros. Arriesgó su vida esa tarde. Fue muy

valiente. Al llegar a la Isla vio el cementerio rodeado de militares, y desde la reja observó cómo arrojaban el contenido de las bolsas a la fosa común. Luego llamó por teléfono a la Vicaría y desde allá vinieron a avisarnos. No podíamos creerlo. Efectivamente, podían causarnos más mal aún.

Luego la Vicaría compró el espacio de la fosa común, lo taparon y nunca más se arrojó ahí un hueso. Dentro del cementerio habilitaron una nueva huesera al fondo. Recién el 2009, y a raíz del caso del patio 29 del Cementerio General, la presidenta Bachelet ofreció a los familiares llevar algunos restos al extranjero para que fueran estudiados y tener la certeza absoluta de que eran nuestros familiares, ya que sinceramente nunca supimos si la CNI efectivamente los llevaba a ellos y no a otras personas. Algunos familiares no querían realizar ese trámite. Decían que no era necesario, que ya sabían que en la fosa común estaban todos ellos; pero la gran mayoría aceptó, así que se decidió hacerlo. Nos pidieron sangre y poco a poco fue concretándose el reconocimiento. Ese mismo año se hizo un funeral masivo. Recién ahí, después de casi cuarenta años.

### **Y en toda esta historia, ¿cómo veía a su madre Elena?**

Mi mamá tuvo mucha fuerza. El primer tiempo fue terrible para ella. Siempre lloraba y decía que iban a llegar, que en cualquier momento golpearían a la puerta y sería uno de sus hijos, todo sucio, hambriento, barbón, y le preguntaría dónde estaban los otros. Soñaba por las noches que venía su hijo Sergio y despertaba llorando. La esperanza recién la perdió cuando le confirmaron que los quince del cerro eran los mismos isleños. Se mantuvo en pie porque le quedaron ocho hijos vivos. Debía responder por todos nosotros. Fue una luchadora incansable, valiente. No tenía miedo. Iba a to-

dos lados con la frente en alto. Ella era muy creyente en Dios y en la Virgen y pudo perdonar. Yo pienso que sí lo hizo porque con los años no veía rencor en ella sino pena, al mismo tiempo que nos transmitía a nosotros que no debíamos odiar, que Dios se iba a encargar de todo. Yo me doy cuenta de que no puedo perdonar porque cuando vuelvo a contar esta historia me lleno de pena y rabia. Ella era devota de Santa Rosa de Pelequén, y todos los treinta de agosto viajaba sagradamente a hacer una manda y a pedirle que los suyos volvieran. Quería saber con todas sus fuerzas dónde estaban.

Ya siendo adulta mayor, vivíamos muy cerca. Iba todas las noches a visitarla. Jugábamos dominó y cartas hasta tarde, y conversábamos de todo un poco. Al lado de la mesa del comedor tenía un altar con la fotografía de cada uno de ellos y antes de dormir se persignaba, oraba, les hablaba. Los tenía presentes todos los días de su vida. Para el año nuevo y las fiestas acercaba la mesa al altar, porque simbólicamente ellos también estaban allí sentados. Mi madre vivió más de noventa años. Ya en el último tiempo decía que sus hijos, Roldolfo y Sergio, venían a visitarla; que entraban por la puerta, se sentaban a su lado y hablaban tardes enteras.

### **Después de tantos años, ¿qué es lo que esperas que suceda con tu historia familiar?**

Me interesa que los jóvenes sepan de esta historia. Las nuevas generaciones no deben olvidar lo que aquí pasó. Es importante hacer esto para que la historia no se repita. Lamentablemente, hay muchos que han olvidado. Sueño con que se enseñe esto en los colegios de la Isla, sueño con hacer un museo donde haya documentos, fotos, el tractor de mi familia y tantas cosas más; que vayan de todos lados, sobre todo estudiantes, y yo misma guiarlos y contarles toda esta

historia. También me gustaría, a modo personal, algún día conversar con un carabiniere de los que estuvieron esa noche, y que me cuente realmente lo que pasó. Yo soy fuerte. Necesito tener la totalidad de las piezas de este puzle antes de partir. No pierdo la esperanza de que uno de los carabineros que quedan vivos hable. Un día, estando en Pro Paz con Luis Navarro, el fotógrafo, una de las primeras personas que entró a la mina, me contó lo que había visto. Me hizo un dibujo y me explicó con detalles. Saber la verdad exacta me ayuda, pero ya ves que nadie habla. Los pacos se mueren y no hablan, ni siquiera para irse con la conciencia limpia. Nada.



**Hilda Sepúlveda Garrido, 73 años**  
*Esposa de Sergio Miguel Maureira Muñoz*

**Peñaflor, invierno del 2022. Llueve como no lo hacía hace años. Nos recibe Hilda en su hogar.**

Así que ustedes están escribiendo un libro. Me va a creer que no había hecho cuenta de que se van a cumplir cincuenta años; pero pasen, por favor, pasen. Tomen asiento. Fíjese que me llamó la señorita y me dijo algo de cincuenta y quedé para adentro, pero después me puse a pensar que el Miguelito, mi hijo, al otro día de todo este asunto iba a cumplir un año, y él ahora va a cumplir cincuenta. Increíble cómo pasa el tiempo.

**Nos invita a pasar al comedor. En una mesa: tazas servidas, queque, torta, dulces, pan, palta, queso y muchas otras cosas. «Los estaba esperando con una oncecita», nos dice con una tierna sonrisa. Nos presentamos. Pedimos autorización para grabar. Luz roja. Nos cuenta que vive sola de lunes a viernes y que los fines de semana llega Rafael Maureira, el padre de su segundo hijo homónimo. A pesar del silencio, no se sentía sola. Hace muchos años que tiene un taller de costuras y siempre hay algo que hacer en él. Varias de sus vecinas son sus clientas. Les hace arreglos, bastas, cortinas, cierres y una que otra cosita que resista la aguja. A sus setenta y tres años, aún puede enhebrar el hilo, con mayor dificultad, pero siempre lo logra.**

Un día supimos que los Maureira estaban organizando un paseo por el club de fútbol Robert Kennedy. Mi padre me preguntó por qué no iba a ver si quedaban pasajes para él y su compadre. Fui en bicicleta. En esa oportunidad conocí a Corina. Me dijo que no estaba segura si quedaban asientos, pero que me iban a mandar la respuesta para la casa. Me acuerdo de que estaba cocinando cuando escuché que gritaban afuera. Era Rafael Maureira. Me dijo que sí; quedaban dos pasajes, así que mi viejo se fue con su compadre por tres días.

Mi papá era inválido de las manos. Había que hacerle todo durante el día, y por las noches acostarlo. Me contó que en el paseo se portaron muy bien con él, que lo ayudaron mucho. Es que así son las familias del campo. Después de que volvieron, me mandó a dejarle unas cositas a don Sergio en agradecimiento: naranjas, paltas, limones. Yo fui en bicicleta. Así conocimos a la familia. Nosotros no vivíamos en Nagua-yán; vivíamos en Álvarez, para el lado de la Avenida El Rosario.

Muchos meses después, conocí a Sergio Miguel, el hijo mayor del clan. Con sus hermanas, me mandó a bordar unas sábanas para su cama. Desde muy chica me gustó tejer, bordar, todo lo que tenga que ver con costureo. Entonces le bordé unas flores y otras cositas. Cuando las fue a buscar, fue la primera vez que lo vi. Era un hombre alto y muy serio. Me di cuenta de que apenas me vio me miró con otros ojos, buscando algo más que una simple amistad. Me contó que vivía en Santiago y trabajaba en una fábrica de muebles en Estación Central. Era un caballero muy educado. Empezamos a conversar y a vernos más seguido. Iba a verme a mi casa porque yo no podía salir. Como mi padre necesitaba ayuda día y noche, me hice cargo de él al salir del colegio. Antes de eso estuve cinco años en un internado y entonces una hermana mayor lo cuidaba, pero un día se casó y se fue de la casa. Ahí

llegó una tía de mi padre, que era una señora mayor; pero yo veía que le costaba por su edad, así que decidí irme yo para allá a cuidarlo.

Como a los tres meses de conocernos con Sergio Miguel empezamos a pololear, me pidió que nos casáramos y le dije que no. Después, al mes siguiente, me lo volvió a pedir y me quedé callada. Al poco tiempo me volvió a preguntar. Quería que me casara con él; si no, hasta ahí nomás llegábamos. Yo lo quería harto. Se portaba bien conmigo y era un hombre serio, así que le dije que me casaba con él con una condición, y era que nos fuéramos a vivir con mi papá, debido a que yo lo cuidaba día y noche, y no estaba dispuesta a dejarlo solo. Nos casamos por el civil el 17 de diciembre de 1971 y por la iglesia el 5 de febrero de 1972, en pleno verano, justo cuando él salía de vacaciones. No pasó mucho tiempo y se salió de la fábrica de muebles para empezar a trabajar la tierra con su papá. Pronto nos enteramos de que estaba en cinta, y el 8 de octubre de 1972 nació Miguel Maureira Sepúlveda, el primer nieto de los Maureira. Él es papá de trillizos, mis amados nietos.

**Hilda nos ofrece más agüita mientras nos cuenta que esta casa se la hizo Rafael. En el segundo piso estaban las habitaciones. Le gustaba tenerlas cerradas porque así tenía la sensación de que sus hijos estaban dentro de ellas. Entendía que ellos tenían que hacer su vida, pero también costaba.**

Me costó entender por qué se llevaron a Sergio si era tan serio, el rey de los serios. Qué iba a estar metido en cuestiones si lo único que hacía era sembrar con su padre y hacer muebles. Llegaron a mi casa un domingo cerca de las diez de noche. Todos se encontraban dormidos menos yo, que estaba viendo las noticias. De pronto, sentí golpear muy fuerte la

puerta. Eran dos carabineros que querían hablar con Sergio y Rodolfo, su hermano, que era casado con Elisea, mi prima. Vive dos casas más allá, les dije. Sergio Miguel se encontraba acostado. Los carabineros pasaron igual. Se metieron por un pasillo donde estaba la puerta del dormitorio de mi papá, y estando ahí pegaron dos balazos al aire. «¡Dónde está este conchasumadre!», me gritaron. Salí corriendo a mi pieza y me siguieron. Allí estaba Sergio Miguel durmiendo. Lo despertaron a patadas y le dijeron que se vistiera inmediatamente, que debía acompañarlos. Miguel estaba muy resfriado. Se puso a llorar súper fuerte. Me acerqué a tomarlo en brazos mientras un policía me decía que lo hiciera callar, que le pusiera un chupete o algo. Cuando se llevaron a Sergio me acerqué a tomarle la mano. Los carabineros me corrieron. Él no dijo nada. Estaba como para adentro. Me miraba nervioso, como con pena. Tomé las llaves y volví a acercarme para pasárselas, pero un paco volvió a correrme. Me las quitó y me dijo que no me preocupara, que para donde lo llevaban no las iba a necesitar. Las tiraron sobre una mesa del pasillo mientras entraban a la pieza de mi papá. Trajinaron unos cajones y yo les decía que no lo molestaran, que él era inválido, pero no les importó. Al no encontrar nada en mi casa, se llevaron a Sergio para afuera. Me asomé y me di cuenta de que había otros carabineros haciendo lo mismo en la casa de mi prima. Se llevaron a los dos al mismo tiempo. En ese momento me tuve que entrar porque mi papá empezó a gritar de susto y me llamaba. No entendía qué estaba pasando. Le expliqué que se habían llevado a mi marido; pero que ya se estaban yendo, que estuviera tranquilo.

Después del 7 de octubre de ese año no volvieron a aparecer, a excepción de uno al que le decían «El Paco Tito», que era el yerno del compadre de mi papá, con el que fue al paseo con los Maureira, y aparecía haciéndose el tonto. Al otro día

fuimos con la Elisea a la Ballica para avisarle a mi suegra, y en el camino nos topamos con unas hermanas de Sergio y nos contaron que también habían ido a su casa, que se habían llevado a don Sergio y a dos hermanos de los chiquillos. En la tenencia nos dijeron que se los habían llevado para Santiago, pero la verdad es que yo no podía ir para allá porque ¿con quién dejaba a mi papá? Fue poco lo que pude acompañar en la búsqueda, sinceramente.

Después de la detención, acompañé una vez a Corina al Estadio Nacional. Recuerdo que estábamos afuera y que ese día soltaron a varios, pero ninguno era ellos. Después me acuerdo de la Iglesia de San Francisco. Fui pocas veces, la verdad. Elisea y Corina me mantenían al tanto. Iban cada cierto tiempo a visitarme a mi casa para contarme cómo estaban las cosas. Siempre entendieron la situación en la que yo vivía.

Con el pasar del tiempo, mi hijo empezó a preguntarme por su papá. Al principio no sabía qué decirle; solo que no estaba, pero que ya iba a volver. Él sabía que trabajaba con su abuelo en un tractor. Entonces, cada vez que veía uno en la calle, apuntaba al chofer desesperado, lo salía persiguiendo, diciéndome que ahí iba el papá, el papá, el papá. Después veía que pasaba, me miraba y me decía «mamá, no papá». «No, mi amor», le decía yo. Se me partía el corazón.

Una de las noches después de que se los llevaron, estando acostada, sentí que me cargaban las piernas. Al otro día le conté a mi papá. Me preguntó si me había dado susto; pero le dije que no, que me había enderezado y no había nadie. Él me dijo que eso le había pasado cuando se murió mi mamá. La verdad es que no me daba miedo; es más, siempre dormía con la ventana abierta, con la secreta esperanza de que una noche volviera Sergio. Como no dejaron que se llevara las llaves, me preocupaba cómo iba a entrar. Pero nunca volvió.

A fines de 1978 encontraron los cuerpos. Antes de que eso ocurriera, Miguel y Carlos, que es el hijo de Rodolfo con Elisea, con el que se lleva por seis meses, comentaban entre ellos que sus padres estaban cerro arriba, en una roca grande que se veía en El Rosario. Entonces, cuando se supo que estaban en el cerro, la verdad es que quedé impresionada. Miguel me contó un día que soñaba que su papá, sus tíos y abuelitos estaban en el cerro.

Un día fuimos los cuatro solos: Elisea, Carlos, Miguel y yo. La idea fue de los niños. Tomamos una micro hasta la plaza de Lonquén y después caminamos hacia arriba. A ratos, nos hacían correr y jugar mientras avanzábamos. Al llegar, empezamos a limpiar. Les dejamos flores que los niños cortaban del mismo cerro. Fue bien emotivo e íntimo. Siempre he pensado que, tanto Sergio como Rodolfo, en las últimas personas que pensaron fuimos nosotras y sus hijos, su madercita también. Por tanto, a ellos esa visita de seguro les gustó mucho. Ya algo les habíamos contado a los niños de lo que había pasado, de una forma en que entendieran y no fuera tan fuerte para ellos. «Entonces, ¿es cierto que el tío y el papá estaban en el cerro?», me preguntó esa tarde Miguel. «Así es», le dije, «pero no era el cerro que decían ustedes; era otro, pero cerro al fin y al cabo». De todas formas, no sabían los detalles sobre cómo habían terminado allí. Ya de grande se fueron enterando de más cosas. Miguel fue recién a aterrizar todo lo que había pasado cuando ya tenía como ocho años. De igual forma, un par de veces fuimos a unas romerías que se hacían hacia los hornos. La gente tenía miedo de que los fueran a identificar entre la multitud, o de pasar por afuera de la tenencia de Carabineros. A pesar de eso, igual íbamos y cantábamos desde la plaza hasta el cerro.

En marzo de 1980 falleció mi papá. En diciembre de ese año nos fuimos de la Isla con Miguel. La verdad es que la cer-

canía era con mi viejito, no tanto con mis hermanos. Santiago me ofrecía mejores opciones para mi hijo.

Pasaron muchas cosas de las que no me enteré, como la huelga de hambre, por ejemplo. En ese tiempo ya estaba en Santiago. No teníamos televisor y nadie me actualizaba, ya que mi principal contacto era Corina, pero hace tiempo que no sabía de ella. Cuando Miguel cumplió los doce empezó a decirme que quería ir a la Isla de Maipo a ver a sus tíos y a su primo Carlos. A medida que entró al colegio, las visitas fueron cada vez más lejanas, principalmente por las cada vez mayores responsabilidades.

Fueron pasando los años y Miguel se casó y tuvo los trillizos. Mi hijo es serio como su padre, pero con sus hijos juega y se ríe. Creo que es un gran papá. Siempre anda con los niños para todos lados, siempre anda buscando eventos culturales. Los niños son músicos los tres. Tocan como en cuatro orquestas y varios instrumentos. Son muy despiertos e inteligentes. Una vez, Miguel los llevó a una obra de teatro de Malucha Pinto, que hablaba justo de una nieta a la que le habían llevado a su abuelito Horacio, y era un detenido desaparecido. Al terminar, los trillizos llenaron de preguntas a los actores.

**«Me gustaría mostrarles algo», nos dice Hilda. «Luego del funeral del 2010, unas asistentes hicieron trabajos grupales con algunos familiares. Teníamos que describir qué era lo que sentíamos. Yo pienso que eso sirve para soltar, para sanar. Entonces le escribí algo a Sergio. Me gustaría compartirlo con ustedes». Nos muestra una agenda y, en ella, una carta manuscrita fechada doce años atrás:**

Nuestro caminar juntos fue muy corto. Es cuando las parejas deciden vivir en armonía y amor. Pero nuestro destino

se truncó y las circunstancias nos llevaron por senderos diferentes. Es como el despertar de ese primer caminar juntos. Mi realidad siempre fue mi hijo.

A lo largo de estos años me fui marchitando, y esa espera que podría suceder se iba desvaneciendo, hasta que la lucecita que estaba en mí quedó en Lonquén. Tenía que empezar a tomar el rumbo de mi vida de nuevo.

Ahora que ese largo caminar está llegando a su fin, está comenzando otro, el de tus nietos, que a fin de cuentas llenarán el espacio que deja la partida.

**Julio del 2019, Parque Bustamante, Almirante Rive-ros. Un retrato de Víctor Jara sobre la puerta me indica que es la fundación que lleva su nombre. De pronto invaden mi cabeza las melodías y trajes de los Chinchintirapié. En el segundo piso del galpón entrevistan a los asistentes al funeral popular del actor, director teatral, compositor y cantautor, ligado biográfica y artísticamente a Lonquén y al imponente cerro que fuera el trágico telón de fondo de toda esta historia. Víctor y los quince asesinados tenían mucho en común: compartían la misma tierra, la misma historia de inquilinaje, y sus funerales transcurrieron más de treinta años después de que fueron salvajemente asesinados por el régimen. Dentro me esperan Carlos y Miguel, que tenían seis y once meses la noche de la detención, los mismos que soñaban su presencia, la de sus padres y tíos en los cerros isleños antes de ser hallados. Carlos colabora con el FAM Víctor Jara. Por eso el lugar de la cita.**

Soy Carlos Maureira, hijo, nieto y sobrino de detenidos desaparecidos de Isla de Maipo. Tengo algunos recuerdos vagos de las primeras romerías. Una imagen latente, eso sí, y es esa suerte de postal que recorrió el mundo: hombres y mujeres rodeando los hornos de Lonquén, tomados de las manos y rezando el padre nuestro. Una vez se lo comenté a Mariano Puga, el sacerdote, y me dijo que lo recordaba muy bien, que

esa había sido una idea de Clotario Blest. Ese tipo de escenas siempre estuvieron vivas en mí, porque mi familia entera estaba involucrada en esto. Siempre había uno o más Maureira metidos en conmemoraciones y otro tipo de encuentros, y siempre me llevaban. Con el tiempo fui entendiendo que Lonquén es un símbolo muy importante porque fue allí el primer hallazgo, pero en ningún caso fue un hecho aislado. Hay varios otros en donde se repiten los *modus operandi* en fechas bastante cercanas: la Caravana de la muerte, los campesinos de Paine, Laja, etc. En Paine se llevaron más de setenta hombres. Es el lugar con más detenidos desaparecidos de Chile. Desde la Vicaría se levantó la hipótesis de que era un plan mandado desde las altas esferas de Carabineros, pero nunca se pudo comprobar porque el general Mendoza murió antes de poder llegar a esa posible verdad. Aparte de los casos mencionados, hay otros tantos hitos y situaciones en la zona que se desconocen. Por ejemplo, en Melipilla hubo un centro de detención y tortura. No olvidar el centro Tejas Verdes, que estaba en San Antonio, o los exiliados y torturados de la provincia, que son muchos, y andan por ahí encontrándose con sus torturadores en el centro o en la fila del supermercado. Paine y Lonquén son conocidos mediáticamente porque fueron situaciones grupales, pero hay muchas más que no podemos olvidar. En Renca, por ejemplo, se hizo ese trabajo: un grupo de investigadores empezó a rastrear la cantidad de detenidos desaparecidos, y son muchos. En Iquique conocí el estudio cartográfico de una comisión de ejecución y tortura, y es impresionante el diseño de las operaciones del ejército desde antes del golpe; es decir, el despliegue del Estado en contra del pueblo fue de dimensiones aplastantes. No había chance para defenderse. Ese poderío arrasó con nuestras familias y con la orgánica política del campesinado de la época.

No olvidar, además, que estábamos en el proceso más profundo de la reforma agraria.

En el caso de nuestra familia, mi abuelo Sergio Maureira Lillo era una figura social, un organizador de encuentros con su comunidad. Organizaba bingos para ayudar a gente enferma, hacía paseos en verano, apoyaba a los sindicatos para las negociaciones, fundó un club social y deportivo, y era simpatizante del MAPU. En definitiva, era un campesino que sobresalía entre sus pares, y este tipo de personajes eran peligrosos para el patrón. Ellos y parte de sus familias tenían que desaparecer. En el libro *Lonquén* de Máximo Pacheco encuentras las declaraciones de todos los involucrados, y ahí se puede deducir que mi familia, los Hernández y Astudillo, fueron delatados y acusados de ser peligrosos y revoltosos. Por ende, debían ser llevados. Nunca les encontraron armas ni algo que acreditara algún tipo de participación en algo. Mi papá y mis tíos nunca estuvieron metidos en asuntos políticos ni sociales ni nada. Mi abuelo era el que se interesaba en esas cosas. De hecho, fue candidato a regidor. Yo no descarto la idea de que incluso hayan sido asuntos personales entre algún delator y un miembro de mi familia, porque en el fundo se sabía que había otros trabajadores más politizados que los Maureira y no les pasó nada. Es decir, nos enfrentamos a un terrorismo de Estado en el que se ensañaron con un grupo de personas para decirte, entre líneas, que eso te puede pasar a ti también, transmitiéndole el horror a la sociedad. Esto no es nuevo y, lamentablemente, está vigente en nuestra sociedad hasta el día de hoy. Si te fijas en las declaraciones de los carabineros del libro *Lonquén* de Pacheco, que fueron los que testimoniaron ante el ministro Adolfo Bañados, todos los pacos declararon lo mismo, como una suerte de libreto o manual aprendido. Como si alguien les dijera hasta los puntos y las comas que tienen que decir. Y fíjate en el caso Catrillanca: lo



**Miguel Maureira Sepúlveda, 49 años**

*Nieto de Sergio Adrián Maureira Lillo, hijo de Sergio Miguel Maureira*

mismo. O las declaraciones de los niños del pueblo mapuche cuando allanan sus comunidades: mismo proceder que en el caso de Lonquén. Separan a los niños de los adultos y los golpean. Es decir, los pacos siguen actuando igual. El terrorismo de Estado es algo vigente; está aquí, frente a nuestras narices. El sistema en el que hoy vivimos fue impuesto a sangre y fuego. No pudo haber sido de otra forma. Es decir, todo esto para que tú y yo podamos tener una tarjeta de crédito. Y si empiezan a aparecer personas que se rebelen ante esto, son peligrosas. Hoy ya no los arrojan a minas abandonadas, pero aparecen suicidados o muertos por balas locas: Alejandro Castro en la Quinta Región, Macarena Valdés en el sur, ambos dirigentes medioambientales; o Juan Pablo Jiménez, el sindicalista. Se quiere instaurar el miedo, y lo peor es que lo consiguen.

### **¿Qué recuerdos tienen de su infancia? ¿Qué entendían de lo que estaba pasando?**

**Carlos Maureira Navarro:** No tengo otros recuerdos más que el hecho de que a mi papá lo mataron en el cerro. Siempre como que la tuve clara, la verdad. Más aún, sabía que habían sido los pacos. Hasta grande les tuve terror. Es más, recuerdo que en más de una ocasión, siendo chico, cuando los veía en una esquina me ponía a gritar.

**Miguel Maureira Sepúlveda:** Yo recuerdo que nuestras madres salían harta y nos dejaban al cuidado de otros familiares o con personas de agrupaciones, como de la iglesia de Talagante, mientras se iban a Santiago a hacer trámites por nuestros papás. Yo no entendía mucho, pero poco a poco fui haciéndolo. También había otras fundaciones, la Vicaría u hogares de acogida, en donde nos hacían fiestas de navidad,

cumpleaños, celebraciones en general, pienso, para mantener a los niños alejados de todo lo que se estaba viviendo, y para que los adultos pudieran salir a buscar a los detenidos desaparecidos en los distintos cuarteles y centros de detención. Son lindos recuerdos igual, porque lo pasábamos muy bien. Siempre estaba lleno de niños y las tías eran muy buena onda con nosotros.

Un día nos sentaron en un sillón. Estaba mi tía Elisea y mi mami Hilda, y empezaron a contarnos que habían encontrado a nuestros papás y al abuelo en el cerro. Salimos a la calle. Venían unos vecinos de nuestra edad que eran nuestros amigos, y apuntamos al cerro de El Rosario, donde había una roca blanca grande. La verdad es que yo soñaba que allí estaban nuestros familiares. Por lo tanto, cuando me dijeron que se encontraban en el cerro no fue tanta novedad. También me acuerdo de que nos llevaron un día al de Lonquén. Íbamos en nuestras bicicletas, cada uno con sus madres, y fue un viaje bien bonito y divertido. Esa fue la primera vez que nos llevaron al cerro. Fue impactante ver esos hornos gigantes. Ya sabíamos que ahí habían dejado a nuestros familiares, pero la verdad es que no tenía noción de los detalles. Éramos muy chicos e ingenuos, pero sin duda esta historia nos marcó. No tuvimos una infancia tranquila o normal. Hay un libro de Patricia Verdugo que se llama *Una herida abierta* donde salimos los cuatro, con Carlos y nuestras madres caminando por el camino de El Rosario. Entonces, si creces viéndote en ese tipo de cosas, en libros de detenidos desaparecidos, más todos los comentarios familiares, de amigos, en la escuela, etc., es muy difícil crecer como niños normales. Pero bueno. Es parte de nuestra historia, lo que nos tocó.

**En octubre del 2021, en el cementerio de Isla de Maipo, en una nueva conmemoración del caso Hornos de Lonquén, a sus diecisiete años, Claudia se presentó frente a un micrófono y cantó con la profundidad de su voz, inundando el lugar de emociones, siendo un orgullo para la comunidad y su familia, tanto para los que estaban allí como para los que ya partieron. Me indica que no lleva ese apellido en el carné, pero sí en la sangre, porque en las generaciones venideras se van perdiendo. Al mismo tiempo, menciona que está feliz y agradecida de que la hayamos tomado en cuenta para esta investigación. Es difícil que consideren a los jóvenes como yo, nos dice. El encuentro es por Zoom. Vemos a Claudia al otro lado de la pantalla, entusiasta y emocionada. Algo nos tiene que decir.**

De muy chica vi a mi familia movilizarse por esta causa. Crecí viendo fotos de hombres al lado de velas e imágenes religiosas en las casas de mi abuela Elena y Corina. Íbamos mucho al cerro a realizar actividades y no entendía por qué. Conforme fui creciendo, iba preguntando y entendiendo más cosas. Me contaron que una noche fueron unos carabineros a la casa y se llevaron a mi bisabuelo y a sus hijos, y nunca más volvieron a verlos. Mi abuela me ha contado que su patrona la ayudó a salir del país para denunciar todo lo que les había pasado con nuestros familiares. Un día los carabineros



**Claudia Salgado González, 18 años**

*Bisnieta de Sergio Maureira Lillo, nieta de Corina Maureira Muñoz*

se los llevaron y no volvieron a saber de ellos sino hasta cinco años después, cuando aparecieron muertos en unos hornos en el cerro de Lonquén.

También sé que existió una lucha de las mujeres, que consistía en ir a buscarlos todos los días a distintos centros de detención. El sufrimiento, las agallas de mi abuela de volver a Chile y que nunca le pasara nada, la devuelta de los huesos que no se concretó porque los arrojaron a una fosa común con el objetivo de que no fueran reconocidos, la lucha actual por un espacio de memoria en el cerro al cual no tenemos acceso por ser un recinto privado y estar siempre cerrado con un enorme portón. Lamentablemente, uno puede ir para allá una vez al año, que es generalmente cuando se cumplen los aniversarios, y debes pedir autorización con varias semanas de anticipación. Si quieres ir cualquier día, simplemente no te dejan entrar. También sé que en las escuelas no se habla de este tema. A mí me pasó en Segundo Medio. En la clase de Historia, al abordar la dictadura, se mencionó de manera superficial lo que pasó en la comuna, dando por hecho el profesor que nosotros ya sabíamos todo por el simple hecho de haber nacido aquí. También he visto que, cuando las familias van con niños y niñas al cementerio a ver el memorial, al preguntar de qué se trata, les responden que algún día les van a contar. No se habla del tema; se esconde bajo la alfombra. Todo eso me genera mucha pena. Hay un silencio a nivel de escuela, comunal y provincial, pero también familiar.

Son muy pocos los recuerdos que tengo de niña en que algún adulto me haya contado lo que pasó. De grande me empecé a informar sola. Para mí era entretenido ver a gente cantando en el cerro y jugar con mis primos, pero no sabía de qué trataba todo eso. Me acuerdo de que una vez me vi en un documental llamado *Un domingo de primavera*, de Magali Meneses, donde una caravana de autos pasa por fuera de la

casa de mi abuela. En el patio tenían las fotos de mis familiares y salí a saludar a las personas que pasaban, pero seguía sin entender por qué. Para mí todo era un juego.

Tengo recuerdos difuminados del funeral oficial del 2010. Para ese entonces tenía ocho años. Ya de más grande veía a mi abuela Corina súper empoderada contando toda esta historia. Empecé a seguirla y a escucharla atentamente cada vez que alguien iba a la casa a conversar sobre esta historia, y siempre quedaba para adentro cuando me enteraba de más detalles, y es que cada vez me entero de algo nuevo. Es impresionante. Sinceramente, no me he informado tanto por materiales históricos. El único libro que he leído es *Purísima de Lonquén* de Hernán Bustos Valdivia, que habla de mi abuelita Elena; el resto ha sido por testimonios de mi familia. Hace un mes fue la diputada Camila Musante a la casa de mi abuela, y recién ahí me enteré del tema de los huesos que fueron arrojados a la fosa común. A veces le pregunto cosas cuando me da curiosidad. Corina tiene una maleta con la que viajó a Europa. Está llena de fotografías y recortes de prensa del caso. Una vez la abrimos, iba preguntándole por las cosas que llamaban mi atención. Me asombra su memoria y la pasión que tiene cuando cuenta las cosas. Vi fotos de cuando estaba en Alemania. Me parezco mucho a ella, ¿sabes? Me siento orgullosa de su valentía.

Para el estallido social, en el colegio se tocó el tema de las torturas. Recuerdo que me dio ansiedad y ganas de llorar. Cuando hablamos de Lonquén, comenté que era familiar de los Maureira. La profesora fue bien receptiva. Conté en el curso lo que sabía y se generó un clima de interés. Ella quiso armar una salida en bicicleta al cerro, sin saber que no es posible llegar allá porque el lugar está cercado, que había que solicitar permisos especiales a los dueños del cerro. Tengo amigos a quienes les interesa el tema. Hace un tiempo fuimos

con dos de ellos a la casa de mi abuela Elena y Corina. Hace poco me confesaron que cuando entraron sintieron un ambiente muy particular: de pena, de ausencia.

Una vez, en el colegio, para un 7 de octubre hicieron un evento en el patio central, pero fue cerrado: solo estaban invitados los presidentes de curso y algunas autoridades. Me sentí mucho porque mis hermanos y yo somos descendientes directos y no nos invitaron. Pienso que estas actividades deben ser abiertas para todo el mundo, porque es un hito muy importante que marcó nuestra comuna y nuestro país. Hay mucha gente muy desinformada. En el último acto del municipio recuerdo que a mi abuela la invitaron un día antes. No hubo una preparación digna; se notó que fue solo para la foto. Por otro lado, no puedo entender cómo el alcalde dice estar comprometido con esta causa y sus familias, teniendo como funcionario municipal al administrador del fundo Naguayán durante estos acontecimientos, cómplice directo de todo esto. De chica he ido a muchas conmemoraciones y nunca había visto una tan desorganizada. No había sillas, ni un vaso de agua para los asistentes. Del mismo modo, hubo un proyecto del programa municipal de formación en derechos humanos en las escuelas, cuyo nombre era «Emilio Astudillo», quien fue concejal de la comuna, hijo y hermano de otras víctimas de los hornos, pero nunca se concretó. Mostrado el desinterés del municipio actual, dudo que se concrete, siendo precisamente lo que más necesitamos: educación.

Mi familia se reunía para los cumpleaños de mi abuela Elena, pero luego de su fallecimiento eso ya no volvió a pasar. Como familia, siempre estamos ahí. Mi abuela Corina es la que siempre ha estado ahí, y me interesa ayudarla en esa misión. Es ella la que siempre está pendiente de todo. Sinceramente, el día en que nos falte no sé quién se hará cargo de todo esto. ¿Estaremos condenados al olvido?

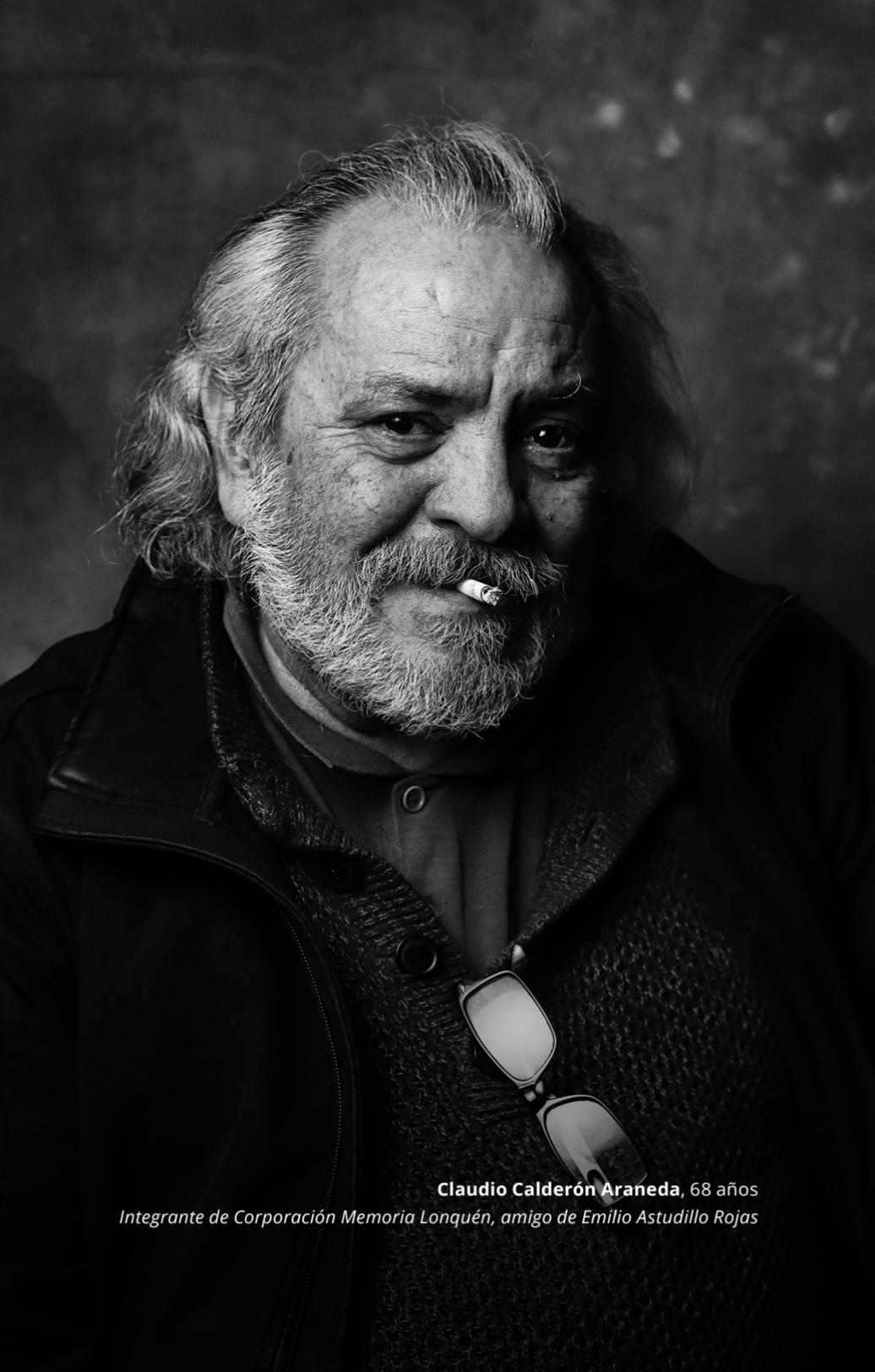


**Gaspar (izquierda), Tomás (derecha) y Simón (abajo)  
Maureira Santana, 13 años**

*Bisnietos de Sergio Maureira Lillo, nietos de Sergio Miguel Maureira Muñoz*



**ASTUDILLO**



**Claudio Calderón Araneda, 68 años**

*Integrante de Corporación Memoria Lonquén, amigo de Emilio Astudillo Rojas*

**En casi todos los relatos asociados al caso Hornos de Lonquén, desde la década de los ochenta en adelante, el nombre de Emilio Astudillo Rojas está presente. Hijo de Enrique Astudillo Álvarez y hermano de René y Omar Astudillo Rojas, tres de los quince hombres encontrados en el cerro. Fue quien presidió los organismos civiles asociados al caso. Lideraba la organización de las romerías, conmemoraciones y otros hitos. En 1998, viajó a Londres para la detención de Augusto Pinochet, como miembro de los familiares de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos, sumado a que fue concejal por la comuna de Isla de Maipo durante muchos años. Por lo tanto, la voz de Emilio está más que autorizada para hablar en esta investigación; pero, lamentablemente un cáncer se lo llevó de este mundo el 2019.**

**Siguiendo el sendero trazado por uno de los Astudillo, nos reunimos en casa de Claudio Calderón, amigo y compañero de Emilio, quien nos relatará sus percepciones en torno al trabajo realizado. Claudio nos recibe en su casa en Isla de Maipo, nos espera con la pantalla del televisor encendida, con un sinfín de fotografías y documentos del caso que conserva desde que llegó a la zona.**

Hace una o dos semanas estuvo un muchacho de la Academia de Humanismo Cristiano por algo muy parecido a esta entrevista. Yo tengo preparada una carpeta para pasar-

les a todas las personas que estén interesadas en el caso. Él estaba trabajando en un proyecto Fondecyt con una profesora. Resultó que era el tema de la antropología forense. Le interesaba la interacción entre las víctimas y los familiares, porque ha habido momentos muy difíciles: la identificación, la exhumación de los cadáveres, el funeral que fue el 2010, entre otras tantas cosas. Cuando terminó el proceso legal, el SML hizo toda una ceremonia para restituir los restos que no se habían examinado, o que ya no eran necesarios para el proceso judicial. Esa parte fue muy dura. Me tocó fotografiarla incluso.

Mi nombre es Claudio Calderón Araneda. Tengo sesenta y ocho años y llegué a Isla de Maipo en 1985. En el contexto del plebiscito de 1988, empecé a vincularme con la comunidad. Conocía el caso Hornos de Lonquén por la prensa, como la mayoría de los chilenos. Sabía que los familiares eran de esta zona. Fue en esa época que conocí a muchas personas, entre ellos a Emilio Astudillo, uno de los hijos de Enrique Astudillo, dirigente campesino que fue asesinado junto a dos hijos en los hornos. Empecé a interesarme en el tema y a colaborar en las iniciativas que surgían de las familias. Inicé una amistad con Emilio, y siempre estuve con él apoyándolo en sus decisiones.

Recuerdo que con un grupo de amigos nos juntamos en un café en Talagante. Nos tenía muy molestos una situación, y era que Pinochet iba a asumir como senador vitalicio y, por otro lado, las víctimas de Lonquén no tenían ni un monolito en el cerro, nada. Sumado a eso: la naciente amenaza de un basural a un kilómetro y algo de los hornos. El basural estaba en un nivel más alto. Entonces, los líquidos percolados podían correr por ahí y, de hecho, así ocurrió más tarde. Participamos con vecinos presentando una denuncia. Querían tapar un sitio de memoria con basura. Eso era impresentable. A

partir de este conflicto, creamos una organización llamada «Comisión Pro Memorial de Lonquén», presidida por Emilio. Con los años pasamos a ser la «Corporación Lonquén». Participamos en la organización de los actos conmemorativos y en las gestiones, ante el gobierno de la época, para conseguir la compra del terreno del radio del cerro donde se encontraban los hornos, que fue un coletazo indirecto por lo del basural. Recuerdo que estuvimos dos horas en la oficina del ministro del Interior de ese entonces, José Miguel Insulza. En esa reunión, Emilio tuvo un papel muy importante. Partió diciéndole a Insulza que, si estaba él sentado ahí, era por la lucha de todos. El ministro, como buen negociador, escuchó muy tranquilamente y dijo: «Ya hemos hablado de lo que nos divide. Veamos ahora en lo que podamos estar de acuerdo». Le habíamos mencionado lo del basural, y ahí se acordó lo de la compra. Hoy es un monumento histórico que depende del Ministerio de Bienes Nacionales. Ha sido una larga lucha, en la que siempre estuve presente.

Yo participaba organizando romerías. De hecho, tengo un montón de fotografías de esos eventos. El fin de semana o el feriado más cercano a la fecha de la detención era el día en que las hacíamos. La estructura no era fija; podía variar. Me acuerdo de que una vez hicimos una vigilia en el cerro, en la víspera de un nuevo aniversario. Éramos pocas personas. Cantamos, hicimos una fogata, ese tipo de cosas; no un espectáculo, sino más bien una convivencia, algo más íntimo y familiar. La más grande que hicimos fue a los cuarenta años. Vino Sol y Lluvia. Se juntaron más de mil personas esa vez sobre los hornos. Fue un gran desafío organizar un acto para tanta gente. Nos conseguimos baños portátiles con el municipio de Talagante. Eso fue lo más grande que se hizo. Recuerdo que las primeras eran mucho más sencillas: una liturgia ecuménica, que la podía hacer un sacerdote o un pastor evangé-

lico. Reunían entre cien y doscientas personas, más o menos. Todo eso lo organizaba la Corporación Lonquén y colaboraba el municipio, a veces de Talagante, a veces de Isla de Maipo. A veces se ponía el Gobierno. En esos casos, había más infraestructura.

En la Corporación Lonquén, Emilio era el líder; no siempre presidente. Líder desde el punto de vista del símbolo, del ánimo, de la pasión que vertía en todo lo que hacía y decía. Dedicó su vida a buscar justicia y verdad para sus familiares y el resto de las personas. Incluso muchas veces dejó de lado a su propia familia por esta causa.

A través de conversaciones, y escuchando discursos de Emilio, conocí parte de la historia de la vida de los Astudillo. Lo que sé es que su padre militaba en el Partido Comunista. En ese tiempo vivía la señora Rosario, su madre. Enrique, su padre, participaba en el sindicato del fundo Naguayán, donde vivían. Hasta no hace mucho, cuando uno iba camino a la Ballica, se podían ver restos de esa casa. Quedaba la parte de la cocina y la chimenea. Casitas que eran parte del fundo de José Celsi. Yo conocí la de los Astudillo. Ellos siguieron viviendo ahí, en el camino El Rosario. Estuve en esa casa en los noventa. Alguna vez tomé once ahí, con Emilio y la señora Rosario. Ella era muy especial, muy severa y seria. Participaba en la iglesia evangélica; era una mujer religiosa. No hablaba mucho, excepto cuando se planteó la posibilidad de la exhumación de los restos. Pidió la palabra en una reunión. Se me erizan los pelos cuando me acuerdo. Dijo que no estaba de acuerdo porque los iban a sacar y ella probablemente no iba a estar cuando los devolvieran y, de algún modo, así sucedió. Recuerdo ese discurso, que fue muy de madre, muy visceral.

**Claudio se pone de pie. De su bolsillo saca un cigarro y lo enciende. Sigue hablando:**

Lo que aquí hubo fue una represión colectiva a la familia. Por eso se llevaron a los papás y a los hijos. Una vez escuché decir a un latifundista de por aquí que el teniente Lautaro Castro había recorrido patrón por patrón pidiendo los nombres de los comunistas revoltosos; y que él le había dicho que no tenía problema, que se las arreglaba rebién con sus trabajadores, imaginando cuál era el propósito de esa pregunta. Yo creo que los Astudillo, Maureira y Hernández entraron en esa la lista de los «conflictivos», que fue la palabra que usó Maximiliano Genskowski en el proceso judicial, quien fuera el administrador del fundo y actualmente es el asesor del municipio de Isla de Maipo. Cuando Castro llegó al fundo Naguayán, con él le tocó conversar. Por ende, fue este personaje quien entregó los nombres a Carabineros.

Cabe mencionar que los Maureira, aparte de vivir allá, arrendaban una parcela cerca de San Luis. La trabajaban porque, al parecer, don Sergio era un tipo bien empeñoso. Tenía un tractor; es decir, otros recursos además de trabajar en el fundo. Eso es lo que sé de los patriarcas Astudillo y Maureira. Yo no sé si ustedes han tenido acceso al libro *Purísima de Lonquén*. Ahí hay mucha información. Cuenta lo que pasaba en tiempos de la Unidad Popular en términos de sindicatos del campo de la zona en general.

Emilio sentía la compulsión de continuar con el legado de su padre. De hecho, desde muy joven asumió como dirigente en Naguayán. Él sentía ese deber como algo legítimo, y siempre quería ir más allá que su progenitor. Varias veces tuvo que negociar con el propio Celsi. Me contaba que tenían una relación muy curiosa con el patrón del fundo. El señor, al parecer, tenía una mezcla de sentimiento de culpa y admiración hacia él, supongo que por lo que les hicieron a sus extrabajadores. Siempre estaba presente la tensión en cada negociación entre Emilio y José.

Por otro lado, el trabajo desde la Corporación Lonquén fue dulce y agraz como la vida misma. La idea era reunir a todas las familias y cercanos al caso, con el objetivo de conseguir cosas concretas como el cierre del terreno en el cerro, un memorial y, por supuesto, la tan anhelada verdad y justicia. Se generó un trabajo unificado entre algunos de los familiares. Corina Maureira, por ejemplo, siempre ha sido un pilar fundamental; o la Marita Hernández, siempre dispuesta a colaborar. Pero también existían críticas al trabajo de Emilio: se comentaba que él utilizaba este tema como plataforma política para conseguir dividendos personales. De hecho, en una ocasión tiraron panfletos anónimos acusándolo de ese tipo de cosas. Yo creo que venía de gente que no entendía cómo funcionaban realmente las cosas, y que creían que todo debía tener un propósito oscuro. Tampoco era justo pedirle a Emilio que no participara en política porque se pudiera malinterpretar. Yo veía en él un hijo y hermano de ejecutados políticos, y reunía las condiciones para encabezar un grupo con esta temática. Habría sido absurdo prohibirle que participara, con todas las características personales que tenía. Nos costó mucho demostrar que esto era mucho más que Emilio; que, más bien, nos movilizaba una convicción respecto a lo que significan los derechos humanos, y que él no era solo una cara visible, sino que por sobre todo válida. Recuerdo que los Hernández eran más bien reticentes a participar de las conmemoraciones y eventos varios. Cuando fue el funeral masivo, el 2010, entregaron todos los restos a excepción de Manuel Navarro Salinas y Óscar Nivaldo Hernández. Ellos fueron regresados mucho después. Entonces, como corporación, hicimos el mismo acto de romería, los mismos emocionantes rituales para Óscar Nivaldo, con un velatorio del mismo nivel ceremonial que tuvieron los primeros. Ahí se acercaron los familiares y dijeron que entendían lo que hacíamos. Fue un

muy bonito momento. De las familias de los chicos de la plaza, la verdad es que teníamos la percepción de que tenían ese prejuicio respecto a las intenciones de Emilio. Sinceramente, eso no nos movilizaba. No podíamos actuar pensando en lo que el resto percibía de nosotros. Lo que sí, siempre estaba presente María Teresa Navarro, hermana de Manuel, que se presentaba con su hijita Génesis.

Mi motivación a participar en esto, desde un comienzo fueron las ansias de justicia y verdad. Si hubiera ocurrido algo similar en otro lugar de Chile en el que viviera, también me hubiese acercado a las familias.

Luego de que sepultaran los restos en el 2010, el grueso de los familiares ha ido mermando su participación en la agrupación, porque para muchos se cerró el ciclo. El tema pasaba por una injusticia cometida a sus familiares, sin necesariamente haber un trasfondo político detrás, algo que en parte se resolvió en el juicio del 2018, a pesar de que las penas fueron bajísimas. Muchos no quieren saber más del tema.

Hay una deuda con la reparación histórica, que tiene que ver con la memoria, la localidad, la comuna, los jóvenes. No existe un programa educativo de derechos humanos e historia local en las escuelas, por ejemplo. Entiendo que algo se intentó hacer, pero por el cambio de gobierno local no se pudo ejecutar. También está el problema de que no existe libre acceso al sitio de memoria. Hay un enorme portón de fierro que lo impide. Lo que pasa es que el Estado compró seis hectáreas, que corresponden a la ubicación exacta de los hornos, más un entorno acotado. Ese predio, comprado por Bienes Nacionales, está dentro de otro predio. Existe un paso de servidumbre; pero para hacerlo efectivo hay que hacer un cerco que vaya desde el portón hasta el sitio mismo, que son más de tres kilómetros, y eso es mucho dinero.

En la Corporación, con la donación de distintas personas, como Claudio di Girolamo y otros arquitectos, se alcanzó a desarrollar un proyecto de memorial en el sitio, pero quedó en una etapa muy primaria y no se avanzó básicamente por falta de recursos. La idea era crear un centro de interpretación donde estuvieran los hornos; no es un museo, porque este es una colección de objetos de distintas épocas y orígenes, y su función sería conservar y exponerlos en salas. Un centro de interpretación, en cambio, no maneja necesariamente objetos. Su eje central es describir en el lugar mismo un proceso económico, político, histórico y cultural que explique ese proceso al visitante, lo cual abarca desde la Reforma Agraria hacia adelante. El recorrido pasaría frente a donde estuvieran los hornos. Antes de eso irías a una sala donde hay fotos de ellos y te explicarían cómo eran, detalles de sus vidas. Luego, pasarías por una especie de pasillo donde te dirían lo que pasó, para terminar en una suerte de capilla ecuménica, donde cualquier persona podría estar ahí reflexionando. Es un todo. El resto sería un parque donde se podrían hacer actividades como trekking, escalada, entre otras. Si el Estado tuviera la voluntad de colaborar con esta iniciativa, sería un tremendo aporte. Lo que pasó en Lonquén es un hito a nivel país. Yo creo que es parte importante de la cultura de nuestra provincia. Responde a la realidad histórica de la zona, a la larga historia del latifundio y sus inquilinos.

Tarde de un lluvioso junio del 2022. Por fin logro contactarme con Tito. Me pregunta dónde estamos, que si vamos en la micro que estaba viendo a la distancia, porque él iba en un taxi de techo amarillo. Antes de cortar veo por la ventana a un hombre con su celular en la oreja. Tenía un parecido a Emilio. Sin duda era él. Tito nos dice que por qué no le habíamos avisado antes, que nos hubiera ido a buscar. Tiempo atrás, nos habíamos contactado con Norma, su hermana. Le contamos de esta investigación, que andábamos detrás de las huellas de su historia familiar, pero también de la de su hermano Emilio. Demoró unas semanas en responder. Cuando lo hizo comentó que aún no podía superar del todo la partida de su hermano, que era muy triste volver a recordar algunas cosas, todo lo que pasó hace tantos años ya, que por favor la comprendiéramos. No era primera vez que recibíamos una respuesta como esa. En esos casos, luego de agradecer, seguíamos buscando en el árbol genealógico hasta encontrar a alguien a quien le hiciera sentido conversar. Así llegamos a Roberto «Tito» Astudillo. Cuando le escribí, inmediatamente me respondió que le parecía muy interesante. Se iban a cumplir cincuenta años desde que su vida y la de su familia tomaron un giro. Al cabo de unos días, me llamó para decirme que nos juntáramos en casa de su hermana Norma, que había hablado con ella y



**Norma Astudillo Rojas, 71 años**

*Hija de Enrique Astudillo Álvarez, hermana de Omar  
y Ramón Astudillo Rojas*

**había entendido la importancia de dar su testimonio. Nos dirigimos entonces a su hogar en Talagante.**

Al llegar allá, Norma y Víctor, su marido, nos reciben muy amablemente. Cuelgan en las paredes unos coloridos cuadros al óleo, sumado al retrato en blanco y negro de los tres Astudillo. Los hace mi nieta Karla, nos dice. Conversamos un buen rato antes de encender la grabadora. Norma quería entender bien de qué se trataba todo esto. En una esquina estaba la fotografía de su madre, Rosario Rojas, sentada sobre una silla, en un enorme patio campestre. Con su mirada profunda nos observa atentamente. Tito nos dice que podemos empezar:

**Roberto Astudillo Rojas (RAR):** Yo soy Roberto Astudillo, hijo y hermano de ejecutados políticos en Lonquén. Tengo cincuenta y ocho años. Para el día de la detención tenía nueve. Me acuerdo nítidamente de lo que pasó esa noche.

**Norma Astudillo Rojas (NAR):** Mi nombre es Norma Astudillo, hija de Enrique René Astudillo Álvarez, hermana de Omar y Ramón Astudillo Rojas, «El Pelao», que fueron brutalmente asesinados en los Hornos de Lonquén el 7 de octubre de 1973. Luego de cinco años encontramos sus restos y nos enteramos de la brutal masacre de la cual fueron víctimas. Ellos eran campesinos comunes y corrientes. Mi hermano mayor, Ramón Osvaldo, trabajaba en el fundo. Tenía una polola y planes de matrimonio. Le gustaba jugar a la pelota en la cancha y participaba de un club deportivo. Omar también tenía su polola. Trabajó un tiempo de peoneta. Era de los que entregaban el vino del fundo en camiones. Aparte del trabajo agrícola, había una bodega donde envasaban el vino. Ellos tenían un trato y una paga diferente a los campesinos que



**Roberto Astudillo Rojas, 58 años**

*Hijo de Enrique Astudillo Álvarez, hermano de Omar  
y Ramón Astudillo Rojas*

trabajaban la tierra. Ahí estuvo mi hermano un tiempo. Luego de eso se fue al Servicio Militar; pero cuando volvió no llegó a trabajar al fundo, sino que a una fábrica de don Mauricio Lévera, donde hacían maquinaria agrícola. Ya me había casado para esa fecha y vivía en la comuna de El Monte. Mis padres y hermanos vivían en Naguayán, Isla de Maipo. Los Maureira vivían como a dos kilómetros de nosotros, y los Hernández como a uno. Todos éramos de ahí mismo. El fundo era gigante, como de trescientas hectáreas.

**RAR:** A mi padre le gustaban las actividades políticas. Militaba en el Partido Comunista y era presidente de un sindicato en el fundo, además de tener un cargo como dirigente comunal. Era nacido y criado en El Monte, y desde allá viajaba todos los días a trabajar en la Isla. Después de un año, le ofrecieron casa para que se fuera con la familia al fundo como inquilino. Nos fuimos todos para allá menos Carmen y Norma, que estaban casadas y trabajaban en otras partes.

**NAR:** Cierto. Yo no vivía con ellos. Sin embargo, los veía bien seguido. Cuando vino el golpe, mi papá se asustó mucho. En más de una ocasión lo escuché decir que lo iban a agarrar y no iba a salir vivo. Entró en pánico, así que lo recibí en mi casa para que se alejara un tiempo de la Isla, que era donde ejercía su trabajo político y gremial. Luego, se fue a la casa de mi abuela, un poco escondiéndose porque tenía miedo. Sus hijos mayores nos reíamos un poco porque creíamos que exageraba. Había personas importantes en Isla de Maipo que, todos sabían, tenían cargos mayores que el de mi papá; personas mucho más visibles que se paseaban en bicicleta por todos lados, y nunca les pasó nada. Entonces, que lo fueran a buscar a él era como divertido. Pero estaba seguro de que el hecho de ser sindicalista y pertenecer a ese parti-

do eran motivos suficientes para que se lo llevaran. Mi padre era terco. Si decía algo, eso era así y punto. Por lo mismo, si estaba arrancando, tenía sus motivos, y todos teníamos que creerle y seguirle el amén. Andaba solo, ya que mis hermanos no se metían en asuntos políticos y, por ende, no tenían de qué esconderse. Omar, hace tres meses, había llegado de hacer el Servicio Militar en Iquique. Estuvo allá durante dos años. Ramón era súper callado. Tenía una polola y se iban a casar. Había comprado algunas cosas para su casa. Era el más tranquilo de todos mis hermanos. Mi abuela vivía en Lo Chacón y, cuando se fue mi papá para allá, me mandaba todos los días a darme una vuelta a la Isla para ver cómo estaba la cosa. Sinceramente, yo nunca vi nada, y mis hermanos y madre me decían que estaba todo tranquilo. Mi papá tenía un amigo, Felipe, que también era dirigente. Un día, mi mamá me dijo que le dijera a Enrique que se viniera, que qué estaba haciendo tan lejos, si en la Isla no pasaba nada, que el Felipe se paseaba por afuera de los pacos y nunca le había pasado nada, así como tantas otras personas. Le di ese recado a mi padre y se regresó a su casa el viernes 5 de octubre en la noche. El domingo 7 fueron a buscarlo a su casa. Lo estaban esperando.

Nosotros venimos de una familia extremadamente pobre, como lo era la inmensa mayoría de los que vivíamos por estas zonas. No había para comprar juguetes o pelotas. Con suerte teníamos para vestirnos. Tampoco había mucho espacio para ser niños. A los ocho años ya había que empezar a trabajar, los hombres en el campo y las niñas en la casa ayudando a la mamá. Yo comencé a los nueve. El Tito empezó más tarde, a los quince años. Lo regalonearon más porque era el menor, el conchito.

**RAR:** Claro. A los quince aún eres chico, pero para esa edad era un privilegiado. Imagínate cómo era la cosa para atrás: mucho peor.

**NAR:** Mi papá aún trabajaba en el campo para ese entonces; pero en labores menos pesadas, ya que lo habían pensionado por invalidez de un brazo. Todos los meses iba a Talagante a cobrarla. Mi padre siempre trabajó en el campo; no solo en las chacras, sino que además criaba animales y los iba a vender a la vega; o bien compraba camionadas de cebollas, por ejemplo, y las revendía. No le gustaba trabajar apatronado. La primera vez que lo hizo fue en Naguayán, con el patrón José Celsi. En el fundo llegó a ser parte del sindicato al poco tiempo. Luego fue dirigente, y lo que hacía junto con otros compañeros era liderar las negociaciones con el patrón, viendo las necesidades de los inquilinos, para poder conseguir la mayor cantidad de cosas para los trabajadores. De hecho, lograron muchas cosas, como que les entregaran una vez al año trigo, porotos, maíz, un quintal de harina, un cilindro de gas, etcétera. En el centro de la Isla había una secretaría del Partido Comunista, y allí iba mi papá. Recuerdo que nos llevaba a campañas cuando eran las elecciones, ese tipo de cosas. Era conocido como un defensor de los derechos del pueblo, de los pobres. A pesar de eso, nunca estuvo preso antes del 7 de octubre, nunca se metió en problemas, ni con los Carabineros ni con el patrón. Mi papá negociaba; era una suerte de vocero, pero tampoco era de revolver el gallinero. Por eso nos reíamos de él cuando se andaba escondiendo.

**RAR:** De hecho, una vez escuché que Celsi quería darles un apretón nomás, como un susto, y que a los pacos se les había pasado la mano. Para ellos, mi papá representaba a esos trabajadores revoltosos que ponían a los inquilinos en

contra del patrón. Para ese entonces, dos hermanos de nosotros trabajaban también en el fundo, Ramón y Emilio, que habían quedado de planta cuando aún eran menores de edad. Un día, mi hermano mayor habló con mi mamá y le dijo que necesitaban otro «obligado» para poder seguir viviendo ahí, y con mi papá decidieron que fuera Emilio, porque era el más responsable. Fue así como se convirtió en el segundo obligado de la casa. Ahí había que hacer de todo: arar, podar, cargar, de todo lo que se hace en una viña, y las regalías eran la casa, no pagar luz ni agua, cosechas una vez al año y los diversos beneficios ganados por el sindicato. Teníamos un sueldo; no recuerdo de cuánto era, pero era bastante bajo.

**De pronto Norma nos apunta un cuadro que está en la pared. Era el retrato en blanco y negro de tres hombres que se repetían una y otra vez, horizontal y verticalmente. «Ahí están mi papá y mis hermanos. Esa es una obra de mi nieta», nos dice. Lo miramos atentamente, examinando cuál era cuál. Marcela les pregunta si se acuerdan del día de la detención. Norma apoya su espalda en la silla, cierra los ojos, respira profundo.**

**NAR:** Por supuesto que me acuerdo.

**RAR:** Fueron en una camioneta verde, como a las once de la noche. Después supimos que andaban en dos, una blanca y una verde. La blanca era del patrón del fundo, la verde del cura. Ya habían recogido a otras personas y los tenían amarrados atrás. Nosotros mirábamos por la ventana. Se bajaron del vehículo y comenzaron a golpear la puerta muy fuerte. En eso, se levantó mi mamá...

**NAR:** Yo tengo el relato de mi mamá, ya que siempre estuve con ella. Eran como las once de la noche y llegaron los carabineros golpeando con la culata de las metralletas. Mi madre se levantó a abrir. En el dormitorio había dos camas: en una se encontraba Ramón y en la otra Omar. Entraron pegándoles en los pies y con insultos les dijeron que se levantarán. Ese día mi hermano mayor había ido a jugar a la pelota. Había llegado tarde y cansado. Cuando se acostó se sacó las zapatillas, las dejó a un costado, y esas mismas se puso para irse. Le preguntaron a mi madre dónde estaba su marido. Ella les dijo que en la otra pieza, durmiendo. También entraron a la habitación golpeándole las piernas y diciéndole que se parara. Mi papá se vistió rápidamente, entre dormido y asustado. No alcanzó a ponerse el chaleco. Mi madre, al verlo salir así, lo tomó y se lo pasó. Él se despidió con un beso en la cara. Se llevaron a los tres al mismo tiempo. «Y ustedes dos», le dijeron a Emilio y Marco, «hueones de mierda, se van a quedar aquí para cuidar a su mamá». En ese momento, cuando los iban subiendo a la camioneta, Omar le gritó a mi madre que le pasara los documentos; pero un paco le pegó un empujón diciéndole que no se preocupara de huevadas, que para dónde iba no necesitaría documentos. De ahí para adelante fue todo tragedia.

**Norma guarda silencio. Se le quiebra la voz. Le llo-  
ran los ojos. El marido le lleva agua. Se queda mirando  
el retrato que hizo su nieta. Respira, sonrío, vuelve a la  
palabra:**

Con mi mamita nos turnábamos para ir al Estadio Nacional, ya que del retén nos dijeron que para allá se los habían llevado. Al principio íbamos con otra hermana, pero las idas

fueron ampliándose, porque del estadio nos mandaban para otro lado, y de ahí a otro lado y a otro, y así por mucho tiempo. Después supimos que no éramos la única familia afectada y nos empezamos a turnar con la Corina y otras personas. Por ejemplo, si iba ella, preguntaba por mi familia; si íbamos nosotros, por la de ellos, y así. Yo estaba embarazada de mi segunda hija. Tenía varios meses. Guatona y todo, iba igual. No son recuerdos bonitos. Me acuerdo de un domingo en que fui con Emilio al estadio. Al regresar, mi madre nos estaba esperando. Ella siempre tenía una mirada de esperanza cuando alguien volvía con noticias de Santiago. Ahora que lo pienso, yo creo que mi mamita hasta el día del hallazgo siempre se imaginó que iban a volver, que estaban prisioneros por ahí en alguna cárcel de Chile, que en cualquier momento golpearían a la puerta y serían ellos. Al llegar, nos preguntó cómo nos había ido. «Mal, mamá», le dijo Emilio, «no encontramos nada, ninguna noticia». Recuerdo que se fue al dormitorio y se tiró en la cama. Comenzó a llorar. Lloraba y lloraba, desde adentro, ese llanto que te deja seco, que te ahoga; ese llanto del alma que queda grabado, que pasan y pasan los años y no lo olvidas. Tengo el recuerdo de tanta tristeza, de tanto dolor que mi mamá sentía. Fue horrible.

Así fueron pasando los meses, los años, y nada; hasta que por fin se encontraron, cinco años después, en el cerro de Lonquén. Yo pienso que, a pesar de todo, nosotros tenemos el consuelo de que pudimos darles sepultura, aunque fuera con un huesito que nos entregaron y sus cráneos. Hay un lugar a donde ir a rezar, llorarlos y recordarlos, pero hay tantos y tantos que nunca encontraron nada y eso duele, duele tanto porque nunca los van a encontrar. Entonces, en esta realidad nosotros somos unos privilegiados. ¿Te imaginas que hasta el día de tu muerte no sepas qué hicieron con tu marido y tus hijos? Yo creo que eso hubiera sido más terrible.

**RAR:** Mi mamá anduvo hasta en Tejas Verdes buscándolos, en Melipilla también, Cuatro Álamos, el Estadio Chile. A donde le decían que podían estar, para allá partía, o mandaba a alguien de la familia. Me acuerdo que se preocupaba mucho de que llevaran ropa y comida. Siempre pensaba que podían estar pasando frío y hambre. Nunca estuvieron en ninguno de esos lugares, si se los llevaron esa misma noche para el cerro. Me acuerdo de que no pudimos seguir durmiendo. A las siete salió Emilio con mi mamá para la tenencia. No podíamos ir antes tampoco porque había toque de queda. En ese tiempo, si te pillaban afuera de tu casa no tenían problema con pasarte bala.

**NAR:** A la mañana siguiente de la detención, a mi casa llegó Marco a avisarme. Armamos unos termos con sándwich y partimos para el retén de la Isla. Me acuerdo textual lo que le respondía el paco a mi mamá cuando le preguntaba por mi papi y mis hermanos: «Aquí no es para venir a llorar, señora. Aquí no están». Primero nos dijeron que se los habían llevado al Polvorín, a Talagante, y después de eso nos mandaron para el Estadio Nacional. Partimos al Complejo Químico. Tampoco nos daban respuesta. Hasta que un día hicieron una reunión con la familia Hernández, los Maureira y nosotros. En esa ocasión fue Emilio, y no solo no nos dieron respuesta alguna; sino que nos presionaron diciéndonos que, si queríamos seguir viviendo en el fundo, mi hermano tenía que sobresalir por sobre el resto de los trabajadores, brillar, ser el mejor, hacer todo sin chistar y calladito. De lo contrario, la cosa era simple: teníamos que agarrar nuestras pilchas e irnos de ahí. A los Hernández y Maureira les fue peor, porque a ellos no les dejaron jefe de familia vivo y los hombres que quedaron eran muy chicos. Entonces los presionaban constantemente para que se fueran del fundo. Mi hermano, en ese entonces,

llevaba un año de planta, así que tuvo que acatar, ya que la pobreza era muy grande y no teníamos a dónde ir.

Mi mamá se enteró del hallazgo en el cerro por la radio. Pensó inmediatamente que eran ellos los que estaban ahí.

**RAR:** Yo creo que la mayoría supimos que eran ellos, por la cantidad. Eran quince los desaparecidos de la comuna, quince los encontrados. Muchos no dijeron nada, pero estoy seguro que lo pensaron. Era obvio, no solo por la cantidad que coincidía, sino que por la cercanía del cerro. Me acuerdo de que mi vieja se integró junto a otras personas al Comité Pro Paz, que fue el organismo que antecedió a la Vicaría de la Solidaridad. Estaban ubicados en Santiago Centro, en la calle Santa Mónica, y para allá partimos. Al principio, no sabíamos a quién pedirle ayuda. Al no encontrar respuesta en los pacos ni en los centros de detención, nos quedamos con los brazos cruzados. Pero allá mi mamá empezó a conocer a otras personas que estaban en la misma situación de nosotros. Eso nos ayudó a sentirnos más acompañados. Sumado a eso, nos daban mercadería y apoyo de profesionales. Era terrible, porque todos los organismos que, se supone, tenían que ayudar a la gente en casos como estos, estaban involucrados: los pacos, el cura de la iglesia, los milicos, todos. ¿A quién le pedíamos ayuda? Por ese entonces empezamos a hacer trámites con otros familiares. Mis hermanos jugaban a la pelota en el Robert Kennedy con los Maureira, lo que facilitó las cosas. Si bien no éramos tan amigos, nos conocíamos todos en el fondo.

**NAR:** Fue muy importante el apoyo del Pro Paz que comenta mi hermano. Reunió a los familiares que no sabíamos qué hacer con nuestro drama, y se formó la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Había abogados, psi-

cólogos, médicos, asistentes sociales, de todo un poco para ayudarnos. Desde ahí se empezó a juntar la información sobre la cantidad de detenidos, y otras cosas que salían del país para generar presión y ayuda desde el extranjero, porque acá hasta los jueces estaban con el régimen. Era desesperante. Entiendo que llegaban historias de familias chilenas a oído de agrupaciones o familias de afuera, y algunos ayudaban enviando cosas. A mi madre le llegaron remesas de Canadá y Australia. Fue de mucha ayuda eso, ya que compraba mercadería y duraba un par de meses. Sumado a ello, mucha gente se alejó de nosotros, yo pienso que por miedo: nadie quería verse vinculado con una familia con nuestra historia.

**RAR:** Sí. Yo también pienso que fue por miedo. La famosa doctrina del shock. De hecho, un hermano de mi papá que iba siempre a visitarnos, nunca más lo hizo; y así mucha gente, amigos y familiares tomaron distancia.

**NAR:** Mi mamá participó en una huelga de hambre. Una vez hecho el hallazgo, no querían entregar los cuerpos. Entonces había que hacer presión. Fueron en total diez días. Me acuerdo de que también participó María Hernández y Corina Maureira, con otras mujeres ligadas a detenidos desaparecidos. Es que el descaro era mucho en esos años. Nos mataban a diestra y siniestra y nadie hacía nada. Cuando al fin nos dijeron que nos iban a entregar los restos, hicimos una misa en la iglesia de la Recoleta Franciscana. Como fue el primer hallazgo de detenidos desaparecidos reconocido por la dictadura, la expectación era mucha. Fue un caso muy bullado. Por lo tanto, la iglesia estaba llena. A cada jefe de hogar se le citó en el SML. Por nuestra parte fue Emilio. Esa fue la ocasión en que no nos entregaron los restos y los arrojaron a una

fosa común. El horror otra vez. Cómo nos hicieron sufrir estos desgraciados...

**RAR:** Yo creo que la expectación no era tan solo a nivel país, sino que además mundial. Pinochet siempre dijo que no habían detenidos desaparecidos en Chile, incluso cuando los encontraron dijeron que no eran y, después, cuando los reconocieron, inventaron un enfrentamiento en el cerro, que personas del mismo bando las habían matado, siempre negando la verdad. La prensa extranjera y líderes de todo el mundo estaban al pendiente de este caso. Después vino el de Yumbel. A los meses después de Lonquén, encontraron a diecinueve campesinos, también enterrados en un cementerio clandestino.

**NAR:** Mi mamá viajó con la señora Carmen a Canadá, una mujer que era familiar de ese caso. Fue en 1982. Fueron a un congreso gestionado por la Vicaría, a fin de dar testimonio de lo que había ocurrido con sus familias. Estuvo un mes por allá. Era primera vez que salía tan lejos. Bueno, fue la primera y última vez que se subió a un avión. Yo fui a buscarla y a dejarla junto a un abogado y una asistente social de la Vicaría. Fue triste, me acuerdo. En esos años había un ventanal gigante por donde uno le decía adiós a la persona hasta que se perdía el avión en el cielo. Encuentro que fue muy valiente. En esos años era muy peligroso todo. Imagínate salir a un congreso a hablar de lo que pasó. El viaje era por tres meses, pero ella estuvo uno nomás. Quería volver porque iba a ser abuela.

**RAR:** Me acuerdo de las romerías también. Participamos de todas. Para mí la más impactante fue la primera que se hizo después del hallazgo, a fines de 1979. Nos juntamos

en la plaza de Lonquén y de ahí subimos por la orilla del cerro hasta los hornos. Son como ocho kilómetros, más o menos. Recuerdo que era un mar de gente y que fue de lo más impactante que he visto. Durante el camino se cantaban algunas canciones de Sol y Lluvia e Illapu. También se rezaba y caminábamos mucho. Arriba se armaba un escenario donde se hacían discursos y cantaban artistas. Esa la organizó la Vicaría y vino gente de todos lados, de otros países incluso. Es que los hornos se convirtieron en una especie de símbolo de los derechos humanos. Por lo mismo, los dueños, en 1980, los dinamitaron. Después no quedó nada de eso: el sitio pelado. Me acuerdo también de que llegaban muchas banderas de partidos políticos. Eso nos duró años. Se confundían igual las cosas porque los asesinados eran dirigentes campesinos más que políticos, y algunos nomás, pero era difícil controlar eso. Llegaba de todo, en realidad.

**NAR:** Yo me acuerdo de todo eso que cuenta el Tito. Era impactante igual, después de que nos reíamos de mi papá, que todo terminara en eso. Emilio, por ese tiempo, ya era presidente del sindicato. Siguió los mismos pasos que mi padre. Le dijeron que tenía que brillar y así lo hizo. Fue secretario de la Federación de Talagante, y tesorero de la Confederación de Santiago. Entonces, en las romerías, como que naturalmente empezó a tomar un papel de dirigente. Era el primero que estaba dando discursos en plena dictadura. Tenía un ímpetu bien particular. Como que sobresalía entre los otros que hablaban. Yo me acuerdo de que antes le decíamos que cuidara sus palabras, porque siempre había sapos, y si decía algo en contra de la dictadura de Pinochet después lo podían ir a buscar a la casa. Pero lo decía igual, a viva voz: no le importaba. Por ese tiempo ya se conversaba para hacer una organización con los familiares de Lonquén, que con los años fue precisa-

mente la Corporación Lonquén, en donde Emilio fue presidente mucho tiempo. A mí me daba miedo eso, porque en más de una ocasión lo persiguieron. Él no tenía miedo, pero nosotros sí. Una vez llegó a mi casa a esconderse porque se juntaba con un zapatero de la plaza, que era comunista, y con otros cabros que tiraban panfletos en contra de la dictadura. Según contó, los habían pillado y se habían llevado a unos compañeros detenidos. Llamamos esa vez a la Vicaría, me acuerdo. Habló con un abogado y le dijo que se escondiera y que al otro día tomara una micro para Santiago, y se fuera para allá.

**RAR:** En las negociaciones colectivas tenía que estar frente a frente al patrón, don José Celsi, y a Maximiliano Genskowski, el administrador. Siempre se supo en el pueblo que esos dos tuvieron que ver con lo de mi familia, si hasta declararon en tribunales, y mi hermano tenía que verles la cara, negociar con ellos. Después, Emilio fue concejal muchos años, igual que el administrador del fundo, y le tuvo que seguir viéndole la cara allá. Mi hermano tenía cuero de chanchito, y llevaba en la sangre eso de ser líder en sindicatos, clubes deportivos o lo que fuera. Fue concejal durante dieciséis años, por cuatro periodos. Al principio no se le pasaba por la mente serlo. Militábamos ambos en el PPD, pero mi hermano destacaba. Yo creo que, al escucharlo en los discursos y verlo siempre motivado trabajando por los derechos humanos, sumado a eso de que fue presidente de un sindicato por más de veinticinco años, le echaron el ojo para que fuera candidato. Recuerdo que fue Mario Morales quien lo incitó. Para él los temas sociales eran su vida y siempre fue así, desde muy chico. Por lo mismo yo creo que fue electo tantos años como concejal.

**Roberto se acomoda en la silla. Nos cuenta que la enfermedad de su hermano fue muy repentina y silenciosa. «Él se dio el gusto de despedirse de quien quiso hacerlo», comenta. Les pregunto si ven consecuencias y daños generacionales a raíz de toda esta historia familiar, y si existe alguna forma de repararlos.**

Yo creo que en las generaciones que vinieron después de nosotros, que vendrían siendo nietos y bisnietos, no es tanta la repercusión que tuvieron. Quizás sí en algunos; pero en la mayoría pienso que no, ya que casi no iban a las romerías ni a otras actividades. Pienso que no les afecta en nada; por eso se ausentan. Quizás, simplemente no se interesan.

**NAR:** Es que además no estaban, no habían nacido. Hoy para ellos es historia más que nada. Aparte que, en nuestra familia, cada uno sufrió por su lado. Nunca se hablaba del tema, nunca, por evitarle el dolor al otro, sobre todo a mi mamá. Yo vine a llorar después de vieja, porque cuando tuve que apoyar a mi mamá nunca lo hice. Tenía que estar firme para ella, darle consuelo, acompañarla. El llanto para mí no era tema. Yo no sé si fue malo o bueno, pero no les contamos la historia tan cruel a nuestros hijos y nietos para evitarles el dolor.

**RAR:** Referente a eso que preguntas de reparar, yo creo que te maten a un familiar, más aún de la forma en que lo hicieron con los nuestros, es algo que no se repara con nada. Esto nos lo vamos a llevar a la tumba; hasta el último día de nuestras vidas nos va a acompañar esta tragedia. Han pasado casi cincuenta años y aún se habla de esta historia. A mí me interesa que eso sea así, que no se olvide, que a las generaciones jóvenes se les enseñe lo que sucedió en Lonquén.

Antes de la pandemia, el municipio había lanzado un programa de educación en las escuelas que lleva el nombre de mi hermano, entiendo que para hacer charlas, obras de teatro y otras cosas contando la historia de nuestras familias. Esas cosas son necesarias para reparar, para que la comunidad sepa lo que pasó y no vuelva a pasar. Parece que ahora no se hace en las escuelas por la pandemia, y por el actual alcalde que al parecer no apoya estas iniciativas. No le interesan. A raíz de esto, hay una preocupación: el mausoleo que está dentro del municipio no pertenece a Bienes Nacionales. Fue una iniciativa municipal la de conservar el calabozo de Carabineros, donde estuvieron antes de llevarlos al cerro. Por tanto, la mantención depende de ellos. Nos preocupa que en este gobierno local quede en el más completo de los abandonos, y con ello se intente borrar lentamente la historia. Eso no puede suceder.

**Junio del 2022, plaza de Isla de Maipo. Diego e Ihara nos esperan. Elegimos el pasto, poner polerones y mochilas sobre él y sentarnos a conversar, como lo hacen los estudiantes que nos rodean. Luz roja y a grabar nuestras voces. Conversamos con los hijos de Emilio. Él tiene treinta y uno, ella veintisiete. Ninguno había nacido para el regreso de la democracia:**

**Diego Astudillo Muñoz (DAM):** En varias ocasiones buscaban a mi papá para hacerles preguntas sobre el caso Hornos de Lonquén. Recuerdo el ensayo de un estudiante universitario en donde nos entrevistó, o un trabajo audiovisual de un hijo de Claudio Calderón. En esa ocasión nos grabó a nosotros dos y a mi padre. Claudio es una persona que estuvo junto a mí papá durante muchos años en temas relacionados con los derechos humanos y política. Emilio era un animal político en esencia, y sus amigos lo impulsaron para candidatearse como concejal en la comuna. Junto con Claudio, que era el amigo más presente, estaba otro igual de cercano: don Mario Morales, pero él lamentablemente falleció.

Mi nombre es Diego Astudillo Muñoz. Tengo treinta y uno. Me dedico al diseño. Desde muy chico me vi ligado por mi historia familiar al tema de los derechos humanos, específicamente a lo que sucedió en Lonquén. Tengo recuerdos de que íbamos a romerías, actos bien simbólicos hacia el lugar de los hechos en el cerro. Mi papá era el presidente de



**Diego Astudillo Muñoz**, 31 años  
*Nieto de Enrique Astudillo Álvarez*

la Corporación Lonquén y siempre fue la cara visible de la agrupación. Por tanto, muchas veces anduvimos metidos en los encuentros. Para él estas cosas eran su vida. Dejaba todo de lado por buscar justicia, por encontrar a los responsables, como tantas veces le oí decir. Eso también nos involucró a nosotros como generación. Si bien no participamos directamente en lo que sucedió porque no habíamos nacido, sí repercutió en nosotros. Fuimos criados por una generación marcada por el miedo. Quizás por eso mi papá fue una persona tan hermética. No comentaba mucho lo que había sucedido con su familia. Sinceramente, nosotros aprendimos más en las romerías, aniversarios, encuentros en general. Ahí nos enteramos de lo que había sucedido, más que por relatos o historias de nuestros familiares, lo que igual nos abría la perspectiva de las cosas, porque tampoco existía una imposición de ideología o pensamiento acerca de nuestra historia. Nos fuimos formando a medida que pasaba el tiempo.

**Ihara Astudillo Muñoz (IAM):** Yo soy Ihara Astudillo Muñoz. Tengo veintisiete. Soy Técnico en Enfermería y trabajo aquí en la comuna. Como bien decía mi hermano, siempre hemos estado bien ligados al tema de los derechos humanos. Un tiempo participé de la Corporación Lonquén; pero después de la muerte de mi papá algo pasó, y la agrupación no convocaba a las personas de la misma forma. Antes recibía correos donde decían cuándo se iban a reunir y todo eso, pero hace meses que no recibo nada. Por eso no sé si todavía se convocarán, porque realmente mi papá era la cabeza. Después de que falleció, nada volvió a ser como antes. Recuerdo que de muy chica iba a marchas con él. Me colocaba un cartel con la foto de mis tíos y abuelo. Debo haber tenido cuatro o cinco años. Cuando fue el tema del juicio de Pinochet en Londres, mi papá fue para allá con Sola Sierra, Viviana Díaz



**Ihara Astudillo Muñoz, 27 años**  
*Nieta de Enrique Astudillo Álvarez*

y personas muy importantes de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (AFDD). También iba a las romerías y veía todo lo que pasaba; pero, como decía mi hermano anteriormente, tampoco tengo recuerdos de haberme sentado a la mesa con mi papá a hablar sobre lo que había pasado. Yo pienso que no era fácil para él hacerlo en el plano más íntimo de la familia. Debe haber sido muy doloroso y, de pronto, el silencio actuaba como mecanismo de defensa. Lo curioso era que en público se desplegaba con unos discursos súper potentes, como del alma. Y una cosa que siempre llamó mi atención era que nunca usaba libretos. Hablaban distintas autoridades o invitados y todos sacaban una o dos hojas con lo que iban a decir. A Emilio nunca lo vi con nada en las manos; todo lo improvisaba en ese mismo instante. Eso me asombraba mucho. Con los años me fui interiorizando más en el tema. Había una gran historia detrás, algo que había marcado profundamente la vida de mi familia paterna y, por cierto, la de él.

Los hermanos Astudillo son Omar, Ramón, Emilio, Roberto, Marco, Norma, Mirta, Olga y Carmen: nueve en total. El día de la detención, mi padre tenía dieciséis años. Omar y Ramón eran mayores que él y, al llevárselos, tuvo que ser el responsable de la familia, el jefe de hogar, el que trajera el sustento, el «obligado», como le llamaban en el fundo, que era el rol del hombre mayor de cada familia, el que debía desempeñar labores en Naguayán para justificar la casa y estadía de su grupo. Sin Enrique —mi abuelo— ni mis tíos —sus hijos mayores— no le quedó otra. En sus testimonios contaba que tomó las riendas de la familia. Pasaron muchas necesidades, mucha hambre; sumado a que, en ocasiones, también había tenido que arrancar, dejando a la familia. Nunca se creó la instancia en la que mi papá nos hablara directamente de lo que pasó en un espacio íntimo. Yo tampoco nunca le pregun-

té. En la familia el tema no se hablaba. Mi abuela, por ejemplo, era muy recatada. De hecho, a mi papá tampoco lo vi con sus amistades contando o hablando en profundidad del tema. Eso sucedía más en las romerías. Sé que mi abuelo era dirigente del sindicato del fundo Naguayán. Mis tíos no tenían ninguna postura política. Mi papá tampoco hablaba mucho de su papá; más lo hacía de sus hermanos. Yo creo que él se guardó muchas cosas. Se volvió una persona hermética: no hablaba de sí, era muy reservado y le costaba mucho mostrar sus emociones. Incluso cuando se declaró su enfermedad, él no la hizo pública. Tenía cáncer de páncreas. Tampoco quería que lo fueran a ver. No quería que lo trataran de «pobrecito». Se alejó de todo y casi no salía. Mi papá falleció a los sesenta y dos años. Nos hace tanta falta.

### **Ihara pausa el relato. Respira profundo y acomoda su espalda. Vuelve a su padre:**

Lo que más se extraña de él son sus discursos. Antes de que falleciera, por ejemplo, hubo una conmemoración en Lonquén. En ese minuto mi papá ya estaba un poco mal. Le sugerimos que no fuera, pero igual lo hizo. Una vez, me fijé que estaba preparando un discurso. Ese día llevaba todo estructurado. Le dieron el espacio y, aún con su enfermedad, sacó esa garra. Se te paraban los pelos al escucharlo. Era como si otras personas también hablaran a través de su voz. Dijo por última vez su discurso y, a pesar de que llevaba una pauta, nunca la revisó, así que, como siempre, dijo lo que le salía del alma. Yo creo que eso es lo que falta ahora: que alguien lidere y tenga esa garra, ese empuje.

Pienso que mi papá se entregó no solamente al tema de los Hornos de Lonquén, sino que al de los derechos humanos en general. Esta experiencia familiar lo marcó tanto, que no

concebía la injusticia de que hubiera miles de familias en todo el país con su misma realidad. Siempre decía que había que mantener en alto la bandera de la verdad y la justicia. Y así fue, porque aún en la enfermedad lo hizo. Él era muy entregado a esto. Siempre estuvo presente en todo.

También me acuerdo de mi abuela, Rosario Rojas. Según lo que escuché en las romerías, el proceso de búsqueda tras la detención fue muy duro para ella. En la tenencia de Carabineros le dijeron que estaban en el Estadio Nacional, así que les llevaba comida, ropa para abrigarse y otras cosas; pero nunca estuvieron ahí, nunca estuvieron en ningún otro lado que no fuera bajo piedras y cemento, allá arriba, en el cerro de Lonquén. Ella también murió de cáncer. Dicen que el cáncer está asociado a lo emocional de las personas. Yo igual lo creo. Cuando a Emilio se lo detectaron, le dijeron que le quedaban tres meses de vida. Al final duró nueve. Parte de mi abuela murió cuando se llevaron a sus hijos. Yo, que soy mamá, creo que eso nunca se supera. Arrastró esa pena toda su vida. Cuando falleció, todavía no sabía si era o no su familia la que estaba ahí, ya que fue durante el proceso de exhumación e investigación de los restos.

Recuerdo las romerías como una conmemoración muy alegre. Invitaban a grupos de música y a personas ligadas al ámbito artístico. Un par de veces hicimos vigiliass en el cerro. Estábamos toda la noche y siempre pasaban cosas. Alguien hablaba o cantaba. Conmemorábamos a los muertos, los recordábamos; pero no desde la tristeza, sino que dándole otro fondo, algo más alegre entre las familias. Personalmente, me gusta la idea de que en el sitio de memoria exista esta suerte de museo y que contemple un sector de esparcimiento, de jóvenes, para darle vida al lugar y no dejar de hacer estas vigiliass. También recuerdo una romería afuera del cementerio. Estuvo Sol y Lluvia, el mismo tono de vitalidad. Me gusta eso.

Como te decía, mi padre siempre estaba presente en todo, y no solo en lo referente a la agrupación y las actividades, sino que además en los asuntos de sus hermanos. Como vivió una situación tan compleja, vivió la vida de una manera particular, manteniendo una relación completamente diferente con sus hermanos. Él era como el papá de ellos, la imagen paterna que no tuvieron. Entre ellos se creó un vínculo mucho más profundo. No sé si esto se repetirá en otras familias, pero nos pasó a nosotros. Todo lo que pasó repercutió negativamente de una u otra forma. Pienso que las generaciones que venimos después también arrastramos algo. La dictadura es como un fantasma que está siempre presente. Se guardaban muchas cosas mi abuela y mi padre. Arrastraron sus dolores toda la vida solos. El silencio siempre ganaba. Muchas personas han muerto de cáncer. Su amigo, Patricio Bustos, también lo hizo. Eran muy cercanos, muy amigos. Parecía ser que a una generación entera les acomodaba más la ausencia de palabras, quizás por protegernos, quizás porque el dolor era tanto que siempre fue más fácil echarlo debajo de la alfombra.

**Ihara se muestra nostálgica, reflexiva. Marcela le pregunta si cree en la reparación tanto personal, familiar, como comunitaria. Los hermanos responden pensativos:**

**DAM:** Nunca me había hecho esa pregunta. Yo no sé si se pueda reparar. Yo creo que no se puede reparar. No se puede reparar nunca. Como te dije, es una cosa con la que uno aprende a vivir, y en nuestro caso es como un fantasma que siempre estará ahí.

**IAM:** Yo creo lo mismo que él: es algo que no se puede reparar. Es como una herida abierta que afecta a genera-

ciones enteras. De todas formas, algo se puede hacer a nivel educativo. Recuerdo que el alcalde anterior, Carlos Adasme, lideró una iniciativa muy interesante. En los colegios de la comuna se iba a impartir un proyecto llamado «Programa educativo y formación ciudadana en derechos humanos y memoria: Emilio Astudillo Rojas», en donde básicamente se harían talleres, charlas, exposiciones, entre otras cosas, para contar lo que pasó en el cerro de Lonquén. De esa forma, creo, se aporta a la reparación: mostrando a las nuevas generaciones y educando para que no vuelva a suceder algo así. No obstante, ese programa se echó para atrás al asumir un nuevo alcalde. Yo creo que es sumamente importante que estas cosas se hablen, que sean tema país, que se encuentren entre las iniciativas del Ministerio de Educación. En mi colegio, por ejemplo, nunca hablaron de lo que sucedió para el golpe. Pareciera ser que no solo en las familias no se habla de estos temas traumáticos, sino que tampoco a nivel país. No se le toma el peso a lo que realmente fue, ni a las consecuencias a escala humana que aún persisten en nuestra sociedad.

Es muy poca la gente que sabe lo que realmente pasó en los Hornos de Lonquén. Te juro que ahora que estoy más grande no le encuentro una respuesta a la pregunta de por qué no enseñan esto, por qué no educan, por qué no muestran la historia. Algunos dicen que el tema de los derechos humanos está secuestrado por sectores políticos específicos, pero creo que es más profundo que eso. No tiene que ver con ideologizar, creo yo, pero te lo hacen ver como que sí; tiene que ver con poner por sobre cualquier otra cosa la dignidad y la vida humana. Es, por tanto, sumamente importante un programa como el que impulsó Adasme. Como te contaba, en mi colegio nunca me pasaron nada; se saltaron esa parte y, créeme, es súper doloroso para nosotros, que nos ha tocado vivir todo esto en carne propia.



**Karla Aguirre Chasco, 25 años**  
*Bisnieta de Enrique Astudillo Álvarez*

**Domingo de julio por la tarde. Con Óscar visitamos distintas casas retratando a los entrevistados de esta investigación. Llegamos a la de Norma y nos espera junto a Roberto. Karla viene en camino, viajando desde Ñuñoa, para ser fotografiada y conversar. Al llegar, nos presentamos y decidimos postergar la entrevista. Al cabo de unos días nos reunimos por Zoom. De fondo, unos cuadros se asoman por la pantalla, evidenciando su gran talento como artista visual. Le pregunto qué sabe del caso Hornos de Lonquén:**

Lo que yo sé viene de mi abuela Norma, más que nada. Son historias pequeñas. Por ejemplo, nunca me ha hablado de sus hermanos. Nunca me ha contado nada de ellos. Lo que más sé es que jugaban a la pelota en un club deportivo del fundo. Y de mi abuelo, la verdad es que tampoco sé mucho.

Tenía doce años cuando falleció mi bisabuela Rosario. Ella tampoco hablaba del tema. A mí siempre se me escondió la historia. No se decía lo que realmente fue. De hecho, lo que se me contaba era como: «Si ellos no estaban haciendo nada; se los llevaron nomás». Y yo ahora sé que no fue así. Sí eran parte del sindicato, sí movían gente, pero eso como que no se habla. Solo hace un par de años comencé a hablar de esto con mi abuela, a partir de lo que pasó en el proceso del juicio del 2018. Con mi tío Emilio estuvimos yendo a reuniones. Recién ahí empecé a entender un poco más lo que había pasado

en realidad. Como te digo, no es mucha la información que tengo. Sé que mi abuelo era rígido y muy estricto, un hombre de esa época, con el machismo propio que caracteriza a esa generación. Todas esas formas eran muy presentes. Entiendo que estos temas tienen que ver con la historia personal de mi familia, que son cosas que no se mencionan. Nadie va a hablar de personas que fueron mártires como hombres normales y que la cagaron más de una vez. Me quedo con eso.

Cuando era muy chica iba a romerías. Acompañé a mi abuela. Son recuerdos que no tengo muy presentes. Cuando se hizo el funeral masivo tenía trece años. Fue muy triste todo lo que veía, aunque mi noción en ese momento era de una lejanía que encuentro tan absurda en este momento de mi vida. Como no había arraigo con la historia familiar, como nadie te hablaba de ella, era muy difícil que tuviera esa cercanía, que me emocionara o algo. Esto me genera también ciertas rabias, porque creo que igual se nos ocultaban cosas desde un adultocentrismo; o bien no se nos quiso traspasar precisamente la rabia, el resentimiento. Pero es más complejo aún porque, por querer evitar algo, se consiguió precisamente todo lo contrario. También pienso que, por otro lado, la omisión es una manera de sobrevivir. No hablar del tema es una manera de que no esté presente y, por ende, apacigua el dolor. En las reuniones familiares, por ejemplo, nunca se recordó a mis tíos abuelos ni a mi bisabuelo. Era como si no hubieran existido. Obviamente, esto tiene que ver con lo que te menciono.

Se escucha mucho una queja en la familia, y es que las nuevas generaciones no se han hecho tanto cargo de lo que pasó. Se habla de la importancia de mantener la memoria viva y de que no se puede volver a repetir esto. Sin este trabajo, se corre el riesgo de que vuelva a pasar. Pero es muy difícil involucrarse cuando nunca te hablaron de esto, y es difícil

también enfrentarlo porque existen traumas transgeneracionales que te llegan igual. En el estallido social del 2019, por ejemplo, me daba pánico salir a la calle. En ese tiempo vivía en Vicuña Mackenna con Diagonal Paraguay, que era donde normalmente se enfrentaban capuchas y pacos, literalmente afuera de mi casa. Las lacrimógenas, el zorrillo y el guanaco desfilaban todos los días por allí, y no pude salir ningún día. Sentía mucha culpa por lo mismo, porque yo debería haber estado ahí, y lo sentía mucho, pero no podía. Era una sensación horrible. Salía y me cagaba de miedo. Tampoco era algo que pudiera explicarle en ese momento a la gente que me rodeaba. Pienso que me hubiera encantado ser un poco más grande y hablar con mi bisabuela, poder preguntarle cosas, sacarle fotos y grabarla, así como lo hice con mi abuela y tío Emilio. Mi memoria es muy frágil y ese tipo de materiales me ayudan mucho. Son cosas que registro porque, a pesar de que son dolorosas, es necesario enfrentarlas. A nuestra generación no se nos hizo parte de este sentir. El otro día, por ejemplo, estuve con una tía que tenía seis años el día de la detención. Me contó que también la habían contactado a ella para este trabajo; pero dijo que no, que no quería hablar de eso, que no quería recordarlo. Creo que igual puedo entenderla, porque vivió todo de muy pequeña y de seguro no ha sido fácil para ella. Empatizo con ese no querer recordar, no querer hablar; pero también me parece un poco egoísta, porque no estás pensando en las consecuencias del silencio. Y cuando llegan personas como ustedes a escarbar en esta historia, que es terrible, por lo mismo no se quiere hablar. A mi abuela la tuvo que convencer mi tío Tito. Ella también se destrozaba por dentro al recordar y no quería participar; pero es tan necesario hacerlo, es tan necesario sanar, conversar, enfrentar las situaciones. Sanar duele. Nadie nunca dijo lo contrario, y si hace falta hay que ir a terapia, pedir ayuda.

Lo que no sanamos nosotros, inevitablemente lo toman las nuevas generaciones. Creo que se trata de hacer el recuerdo vivo, presente, de tomar nuestra propia historia y entender que de allí venimos. Nada duradero se puede construir si no afirmamos bien los cimientos, las raíces. Todo lo que sucede configura lo que soy ahora.

El 2017 comencé a ir a las conmemoraciones más consciente de lo que estaba pasando. Recuerdo en una ocasión que no había nadie que leyera la historia de introducción. Mi tío Emilio me pidió que lo hiciera. Sinceramente me dio miedo, porque siempre me ha pasado que no puedo hablar con autoridad sobre el tema. Creo que no poseo información suficiente, pero tampoco pude negarme. Al cabo de un tiempo, Emilio se enfermó. Fue como a mediados del 2018. Empecé a ir mucho a su casa, a escuchar sus historias y a entender muchas cosas. Él sí hablaba de esto conmigo. Vivía a partir de lo que había sucedido, buscando verdad y justicia todo el tiempo. Como que esta lucha estaba arraigada en él. Creo que fue la persona de la familia que más se llevó el peso de todo lo que nos pasó. Me invitó a participar de la Corporación Lonquén. Quise apoyarlo con la convicción de que tenía que enseñar esta historia. Me da mucha pena que se haya ido tan joven, justo cuando me sentía más cercana a él y a su trabajo. En parte, gracias a él empecé a entender un poco más lo que había pasado. Se comprometió a contarme esta historia para que pudiera entender y participar activamente de la Corporación. Me tenía demasiada fe. Quizás por mi forma de ser, por mi carácter, sintió que había algo en mí que podía ser un aporte. Me hace mucho sentido en realidad, porque siento toda esta historia. Tengo una deuda conmigo misma para hacer algo con esto, pero no es tan fácil porque no me he sentido preparada emocionalmente para enfrentarlo. Sí sé que hay algo que tengo que hacer, y no solo porque mi tío

me lo haya dicho, sino porque realmente nadie de la familia se ha hecho cargo más que él. Ni mis otros tíos ni mi abuela ni los hijos de mis tíos abuelos, nunca nadie realmente participó como él de esta lucha: poniendo el cuerpo, la única forma en la que se puede hacer algo. Todos descansábamos en Emilio; esa es la verdad.

Yo creo que, en parte, mi necesidad nace desde la rabia; desde el hecho de ver a mi bisabuela sufriendo, de pasar toda la vida sufriendo. Imagina lo que es que te maten de esa forma a tu marido y a tus hijos. Nace desde ahí esa rabia, desde lo que pasó, desde lo injusto que fue todo. Siempre recuerdo las palabras de mi tío en sus discursos hablando de la búsqueda de verdad y juicio a los responsables. También recuerdo unos carteles, en especial ese que decía con letras bien grandes: «Dictadura cruel y sangrienta». Me gusta hablar con la verdad. Me interesa hacerlo porque la verdad incomoda, y creo que la gente tiene que saber la verdad, y me incluyo. No podemos seguir viviendo como si no hubiera pasado nada. Se van a cumplir cincuenta años y en Chile es como si realmente esto no hubiera pasado, como si a nadie le interesara. Es el tema que incomoda en la mesa familiar, lo que no se habla en las escuelas, es la vergüenza de todo el mundo. Pienso también en cómo encontrar la manera de poner en la cara de las personas esta historia. Aunque no lo quieran saber, lo tienen que saber igual; y no me importa si alguien quiera saberlo o no, porque tiene que saberlo. Y las nuevas generaciones tienen que saberlo. Pienso, por ejemplo, en mi hermano chico, que tiene dieciocho años. Él no tiene idea de nada. La generación de mi abuela, de mis tíos abuelos, etc., cargan con el peso de haberlo vivido en carne propia; y mi generación, que nace después de esto, también carga con estos traumas transgeneracionales. Si bien no es algo que yo viví, me duele porque vi a mi familia sufrir; y ellos, desde esa

tristeza, criaron a los que veníamos. Siento que tengo una responsabilidad en contar esta historia. También es un alivio, porque uno se saca un peso. Si no hablara de esto, si no me educara en torno a esta historia, y en algún momento llegara a tener un hijo o hija, no voy a tener cómo transmitirles mi historia familiar, que es su historia. Veo a la gente de mi entorno, personas de veinte y treinta años, y no tienen idea de la historia de Chile ni de la tierra que habitan, mucho menos de sus familias. A la mayoría de las personas les da lo mismo. Yo creo que esta generación se tiene que hacer cargo de lo que pasó. Ya no pueden seguir pasando más años de silencio, indiferencia, y esto va para mí también.

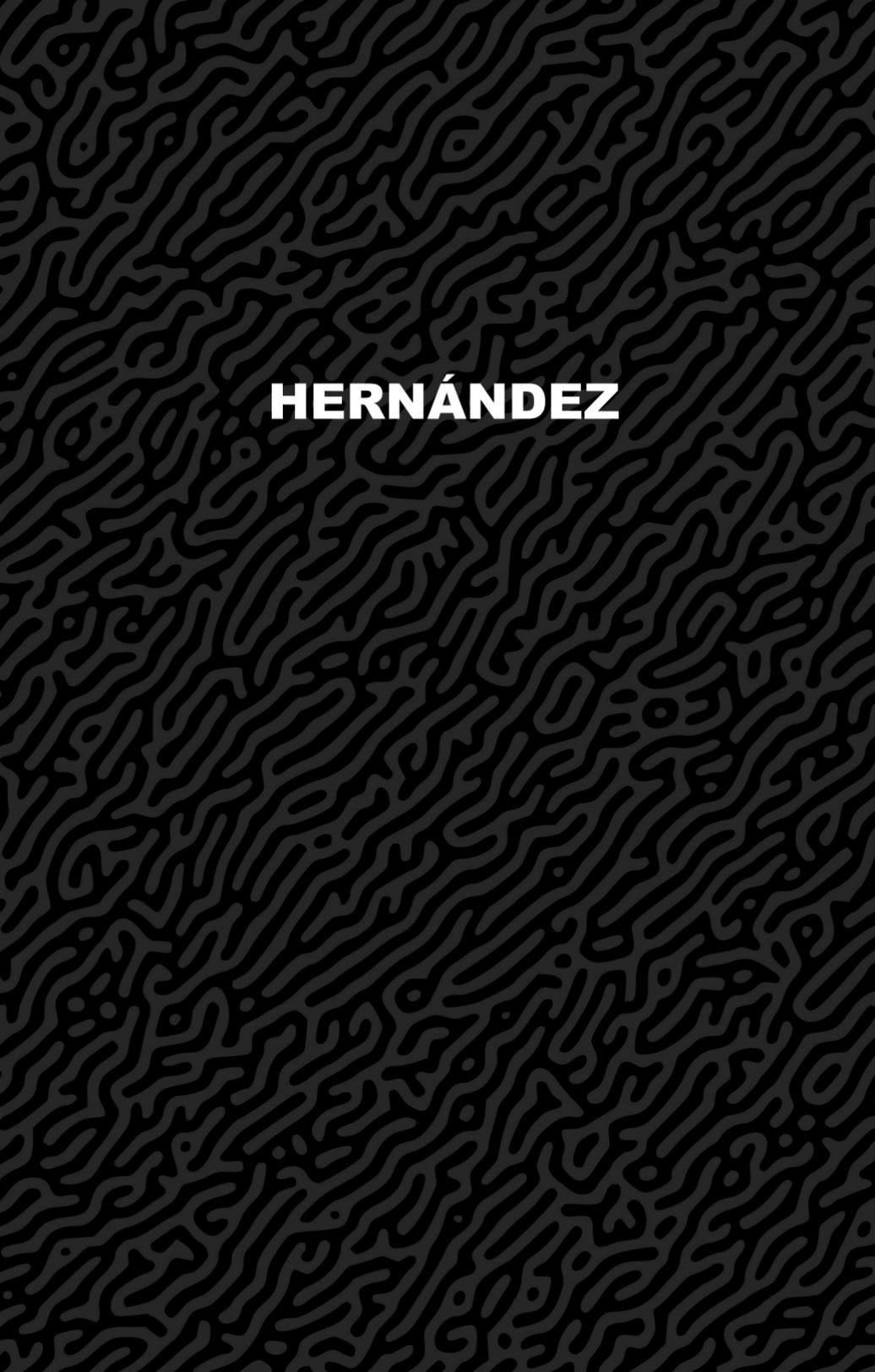
Pienso que este trauma transgeneracional se ve muy reflejado en las maneras de ser y vivir de muchas familias de Chile. Parece ser que es más fácil guardarse las cosas, no hablar de lo que se siente, no comunicarse realmente. Siempre estar muy encerrado, muy ensimismado. Si vamos a hablar o a celebrar algo, siempre se mueve en capas superficiales o chistosas. Preferimos reír para no llorar. También veo miedo al conflicto. Siento que se evade mucho, lo percibo comunicacional y emocionalmente también. Aun así, lo entiendo. Son personas que vivieron tanta violencia. De alguna manera, eso ha generado que se cierren, que intenten vivir sin una verdad, incluso ellos mismos. Lo veo muy así. Esa violencia incrustada trajo miedo. Se perpetuó el miedo. Creo que también tiene que ver con el guardar silencio. El silencio viene del miedo, absolutamente.

**Karla se toma el pelo. A ratos su mirada se pierde en el techo, en la muralla, o derechamente en cualquier parte. Piensa, siente lo que dice. Le pregunto si cree en la reparación y, de ser así, cómo cree que se consigue.**

Yo creo que no existe la reparación. Ninguna condena o suma monetaria va a cambiar lo que pasó o les va a evitar la pena a esas madres. Se ha intentado, de cierta forma, reparar algo que creo es irreparable. Pero sí hay maneras de ayudar a las familias y a la comunidad, porque esto no es solo un trauma para un grupo reducido de personas, sino que para la sociedad en su conjunto. Primero que todo, creo que hay que visibilizarlo. Ya sabemos que en los colegios no se habla de esto, y hay que remediar esa situación. La gente en el cotidiano tampoco habla de esto, y creo que el Estado tiene responsabilidad aquí. Hay centros de detención, de tortura, y sitios de memoria que hoy son cualquier cosa. En algunos casos, los vecinos de estos lugares ni se enteran de lo que tienen a metros de sus hogares. Hay familiares directos que, en la mayoría de los casos, han tenido que luchar por la recuperación de estos espacios, y eso no debería ser un desgaste de ellos; el Estado debería llegar a tiempo y por su propia iniciativa. Del mismo modo, cuando me enteré de que no hubo apoyo y seguimiento al estado psicológico y psiquiátrico de los familiares, quedé impresionadísima. Dime una cosa: ¿cómo se sigue viviendo después de que te asesinan a tu papá, a tu hermano o a tu esposo? ¿Cómo? No se puede; sigues por inercia. Es lo que veo en muchas personas. Su vida siguió a partir del «tengo que sobrevivir y voy a seguir nomás», pero no debió haber sido así. Debieron haber tenido un acompañamiento, una reparación emocional, personal, psicológica; pero nada de eso existió ni existe. Mucho menos podemos sanar y avanzar así. La gente dice que de esto han pasado muchos años, y se sigue con la misma cantinela. Lo que no se entiende es que es un tema vigente, muy vigente. Esto es muy problemático porque, así como marcaron a las generaciones venideras del caso Lonquén, marcarán a las futuras de las víctimas de violaciones de derechos humanos en el estallido

social del 2019, por ejemplo. ¿Cuántas décadas más cargando con estos traumas?

Yo me dedico al arte visual: pintura, fotografía y otras expresiones. En algún momento trabajé con detenidos desaparecidos en mi obra. Hay un proyecto que tengo muy pendiente. Un día fui a la casa de los Maureira y a la de mi abuela. Tomé un retrato de Rosario y Purísima, y las reproduje con las fotos de Enrique y Sergio, sus maridos. La foto de las mujeres donde salían mayores, y la de los hombres como estaban en 1973, año en que dejaron de crecer, se quedaron ahí, no avanzaron. En cambio, a ellas sí les pasaron los años por encima hasta llegar a ser ancianas, que era lo que les correspondía también a ellos. Este proyecto está inconcluso. Es algo que me gustaría hacer con otras familias igual. Tengo que hacerlo.



**HERNÁNDEZ**



**María Irene Hernández Flores, 82 años**  
*Hermana de Carlos, Nelson y Óscar Hernández Flores*

**Invierno del 2022. Tímidas gotas entre las blancas y negras nubes se dejan caer. Es mediodía en Isla de Maipo. El viento de los viñedos se entremezcla con el petricor periférico, que sabe y huele distinto. Me pregunto: alguien que no ha pasado por las situaciones de estas familias, ¿podría siquiera asomar la punta de su existencia a la sensación de dolor, angustia, miedo e incertidumbre? Me cuesta creerlo. Para cualquier ser humano puede resultar no tan fácil abrir historias de vida. Imagino estas: la dificultad que implica vivir con ellas. De ahí el valor de esta entrevista, única de la estirpe Hernández Flores y sus descendientes, en parte por una decisión familiar de hermetismo, al parecer consensuada; en parte, porque María Hernández es la única del clan que sigue con vida. Sus padres y hermanos ya no están. Tres de ellos fueron sacados de su hogar la noche del 7 de octubre de 1973. Nos espera Cristian, su hijo. Con él hablamos para poder concretar esta conversación. No fue fácil, no solo por lo difícil del tema, sino porque su madre no se ha encontrado bien de salud. En el living de su casa, María nos espera al lado de una estufa a gas, sentada en su sillón favorito. De fondo suenan las noticias del Mega. Nos pregunta si venimos de la Vicaría o de alguna otra agrupación. Le contamos que es una investigación para un libro que conmemora los cincuenta años del caso donde sus hermanos**

## **estuvieron involucrados. Asiente con la cabeza. Luz roja a la grabadora, comienza la conversación:**

Nací el 7 de marzo de 1939. Tenía hermanos. Éramos en total siete y ya no queda ninguno; yo nomás. Soy la tercera. El mayor era Remigio, después venían Carlos, José, Ramiro, Nelson y Nibaldito. Deberíamos haber sido nueve, porque hay dos que fallecieron guagüitas. Antes, eso era normal aquí en el campo; muchos niños morían nomás. Era la única mujer. Me las llevaba todas: cocinaba, lavaba, de todo. No me podían ver quieta; apenas podían, me hacían trabajar.

Tengo ochenta y dos años. Yo era una persona sana. Nunca he sido enfermiza. Casi toda mi vida he vivido en Isla de Maipo, lo mismo mi familia: la mayoría de ellos están acá. Mi madre trabajaba mucho. Era muy inteligente. Le gustaba la agricultura, la lechería, todas esas cosas. Se llamaba Sixta del Carmen Flores, y mi papá Carlos León Hernández. Nosotros nos vinimos desde Temuco cuando yo era muy chica. Mi papá era bueno para tomar. Era de Santiago. Toda su familia era de allá. De joven se fue a Temuco a trabajar. Allá tenía un patrón al que le gustaban mucho los caballos de carrera. Incluso viajaba a otros países a ver competencias y compraba animales porque le gustaban mucho. Un día le contó a mi taita que se había comprado unas tierras en Isla de Maipo, que las tenía llenas de animales; que por qué no se iba para allá, para que los cuidara. A mi papá también le gustaban mucho los animales, así que el patrón le dijo que se fueran para allá con toda su familia. Y como los hombres no piensan en los hijos ni en las señoras, ni en nada más que en ellos mismos, tomó la decisión solo de venirse para acá. Le dijo a mi mamá que se iban a ir, que el patrón los iba a llevar para Santiago, que les tenía de todo. Claro que nos trajo engañados. Él les contó la historia de que les tenía casa, que era puro terreno

de agricultura, que pasaba el río cristalino cerca de ahí, casi como que era el paraíso. A mi mamá no le quedó otra que obedecer. Tomó a los hijos y partieron. El patrón les dijo que no llevaran nada, que todo lo que tenían se lo dejaran a los familiares que se quedaban en el sur y, más adelante, cuando fueran a buscar animales con el camión, iban a ir trayéndose las cosas de a poco. Nos vinimos con lo puesto y la comida para el camino. Mi mami me decía que mi hermano mayor me traía en brazos. Tengo que haber tenido unos tres añitos.

El patrón se llamaba Baltazar Pudi. Le decíamos «El Gringo». Entusiasmó como a tres o cuatro familias para que se vinieran, entre ellas a la mía. Mi mamá cocinaba y cosía muy bien. Hacía camisas y esas cosas de colores que se ponen los huasos ricos: las fajas. Mi padre sabía de animales. Así, cada familia tenía algo que aportar. El problema fue que esto era casi un sitio pelado, con unas cuantas casuchas paradas, sin baño ni luz ni agua ni nada. Todo lo que había dicho el patrón era mentira. Había que armar todo desde cero y para eso nos quería. Más encima, cuando llegamos se había salido el río Maipo y traía de todo: casas, animales, carretones. Qué no se llevó. La gente, asustada, amanecía en una loma que hay en lo alto, con sus casas llenas de agua. Este caballero nos dejó aquí y se fue para otro país. Las supuestas casas, más que eso, eran unas piezas pegadas entre sí, donde, para llegar a su habitación, la gente tenía que entrar y pasar por todas las demás habitaciones, como un cité. Yo andaba revoloteando por todos lados. Mi mamá era buena para el mate y se ponía a conversar con las otras señoras. Como los niños siempre se hacen los lesos, andan por alrededor escuchando todo lo que se conversa, y yo escuchaba a mi mamá que decía que no sabía dónde iban a tirar a la gente, que las piezas no alcanzaban, que no había casas ni tierras ni nada. Me acuerdo de que mi mamá lloraba con sus guaguas pidiéndole de

comer a don Baltazar, pero se fue nomás. Dejó a la gente a la buena de Dios, y que agradecieran que tuvieran un techo y un pedazo de tierra. Después, como a los dos años, el patrón vendió las tierras y nunca más lo volvimos a ver. Un día llegó un cabro joven diciendo que era el administrador. Era el hijo del caballero que repartía los alimentos para la gente. Ellos eran de otro país y habían llegado hace poco a Chile. El nuevo administrador se llamaba Maximiliano Genskowski. Después fue creciendo y estudió para ser jefe. También le decíamos «El Gringo».

Me gusta vivir aquí. Es tranquilo. Aunque una vez creció tanto el río que quedamos atrapados. En aviones chicos nos tiraban paquetes con comida para abajo. El cura juntó a toda la gente, hicieron una misa y le prometieron a la Virgen de la Merced que, si se calmaban las aguas, todos los años saldrían a pasearla por el pueblo, y sería la santa patrona por siempre. Bajó el río, se calmó todo, y hasta el día de hoy cumplimos con esa promesa porque, si no se hace, el río se va a salir nuevamente. Esta celebración se conoce como la Fiesta de la Virgen de la Merced.

Primero llegamos a vivir a las Mercedes. Después, a los años, nos fuimos al fundo Naguayán, calle La Ballica. Cuando llegamos, ya todos estábamos grandes. Nos habían cambiado a una casa decente, con un terreno para que criáramos aves y animales. A mi mami le gustaba la vida de campo, el huerto, así que ella nos tenía de todo. Mi papi trabajaba hartito en el fundo y, poco a poco, se fueron integrando mis hermanos. A los ocho años empecé a trabajar. Al comienzo, ayudaba a mi mamá preparando la comida. Las cocinas estaban aparte de la casa. Se llegaba a través de un corredor. Lentamente empecé a estar más ahí que en otras partes. Prendíamos unos fogones grandes y alrededor unos fierros para poner las ollas. La leña ardía y me dejaban sola haciendo el almuer-

zo. Las casas eran de adobe. Terminaba en la cocina y debía hacer el aseo. Cuando no lo hacía bien me pegaban, porque yo quería jugar con mis hermanos más chicos y me arrancaba a hacerlo. Nos la llevábamos puro jugando a la pelota, a la escondida, y también con unos gansos que nos correteaban. Todos los años hacían la limpieza de los techos de la casa porque antes llovía mucho. Quedaban unas escaleras instaladas por harto tiempo, y como pasábamos solos nos subíamos al techo con las ollas y jarros con que mi mamá sacaba leche de las vacas y hacía el queso. La llenábamos con moras y en los jarros llevábamos leche, y ahí estábamos toda la tarde comiendo. Desde arriba se veían unas bodegas grandes. Pasaban camiones a buscar pipas de vino y les gritábamos a los choferes que estábamos comiendo moras y tomando leche. Mi hermano mayor trabajaba en esa bodega, y dos veces le dijeron que había una casa donde unos niñitos molestaban todo el día. Una vez contó eso almorzando. Mis papás preguntaban si sabíamos quiénes eran, y nosotros calladitos nomás, sobre todo el más chico, que era el más desordenado: Óscar Nibaldo. Cuando se lo llevaron tenía treinta años. Era el regalón de todos.

**María se toma las manos y aprieta sus dedos, uno por uno. Mira hacia el piso y sonrío. Se extravía por un instante en las travesuras de su infancia, huyendo de las obligaciones del fundo, donde Naguayán se reducía a un jarro con moras y leche:**

En eso nos entreteníamos: jugábamos a la escondida, a los troncos, a unos cuadritos que saltábamos tipo luce. Nos prohibían salir a la calle, y eso que no había ni vehículos. No se veía nada de eso; solo una que otra persona yendo a comprar al pueblo.

Un día, un vecino le conversó a mi mamá que arriba de una casa siempre había unos niñitos jugando y gritando cosas. Él creía que no tenían papás, o que estos trabajaban todo el día. Le preguntó si acaso ella sabía de dónde podían ser para hablar con sus papás, porque era muy peligroso. Yo creo que mi mamá le debe haber preguntado más detalles, además de haberlo juntado con lo que le había dicho mi hermano, porque se dio cuenta de que éramos nosotros. Nos dio una frisca y un buen reto. No nos quedaron más ganas de volver a subir.

Fuimos muy pocos años a clases. Los más grandes estudiaron y después trabajaron. Cuando tenían unos quince años, El Gringo los mandaba a trabajar a todos. Les decía que, si no tenían plata para estudiar, había que trabajar para ayudar a los padres nomás. En esos tiempos, era una mugre lo que pagaban, casi una burla. Claro. Como nos pasaban una casa y un tanto de comida en el año, se creían con el derecho a pagarte una miseria.

Mi hermano mayor pasó el Cuarto Medio; los otros llegamos a la Básica nomás. Yo estudié muy poco tiempo: en el mes iba dos o tres días. Qué iba a aprender así. Mi colegio estaba en la Villita, que estaba hartito lejos de mi casa. Iba poco. Mi mamá decía que era mi culpa porque yo me distraía con las moras, que me iba para allá y para acá, que era muy inquieta. Entonces eso a ella le daba miedo, porque el camino eran puras viñas y árboles, todo muy oscuro, como un bosque. Muchas mamás tenían miedo de mandar a sus hijos solos, entre ellas la mía. Tampoco podíamos ir en un grupo grande porque no había más niños cerca. La casa más próxima estaba súper lejos, pero ahí no había niños, y en el otro pedazo de tierra tampoco. Es que el fundo era muy grande. Los más chicos estudiaron en la misma escuela que yo, y los otros en el Monte las Mercedes, dentro del fundo donde vivíamos; pero a los

pies, que era un pedazo particular que había. Ahí llegaban los que salían de la Básica, pero no terminaban la Media. De ahí se venían para Isla de Maipo. Un cura fundó la primera escuela del centro. Él mismo les hacía clases, y de ahí los chiquillos salían de Cuarto Medio y se iban a Santiago a seguir estudiando, los más aventajados y los que podían pagar también. Todos mis hermanos chicos, ya terminando la Básica, entraron a trabajar en el fundo. No había plata para la Educación Media, así que a trabajar a las viñas se iban. Siempre había mucho trabajo. Al principio El Gringo tenía puros animales; después choclos, papas, habas, cebollas, y otras cosas según la temporada. En eso trabajaba la gente, que en ese tiempo no era mucha, porque arrancaron por miedo a que volviera a subir el río y se llevara todo. No había tantas casas como ahora. Poco a poco empezó a repoblarse. En esa época empezaron a masificarse las viñas, y así fue surgiendo el fundo. El trabajo era a mano, con azadón, pala, chuzo y guadaña; no como ahora que hay máquinas para todo, y uno no se enuncia ni anda con tanto sacrificio en los hielos del invierno. La gente llegaba mojada entera a la casa. Se sufría: éramos muy pobres. Mis hermanos no tenían zapatos; usaban unas chalitas de goma, tipo ojotas. No les daban botas. Los niños usábamos unas chalitas de goma todo el año, parecidas a la de los grandes, pero un poco más delgadas. En invierno nos moríamos de frío y teníamos que cruzar el barro así nomás; y en verano, con el calor, se derretían. Los que eran colegiales, aunque llevaran chalas, tenían que ir bien limpiécitos, con sus calcetincitos y todo. Nada de uniforme; la ropa que se tuviera nomás. Era muy pobre la gente antes. Incluso se dormía en el suelo. Gracias a Dios nosotros teníamos unos colchones con unas marquesas antiquísimas, de esas brillantes. Una señora nos las pasó mientras esperábamos a que El Gringo nos diera casa. A la gente que trabajaba le pasaban alimento y después

se lo cobraban a fin de mes, que un kilito de esto, que un litrito de aceite, un kilo de harina para un mes, y así. La gente sufría mucho. Se nos explotaba mucho y no se nos daba casi nada. Todo para ellos. Ellos tenían tremendas mansiones, con unos parques hermosos y gigantes; nosotros pura miseria nomás. Me acuerdo de que una vez mi mamá me mandó con un hermano a dejar unos huevos a otra casa. Al llegar, entramos y quedé impactada cuando vi en el suelo a ocho niñitos chicos tapados con puros pedazos de trapos, sobre unos sacos vacíos. Esa era su cama: ahí dormían los ocho más el matrimonio. No lo podía creer. Aparte de la pobreza, en todos los fundos los hombres eran curados, porque por acá había muchas viñas. Imagínese cómo aparecían las chuicas de vino por todos lados.

Nunca me emparejé ni me casé; solo trabajaba. Recién vine a conocer a alguien a los treinta y tantos años, cuando se llevaron a mis hermanos. Tenía trece años cuando un día llegó una señorita de Santiago a la casa, amiga de los patrones. Llegó diciendo que en esa casa vivía una niña muy hacendosa que la podía ayudar con dos niños que tenía en su casa. Me ofrecía un hogar, vestimenta, comida y un sueldo, pero tenía que vivir con ellos. Mi mamá no quiso, menos mis hermanos, porque yo era como la dueña de casa: los atendía a todos. Pero la señorita insistió en que le hacía mucha falta. Mi mami le dijo que yo estaba muy niñita, que no se podía todavía, pero ella dijo que éramos muy pobres y sufríamos mucho, que igual me iban a ir a buscar. Y así fue: un día llegaron y, sin el consentimiento de nadie, me llevaron. Es que así era la cosa: disponían de uno. Estuve en esa casa como diez años. No me daban permiso para ir a ver a mis papás ni a mis hermanos, nunca. Tuve que acostumbrarme a eso. No sabía andar en Santiago. Era primera vez que salía de Isla de Maipo. Me tocó cuidar a los dos niñitos hasta que crecieron y se fue-

ron a Estados Unidos a estudiar. Quedé sola con la patrona y la señora, su mamá. Como no había niños que cuidar, todo fue un poco más relajado, y me venía como quince días para mi casa. Ahí volvía a compartir con mis papis y hermanos, pero siempre regresaba la patrona a buscarme, y así no salí nunca de esa casa hasta que llegó la tragedia. Estaba trabajando cuando, muy temprano, llegaron a buscarme un hermano con mi cuñada. Había llovido ese día. Mi patrona llegó a la cocina a decirme que tenía visitas. Era muy extraño que llegaran allá, más aún sin avisar. Cuando salí a recibirlos me dijeron que como yo no los iba a visitar, ellos vinieron a verme. Los hice pasar. A mi mami le daban ataques a la vesícula, pero hace tiempo que no le pasaba, ya que la habían operado. Me dijeron: «María, la señora Carmen está muy enferma de la vesícula, muy mal, y no hay quien la cuide. Necesitamos que usted esté allá, así que la venimos a buscar». «Pucha», dije yo, «no creo que me den permiso. ¿Qué comió?, si ella sabe lo que no puede comer. ¿Y cómo de vesícula si estaba operada?», les preguntaba yo. Me dijeron que en el camino me contarían, que era urgente que nos fuéramos al tiro. Me asusté y fui corriendo donde la señora, le expliqué la situación y al final me dejó ir. Le dije que era por dos o tres días nomás, que la llevarían al hospital y después la dejarían al cuidado de alguna cuñada. Cuando veníamos pasando por Talagante, empezaron a decirme que era mentira lo de mi mamá, que había pasado algo y necesitaban que estuviera en la casa. Habían inventado esa historia para que mi patrona me dejara salir. Les pregunté asustada qué estaba pasando. Me contaron que habían agarrado a personas de la Isla de Maipo y, entre ellos, a mis hermanos. No entendía mucho porque no estaba informada sobre lo que pasaba en el país. Donde trabajaba no se conversaba nada. Me imaginé que andaban peleando o algo así. Fue lo primero que se me ocurrió, pero

ahí me enteré de que estaban metidos en cosas políticas, que Nelson era dirigente de un asunto. «Pero ¿qué es eso? ¿Qué hicieron?», preguntaba yo. Estaba muy confundida. Empecé a hacer memoria. A mí nunca me contaban nada. Ningún hermano me dijo palabra alguna. Recordé que en dos ocasiones me había llamado la atención que Nelson, junto con Óscar Nibaldo, andaban repartiendo mercadería en un carretón, pero no le vi nada de malo a eso. Nunca escuché que mis hermanos fueran de algún partido político, nunca, ni cuando iba a las casas vecinas, ni cuando iba a hablar con las chiquillas, nunca. La verdad es que tampoco ponía mucha atención a lo que pasaba en la casa, sumado a que vivía con mi patrona. Donde mi mami tampoco nunca me dijeron nada. Una vez nomás yo vi que venía llegando mercadería y la guardaban ahí, y en otra ocasión vi que llegó una vecina que era costurera buscando a mi hermano. La atendió mi cuñada y le dijo que necesitaba un galón de gas, que si acaso se lo podía pasar; y mi cuñada le dijo que esperara un poco, que iba a preguntar. Pero no había nada; solo el que mi mamá tenía para hacer almuerzo, y me van a creer que el Nelson se los quería pasar y dejar a mi mami cocinando a leña. Yo me preguntaba por qué venían a buscar cosas a mi casa, de dónde salía esa mercadería; pero tampoco pregunté mucho porque, como yo no vivía ahí, no me tomaban mucho en cuenta, la verdad. Tampoco tenía una relación muy cercana con mi cuñada, así que empecé a preguntar por aquí y por allá, y ahí me enteré de que había llegado un gallo de afuera, con ideas políticas, y los había arrastrado a todos a su partido. Pero nunca pensé que entregar mercadería era como para que te fueran a sacar de tu casa y te mataran.

Todos mis hermanos tuvieron hijos. Carlos Segundo vivía en Santiago. Tenía un buen trabajo y una buena situación. Casi nunca iba a ver a mi mami; tenía que ir ella a verlos.

Un día se enfermó mi cuñada, su esposa, y no había quien la cuidara. Hablé con mi patrona y me dio permiso para ir un domingo a verla. Ahí estuve con mi hermano y lo reté. Estaba enojada con él porque nunca iba a ver a mi mamá. Le dije que ahora que estaba bien, que ya no la necesitaba más, se había olvidado de ella. Me dijo que para que no hablara tanto iba ir a verla. Resultó que justo el día en que se los llevaron, Carlos Segundo se dejó caer por la casa. Cuando llegamos donde mi mami, mis otros hermanos me contaron. Llegó y dijo que podía estar por un rato nomás porque tenía que trabajar, y mi mamita le dijo que cómo se iba a ir tan rápido si no venía nunca a verlos, así que se quedó, pero tendría que haberse ido. Fíjese usted que él ni vivía en la Isla y se lo llevaron. Para que no se fuera mi mami empezó a hervir agua en una olla grande que tenía. Fue para el gallinero y le dijo que lo acompañara. Sacaron como tres gallinas y entre los dos les tiraron el cogote y se fueron a la olla. Ahí lo mantuvo ocupado pelando aves. Después fueron a buscar huevos para que llevara de todo para Santiago. Se puso a armarle un paquete y se lo engatusó con que pelaran más pollos y buscaran más huevos, que como no iba nunca se tenía que llevar muchas cosas, así fue cómo decidió quedarse del domingo hasta el lunes 8 de octubre.

Como a las diez de la noche vinieron estos perros y se los llevaron. Me contaron que llegaron echando balazos preguntando por Nelson y Nibaldito. Carlos era el mayor, así que se metió a defenderlos. Le sacaron la cresta y también lo echaron arriba. Se llevaron a toda esa gente. Primero a los Maureira, después a los Astudillo, y ahora a nosotros. Mi hermano Nelson era del sindicato: ese fue su gran crimen. Si Carlos se hubiera ido, si mi mami no lo hubiera hinchado tanto para que se quedara, no le hubiera pasado nada, ya que él no tenía nada que ver. Él también andaba tranquilo, porque

había contado que donde vivía habían llegado los pacos trajinado todas las casas, así que salía sosegado porque no tenía nada que esconder; ni ninguno de mis hermanos tampoco, si el Nibaldo no se metía con nadie. Era un niño. No tenía problemas con nadie. Y Nelson era tranquilo también; solo que estaba en el sindicato. Eran buenos chiquillos, conocidos de todos aquí desde chiquititos, desde que nos hicimos famosos por subirnos al techo a gritarles a los trabajadores. La gente era muy rebuena en ese tiempo; no había peleas, no había muertes. Todo era muy sano. Yo no sé por qué mi hermano Nelson se metió ahí. Mi mami tiene que haber sabido, pero no debe haber entendido esas cosas.

Después de que se los llevaron lloramos tanto. Sentíamos angustia, miedo, y no entendíamos nada. Uno de los cabros del sindicato, amigo de mis hermanos, llegó a la casa y, al darse cuenta de lo que había pasado, nos explicó unas cosas. Nelson llevaba dos años en el sindicato y había logrado mucho en ese corto tiempo. Les daban cosecha, un saco de maíz, uno de papas, entre otras cosas. También, todos los años tenían que darles permiso para descanso, y el patrón debía contratar unos buses para llevarlos a donde ellos quisieran ir. El cabro nos siguió diciendo que eso tenía enojado a los ricachones, que no era tanto una cuestión del teniente de los pacos, sino que ellos eran mandados. Se rumoreaba en el pueblo que los patrones de los fundos hacían asados y se curaban, y ahí empezaban a decir que estaban hartos de los revoltosos que todos los años pedían más y más cosas, que en cualquier momento les quitaban las tierras. Resultó ser que, según ellos, Nelson estaba sacando mucho provecho para los obreros. Entonces era una molestia para los ricachones. Nosotros no entendíamos por qué se los habían llevado hasta ese momento. Entendimos que estaban haciendo obras para bien, para los pobres.

El cabro que nos explicó todo nos dijo que era El Gringo el que había dicho que se los llevaran, porque iba a seguir sacando cosas. Le tenían el ojo echado hace rato. Seguramente ahora iban a molestar por más sueldo para los trabajadores, porque eso es lo que hacen los sindicatos: arreglar la situación de la gente pobre. Y por eso se llevaron a los chiquillos, porque El Gringo ese y toda esa gente estaba enojada con lo que estaban haciendo.

Al otro día de que se los llevaran, al tiro empezamos a ir para que nos atendieran. Yo no fui capaz de ir. Fue la hija mayor de los Maureira, y pidió que por favor le dijeran por qué se los llevaban, que a dónde los iban a dejar, que dijeran qué iban a hacer con ellos, que necesitábamos verlos para llevarles ropa y comida, pero no le dieron ninguna información. Dijeron que se los habían llevado al Estadio Nacional, y salimos para allá al día siguiente. Yo me coordiné con la señora Rosario, la mamá de los Astudillo, porque la señora Elena se iba más temprano con su familia. La verdad es que no nos conocíamos hasta ese entonces. Antes los ubicábamos de vista nada más. La señora Rosario era evangélica y mi mami también, así que entre ellas se acompañaban y rezaban mucho.

No teníamos idea de cómo llegar al Estadio Nacional. Lo hicimos puro preguntando. Cuando llegamos, vimos una fila inmensa que no se acababa nunca, y daba a unas ventanillas donde uno preguntaba por sus familiares y te decían si estaban o no. Hicimos la cola, dimos los nombres de los tres, y nos dijeron que no estaban. Seguimos yendo una semana entera. Del retén de los pacos de la Isla nos decían que allá estaban. Entonces no nos quedaba otra que creer que así era. Nos íbamos a las cinco de la mañana para allá, sin desayuno ni nada. No teníamos hambre; ya no sentíamos hambre de la pura angustia. Entre las siete y media y las ocho, recién llegábamos nuevamente a la fila para la ventanilla, y una vez más

no encontrábamos resultado: que no habían llegado ahí, que no estaban, que volviéramos mañana para seguir viendo, que eran muchos detenidos y todos los días llegaban nuevos, y así días enteros sin comer, días enteros sin respuestas. Una vez la señora Rosario de pura hambre se desmayó. Nos asustamos mucho. No sabíamos qué hacer con ella. Pedimos ayuda en la calle. Una señora nos trajo agüita y le dimos. Se fue recuperando de a poco, pero el problema seguía. Sin plata para comida, entonces no se le quitaba el hambre, además de que estábamos todo el día paradas ahí, y no solo un día. Al otro volvíamos a ir, y al otro, y al otro, y siempre la misma respuesta: «Aquí no están, busquen en otras partes», y nos íbamos para otros lados. Donde nos decían que podían estar, para allá partíamos, a veces caminando, a veces en micro, y no aparecían mis hermanos. Lo que no sabíamos era que estaban aquí mismo. Nunca salieron de la zona.

Los hombres de las familias que no se llevaron eran muy chicos. Los que tenían un poco más de edad tenían que trabajar en el fundo, así que éramos principalmente mujeres las que salíamos a buscarlos. Andábamos medias locas. Imagínese usted que le lleven a su familia. Mi hermano dejó a su señora sola con los hijos. Después ella se enfermó. Duró como dos meses y murió. A esos niñitos hubo que internarlos. En todas las familias había varios niños de por medio. Ellos no pensaron en eso: que si faltaba el padre, ¿cómo se iban a alimentar? Aparte de eso, empezaron a meterse a la casa a robar cosas. No podíamos dejarla sola. Fue como si toda la gente se nos hubiera tirado encima.

Muchas personas sabían que estaban aquí, que nunca los llevaron al Nacional; pero usted sabe que era tan delicado todo esto que la gente tenía mucho miedo y nadie quería hablar. Nosotros nos vinimos a enterar en 1978 de que estaban aquí mismo en el cerro, cinco años después. Fue terrible

saber que estaban amarrados de pies y manos con alambres. Los tiraron a esos hornos de ladrillos. A los quince los tiraron, unos patas para abajo, otros patas para arriba, ¡y vivos! Decían que les pegaron antes y los lanzaron aturdidos, que los taparon con piedras y tierra. La gente decía tantas cosas. Quizás qué hicieron con ellos estos perros. Yo los quería mucho. Imagínese que cuando eran chicos yo era como la mamá del Nelson y del Nibaldito. Siempre los cuidaba y andaban conmigo para todos lados.

**Silencio. María comienza a llorar. Su hijo se acerca con un vaso con agua. Ella lo acepta. Cristian nos dice que había estado enfermita últimamente, que mejor dejáramos la conversación hasta ahí nomás. María interrumpe. Dice que no, que sigamos. Mira al piso. Sigue jugando con los dedos. Levanta la mirada, sonrío y retoma:**

Nosotros fuimos a hablar con los patrones, pero nunca nos dijeron nada. Decían que ellos no sabían, que no nos podían ayudar. Fuimos donde El Gringo y la misma historia: no sabía nada. Nadie nos ayudó. Estuvimos solos, todo ese tiempo estuvimos solos. No podía dormir. Ya estaba que me volvía loca. Veía que entraban hombres y venían a hacernos algo a nosotros, que nos robaban. Temía por la vida de mi familia: mi cuñada con seis niños y mi mamá. Me quedé viviendo acá. Nunca más volví a la casa de Santiago, a pesar de que me fueron a buscar un par de veces, pero dije que no iba a dejar sola a mi mamá después de lo que había pasado. Salimos a trabajar con mi cuñada; nunca le pedimos a alguien ni un pan. Ella al principio no quería, hasta que un día se convenció de que había que hacerlo. Fuimos a Buin y a Paine. En verano cortábamos porotos y habas. Después me casé y vinieron mis hijos. Mi mamá los cuidaba junto a mi

sobrina mayor. Nos íbamos hasta el Monte Las Mercedes. A las siete nos levantábamos, a las ocho llegábamos allá. Nos cruzaba un carretón por el río y nos íbamos a Buin a cortar porotos. Paralelo a eso se nos metieron a robar a la casa. Se llevaron todo: una vaca parida, unos chanchos, aves. Ya no hallábamos qué hacer. Yo lloraba todo el día porque no sabía cómo llenar el saco quintalero ni cómo íbamos a reponer los animales. Quizás eran los mismos pacos. Como sabían que habíamos quedado indefensas, nos asustaban para que nos fuéramos del fundo.

Una vez al año se hacía una romería, cercana a la fecha en que se los llevaron. Iba toda la gente: los de la Vicaría, abogados, asistentes sociales, familiares de detenidos desaparecidos de otras partes, el Emilio ese que siempre recordaba el caso haciendo discursos. Se cantaba, se rezaba, y todos sabían que, por el hecho de ser dirigentes, El Gringo ese había delatado a los pacos para que se los llevaran porque, si las cosas seguían así, con el sindicato, los patrones creían que los trabajadores no se iban a quedar tranquilos hasta que le quitaran las tierras. Antes se peleaba por la tierra. La gente se tomaba terrenos de siembra y era muy difícil que los patrones los recuperaran. Mi hermano Nelson fue señalado como peligroso, como posible líder de tomas de terreno, pero él no tenía nada que ver; era del sindicato para ayudar a la gente con cosas mínimas como la mercadería y el gas. Nada más.

Costó un mundo para que nos entregaran a mis hermanos. Después de que los encontraron en los hornos, estuvieron un tiempo diciendo que los iban a devolver, pero no pasaba nada. Entonces hicimos huelga de hambre. Tenía a mi guagua de pecho, pero igual me metí con la señora Rosario, la Corina Maureira y no me acuerdo bien quién más. Duró como cinco u ocho días. Usted sabe cómo son las huelgas: no se come nada, se toma pura agüita nomás. La hicimos en

una iglesia en Santiago. De todas las familias había una persona. Mientras tanto, los abogados de la vicaría trabajaban presionando para que entregaran los restos. Yo pienso que ahí no hicimos bien las cosas, porque debimos terminar la huelga cuando nuestros familiares estuvieran con nosotros, no antes. La culpa fue de la asistente social que estaba en la iglesia, porque nos presionó para terminarla cuando habían dicho que los iban a entregar. En ese momento no sabíamos lo que iba a pasar, así que cantamos victoria y le pusimos fin a la huelga. Era tanta la felicidad porque nos iban a dar los cuerpos, pero nos duró poco, porque el día de la entrega estábamos en una misa esperando y, en vez de que los desgraciados los llevaran para allá, los retuvieron otra vez y los fueron a tirar al cementerio, a la fosa común de Isla de Maipo. Estando en la iglesia llamaron para un lado a los familiares y nos dijeron que los habían llevado a todos ensacados, que habían abierto la tumba de la fosa común, y los habían puesto a todos ahí, hueso por hueso, y se fueron. Fue terrible.

Nunca va a haber reparación, porque los cobardes nunca van a reconocer nada. Ya no lo hicieron. El teniente ese, Lautaro Castro, se murió y no dijo nada el desgraciado. Estos cobardes no tienen perdón de Dios. Estos miserables son unos desgraciados tan grandes. Señor, si tú tienes poder, a estos debieran castigar, porque si nuestros familiares hubieran sido ladrones o asesinos, métanlos presos, que paguen, pero ellos qué daño hacían. Yo no entiendo cómo es la política, no entiendo lo que hacen, no tengo idea, pero mi hermano no tenía ningún beneficio con haberse metido a eso. Con decirle que ese día que vinieron a pedirle un galón de gas, él quería darles el que estaba usando mi mamá y dejarla usando pura leña. Entonces eso significa que no era ni para ellos, no lo hacía para llenarse; al contrario, era puro para ayudar, porque la gente era muy pobre, oiga. Dígame dónde está el mal que

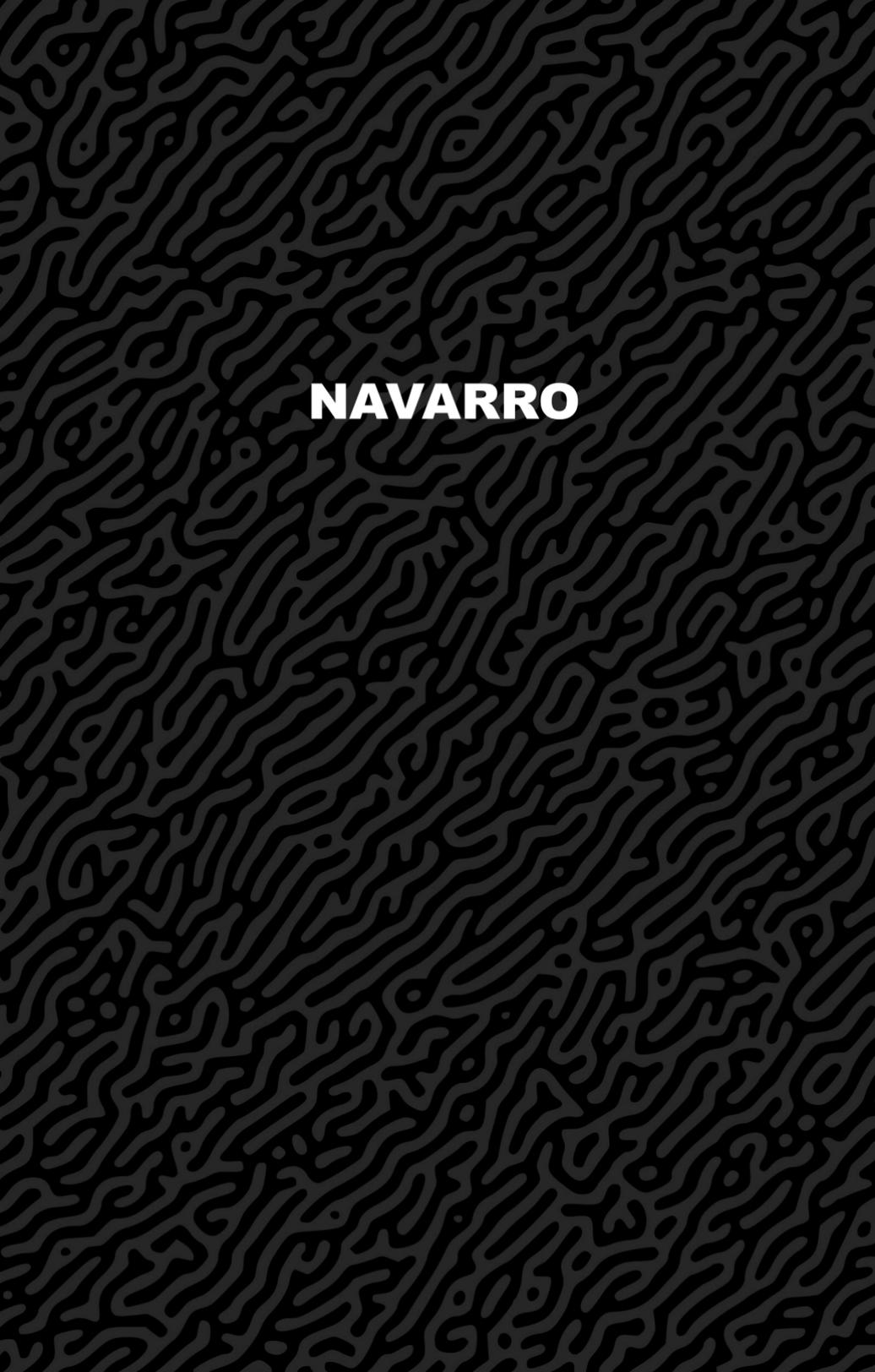
hacía mi hermano. Todo lo que teníamos era del esfuerzo de toda una vida. La gente de campo es de mucho esfuerzo, si trabajaban de sol a sol. Cómo ser tan caballos estos brutos; no pensar ni en los niños que se quedaron solos. Acá hubieran hecho un careo con los gringos, para saber qué hicieron los chiquillos para haber merecido eso. No se puede llegar y matar así nomás. Es que no se puede. Es inhumano, salvaje, desalmado. No les dieron derecho a elegir nada. A veces me acuerdo de todo lo que pasamos y me amanezco; no junto pestaña, los ojos gigantes toda la noche. Hay semanas en que no me pueden ni hablar.

Una vez vinieron los gringos y le dijeron a mi cuñada que venían a buscar a los niños para internarlos, que —como habían quedado sin papá— querían ayudarlos. Ella se encerró muerta de miedo. Mi cuñada duró poquito. De tanto pensar qué habían hecho con su marido, yo creo que no aguantó. El mayor de sus hijos tenía catorce años y estaba estudiando. Él no podía trabajar porque era un niño y nadie lo iba a querer contratar. No hallábamos qué hacer. Andábamos con la Ema como atontadas de tanto dolor.

Luego de que mi cuñada murió, mi sobrino mayor quedó a cargo de sus hermanos. A él lo conocía de chico un patrón. Un día llegó a la casa a decirnos que había quedado viudo, estaba enfermo y no tenía quién lo ayudara con sus cosas. Supo lo que le había pasado a mi hermano y cuñada, y se acordó de mi sobrino. Le pedía que se fuera con él a cuidarlo a cambio de un sueldo, pero no tenía que dejar el colegio. También le dijo que lo podía ayudar internando a los hermanos, porque ahí iban a estar bien cuidados, tendrían su alimentación y los podría ver toda la semana. Mi sobrino pensó que era una buena solución, ya que no sabía qué hacer. Por las noches ni dormía pensando en cómo los iba a alimentar. El caballero resultó ser bien bueno y lo ayudó hartito. Los primeros chi-

quillos empezaron a salir del internado y se iban a sacar sus estudios. Antes de que se muriera, ese patrón les dejó pega a todos, y hasta el día de hoy trabajan en el mismo lugar.

Y así pues, caballero, dama, esta es la historia de mi familia, la historia de Naguayán. Aún se pueden ver hartos viñedos por aquí. Lo que la gente no sabe es la historia que hay detrás de esas uvas. Todo más o menos sigue parecido, en todo caso. Harto fundo aún, harto campesino. La mayoría de los gringos se han muerto y han quedado los hijos a cargo de las parcelas, y esos siguen mandando.



**NAVARRO**



**Erasmo Navarro Salinas, 54 años**  
*Hermano de Manuel Jesús Navarro Salinas*

Al cementerio parroquial de Isla de Maipo llevaron los restos que fueron sacados del SML por personal de la CNI, aquella tarde en que cientos de personas esperaban en la iglesia y convento de la Recoleta Franciscana. Los arrojaron a la fosa común, a fin de que se mezclaran y nunca pudieran ser reconocidos. Un monumento inaugurado el 2009 se encuentra en la actualidad en ese lugar, con los restos que fueron reconocidos científicamente. Descansan cada uno en su lugar, con sus nombres tallados en mármol. También se pueden leer los nombres de Juan de Dios Salinas Salinas y Guillermo Bustamante Sotelo, dirigentes campesinos ejecutados días posteriores al golpe en el puente de Naltagua. Con el Maipo y sus estrellas de testigo, al teniente Lautaro Castro ya le antecedía una orden por jalar el gatillo a trabajadores agrícolas del pueblo que debía custodiar. Nos dimos cita en ese lugar con Erasmo Navarro, uno de los hermanos menores de Manuel Jesús. Él es el administrador del cementerio desde hace muchos años. Antes de entrar a su oficina, nos muestra el monumento y nos habla de su historia. También nos cuenta que un poco más allá está sepultada su madre, la querida Tina, descansa con La Negra, su hermana María Teresa; y también Manuel, ya que por determinación de los hermanos, los restos del mayor de ellos están con el clan Navarro en una especie de mausoleo familiar.

El día en que se llevaron a Manuel yo tenía cuatro años. Tengo recuerdos vagos de mi hermano mayor. Él tenía veinte. Le gustaba mucho imitar a Sandro. Lo recuerdo vestido y peinado como el cantante. Fue un día domingo de octubre de 1973. La noche anterior había estado en una fiesta con tres amigos, todos vecinos de por ahí mismo. Uno de ellos vivía hace un tiempo en Santiago, pero seguía viniendo a la Isla casi todos los fines de semana, creo que a visitar a familiares y amigos. Entonces, era habitual que cuando este chiquillo venía, lo iban a dejar a la plaza, ya que desde allí pasaba la liebre a la capital. Afuera de mi casa pasaba un canal con mucha agua. Tengo el recuerdo vivo de haber visto ese día salir a Manuel mojándose su pelo largo en el canal. Eran como las once de la mañana y mi madre, Celestina Salinas, la Tina, preocupada por todo lo que estaba pasando en el país, le dijo a Manuel que se cuidara, que volviera a la una, que a esa hora estaría listo el almuerzo. Nunca más volvimos a verlo.

En mi casa este era un tema que no se hablaba. Todo lo que supe lo fui escuchando en conversaciones con personas que venían a visitarnos, y mi mamá contaba lo que había pasado con Manuel. A mi padre, Luis Navarro, nunca lo escuché hablar del tema, tampoco a mis hermanos. Cuando encontraron los restos en el cerro, en mi casa se armó una fila para darles el pésame a mis papás. Ya tenía nueve años, pero seguía sin entender lo que estaba pasando; el silencio siempre reinaba. Mis padres vienen de familias muy humildes. Gente de campo. Mi padre llegó desde Linderos a trabajar al campo de la Isla junto a mi abuelo, y mi madre era una campesina de aquí. Ella nunca salía de su casa. Estaba atendiendo todo el día a su familia. Cuando ponía un pie en la calle, era exclusivamente para las reuniones en la escuela de sus hijos. Yo pienso que en familias humildes, de campo, hay cosas que simplemente no se conversan. Los niños no teníamos acceso

a la información. La verdad es que siempre fue así. No creo que en la casa de mis abuelos o tíos la cosa haya sido muy distinta.

Con el tiempo, mi viejo se instaló con un taller de bicicletas en Avenida Lillo, frente a las copas de agua. Manuel era el mayor, así que se puso a trabajar con él. A Luis le gustaba tomar. A veces lo hacía por días seguidos, semanas, incluso meses. Cuando eso pasaba, no estaba disponible para atender el taller, así que Manuel quedaba a cargo, no solo del trabajo, sino que además de todos nosotros. Mi vieja decía que él era el puntal de la casa. Por tanto, para ella no fue fácil que se lo arrebataran. Sufrió mucho. No era cualquier hijo. Antes era así: siempre había un hombre que se hacía cargo de la mamá y de los hermanos chicos, en caso de que el papá faltara. La Tina funcionaba como en modo automático; se levantaba temprano, cocinaba, lavaba, hacía aseo. Nos atendía siempre con la misma expresión de pena en el rostro. Ya a los quince años, cuando la miraba, veía el sufrimiento en su cara, lo sentía. Nunca la vi celebrar un cumpleaños, navidad ni año nuevo, nada. A ella me la mataron en vida. Esa es la parte que más duele. Yo creo que todos en la casa vivimos esta situación y nos afectó de distintas maneras.

**Cada cierto tiempo se asoman algunas personas por una pequeña ventanilla pidiendo hablar con Erasmo. En la oficina hay una secretaria que, amablemente, les responde que está en una reunión, que deben esperar un momento.**

Amigos de Manuel me han contado que él era deportista. Le gustaba mucho andar en bicicleta. Iban a competencias con unos primos y mi tío Fernando. Hacían rutas a los cerros y playas. Además de reparar bicicletas, las construía

desde cero. En ese tiempo mucha gente andaba por la Isla en bici. Entonces siempre había trabajo. A nosotros nunca nos faltó algo, y todo era por el taller. Manuel tenía un baúl con cosas de Sandro. Como le gustaba tanto y lo imitaba, ahí guardaba fotos, ropa y accesorios del cantante. También me han contado que era muy encachado, que muchas chiquillas andaban a la siga del hombre. Era muy vanidoso; se preocupaba mucho de andar siempre ordenado y peinado. No sé si participaba en algún grupo extremista, como se ha dicho. No lo creo. En mi casa nunca hubo ni una honda para matar pájaros. No se hablaba de política. Entonces ¿de dónde iba a sacar Manuel esas ideas? Mucho menos andar con armas. Fue terrible, porque la desaparición fue solo el primer paso. En los ochenta era común que llegara la CNI a mi casa a buscar armas. Golpeaban las puertas, daban vuelta las ollas con comida, rajaban los colchones. Nunca vi una pistola en mi casa, pero entre veinte y treinta compadres entraban con la idea fija de que allí había armas. Después andaba mi viejita cosiendo colchón por colchón. Aparte del susto y los daños a las pocas cosas que teníamos, esto siempre se sabía en el pueblo, y más se creía la idea de que Manuel y los Navarro del taller de bicicletas éramos extremistas. Cuando tenía trece, un día estaba en el taller con mi viejo. En ese entonces lo teníamos ubicado ahí mismo en la casa, en Santelices, y llegó un compadre mostrándome una pistola con silenciador. Me dijo que fuera a buscar a mi papá altiro. Ahí fui entendiendo más cosas. Cuando llegó mi papá le pidieron el carné. Tenía sus documentos en la habitación y me mandaron a buscarlos. Todo esto con el tipo apuntándonos. Nos hostigaban, nos mantenían siempre vigilados. ¿Para qué iban a querer tantas veces ver el carné de mi padre? Esas cosas uno no las olvida.

Fueron los carabineros de Isla de Maipo los que tomaron detenidos a los cabros en la plaza; pero también hubo

muchos civiles involucrados, personas que todavía caminan por este pueblo. Todos nos conocemos aquí. Yo siento que a ellos el pasado los condena, porque uno los ve en la calle y como que se urgen. Muchos llegan al cementerio y saben que soy hermano de Manuel. Me agachan la mirada y puedo ver en sus rostros vergüenza. Para el plebiscito me metí en política a trabajar por el No. En ese tiempo era joven y andaba en la cuadrilla de un diputado de la época. Por las noches salíamos a pegar carteles a favor de nuestra postura. Estando en eso, en una ocasión llegaron a nuestro lado un grupo de personas del Sí, y uno de ellos me gritó que si seguía metido en política me iba a pasar lo mismo que a mi hermano. Esa gente aún está viva. Te la encuentras en la fila del supermercado, en el banco, en el negocio cuando vas a comprar pan. Yo veo cómo entierran a sus familiares y tenemos que convivir a diario. A ellos no les pasó nunca nada; se la llevaron pelada, como se dice. Es terrible esto. Un día llegó un hombre a mi casa diciendo que era el dueño de un camión donde se llevaron a los chiquillos. Mi papá le arreglaba las bicicletas a toda su familia. Llegó preguntando por mi mami. Yo era chico y estaba a su lado. Me acuerdo de que se arrodilló y le dijo a la Tina que por favor lo disculpara, que él no sabía que iban a matar a su hijo. Iba a mi casa y era amigo de Manuel. Con el tiempo a este caballero lo encontraron muerto en su casa, solo. Llevaba cinco días fallecido.

Mi papá les arreglaba la bicicleta a los pacos y no les cobraba. El taller estaba frente a las copas de agua y la tenencia un poquito más abajo. Éramos vecinos. Todos nos conocíamos porque todo el mundo andaba en bicicleta por ese entonces. El chofer de la camioneta, que era Pablo Ñancupil, un día le dijo a mi primo, Hugo Navarro, que él no había matado a mi hermano, que había manos de civiles involucradas en toda esta historia. Incluso se dice que se vistieron de pacos.

Se rumoreaba que hasta el cura de la época lo había hecho. Se dicen muchas cosas. Pueblo chico, infierno grande. La versión más conocida que se dio era que Manuel estaba en la plaza con sus amigos fumando marihuana y, al llegar Carabineros, les ordenaron que se fueran para su casa; y que ellos, como jóvenes que eran, les respondieron mal, y que por eso los uniformados se habían enojado y se los llevaron a la comisaría. Hay otra versión que he escuchado, y era que mi hermano estaba saliendo con una niña, y que había un carabinero que le gustaba esa chiquilla. Por venganza se lo habían llevado detenido, los tuvieron todo ese día domingo en el calabozo, y que en la noche fueron llevando a los otros once. Y dicen que el papá de los Maureira, don Sergio, se había botado a choro con los pacos, y que uno de ellos le había pegado un culatazo en la cabeza dándole muerte, y entre todos habían decidido que había que hacerlos desaparecer, para que no quedaran testigos de eso. Insisto: se dicen tantas cosas, y lo cierto es que los únicos que saben realmente lo que pasó fueron los que estuvieron esa noche ahí. Qué bueno sería para todos saber algún día la verdad, pero en las declaraciones que existen nadie sabía nada, nadie vio nada. Existen pactos de silencio y es sabido. Hay versiones que dicen que los tiraron vivos, que murieron estando dentro de las minas, y que en los camiones que prestaron los civiles llevaron cal, fierros y cemento. Uno no sabe qué creer. Hay que tener en cuenta que estábamos en plena dictadura, que no se sabía en quién se podía confiar. Entonces, verdad oficial no existe, nunca existió; solo rumores sobre rumores.

Personalmente, con lo que más me quedé fue con el sufrimiento de mi madre. El lunes 8 de octubre, al día siguiente de las detenciones, ella fue a la parroquia a hablar con el cura Ignacio. Le daba miedo ir donde los pacos, y él le dijo que se fuera para su casa, que la cosa estaba mala. Había mucho

peligro, y que él iba a ir a ver a la comisaría si es que tenían a Manuel prisionero. Por otro lado, mi viejo tampoco salió a buscarlo. Él se dedicaba a trabajar y a tomar. Fue en el trago donde encontró una salida, un olvido de todos sus problemas. No tenía la fuerza para salir a buscar a Manuel. Le costó mucho aceptar que sus supuestos amigos habían matado a su hijo. Nunca lo escuché hablar de mi hermano. Él quiso cubrir todo este dolor, evadirlo. Supongo que era demasiado fuerte asumir una realidad como esa. Mi madre se fue para la casa esperando que el cura la ayudara; pero eso nunca pasó, así que se armó de valor, y una cuñada de ella empezó a acompañarlas a preguntar por Manuel en diferentes puntos de Santiago. Ahí entró a otra etapa, ya que nunca salía de su casa, menos de Isla de Maipo, y tenía que partir con mi tía a Talagante, Melipilla, Santiago, Parque O'Higgins, Estadio Nacional. En todas las partes donde hubiera presos, para allá partía la señora. Cerca de mi casa había un compadre que era milico, y un día pasó a decirnos que Manuel estaba preso en Arica, y les pedía plata a mis papás para poder ayudarlo. Mis viejos, desesperados, llegaban a correr para juntarle dinero, porque era la única información que teníamos de él. Aparte de plata les pasaban cosas para comer y útiles de aseo, y todo era mentira. Se pasaron cinco años siguiendo pistas falsas. Luego, al verse tantos familiares buscando a los suyos, se abrió la Vicaría de la Solidaridad en Santiago, justo al lado de la catedral. Yo me acuerdo cuando era chico y me llevaban para allá. Ese fue un avance significativo porque comenzaron a involucrarse personas especializadas, profesionales que prestaban sus servicios. Ya no eran solo madres, padres, hermanos y amigos sin ninguna preparación buscando a personas desaparecidas. Cuando fueron descubiertos en el cerro todo eso cambió. Evidentemente, ya no salieron más a buscarlos, pero no fue fácil. Mi vieja no creía que en ese grupo es-

tuviera Manuel; entró en un estado de negación muy grande. Después vino la parte de la entrega de los restos y todo lo que pasó en Recoleta, cuando la CNI se robó las bolsas y las vino a arrojar aquí al cementerio, a la fosa común que había en ese tiempo. Dentro de la negación de mi vieja, no quiso ir ese día porque, aparte de no creer que Manuel estuviera muerto, decía que él era de Isla de Maipo, y no iba a ir a verlo a ningún otro lugar. Mi vieja lo pasó muy mal. Cuando me preguntan de Manuel y todo lo que pasó, lo primero que se me viene a la mente es su cara de sufrimiento, que la acompañó hasta el día de su muerte. Yo no sé cómo una madre puede superar algo así, que te arrebaten a un hijo de esa forma.

Luego del hallazgo se hicieron cargo del caso los de la Vicaría y la AFDD, que por ese tiempo ya empezaba a funcionar. Después vinieron las romerías: se juntaba muchísima gente y caminábamos para el cerro, donde estaban los hornos. Incluso subían liebres repletas de personas. Desde ese entonces que todos los años se suelen hacer actividades de aniversario. Incluso recuerdo algunas que se realizaron aquí, en donde me tocó dar un discurso. De todas formas, era mi hermana, María Teresa Navarro, quien más participaba; yo no tanto. Siempre pensé en mi madre, y me interesaba que le entregaran el cuerpo de su Manuel, tener la certeza científica de que era él. No hay que olvidar que la CNI llegó con bolsas con restos humanos, pero nunca supimos realmente si eran ellos. Esa fue otra mochila que tuvo que sostener: no saber realmente dónde estaba su hijo. En el 2010 exhumaron los restos para saber si realmente eran ellos. Al cabo de unos años los devolvieron, pero solo a trece de los quince; dos no pudieron ser reconocidos, entre ellos Manuel. Mi vieja ya se nos había ido. Pienso que fue para mejor; no sé cómo hubiera resistido saber que Manuel no estaba reconocido, que no había certeza de que a quien había ido a visitar al cemente-

rio todos estos años realmente fuera él. Posteriormente fue reconocido junto a uno de los Hernández, que eran los que faltaban.

Como en mi casa nunca existieron celebraciones, a los veinte recién yo mismo me celebré el cumpleaños. Es complicado cuando ocurre algo así en una familia, porque la quiebra por dentro. Mi madre perdida en el eterno sufrimiento, mi padre extraviado en su mundo; mis hermanos y yo, cada cual en lo suyo. Todos queríamos salir de la casa y refugiarnos en otra cosa. No había comunicación. La herida fue muy grande.

Pienso que no es menor que familias enteras nunca más nos visitaron porque supuestamente nosotros éramos comunistas. La lógica de la época era que si mataban a uno de los tuyos, era porque eran todos comunistas, cuando sinceramente no nos metíamos en política. Hace años trabajo en la parroquia, y un día un caballero le comentó al cura que cómo podía tener a un comunista trabajando. Esas cosas quedan grabadas, porque hasta el día de hoy uno escucha comentarios. Como que lo marcan. Yo sé que Manuel tenía ideas de izquierda y que era un joven desafiante para la época, pero de ahí a estar metido en grupos extremos, eso es otra cosa. Le he preguntado a amigos que tenía y a otras personas que lo conocieron, y nunca he escuchado que fuera un joven extremista, porque si así hubiera sido yo habría podido entender una razón, sin justificarla, claramente, pero no era el caso. A los cuatro no los tomaron presos en el fundo, sino que en la plaza. Acá, cuando los encontraron, se empezó a decir que eran sindicalistas que querían envenenar la copa de agua, y que tenían armas escondidas en los cerros porque eran contrarios a Pinochet; pero Manuel y sus amigos no tenían absolutamente nada que ver con los sindicatos ni con ningún partido político, menos con los otros presos del fundo. Estas cosas no se hablan en el pueblo. Siempre fue así:

el silencio, otra vez el silencio. La gente tenía mucho miedo. Hasta el día de hoy es así. Existe mucho miedo, no solo aquí, sino que en todo el país, y las familias quedaron muy mal. No solo la mía se quebró, sino que con la de todos fue así. Por lo mismo, me genera conflictos que se hagan monumentos. Pienso que ese dinero debería utilizarse en ayudar a las familias, principalmente con psicólogos. Cada uno encontró refugio en lo suyo. Tengo tíos y primos que se inclinaron por la resistencia política hasta el día de hoy. Yo lo hice en la iglesia. Allí encontré respuestas.

Mi hermano se vestía como Sandro. Usaba el pelo largo, bailaba, andaba en bicicleta. Era un ser humano libre. Él y sus amigos eran todo lo contrario a lo que la dictadura quería que fuesen los jóvenes. Se los llevaron por ser como eran; ese fue su crimen. Todo fue muy injusto.

Es complicado lo de la reparación. Para mis padres ya no hubo. Existió una indemnización económica, pero eso no alivia nada. Es complejo. La sociedad actual está en otra. Todos olvidan.

Erasmus Navarro, hermano de Manuel, nos lleva a casa de sus tíos, Fernando y Yolanda, personas mayores que habitan desde niños Isla de Maipo. No fue fácil acceder a ellos, puesto que Fernando es un hombre más bien reservado. Su hijo, Hugo, en algún momento nos comentó que él de grande vino a enterarse de más detalles de esta historia. Entramos y nos esperaban en el comedor. En las paredes se encontraban muchas fotografías: sus hijos, sobrinos pequeños, hermanos, familiares en general, también Gladys Marín, Volodia Teitelboim, el Che Guevara, Salvador Allende, Víctor Jara y hasta Guillermo Teillier. «Es que soy fotógrafo desde hace muchos años», nos comenta Fernando, «y son recuerdos que conservo de toda la vida, y adentro tengo una repisa llena de más fotos». En una esquina se asoma el frondoso cabello del joven Manuel Navarro Salinas. Yolanda se encuentra en la cocina. Sobre la ropa un delantal y en sus manos un cuchillo. «Es que estoy cocinando», me dice, «pero ustedes conversen tranquilitos nomás». Nos sirve bebida y comenzamos:

**Fernando Navarro Herrera (FNH):** Los recuerdos como que se van. Usted sabe: ya son ochenta y seis primaveras. A pesar de eso, me acuerdo del Manuel todos los días de mi vida.



**Fernando Navarro Herrera, 86 años**  
*Tío de Manuel Jesús Navarro Salinas*

Soy remalo para estar sentado. Ahora no me dedico a nada; siempre estoy en mi casa. Sí hago cosas para no aburrirme, como estas lámparas con cositas de bicicleta. Tengo muchos accesorios guardados porque toda la vida anduve arriba de una, y mi hermano tenía un taller. Él se llamaba Luis Navarro. Todos los conocían mucho en la Isla. Era el papá de Manuel. Todavía ando en bicicleta. Tengo una pistera. No la uso para salir a comprar; la uso para hacer ruta. Antes, las llantas eran de madera; no de aluminio como ahora. También eran livianitas y más seguras, encuentro yo.

Soy el menor de mis hermanos y el único que queda. Éramos cuatro hombres y una mujer. Todos se fueron. Los dos mayores andaban en bicicleta. Uno corría, el otro no. Cuando mi hermano tenía taller, yo le iba a ayudar, pero no era dedicado a eso. A mí me gusta usarlas nomás. Además, antes eran más sencillas.

He vivido en diferentes partes de Isla de Maipo: en la calle Acevedo, en Lo Martínez y varios otros lugares. Es que antes arrendábamos, porque cuando uno salía de las viñas, de los fundos, había que arrendar. También en Santelices. Ahí estuvimos un buen rato y después llegamos para acá, durante el tiempo en que se hicieron las poblaciones, porque antes no había poblaciones. Era puro fundo. Esto era una pasada del río. Había una cancha de puras piedras, la única. Nunca jugué a la pelota. No me gustaba. Iba a ver, eso sí, porque no había mucho más que hacer. Lo otro era ir al cerro. Siempre fue así; desde que era cabrito chico que era así la cosa por estas tierras. Yo iba al cerro a andar en bici, a caminar, a pillar conejos. Esas cosas sí que me gustaban. Había escopetas en todas las casas y con eso cazábamos. Íbamos y volvíamos. Subíamos el sábado y bajábamos el domingo temprano. A la laguna de Aculeo también nos íbamos caminando por el cerro El Rosario. Ahora no se puede pasar porque está prohibido.

Es que este país, con los años, se ha vuelto como una suerte de enorme fundo lleno de carteles que dicen «prohibido pasar». Antes no era así. Uno podía subir por donde quisiera y nunca nadie le iba a decir alguna cosa. Con Manuel salíamos hartos. Nos llevábamos por pocos años y siempre fuimos muy buenos amigos. Él también era apasionado por las bicicletas. Yo tenía buena puntería cuando salía a cazar. Nos reíamos cuando nos comíamos los conejos y salían los perdigones entre medio. Lo que hacíamos hartos también era que, después de subir el cerro, nos íbamos a Cartagena en bicicleta. Íbamos tres o cuatro a lo más. Partíamos temprano, a la hora en que empezaba a aclarar, medio oscuro todavía, sin luces. Además, teníamos permiso para andar sin esas cosas; lo que sí, había que ponerles patente, unas latas chiquitas.

Mi hermano Luis, desde que vivíamos en Linderos tenía taller de bicis, así que apenas llegamos aquí se instaló con uno. Partió en nuestra casa, que estaba en Santelices, bien abajo. Después arrendó un taller que estaba en el centro, arriba, en Lillo. Como les contaba, yo era bien cercano a Manuel. Siempre salíamos cuando estaba chiquito. Lo llevábamos en bicicleta, ahí, puesto de ladito. Al comienzo íbamos al pueblo a comprar y volvíamos a la casa, porque no había más a dónde ir tampoco. Cuando él fue mayor fue otra cosa; ahí hacíamos ruta juntos. Íbamos a la cuesta Barriga. Subíamos y bajábamos. Una vez fuimos a Peñaflor. Él sí competía. Además, le ayudaba al papá en el taller. Entonces sabía todo el tejemaneje, toda la mecánica de las bicicletas desde muy chico. Por lo mismo, para mí siempre fue raro lo que pasó, porque pasaba por delante de Carabineros cuatro veces al día. Iba en la mañana, volvía a almorzar, después se devolvía a la pega y luego de vuelta a la casa en la tarde. Todos lo conocían.

A Manuel le gustaba bailar como Sandro. Aprendí muchas cosas de él. Era muy adelantado, como un viejo chico. A

veces tenía unas salidas con las que parecía saber más que sus mayores. Yo no sé por qué pasan estas cosas, por qué se muere gente tan valiosa y joven. No es porque sea mi sobrino; así era el Manuel. Me acuerdo de que una vez en la plaza se le acercó un tipo a tirarle los perros porque, según él, le había arreglado una bicicleta y la había dejado mala. «Oye, hueón, devuélveme una bicicleta nueva o te mato», le dijo el hombre. Él lo miró y, con toda la calma del mundo, me dijo: «Vámonos, tío; este hueón está loco». No le hizo caso. En ese tiempo se arreglaban las cosas a combos; «como hombres», se decía antes. Era común ver a personas echándose la añiñá para solucionar algún problema. Pero él no; seguía con su vida, la tenía clara. Esas cosas me enseñó. Uno como campesino lo único que hace es echar garabatos, su arremangá de chomba, el escupo en las manos y vamos a los puñetes, mierda. Él no, él no era así. Cuando nos alejamos de la plaza esa vez, me contó que ese hombre había llegado con una bici mala, vieja, oxidada, que él le había dicho que era poco lo que se podía hacer, y así fue nomás. Aun así dijo que lo iba a intentar y, como no resultó, ahora quería una bicicleta nueva el perla.

Se inscribió para el Servicio Militar; pero estuvo poco, unos meses nomás. Lo hizo voluntario, eso sí. Como en esos tiempos la mayoría de edad era a los veintiún años, se metió como a los dieciocho, pero se salió. Nunca le pregunté sus motivos, por respeto. Él sabía lo que hacía. Pienso que eso no era para él nomás.

Manuel era amigo de los otros tres cabros. Yo los conocí. Uno era bien alocado, sí. A ese le gustaba el pito, el trago; pero era alocado en buena, de esos que no ofendían a nadie. Yo creo que a todos les gustaba un poco el trago y la marihuana, pero como jóvenes que eran. Tampoco era que estuvieran todos cochinos y curaos en la plaza, como indigentes, no;

ellos eran cabritos y les gustaba pasarlo bien, como a todos nomás. Como decimos aquí en el campo, la vaca nunca tiene que olvidarse de que fue ternero.

**Yolanda seguía en su ritual de la cocina. Pelaba unas papas mientras paraba la oreja. De pronto se mete a la conversación:**

**Yolanda Aránguiz Castro (YAC):** Iván era el de ojitos claros, ese alocado que dice mi marido. Yo los conocía a todos. El día que desaparecieron pasaron a la casa a pedirme yogurt con azúcar. Andaban los cuatro juntos. Nos contaron que venían bajando por Santelices de una fiesta, del cumpleaños de un amigo. Iban a la plaza a dejar a José Villegas. Él vivía en Santiago, pero había vivido de chiquitito acá. Entonces venía a visitar a su abuelita, a la familia en general y a sus amigos. Los vi a todos medio con sueño, así que partieron a lavarse la cara, a mojarse el pelo para despertar. Hacía calor. Era pleno octubre. Había uno que tenía que trabajar, así que estaban medios apurados. Eran unos cabritos. El José tenía como dieciséis o diecisiete, más no.

**(FNH):** Con Manuel íbamos al cerro a cazar, pero también a otras cosas. Esto no es para contarlo. Yo dije una vez que nunca iba a contar esto, pero qué más da. Han pasado tantos años ya. En ese tiempo estaba Allende. Entonces había que prepararse. Hacíamos puntería a latas con agua, piedras chicas, de todo un poco. Manuel estaba interesado en ese tipo de cosas. Era un cabro muy inteligente. Una vez hicieron un documental en la Usach. Vinieron a preguntarme cosas de Manuel. Me acuerdo de que, en una, me preguntaron si era verdad que él era medio alocado. Les dije que no, que solo subíamos a pillar conejos. No sé. Pienso que ya no está,

que ya se lo llevaron, que ya lo mataron. Qué más da saber esas cosas de mi sobrino; pero después digo, bueno, Manuel era así nomás. Supongo que hay que contar las cosas como sucedieron. De todas formas, nunca quiso estar en un partido político. Yo era del PC. Nos juntábamos en una sede en el centro. Siempre quise que se metiera al partido, para tenerlo cerca y trabajar juntos; pero él me decía que no, que lo dejara así nomás, tranquilo, porque así podía andar por todos lados, sin que nadie lo mandara ni le dijera lo que tenía que hacer y pensar. Era un hombre libre.

En el partido conocí a Enrique Astudillo, el patriarca de esa familia. Éramos los dos militantes del comité local y hacíamos constantes reuniones. Dos las hicimos en su casa, en camino El Rosario, con algunos compañeros que estábamos a favor de la Unidad Popular. Había una organización muy buena aquí. Éramos el único pueblo que tenía un sindicato comunal en Chile, que reunía a los dirigentes de todos los fundos de Isla de Maipo. Me acuerdo de que una vez hicimos una gran marcha de aquí a Santiago. En ese tiempo, cuando empezamos a organizar, yo era independiente. Después legalizaron los sindicatos y tuve que salirme porque trabajaba solo. No pertenecía a ninguna viña, a nada, así que no podía estar ahí, pero igual seguí trabajando con ellos organizando cosas. De la familia Astudillo, Enrique nomás estaba; los hijos no. De la familia Hernández, dos de los tres eran del partido: Nelson y Nivaldo. Esos cabros ayudaban mucho. Eran muy motivados y comprometidos con la causa, sobre todo Nelson. Los Maureira eran del MAPU. Llegó un compañero a la zona que era de ese movimiento y conversó con él y se entusiasmó, pero no participaba mucho en política, sino que le dijo que sí porque él era futbolista y presidente de la asociación. Organizaba eventos sociales reuniendo a la gente; y supongo que pensó que, si entraba en política, podía conseguir más

cosas. No lo sé, la verdad. Lo que sí sé es que en política no se metía. Era poco lo que opinaba. No hablaba de esas cosas tampoco. Hay que pensar que aquí todos éramos campesinos que con suerte fuimos a la escuela. Todo lo que aprendíamos lo hacíamos de cabritos trabajando. Yo creo que se lo llevaron porque este Maureira era del fundo Naguayán, como todos los otros muertos. Ahí entregaban, por parte de la viña, algunas regalías a fin de año. Él se hacía cargo de eso y de buscar trabajadores. Era contratista y le pagaban por hilera de campesinos. Entonces, a fin de año, el patrón siempre lo quería hacer lesa, pasarle menos cosas y pagarle por menos trabajadores; pero Maureira le daba la pelea, así, con la palabra. Pero un día creo que se aburrió: lo denunció y ganó Maureira. Y de ahí se ganó el odio eterno del patrón, porque casi lo humilló; pero, más allá de eso, él era normal en todo, un campesino más. Ahora, de que había discusiones políticas, las había; pero en ese tiempo eso era normal. Tampoco era como que nos fuéramos a matar entre nosotros o algo así. Antes uno conversaba con todos los políticos, con los de derecha y con los de izquierda. Incluso algunos ricachones nos ayudaban con plata para las campañas del partido. Llegamos a tener incluso un regidor del PC, Felipe Acevedo. Las reuniones eran para que los campesinos pudiéramos hablar de nuestras necesidades y trabajar dignamente, y funcionaba. Se hicieron varios paros en el periodo de la UP. A pesar de que fueron solo dos años nomás, conseguimos muchas cosas. En Las Mercedes, por ejemplo, era regande, una viña tremenda. Al final, la Reforma Agraria repartió a esa gente, y están viviendo los campesinos y sus descendientes hasta el día de hoy. Eso se ganó con organización. La derecha también tenía lo suyo, su propio orden: presidente, secretario, de todo. Así estaban las cosas cuando se vino el golpe. Por un lado, los ricachones asustados; por otro, los peones alzados.

Es que fueron años, muchos, pero muchos años de abusos. Entonces, esta cuestión era como una caldera hirviendo que en cualquier momento iba a explotar, y así fue nomás.

Según dicen, Manuel estaba en la plaza con los amigos y habían ido a dejar al Villegas, que tenía que tomar la micro para Santiago. Antes demoraban mucho en pasar. Además, el domingo recorrían como cuatro micros en el día nomás, y ahí los pillaron. Algunos dicen que una persona llamó a los pacos porque estaban molestando. El Iván Ordóñez era muy inquieto y pelusón. Cantaba y saltaba todo el tiempo. Entonces, por ahí puede que vaya la cosa. Además, venían de una fiesta y puede ser que hubieran estado más prendidos que de costumbre. A ellos se los llevaron temprano ese domingo 7 de octubre. A los de Naguayán los fueron a buscar en la noche ese mismo día. No los podían dejar sueltos, no podían dejar testigos, así que se los llevaron a todos para el cerro. Todos los pacos conocían a Manuel, porque en el taller les arreglaba las bicicletas. Incluso era bien amigo de uno de ellos.

Yo también participé en la búsqueda. Para qué le cuento todas las partes en las que buscamos. Mi hermano Lucho, el papá de Manuel, a veces se caía al litro, y después de lo que pasó con mayor razón. Así que, en parte, para ayudar empecé a ir más seguido al taller a trabajar. Entonces cachaba todo lo que pasaba en el pueblo. Mientras les revisaba la bici, trataba de sacarles información a todos los que iban, a ver si sabían algo de los desaparecidos. El que iba hartito también era el cura Ignacio Bermeosolo Beltrán. Yo no lo conocía mucho porque no iba a la iglesia. Me conversaba hartito y hablaba mal de los pacos, y siempre me decía que iba a hablar con ellos para que contaran dónde habían dejado a los cabros; pero después me enteré de que andaba sacándole información a todos los familiares para ver si sabíamos algo, y después se iba donde el teniente Lautaro Castro a contarle todo. Él

facilitó un vehículo para llevarse a los prisioneros. Sumado a eso, testimonió a favor de la teoría de los pacos; es decir, que supuestamente había un grupo de campesinos que querían hacer un atentado y que se iban al río a armar planes. Se sabía que, más de una vez, en las charlas de las misas daba consuelo a los ricachones, un poco justificando que todo lo que había pasado era necesario para calmar el ambiente en el país y en la comuna. Ese cura utilizó todo el aparataje de la iglesia. Fue cómplice de los pacos y de los civiles que estuvieron detrás de esta matanza.

Dijeron que los presos iban a envenenar la copa de agua; pero si fuera por eso me hubieran llevado a mí, porque yo trabajé en todo lo que es la estructura de fierro, las escalas, los tubos para el agua, la parte de arriba, todo. Tenía unos veintiocho años cuando hice esa pega. Entonces, si sabían que era comunista y me sabía de memoria los planos, era evidente que me iban a consultar a mí, pero esa acusación es muy absurda. Había dirigentes de sindicatos que luchaban por los derechos de los trabajadores para sacar a las familias de la pobreza. Entonces ¿cómo cresta los iban a querer envenenar? Eran tan rebuenos para inventar cosas. Un par de años después fui detenido, y para qué le digo los cargos inventados que me pusieron. Eso fue en 1983. Primero empezamos a buscar a Manuel. Salía con la Tina, su mamá; pero empezamos a darnos cuenta de que había que tener plata para los pasajes y comida, así que empecé a trabajar más para aportar. Cuando eso sucedía, salía mi señora con la Tina. Entonces ya tenían plata para ir a Santiago. Les decían que estaban en tal parte y para allá partían. Yo fui a buscarlo con un sobrino a San Bernardo, al Estadio Nacional, al ex Congreso, a Tres Álamos, al Estadio Chile y a otras partes más. Esas salidas eran de todo el día. Llegábamos tempranito. A veces partíamos para La Moneda, donde está el Ministerio de De-

fensa, donde hay unas placitas. Se juntaba harta gente: familiares de desaparecidos, sobre todo mujeres. Me acuerdo de que se hacía una cola para entrar. Tenían listas de personas con la información de dónde se encontraban. Al costado de la fila siempre había milicos paseándose con sus armas, y uno se sentía todo chiquitito al lado de ellos. Nos gritaban y humillaban: comunistas tal por cual para arriba y para abajo. Algunos no aguantaban y se iban. A veces, después de esperar largas horas, llegaba un milico y nos decía que no se nos iba a atender ese día por cualquier cosa, que no había llegado el jefe, que no encontraban el libro con las listas, y así, cualquier excusa. Y teníamos que irnos nomás, después de aguantar el sol, el hambre, todo para nada. Era una impotencia tremenda porque todo lo que costaba juntar la plata para los pasajes y poder comer durante el día. Después llegábamos allá otra vez, hacíamos la fila, todo de cero, y cuando lográbamos entrar había un milico sentado que nos preguntaba a quién buscábamos, y otros parados que le hacían la guardia. «A Manuel Navarro, mi sobrino», y anotaban el nombre en un libro. «¿De dónde es tu sobrino?», me preguntaban. Y ya: eso era todo. Te hacían firmar y decían: «Cuando lo pillemos te vamos a avisar, si es que lo pillamos», y se echaban a reír. Otro agregaba: «Tranquilo, hombre, ese hueón debe estar pasándolo la raja por ahí con sus compañeros». Más risas.

En el ex Congreso también nos pasaron un papel para llenarlo. Después, había que ir a dejarlo a una suerte de buzón, y ahí quedaba todo. Nunca recibimos ninguna noticia de vuelta. Al regimiento de Colina partimos una vez también. Al preguntar por ellos nos decían: «Aquí no hay presos políticos, no, aquí no. Cómo se le ocurre que aquí van a haber». «Pero, señor, si hemos buscado por todo Santiago y no están. Por eso se nos ocurre que pueden estar aquí», le dije. Me acuerdo de que el milico se enfureció. Se paró de la silla y me gritó que

saliera inmediatamente si no quería que me metieran preso a mí también. Fue un periodo duro para todos.

En 1978 nos enteramos del hallazgo a través de la iglesia. La información llegó a nosotros por la Vicaría. Nos avisaron cuando ya no había nada, cuando ya los habían sacado. No podíamos creerlo. Siempre estuvieron aquí mismo; nunca salieron de la Isla. Lonquén no es de la Isla, sino de Talagante, pero queda aquí al lado. Cuando uno llegaba a los hornos, se veía que había ropa tirada. Yo pensaba que ahí no había quince cadáveres, sino que muchos más. La gente venía a ver la ropa de todos lados. Por ejemplo, de Paine, donde hubo mucho muerto, venían buscando a sus familiares.

Se sabía que había muchos sapos por todos lados, civiles principalmente. Aquí no fueron solo uniformados. Hubo mucha gente metida, personas comunes y corrientes que nunca pagaron nada. Ciertas cosas uno las sabía porque un amigo conversaba con la familia Maureira y venía y me lo contaba a mí, y así te informabas de las cosas que estaban pasando, porque yo nunca conversé con la señora de Maureira ni con la de Astudillo, pero sí sabía por el boca a boca. Era una forma que teníamos de cuidarnos los unos con los otros.

Participé en huelgas, en varias. Cuando estaba Aylwin, quien iba a hacer la Ley de Punto Final, obvio que no estábamos de acuerdo; es decir, se hacía esa ley y era como que aquí no había pasado nada. Imposible aceptar algo así. Hicimos carteles y panfletos. Nosotros hacíamos acá en la casa la propaganda contra Pinochet en mimeógrafo. Era todo alusivo a los muertos de Lonquén para que hubiera justicia. Es que aquí no se hablaba del tema. Se dijo que querían envenenar el agua y que tenían arsenales de armas escondidas en los cerros y punto. La gente se creyó eso. Entonces, si estaban muertos, no era porque eran blancas palomas. Eso a nosotros nos daba impotencia, así que los tirábamos por todos

lados: en la plaza, en el cementerio, en el centro, donde fuera. No fue fácil, porque los campesinos en cuestiones políticas siempre han sido más bien adormecidos. Uno que otro salía despierto, pero a la mayoría no le interesaban estos temas. Cumplían órdenes, obedecían todo y ya. Para ellos, de eso se trataba la vida, pero para nosotros no. Por lo mismo, teníamos una organización cuando estaba Pinochet. Nos manejábamos con lo que habíamos aprendido en el partido. Teníamos hasta a los cabros chicos metidos. A mí siempre me motivaba Manuel. Una vez, estando preso, me estaban sacando la chucha, y algo que hice para que no me doliera tanto fue recordar a Manuel arreglando sus pantalones para que fueran pata de elefante, peinándose como Sandro, cantando y bailando como él. Le gustaba mucho. Para mí Manuel se murió, pero yo lo recuerdo todos los días y a cada rato.

Participé en muchas romerías. En todas. No creo que haya faltado a alguna. Venían organizaciones de Santiago, nos avisaban a nosotros, y ahí participábamos. De aquí nadie hacía un discurso. Ya después de que pasó todo, ahí sí, pero en esos momentos no. Luego se armó una agrupación, y eran ellos los que hablaban. Nunca he dado un discurso en público. Soy malo para hablar, pero bueno para trabajar.

Me acuerdo de que tenía chicha cocida y, cuando estuve preso, en la noche vinieron los tiras y me la tomaron toda. A mi señora le dijeron que se fuera con los cabros chicos. Que-daban solos y se instalaron en el living a tomar, y después las dejaron tiradas por toda la casa.

**«¡Verdad!», grita la señora Yolanda desde la cocina, y agrega:**

**(YAC):** Yo estuve tres meses vigilada. Tenían un auto aquí afuera y otro en la esquina. Entonces, en la noche, cuan-

do les daba sed, venían, se pegaban tres tragos y se iban. Había uno que era más buena onda y me decía: «No tengas miedo; estos hueones no te van a hacer nada. Ándate a la pieza con los cabros y no te van a hacer nada».

**(FNH):** Esto fue en 1983, cuando me llevaron detenido. Nos vinieron a buscar los tiras con las fuerzas especiales de Maipú a mí, a la María Teresa y a Fermín, que son hermanos de Manuel. Íbamos ocho. También el Vargas y el Víctor, todos vecinos. Nos llevaron por tirar panfletos. Se habían llevado a uno antes, al Cargas, y se fue de lengua. Ese nos acusó a todos. Estuve preso tres meses y me soltaron en septiembre. Era el más viejo de todos. Entonces creían que era el jefe. Se me acusaba de que preparaba a la gente en el río con palos de escoba para ir a matar a Pinochet. «Pero cómo», les decía yo. «Si tienen tanto regimiento, ¿cómo vamos a ir con palos de escoba a matar al viejo?». Inventaban puras hueás nomás. Cuando llegué a la casa, me acuerdo de que la Yola andaba comprando pan. Le quería dar una sorpresa, así que para allá partí a buscarla. Cuando me vio, me abrazó y me contó todo lo que había pasado en ese tiempo. Había un chascón parado en una esquina que nos miraba mucho, y mi señora me dijo que era un tira camuflado que la seguía para todos lados. Ahí estaban los dos autos vigilando. Después de un tiempo, ya les reconocía las caras a todos. Después quedé firmando por tres años en Talagante. Cuando me subía a la micro, me sentaba adelante y al medio siempre había uno de esos ratis. Nos saludábamos de lejos; ya nos conocíamos. Tanto tiempo conviviendo con estos hueones que después uno los considera como de la familia. A mi hijo chico, al Hugo, le preguntaban si tenía tías. Él le respondía que sí, y que eran todas bonitas. Tenía cinco años nomás y le hablaban como si fueran los tíos de mis hijos. Era todo tan raro. Pero no siempre fue así. Cuando

llegaron a buscarme me pescaron y me pegaron con la culata de la metralleta. Estaba con el Hugo. Me tiraron a un sillón y me apuntaron diciéndome que, si me movía, me mataban ahí mismo. Empezaron a registrar todo. Dejaron el medio desorden. Todo en el suelo. Las camas las rajaban con cuchillos. Todo, hasta las puertas. En eso aparece Gloria, mi hija, grande. Se asustó mucho. Le pusieron una pistola en la cabeza, y tenía ocho o nueve años. Después, en la Vicaría, los tuvieron que tratar con psicólogos. Imagínate que, a esa edad, te pongan un fierro en la cabeza. Uno de ellos los veía. Parada se llamaba. Les hacía charlas, veía cómo estaban y todo eso.

**(YAC):** Así no más fue. Vimos cómo rompían todo. Siempre he tenido problemas para escuchar. Hoy uso audífonos, pero en ese tiempo no tenía plata para comprarlos. Entonces les decía que me tenían que hablar fuerte. Uno me decía que me comprara audífonos, que los comunistas teníamos plata. Yo le decía: «Si yo tuviera plata tendría unos, pero no para escucharlos a ustedes, y no tendría estas cagás de sillas que tengo», porque tenía unas de fierro bien viejas, y cuando les decía eso las empujaba, como haciéndome la valiente, porque nunca les lloré; siempre les di la cara y bien en alto. Él me decía: «Parece que a ti te enseñaron a contestar, y yo le decía que no, que a mí nadie me había enseñado a contestar, que yo era así nomás. Tenían unas fotos, una de Fernando y otra de un cuñado mío, y me preguntaban cuál era El Negro. Yo les decía que no sabía, que si ellos andaban buscando tenían que saber quién era quién.

**(FNH):** Me pusieron ese apodo porque era negro. Ellos no sabían dónde vivía. Un amigo que tenía un taller, allá donde está el estadio, me contó cuando salí que habían llegado a verlo en diez vehículos, y de cada uno se habían bajado cuatro

personas, porque creían que yo era importante. Mi amigo les dijo que no me conocía. Después pasaron a un negocio que tenía su papá preguntando por mí, y él dijo que sí, que me conocía. Le preguntaron si sabía dónde vivía y él dijo que no. Preguntaban y preguntaban y nadie sabía, hasta que pasó uno en bicicleta. Sabían que mi hermano tenía un taller, así que paraban a los ciclistas, y uno les dijo que sí sabía dónde vivía, que era de la Villa O'Higgins, y para acá partieron.

**(YAC):** Y esta puerta de la cocina la hicieron tira ellos; estos hoyos que se ven aquí. Nunca la hemos querido arreglar porque es recuerdo. Le puse un pestillo así nomás. El Hugo creció viéndola y decía que cuando tuviera su casa iba a comprar una puerta bien gruesa, por si iban algún día a buscarlo, para que no se la botaran. El Hugo se acuerda siempre de esas cosas. Dice que recuerda cuando vinieron a buscar a Fernando igual.

**(FNH):** Cuando fue el hallazgo de los hornos, había una muralla llena de balazos, pero por cientos, y decían que ahí los habían matado. Una vez estando en el taller, unos amigos estaban conversando de eso, y uno que era de Santiago decía que estábamos hablando puras hueás, que no los habían matado de esa forma; que les habían pegado con un mazo en la cabeza, y de ahí los habían tirado a los hornos. Que si hubieran pegado todos esos balazos, iban a hacer mucha bulla y podían escucharlos, y nunca nadie podía enterarse lo que esa noche ocurrió en el cerro. Eso resultó siendo verdad. En el diario *La Tercera* se dijo que no tenían balas los cuerpos. Los tiraron amarrados. Además, los hornos estaban en altura, arriba de una loma. No los iban a subir a los hombros todos sangrantes. Yo creo que los subieron caminando y, estando en la boca misma, les pegaron y los tiraron aturdidos para

adentro. Conversé de este asunto con mi hermano Luis, ya que él participaba de todas las reuniones. Después tuvimos que ir a declarar y ahí fuimos. Ese fue otro atado. Nos preguntaban algo, se iba y llegaba otro que nos preguntaba otra cosa. Y de nuevo: como cuatro personas volvieron, y yo le decía a mi hermano que estuviera tranquilito, y me preguntaba a mí por qué yo era el único que participaba en política en la familia. Le decía que no se le fuera en collera la situación, que dijera siempre la verdad de lo que pasó y ya.

No hay reparación. Nunca hubo. Ya no hubo. Y no es solo una situación de los que asesinaron, sino que de mi mismo bando también. Con los años entendí que el PC chileno no era luchador y revolucionario como tanto decían. Nunca lo fueron. A nosotros nunca nos avisaron que Pinochet se iba a tomar el poder; todo lo contrario. Cuando venían del comité central decían: «Compañeros, no hablen de armas, porque si viene otro compañero y usted habla de eso, los van a echar del partido». Nunca estuve de acuerdo con eso. Era obvio que, si había un golpe de Estado, nos iban a masacrar, y el pueblo no tenía cómo defenderse. En el centro había un hombre que arreglaba zapatos. Ese señor era muy político, muy inteligente. Te conversaba de todo. Un día vino un mirista y nos citó a mí y a otros compañeros en la zapatería. Salimos en un vehículo a conversar y nos contó todo: Pinochet se toma el poder. «Ustedes no hagan nada, si no tienen armas; nadie tiene armas». Cuando llegaron los milicos no teníamos nada, porque los compañeros de arriba se arreglaron entre ellos y se fueron cascando del país; arrancaron o se fondearon en embajadas. Nosotros, los campesinos, los obreros y estudiantes dimos la pelea, dimos la cara. Entonces, si no hay reparación de parte de nuestros propios compañeros, menos la voy a esperar de esos perros.

Manuel era un cabro sano, bueno de mente. Él sabía lo que venía. Era bien inteligente. Nunca se inscribió en nada. Por eso le gustaba tanto ir al cerro a hacer puntería. La tenía clara, mucho más que esos que venían de Santiago perfumados y hablaban tan bonito. Aprendí mucho de él, pero me costó años entender. Quizás en ese momento debía escucharlo más a él y menos a los que se decían mis compañeros.

**Fernando se pone nostálgico. Yolanda se acerca. «Ya, viejo, comamos mejor», le dice tocándole el hombro. Les agradecemos su apertura y sus palabras. «¿Y ustedes se van?», nos pregunta Yolanda. «Están locos, si les tengo lista la cazuela».**

**Hugo nos atiende vía Zoom desde su casa en Valparaíso. Hijo de Fernando y primo de Erasmo, se fue muy joven desde su natal Isla de Maipo a estudiar a Santiago y luego a Cuba, en donde se tituló de Sociología. Hugo nos plantea una mirada global de los hechos; pero también desde la sensibilidad familiar, a partir del asesinato de su primo, Manuel Jesús Navarro.**

Una noche, en plena dictadura, vecinos y familiares de los detenidos desaparecidos entraron clandestinamente al cementerio parroquial con una enorme roca tallada con los nombres de los quince y el verso de Neruda: «aunque los pasos toquen mil años este sitio, / no borrarán la sangre de los que aquí cayeron». Siempre me llamó la atención que fueran los Maureira, Astudillo y Hernández los elegidos. Ellos eran dirigentes sociales, al menos los patriarcas, pero existían otros nombres mucho más conocidos que ellos, militantes políticos y de sindicatos con mayor rango y reconocimiento en el pueblo. ¿Por qué ellos? Recuerdo como si fuera ayer cuando mi viejo volvió muy cansado porque la piedra era muy pesada. Siempre fui preguntón y curioso. Entonces mi madre se me adelantó repitiéndome una y otra vez que no le preguntara nada a mi papá, que solo lo dejara descansar. Al tiempo volví a preguntar y me contaron lo que había pasado. Esa piedra tiene una carga histórica muy importante. Imagínate hacer algo así en plena dictadura. Esos hombres y mujeres arries-

garon su vida por recordar a los muertos. Entiendo que actualmente está en el cerro, donde se encontraban los hornos.

Soy hijo de Yolanda Aránguiz y Fernando Navarro. Manuel Jesús es mi primo hermano. Nací en 1976 y no lo conocí en persona. No obstante, mi vida política y la de toda mi familia fueron marcadas por este hecho. Desde muy pequeños estuvimos vinculados a agrupaciones de detenidos desaparecidos, marchas, romerías, etc. Tengo a tíos, a primos y a mi propio padre siempre confluyendo en luchas y causas colectivas que nos parecen justas. Soy sociólogo de profesión y he recorrido varios lugares gracias a mi trabajo. A todos lados llevo presente a Manuel.

En algunos reportes de la época se indica a Manuel como ayudante del MIR. Mi padre era muy cercano a mi primo. Comenta que nunca fue militante de ningún partido o movimiento, pero sí estaba interesado en el proceso. Se informaba, tenía una opinión y postura clara a favor del desarrollo de una sociedad más justa. No hay que olvidar el contexto en el que se vivía en esos años en pueblos como Isla de Maipo. Rodeados de fundos, peones y patrones, cualquier persona medianamente crítica y razonable hubiera querido terminar con las condiciones paupérrimas en las que vivía el campesinado de la época. Yo pienso que Manuel se posicionaba desde ahí. Cuando se comenzó a decir que se venía un golpe de Estado, Manuel se armó. Iba a los cerros a probar explosivos, a hacer puntería, pensando, creo yo, en la defensa popular que había que armar luego de la intervención de los militares en La Moneda. No me gusta cuando pintan a Manuel como a un muchacho tranquilo e inocente. Él era un luchador social. En mi familia no nos consideramos víctimas; somos luchadores sociales revolucionarios. Por eso nos torturaron y nos mataron. Si bien a estos cuatro chicos que estaban en la plaza no se les atribuye una participación política previa, Manuel

Jesús Navarro Salinas sí apoyaba el proceso de la UP y estaba absolutamente en desacuerdo con el dictador Pinochet. Muchos vecinos de la Isla decían que estos cabros simplemente estuvieron en el lugar equivocado y por eso los mataron. Yo pienso que es algo un poco más profundo que eso. Estos chiquillos, todos campesinos, representaban a una juventud de la época que simplemente no se resignó a que, después del golpe, Chile se transformara en un gran regimiento militar. Manuel tenía el pelo largo, por ejemplo. Eso era símbolo de rebeldía. Por eso los milicos se empeñaban en rapar a todo el mundo, y el que se oponía a esta nueva visión era considerado como enemigo. Matar a estos cuatro jóvenes era mandar una señal clara: que no se iba a tolerar a la juventud rebelde e insolente.

Se sabe que venían de un carrete cuando se los llevaron detenidos. Antes de llegar a la plaza, pasaron a la casa. Mis padres fueron los últimos en verlos. Llenaron unas artesas con agua de noria en el patio, se bañaron y cepillaron los dientes, y después se fueron a dejar a uno de ellos a la micro, ya que vivía en Santiago. Esto no fue planificado, como los otros casos de las familias Maureira, Astudillo y Hernández. Aquí es distinto. Existe el testimonio de un vecino que los vio parados en la plaza. Según lo que cuenta, pasó una patrulla de pacos y los cabros empezaron a gritarle cosas, insultos, y que por eso se los habían llevado detenidos. Otro testimonio es de un caballero al que se llevaron preso con los Hernández, pero dicen que era hermano de uno de los pacos y que, por lo mismo, lo dejaron tirado en un peladero. Ese señor fue a donde mi papá a decirle que había visto a Manuel en la comisaría, que estaban torturando a los detenidos y que creía que los iban a matar. Según me cuenta mi viejo, el hombre le dijo que en una celda estaban torturando a los Maureira y Astudillo, y uno de los cuatro jóvenes se asomó a ver. Fueron

testigos de algo muy grave y no podían dejarlos libres. Hay varios relatos. Se cuentan muchas cosas de todo lo que pasó.

Mi padre fue del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Yo también. Mi hermana fue del aparato militar del PC y tenemos un sobrino que fue mutilado en el estallido social. Estamos marcados por la lucha social, donde mi familia está posicionada en un lugar claro. Por lo mismo, yo no me considero víctima. Personalmente, me costaba participar en algunas actividades con otros familiares de detenidos desaparecidos, porque existe la autopercepción de ser víctimas, y nosotros no somos eso; somos luchadores sociales y, si hay que poner sangre, la vamos a poner en todas las luchas que vengan de aquí en adelante mis hijos y los hijos de mis hijos. Esta fue la conclusión de una conversación familiar: no más lloriqueo, no más victimización; lucha decidida, porque la máquina represiva siguió, sigue y seguirá. Qué sacamos con quedarnos llorando por Manuel, si todo sigue igual y peor incluso. Somos parte de un enfrentamiento y, después de todo lo que hemos pasado como familia, no nos vamos a bajar. Ya no nos queda miedo hacia nadie.

Algunos testimonios de los hermanos de Manuel dicen que era una persona tranquila, que participaba en el proceso de la UP, como muchas otras personas. Mi padre dice que él iba un poco más allá. Se llevaban por muy poca edad. Entonces eran amigos. Salían a fiestas, a andar en bicicleta, iban al cerro, hacían muchas cosas juntos. Yo creo que por eso mi padre decidió hacer de su vida una lucha por la verdad y la justicia. Por eso, cuando se realizó un funeral financiado por el Estado de Chile, en el gobierno de Bachelet, nosotros nos opusimos. Manuel es nuestro pariente y nosotros lo vamos a enterrar como se nos dé la gana; no como nos venga a imponer el Estado que lo asesinó. Más aún, ¡qué absurdo ver que venían escoltados por los pacos, la institución que los mató!

Finalmente se salieron con la suya: el funeral lo organizó y financió el Ministerio del Interior. Por eso no fuimos. Nosotros después «despedimos» a Manuel como familia, y «despedir» entre comillas porque Manuel sigue presente en nuestras vidas. Todos nuestros primeros hijos se llaman Manuel, y ellos saben por qué se llaman así. Él sigue vivo en todos nosotros. Tampoco nos interesaba la plata que se nos ofrecía desde tribunales que, por cierto, es un monto mucho menor al de los otros familiares porque, supongo, en nuestro caso nos mataron solo a uno, y el resto son familias más numerosas. A pesar de ello, ¿por qué la vida de unos vale más que la de otros? Yo siento que es una burla, que siempre se han reído de la familia Navarro. Me cuesta entender que con indemnizaciones económicas el asunto esté resuelto. Ni toda la plata del mundo puede reparar lo que le hicieron a Manuel y a los otros cabros. Que rabia e impotencia me daba ver al huaso Genskowski paseándose como si nada por el centro de la Isla, siendo concejal por no sé cuántos periodos. Actualmente, aún trabaja en el municipio como administrativo. Ver a civiles que estuvieron involucrados en el caso, metidos en las mismas filas con nosotros, en el supermercado, la farmacia, en la cotidianidad, esa idea me repelía y aún me repele. Una vez, le pegué a uno que salió de su casa a ver una marcha de los familiares, sin remordimientos, y con la rabia que me precede, le saqué la cresta porque para mí es intolerable ver a estos sujetos impunes. Eso me costó que me expulsaran de la AFDD, pero no me importaba; no podía compartir la pasividad de algunos frente a estos civiles cómplices que se reían en nuestras caras, y más encima tenían la desfachatez de amenazar a los familiares con que nos iba a pasar lo mismo que a los quince del cerro. Cuando apoyamos la campaña del No, seguíamos encontrándonos en la calle, y las peleas e insultos eran muy fuertes. Aquí no solo existió una fuer-

za represiva uniformada, sino que además civil. Hostigaban a los familiares constantemente, y ahí andan: libres, como si no hubieran matado ni a una mosca. Creo que aún quedan vestigios de todo esto en el pueblo, y cómo no, si nunca hubo justicia. Entonces, hablar de lucas después de todo lo que te cuento, me parece irrisorio, una falta de respeto. Metan presos a los civiles que participaron en la detención, tortura y asesinato de campesinos, y después si quieren hablen de plata. Isla de Maipo es un pueblo muy traumatado por lo que pasó. Por ejemplo, las familias de los otros tres cabros, que nunca tuvieron ningún tipo de cercanía ni con la UP ni con nada de política, quedaron muertas de miedo. No hablaban del tema, no participaban en nada. Es poco lo que se habla del caso en la zona. Hay uno que otro mural pintado por ahí, se hacen rituales para el 11 de septiembre afuera del exalabozo de Carabineros y el 7 de octubre en el cerro, pero aún así es poco lo que se muestra ¿Por qué no le ponemos a una calle, a un Cesfam o a una escuela «Mártires de Lonquén»? ¿Qué pasa que en los colegios no se cuenta esta historia? ¿Qué ocurre con el lugar donde los encontraron que no se puede ingresar? ¿Qué sucede con los dineros que estaban destinados para hacer algo ahí? Qué hablar de las condenas a los pacos: un chiste. Tres años les dieron a unos, seis a otros. Incluso los choferes de las camionetas que los llevaron quedaron con arraigo nacional y firma mensual. ¿Esos son castigos justos por matar a quince personas? Eso es reírse de nosotros. Admiro mucho a mi padre. A él no le llegó dinero de la resolución judicial porque no era familiar directo de Manuel; pero sus sobrinos, al saber del lazo que tenía con mi primo y toda la lucha que dio por la verdad y la justicia, le ofrecieron un monto con aportes de cada uno. Él se negó rotundamente, porque Manuel no vale ni diez, ni sesenta, ni cien ni mil millones de pesos. La dignidad no tiene monto. Para mí y mi familia, las ideas de

verdad y justicia se han transformado en valores fundamentales. Yo no le miento ni a mi esposa ni a mis hijos. Aunque la embarre, siempre lo asumo. No podemos ir por la vida enarbolando las palabras «verdad» y «justicia» para asuntos políticos y externos, y en lo privado comportarnos como los que tanto criticamos y repudiamos.

Para mi padre, mi hermana y yo, lo que le pasó a Manuel fue el hilo conductor de nuestras vidas. Nosotros venimos de familias campesinas humildes. Personalmente, la muerte de Manuel me motivó a estudiar Derecho, porque quería tomar su causa. Luego me hice sociólogo y me metí a luchas sociales, motivado por la misma razón. También me impulsó a salir de Isla de Maipo y de Chile. No ha sido fácil. Cuando pequeño fui torturado en los allanamientos a nuestra casa, no una, sino que varias veces. Recuerdo una en particular que me marcó para siempre. Los CNI, mientras registraban mi casa, nos mantenían a todos sentados en el living. Uno de ellos puso su arma en el suelo y empezó a jugar a la ruleta rusa. A mi hermana de trece años y a mí de ocho nos ponían la pistola en la cabeza y hacían como que disparaban. Hablar de estos temas me pone nervioso. No es menor que una situación marque tu vida y la de tu familia entera. El terrorismo de Estado repercute en generaciones y generaciones. A medida que fui creciendo, iba entendiendo la relevancia del caso Hornos de Lonquén. En Cuba, el caso es muy conocido, porque fue el primer hallazgo luego de que Pinochet negara sistemáticamente la existencia de detenidos exterminados. Me acuerdo de que, siendo muy chico, fuimos al funeral del cura André Jarlan, al que mataron en la población La Victoria, y a todos nos recibieron de una forma muy amable por ser familiares de los de Lonquén. Todo el mundo se conmovía por la crueldad del caso. Me acuerdo de que en este tipo de eventos nos tenían sillas con nuestros nombres en las primeras filas, pero

nunca aceptamos. Nos poníamos de pie en medio de toda la gente, porque pienso que nosotros somos eso: los de atrás, los de las barricadas, los que rayamos las calles y pegamos afiches denunciando, los de la jodedera, los que encendimos la mecha en medio de la multitud. No somos importantes o más que otras familias. Manuel era un tipo humilde, de familia pobre, como todos nosotros, y estoy seguro de que no le hubiera gustado que tuviéramos ese tipo de privilegios a costa de su muerte, por más mínimos que fueran.

Entrada la democracia, ya estaba más grande y quise ser parte de las organizaciones conmemorativas, pero la verdad es que ese interés me duró muy poco, porque fui dándome cuenta de que a los actos llegaban personeros de partidos políticos. Cada uno buscaba figurar en un espacio y después de eso eran candidatos a alguna cosa. Llegaban siempre políticos importantes de la época, por lo mediático y relevante del caso, y todos querían sacarse fotos con ellos. Eso no me gustó. Sinceramente, lo encontré chabacano. Sumado a eso, mucho grito de «no a la impunidad», «verdad y justicia» y todo eso, pero terminaban los actos y todo quedaba en nada. Yo me preguntaba: ¿qué pasa con los civiles involucrados? ¿Quién los menciona como cómplices que deberían estar presos? ¿Qué pasa con el rol de la Iglesia en todo esto? No olvidar que el cura de la época facilitó un vehículo para llevarse a los detenidos, y era recadero entre las familias y los pacos, siendo cómplice de estos últimos. Me quedaba con ese gusto amargo, así que decidí no participar más. Insisto en el tema de los civiles. Genskowski fue el verdadero verdugo de toda esta gente, al menos de los once campesinos asociados al fundo Naguayán porque, como ya mencioné, estos personajes no eran para nada los dirigentes más reconocidos de la época; pero fue Maximiliano quien dio sus nombres, pienso que básicamente por rencillas personales. De seguro eran

una piedra en el zapato para la administración que él dirigía, y el hombre se pasea libre por la ciudad, como si no le pesara un miligramo en la conciencia el hecho de que fue su mano invisible la que empujó a once personas dentro de un hoyo en medio de un cerro, tapadas con cemento, tierra y piedras.

Las condiciones que dieron origen a la matanza de campesinos en este país, no solo en Lonquén, sino que en varias partes más, no han cambiado: la tierra sigue siendo de unos pocos, los Kast en Paine, los Celsi en Isla de Maipo. Si bien hoy en día ya no se les considera campesinos, sino que trabajadores agrícolas, aún siguen siendo explotados. En la década de los noventa tenía un compañero de colegio que vivía aún en un fundo, y el patrón seguía dándoles una hallulla grande o «galleta», que le llamaban, y eso era lo que tenían que comer todos en el día; es decir, prácticas del siglo pasado aún se podían ver a finales de este. Actualmente, aún se puede observar esta dicotomía patrón-peón en Isla de Maipo, quizás no de forma visible, pero sí culturalmente a través de diversos rituales. Aún vivimos en un gran fundo.

Tuve la oportunidad de conocer en Argentina a las Abuelas de Plaza de Mayo. Quedé impresionado por el gran despliegue de trabajo que tienen en universidades: cuentan con un equipo de investigación, una imprenta propia y un montón de espacios y posibilidades autogestionadas, pero también brindadas por el Estado. Aquí en Chile se facilitó un espacio para que la agrupación se reuniera y sería: fin del tema. Ahí se quedaron. Nunca se realizaron libros y documentales, como alguna vez se conversó. Un par se arreglaron entre ellos con cargos políticos y ya. Muchas veces la memoria, la verdad y la justicia son solo palabras que quedan en eso: palabras. Yo he visto muchas veces, no solo interés personal, sino que además la promoción del recuerdo sin política; es decir, todo reducido a un evento cultural con un grupo de música con

letras contestatarias por aquí, un discurso bonito por allá, y sería. Hay familiares a los que les cuesta mucho reconocer que, parte de sus víctimas en el cerro, estaban vinculados a la política, porque piensan que si hacen eso, sería como justificar los crímenes; perderían la condición de víctimas. Yo no estoy de acuerdo con eso. A nadie lo pueden matar por pensar distinto.

Una vez, pegamos carteles en Isla de Maipo con el nombre de más de cuarenta civiles involucrados en el caso. Insisto en mi bronca con este tema, porque no puedo creer que hayan salido libres de polvo y paja. En época de campaña, Genskowski llegó a la casa de mi papá en el puerta a puerta, y llevaba en la mano volantes con su nombre y cara, en calidad de candidato a concejal. Se vino a reír a nuestra propia casa. Me indigna esta situación. Había civiles que se vistieron de pacos y salieron a reprimir. Lo que pasó en el campo chileno fue una especie de Caravana de la muerte. Cumplieron su objetivo derramando tanta sangre para que nunca más se les ocurriera a los peones alzarse en contra de los patrones, y así fue: nunca más volvió a existir en el campesinado chileno una organización como la que hubo en los sesenta y los setenta. El mensaje fue claro: «ustedes se organizan y volvemos a lanzarlos a cuestras y minas abandonadas». No creo que haya sido casualidad que los arrojaron en Lonquén. El cerro se ve desde toda Isla de Maipo. Es enorme y ahí está, recordando a sus pobladores que, si existe organización política, pasará nuevamente lo que allí sucedió.

Creo que la reparación pasa por reconocer la verdad y que exista justicia, pero también que quede una marca en la historia de este pueblo. Cuando nos fuimos a presentar para el Informe Valech y el Rettig, dejamos en claro que lo que más nos importaba es que se sepa la historia, que la memoria prevalezca, que exista un compromiso real para que

estas cosas no vuelvan a suceder. El problema es que están todas las condiciones dadas para que algo así pueda ocurrir nuevamente. Es importante también que la reparación pase por vivir en un modelo social distinto al que tenemos, donde los derechos humanos queden en el centro y por sobre cualquier otra cosa.

Hay que reivindicar la alegría de estos cuatro cabros, la libertad con la que vivían la vida. Manuel fumaba marihuana y al mismo tiempo era deportista y bailarín. Era un cabro sano, inteligente, comprometido con su gente. Me quedo con eso, con su ejemplo.



**Génesis Vergara Navarro, 27 años**

*Hija de María Teresa Navarro, sobrina de Manuel Jesús Navarro Salinas*

**Génesis me recibe en su casa, ubicada frente a la plaza de Isla de Maipo, mismo lugar donde fue detenido su tío en 1973. En un televisor están pasando el documental *Hornos de Lonquén* de Luis Díaz Bahamondes. Me comenta que suele verlo porque en él se habla mucho de su tío. Sobre la pared cuelga un cuadro pirograbado del memorial de los Hornos de Lonquén rodeado de personas tomadas de la mano. Sobre ellos: el rostro de Manuel Jesús con su eterna sonrisa.**

Se habla mucho de la muerte de los quince y muy poco de la vida. Soy nieta de María Celestina Salinas, La Tina, y de Luis Orlando Navarro. Ellos son padres de María Teresa Navarro, mi madre, y de Manuel Jesús Navarro, mi tío. Desde muy pequeña, mi mamá me llevaba a reuniones con los otros familiares de los asesinados en Lonquén. Tengo recuerdos de ser siempre la más chica que andaba dando vueltas por todos lados: en diversos encuentros, en los juicios que encabezó Nelson Caucoto, y en todo lo que tuviera relación con el caso. Crecí escuchando esta historia: quince hombres fueron llevados por Carabineros a la comisaría de Isla de Maipo y, luego de cinco años, sus cuerpos fueron encontrados sin vida en unas antiguas minas abandonadas en el cerro de Lonquén. Toda mi vida ha estado marcada por este caso. He visto el desarrollo del proceso, tanto judicial como familiarmente, no

solo por los Navarro. Mi abuelo paterno es pareja de María Hernández, hermana de Nelson, Carlos y Nibaldo Hernández.

Esto no acabó con la detención y desaparición de Manuel y todos los vecinos, porque después la represión siguió. Mi madre estuvo detenida junto a otros familiares, como Fernando y Fermín Navarro. María Teresa estuvo trece días desaparecida. Nadie sabía dónde estaba. Ella siempre me dijo que me iba a contar cuando yo tuviera quince años todo lo que vivió en esos días, pero antes de eso yo ya sabía algunas cosas. Los niños siempre saben todo porque escuchan y observan. Los adultos creen que no es así, pero es cosa de que ellos se pongan a recordar su infancia para entender que la curiosidad de los niños hace que siempre sepan todo, o que al menos tengan nociones. Recuerdo que siempre llegaban personas a la casa a preguntarle cosas, sobre todo jóvenes que querían saber qué había pasado en el cerro. Ella siempre tenía una actitud amable. Le gustaba contar esta historia, mantener el recuerdo vivo y claro. Yo siempre estaba parando la oreja y escuchaba esas conversaciones. De ahí iba sacando información.

Un grupo de personas salía cada siete de octubre a tirar panfletos por Isla de Maipo, recordando a Manuel y lo que había pasado en la comuna en 1973, entre ellos mi madre y sus hermanos. Ellos tenían una visión crítica sobre cómo se había manejado este caso. Los cómplices civiles andaban sueltos, impunes, como si nada, y nadie alzaba la voz. Por otro lado, familiares empujaban el proceso para que se resolviera judicialmente, mientras esperaban pasivos a que eso ocurriera. ¿Y qué pasó? Los carabineros involucrados con suerte estuvieron presos una semana. Al final, soltaron a todos los pacos con la famosa Ley de Amnistía. ¿Cuál justicia? La Negra —así le decían a mi madre— siempre tuvo la razón. No comulgaba con la idea de que había que esperar con los brazos cruzados

en la casa, esperando a que los tribunales, en plena dictadura, se dignaran a entregarnos justicia. Ella era activa, luchadora, fuerte, y creía que una forma de mantener viva la memoria era haciendo rayados y tirando panfletos, en una época en que nadie hacía ni decía nada. Por eso se la llevaron detenida junto a mis tíos, y tuvo que pasar por todo ese calvario.

Por mi vieja aprendí a conocer Santiago, porque siempre andábamos de reunión en reunión. Yo creo que muchas personas deben tener recuerdos amargos de todo este proceso, pero yo lo hago de forma muy amable. Como era la más pequeña, era la regalona de todos. Siempre me llevaban dulces y veía el lado más humano de cada familia. Quizás yo era quien entregaba alegría en situaciones donde, por mi edad, no lograba entender lo triste y doloroso que eran. Vi sufrir a mi abuela Celestina hasta el día de su muerte. Fue una persona distinta después de la desaparición de Manuel. Quedó marcada para siempre. A ella le dio un accidente cerebrovascular y quedó postrada y con su mente atrofiada, lo que hacía que se le olvidaran las cosas. Cuando se refería a una historia, todo lo vinculaba al año 1973. Por ejemplo, si le preguntabas la edad, respondía que tenía setenta y tres años. ¿Cuál era la fecha de hoy? Setenta y tres de mayo. Y así. Todo asociado a ese número, a esa fecha. Yo creo que a cualquier madre que le maten a un hijo en esas condiciones quedaría afectada de por vida. Mi abuela se murió esperando a su hijo. Falleció el 2007 y recién el 2015 se entregaron los restos de Manuel, donde se comprobó científicamente que era él; es decir, más de cuarenta años después. Ese proceso fue muy complejo, porque antes habían entregado a trece de los quince, pero no había sido posible identificar ni a Manuel ni a uno de los Hernández. Fue muy doloroso, porque queríamos que los entregaran a todos juntos, pero también entendía que había personas que querían sepultar a los suyos. La señora

Elena, por ejemplo. Siempre pensé en ella. Por esa fecha ya había fallecido la señora Rosario, la mamá de los Astudillo, y mi abuelita. Ellas no alcanzaron a sepultarlos. No quería que a Elena le pasara lo mismo, así que por eso terminé cediendo, pero para nosotros no fue fácil. Imagínate: tantos años buscando a Manuel y, cuando estamos a punto de tener la certeza absoluta, nos dicen que no será posible, que hay que seguir esperando. Para mi madre fue terrible; y me tocó estar siempre a su lado apoyándola, sosteniéndola, ser su pañuelo de lágrimas. Es que era lo que había que hacer nomás. Fue lo que me tocó, y lo volvería a hacer, porque vi en primera persona toda la lucha y sufrimiento de mi abuela y madre. María Teresa dedicó gran parte de su vida a encontrar a su hermano. Uno puede escuchar o leer esto y puede parecer hasta obvio: era su hermano. Pero es muy distinto vivirlo de cerca, estar ahí sosteniendo. Es muy fuerte. Te marca. Inevitablemente, el trauma trasciende a las generaciones venideras. El daño es tan profundo que no queda solo en capas superficiales. Yo siento que mi vieja cumplió su objetivo. Le cumplió a sus padres, a sus hermanos y al mismo Manuel, ya que en gran parte ella lo encontró. Creo que ella cerró esa etapa al momento de sepultarlo. Fue tan así que, al año de eso, mi viejita falleció de cáncer. Yo pienso que ella se fue feliz porque cumplió, luchó e hizo lo que tenía que hacer.

Mi madre quería protegerme. Fue por eso que no me contó lo que sucedió cuando estuvo presa. Primero había dicho que hablaríamos cuando cumpliera quince. Llegaron los dieciocho y nada. Recién cerca de los veintidós tuvimos esa conversación. La Negra y La Tina nunca me enseñaron a tener odio. De hecho, durante mi infancia quise ingresar a una rama de uniformados, pero sentía que le estaba jugando chueco a mi familia, ya que una de esas ramas les había cagado la vida. Mi vieja me apoyaba. Decía que yo no tenía la

culpa de nada de lo que había pasado y, si quería irme por ese lado, era libre de elegir. No fue fácil porque algunos familiares simplemente no podían entenderlo. Una situación como esta divide, quiebra. Recuerdo muchas veces haber escuchado a mi abuela que, tomando once, se preguntaba si su hijo Manuel había comido. Cuando le preguntaban cómo estaba, ella respondía que esperando; es decir, ella siempre esperó una respuesta, una información. Se murió esperando. Me toca el tema porque, si bien yo no conocí a Manuel, si vi a mi abuela y a mi madre sufrir. Por tanto, es inevitable que eso repercuta en mí; no puedo sacudirme tan fácilmente sus dolores. Cuando desapareció mi tío, mi abuela dejó la casa de lado porque comenzó a buscarlo. Ahí mi madre tuvo que entrar a suplir un poco ese rol. Con los años, ella fue decayendo, y fue mi vieja la que no solo empezó a preocuparse de la casa, sino que a asistir a reuniones y a diferentes encuentros que tenían que ver con el caso.

Cuando era chica mi mamá me llevaba a las romerías que se hacían hacia el cerro de Lonquén. Nos juntábamos en el cristo que está en la plaza, y emprendíamos el rumbo hacia arriba en caravana. Eran cerca de tres horas. Para mi mundo de niña era muy entretenido, porque en el camino jugaba con otros niños. Saltábamos, cantábamos; todo era alegre. Cuando llegábamos arriba y se hacían las actividades, discursos y esas cosas, empezaba a entender que el motivo por el que estábamos allí no era tan alegre. Empecé a tomar de a poco conciencia porque mi mamá me contaba lo que ahí había pasado, y la verdad es que lo encontraba muy fuerte, pero entendía que tenía que acompañarla. De hecho, estuve cuando recibieron los restos de Manuel ya reconocidos. Ver sus huesos, su cráneo, fue muy fuerte. Era complicado, pero sabía la importancia de todo eso, y que simplemente había que hacerlo. Con los años me iba informando, por una parte,

por lo que me contaba mi mamá; y, por otro lado, leyendo noticias de la época, libros y documentales sobre el caso. Me informé y con eso fui armando el puzle.

Hay muchas cosas que se hablan y que no son. Por ejemplo, en el documental, uno de los familiares dice que todos los cuerpos tenían impactos de balas, cuando eso no fue así. De hecho, yo tengo el certificado de defunción de Manuel, y dice que murió de un traumatismo craneoencefálico; no de un proyectil. Cuando estaba en el liceo y había que disertar en algún ramo, siempre hablaba del primer hallazgo de cuerpos en dictadura, del caso Hornos de Lonquén. Así, desde chica me informé. También se dice que a los cuatro jóvenes que estaban en la plaza —entre ellos mi tío— se los llevaron porque empezaron a insultar a los pacos, pero también se cuenta que fue porque un carabinero estaba celoso de Manuel. Él era muy canchero, vanidoso, deportista. Era ciclista y hacía pesas. Se preocupaba de su imagen. Creo que le iba bien con las chiquillas, y por ahí había un lío por una niña, y este paco se lo llevó porque encontró la oportunidad para desquitarse. Son muchas historias las que se cuentan. La verdad es que nadie sabe qué pasó realmente; solo los pacos, y ellos nunca hablaron. Ya no lo hicieron. No sé cómo han podido dormir tranquilos por las noches todos estos años.

Una vez, mi madre me contó que cuando estuvo detenida, parte de la tortura era que un milico fuera a visitarla y abusara de ella. María Teresa era una niña. El hombre, al parecer, era buena persona y nunca le tocó un pelo. La trató bien. Le llevaba cosas para comer, pero ¿qué hubiera pasado si no hubiera sido así? Por un hoyito podía ver al exterior y así sabía si era de día o de noche. Mi mamá falleció a los cincuenta y seis años. Su crimen fue salir a tirar panfletos para el aniversario del asesinato de Manuel. Nunca hubo justicia;

y ella sentía que al hacer eso, en parte, ayudaba para que no se olvidara lo que en Lonquén había ocurrido.

No sé cómo se puede encontrar reparación. Se supone que, al ganar el juicio e indemnizar a los familiares, se repara; pero nada de eso. Mi vieja, su vida y toda su lucha, eso no tiene un valor monetario. El sufrimiento de mi abuela, eso no vale ni todo el oro del mundo. En la práctica, no hay reparación. Es muy simple: no se puede reparar. ¿Dónde está el proceso de mi infancia de disfrutar a mi madre, si tuvo que dedicar mucho tiempo a la búsqueda de su hermano? Insisto: ¿cómo le quitamos el sufrimiento a la Tina, a la señora María, Elena, Rosario? ¿Quién le devuelve tantas navidades y cumpleaños sin fiestas a los hermanos Navarro? No se puede. No existe la reparación. El daño ya está hecho, y todas sus consecuencias las pagamos también los que quedamos, incluidos nosotros, las generaciones que no conocimos a los muertos.

Se cumplen cincuenta años y no tenemos ninguna verdad. No sabemos cómo fueron sus últimas horas de vida, cómo los mataron, quién dio la orden, qué dijeron antes de morir, nada. No sabemos nada, y yo creo que ya no lo supimos. No te imaginas cuánto entristece eso. Tiene que existir la memoria. No podemos olvidar lo que pasó. Es necesario contar las cosas que vivieron, quiénes eran esos quince hombres; pero no es fácil porque, si al interior de las familias es complicado tocar el tema, imagínate cómo es para ellas sacarlo al exterior.

Mi abuelo paterno es Ignacio Vergara. A él también se lo llevaron esa noche del 7 de octubre. Iba junto a los hermanos Hernández, sus cuñados. Él no habla de este tema. Hay que entender que es gente de campo, y es tan simple como que no hablan de ciertos temas y fin. Dentro de la camioneta de los pacos, iba uno de apellido Cariqueo. Él es hermano de mi tata. Se dice que habló con el capitán y lo tiraron a unas zar-

zamoras, vendado y amarrado. Un par de veces le he preguntado. Recuerda que le pegaron mucho y que lo tiraron por ahí antes de llegar al retén, pero no ahonda más en el tema. Pienso que es una herida que le costó mucho cerrar. Imagínate la situación: estás en tu casa con tu familia, llega Carabineros, te suben a un camión, te pegan, te dejan tirado en un peladero, atado, vendado, y cinco años después aparecen tus tres cuñados muertos en el cerro. ¿Cómo se vive con eso? Supongo que el silencio fue la medicina de mi tata, quizás también el olvido. No lo sé, la verdad. Han pasado cincuenta años y aún prevalece el silencio. El miedo también.

Mi madre nunca dio una entrevista. Decía que era exponer la imagen de la familia, hacer de un tema tan personal algo público. Temía que se prestara para confusiones. Tenía el foco claro, que era encontrar a Manuel, tener la certeza de que era él. Han pasado los años y yo pienso que es importante dejar un registro. Si queremos cambiarlo todo, hay que hablar de todo; el silencio no suma. Dejamos una base, un testimonio, los recuerdos plasmados; tenemos dónde pararnos. Entiendo que hay personas que no están de acuerdo con hablar sobre esto, con abrir una herida familiar a la esfera pública, como lo puede hacer un libro. Lo respeto, pero no lo comparto.

Mi tío no fue entregado el 2010, como el resto, sino que el 2016. Recuerdo el día del funeral. Mi abuela ya no estaba. Ella siempre quiso velar a su hijo en su casa, en el mismo lugar donde lo vio con vida por última vez. Así fue. El 29 de enero se hizo un velorio como corresponde en su casa: todo el día, toda la noche; con familia, amigos, vecinos de toda la vida. Al otro día salimos caminando a la iglesia. Se realizó una ceremonia con un cura de Santiago, y después caminamos al cementerio. Fue algo lindo e íntimo. Se hizo tal cual lo quería

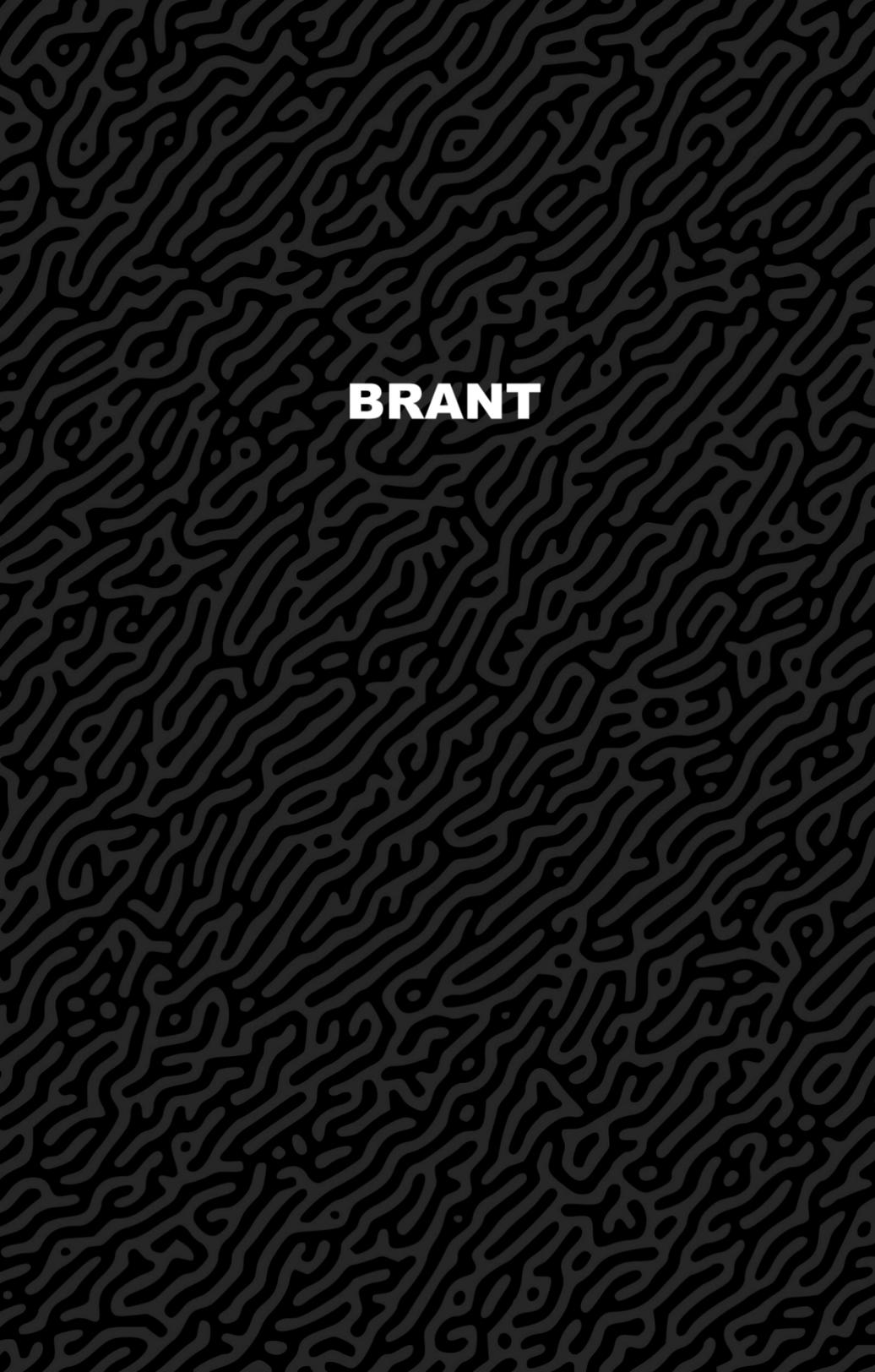
mi abuela. Pienso que ahora están juntos, que al fin pudieron volver a abrazarse.

He conversado con el mejor amigo de Manuel y con una expolola que tuvo y que actualmente vive en España. Es lindo escucharlos hablar de mi tío. Siento que en esos recuerdos se mantiene vivo. Su expolola me mandó un regalo: un anillo de plata que él le había hecho. Tiene grabada la fecha 12 de julio de 1973. Manuel lo hizo tres meses antes de su muerte. En el anillo llevo a mi tío, a mi madre, a mi abuela, toda la fuerza que ellos tuvieron.

Creo que es doloroso hablar de estos temas; por eso tanto silencio en la familia. Pero es necesario hacerlo. Mi madre no solo tuvo que ver a mi abuela sufrir y sobrellevar la muerte de Manuel, sino que ella misma fue prisionera. No fue fácil asumir esa verdad. Cuesta hablarlo, pero es una forma de aportar a la memoria, al dolor y al daño que causa, para sensibilizar, no sé. El caso es que no se puede volver a repetir. Con el silencio se trata de no transmitir el dolor; pero es peor, porque uno se va enterando de cosas de a poco. Eso duele más. Yo hubiera preferido que fuera de una, que me dijeran en una conversación todo lo que había pasado con mi familia. Lo más triste de todo es que muchos piensan que hablar del caso es remover el pasado; un «discurso de odio», le llaman. Pero todo esto es tan vigente: el abuso de poder, el apataje del Estado en contra de chilenos y chilenas que quieran protestar porque no están conformes con las condiciones de vida, etc.

Yo vivo justo al frente de la plaza de Isla de Maipo, el mismo lugar donde fueron detenidos Manuel con sus amigos. Para el estallido social de octubre del 2019, naturalmente se juntaron personas aquí. Protestaban con silbidos, ollas, sartenes y cantos. De pronto llegaron los pacos y ratis. Quedó la cagá. Empezaron los piedrazos y perdigones. Isla de Maipo

es una comuna muy tranquila, tanto que a la fecha no tiene ni un solo semáforo. Entonces la gente es tranquila. Aquí no pasan estas cosas. Esa manifestación no era más que lo que ya te describí. Además, estaban pasando en todo Chile. Las piedras aparecieron porque la policía llegó con prepotencia. La gente se defendió, defendió su derecho a manifestarse. Llegaron muchos policías y la gente empezó a refugiarse en mi casa. Los siguieron. Entraron con puerta y todo; la hicieron pedazos a patadas. Nos pegaron. A mi tío Ricardo le sacaron la cresta adentro de mi casa, donde mismo estamos ahora. Luego se fueron, pero volvieron al rato. Me trajinaron la casa completa con la excusa de que se les había caído una radio. El poder de los pacos se mantiene intacto. No veo diferencias con lo que pasó hace cincuenta años atrás. Aquí, a la vuelta de mi casa, a mi vecino Flen, que es músico, casi le volaron un ojo. Hay fotos de cómo quedó. Se viralizaron, demostrando el abuso que siguen ejerciendo en contra de sus propios vecinos. ¿Qué hubiera pasado si a Ricardo o a Flen los hubieran matado a golpes como a Manuel y a sus amigos? ¿Quién responde por eso? ¿Cómo se repara eso? Hay muchos muertos que dejó el estallido, y ahí están: archivados en carpetas en los tribunales. Nadie responde. El caso Hornos de Lonquén no es para nada pasado; está, lamentablemente, más vigente que nunca. Yo trabajo en un hospital. La policía siempre llega a constatar lesiones con los detenidos. Los uniformados de esa noche en la plaza son gente a la que veo siempre; es decir, se repite la historia, porque estos pueblos siguen siendo chicos. Nos seguiremos encontrando en espacios públicos, golpeados y golpeadores, policías y personas que queremos vivir en un país más justo.



**BRANT**



**Juan del Carmen Brant Bustamante, 71 años**  
*Hermano de Miguel Ángel Arturo Brant Bustamante*

**Juan Chile es el hermano mayor de Miguel. Hace 30 años que vive en La Calera, quinta región. «Ya estoy viejo, amigo», me dijo una tarde por teléfono, «no puedo viajar a la Isla y dejar a mi señora sola, así que tendría que venir para acá». Me da la dirección. Nos dice que dos días a la semana no nos puede recibir porque se pone la feria afuera de su casa. El camino fue largo y desconocido. Por la ruta 5 norte, en medio de cerros y caminos rurales, se encuentra La Calera. Es muy conocido Juan Chile. «En Isla de Maipo todo el mundo sabe quién es», me comentó Erasmo Navarro antes de pasarme su número. Nos reciben muy amablemente junto a su esposa Mercedes y nos lleva al final de la casa. Me llaman la atención dos torres en un terreno aledaño. «¿Y esas torres?», le pregunto. «Son unas minas de cal históricas, un monumento nacional. Son reimportante esas minas, oiga, aunque estén en desuso. Yo llegué a vivir aquí en el noventa y dos y ya estaban abandonadas». «Es curioso», agrego, «se parecen mucho a las de Lonquén». «Muchísimo», me dice, «y las veo todos los días». Nos sentamos bajo la sombra de unos árboles. Mercedes nos trae algo para beber.**

Este lugar me recuerda hartito a la Isla. En los noventa llegué a vivir acá. En la Isla había solo pega en el campo y a mí me gustan las máquinas. Soy operario y, bueno, hago de todo un poquito. Un cuñado me dijo que me tenía pega para manejar una máquina. Me vine para acá y no me fui nunca más.

Yo creo que ya no me fui. Nací en la Ligua, hace un montón de años. «Chile Juan» me pusieron al nacer. Mi padre, Arturo Brant Solar, era biólogo en Valparaíso, y vivía en el Club de Yates Recreo. Éramos cinco hermanos. Mi abuelo era alemán: don Pedro Brant Gutermann. Llegó con sus padres y hermanos arrancando de la Segunda Guerra Mundial. Creo que estaban muy agradecidos de este país, así que en honor a eso me pusieron «Chile».

La desgracia nos tocó como familia desde siempre. Cuando tenía dos años asesinaron a mi padre. Un día llegaron contrabandistas a su trabajo. Querían pasar matute en barcos, cosas robadas. Para ello debían convencer a mi taita. Creo que le ofrecieron plata, pero él se negó. No quería meterse en problemas; pero eso fue peor, porque simplemente lo mataron. Mi madre, María Luisa Bustamante, se quedó sola con sus cinco hijos. Fue una tarea imposible para ella. No pudo hacerse cargo de todos; debía trabajar, ya que con la ausencia de mi padre era muy difícil parar la olla. Además, debía cuidarnos todo el día. No se podía nomás. Un día apareció una hermana de mi papá, que no tenía hijos y era soltera. Ella trabajaba en el Hospital de Carabineros de Valparaíso. Tenía buena situación y ya se iba a jubilar, y como era sola le ofreció a mi mamá hacerse cargo de sus dos hijos menores: Miguel Ángel, de dos meses, y yo de dos años. Marta Brant era mi tía. Ella vivía con una hermana que tenía tres hijas. Con todos ellos nos fuimos a vivir. Al principio estuvimos en Linares, pero nunca se adaptó a ese lugar. De ahí se compró una casa en Peñaflor, pero tampoco le gustó. Fue así como llegamos a Isla de Maipo. Allá nos conoce todo el mundo, o al menos la gente de mi edad. Tanto mi nombre como apellido eran muy poco comunes, así que no pasaba piola. Ya tenía dos años y me decían Chilo. Quedé como Juan Chilo, pero para afuera soy Juan Chile.

Yo tenía siete años cuando llegamos a Isla de Maipo y Miguel cinco. La casa estaba en la calle Santelices. Éramos vecinos de los Navarro, que eran amigos de Manuel desde chicos. Crecieron juntos e iban a la escuela fiscal. Yo alcancé a ir dos años al colegio, pero no me gustaba. Nunca aprendí ni una cosa, así que me echaron. Mi tía me conversó que tenía que saber trabajar para poder sobrevivir, así que a los nueve años me puse a trabajar. Ella tenía chanchos, patos, gallinas, de todo un poco. Yo los cuidaba, les daba comida y limpiaba las chancheras; y en el invierno los carneaba, vendía longanizas, paté, jamón. Ella misma lo hacía. Como eran alemanes, sabía muchas recetas. Mi hermano estudiaba. Él era muy inteligente. Mi tía me pasaba unas chauchas, y con otras tantas que me recortaba me iba a la matiné, frente a la iglesia de Isla de Maipo, donde había un cine tremendo. En un mes pasaban las mismas películas, pero ese era el lugar más entretenido para ir a taquillar, a tirar pinta.

Mi hermano siguió en el colegio. Después mi tía lo metió en el Instituto Panamericano de Cultura en Santiago. Había una micro tremenda que pasaba dos veces al día. Le decían «la guagua». En esa se iba para Santiago mi hermano. Pasaba a las cinco de la mañana y se iba llena de comerciantes con gallinas, patos, verduras y un montón de cosas más hacia La Vega Poniente. Volvía en la tarde.

Los cuatro cabros eran vecinos de chicos. El José vivía en Santiago, pero venía siempre a la Isla a ver a su abuela, a su familia materna. Ese día que se perdieron estaban en la plaza. Fueron a dejar al Villegas, que se iba para su casa. Yo no me juntaba con ellos. A mí me gustaba andar solo a pesar de que teníamos casi la misma edad. Era bueno para la pega. A los cabros les gustaba más pelusear. Eran jóvenes; hacían cosas de cabros de su edad. Los conocí a todos. Me acuerdo de ellos cuando se juntaban con mi hermano. Con el papá de Manuel Navarro éramos muy reamigos. El hombre arregla-

ba y hacía bicicletas y, de repente, cuando no tenía peguita, me dejaba caer en su taller y le echaba una manito. Y así me la pasaba hasta que un día conocí a un vecino que trabajaba en CORFO y, como me vio empeñoso, un día me llevó a su trabajo, pero aún no cumplía los dieciocho y no querían recibirme. Mi vecino les dijo que era muy trabajador, cedieron y así quedé. Me mandaron a hacer cursos y después me contrataron. Ahí yo salía a trabajar para todos lados con las máquinas. Aprendí a usar las cosechadoras, las sembradoras y un montón de otras más.

Los chiquillos iban para la casa y el Miguel Ángel iba para las de ellos. Se juntaban más cabros, pero los cuatro compinches eran ellos, que salían juntos para todas partes. Mi hermano era muy tranquilo. Se la pasaba en la casa con mi tía. No tenía ningún interés político. Yo trabajaba en la CORFO y ahí eran bien políticos, pero la verdad es que no me interesaban esas cosas. Mis tías no se metían en nada, mi hermano chico menos.

En ese tiempo, durante el gobierno de Allende, nos fuimos al sector de Polpaico, Til Til. Me acuerdo de que teníamos veinte tractores rusos, los guardábamos frente a una lechería, donde hoy está construido Punta Peuco. Ahí nos quedábamos. En el día salíamos a prestar servicios. Seguía viviendo en la Isla, pero dormíamos en Til Til. Éramos veinte conductores de distintos lados. Estuve dos años y después me trasladaron a Talagante, hasta que vino el golpe. Yo iba en mi tractor a Talagante y en el camino me topé con Fernando Navarro, el hermano de mi compadre Lucho. Me contó que había un golpe de Estado, así que me devolví a la Isla. Cuando fueron a allanarme, me requisaron el tractor. Fue así con todos mis compañeros. Nos llevaron presos a FAMA E. Como dos meses me tuvieron yendo para allá: había que llegar temprano y en la tarde nos largaban. Nos tenían todo el día parados. Cuando me allanaron la casa me llevaron preso. Decían que yo era co-

munista. Los pacos que me acarrearón eran amigos míos. Yo les hacía trabajos particulares. Eran el sargento Félix Sagredo y el teniente Lautaro Castro. El Jacinto Torres, vecino de nosotros, andaba en el lote igual. También conocían a mi hermano de cabro chico; lo mismo con los otros cabros. El Sagredo se llevó a mi hermano. Todos nos conocíamos. Están todos estos gallos en Punta Peuco hoy. Algunos ya murieron. Salieron arrancando todos de Isla de Maipo, pero igual los pillaron. No hace mucho murió el capitán Castro, preso.

Después me soltaron y me dejaron tranquilo cuando vieron que yo no hacía nada ni tenía que ver con partidos políticos. Me quedé sin pega. Se puso fea la cosa por ese entonces. Así fue como un día nunca más volvimos a ver a mi hermano. Es un poco triste. Nos enteramos de que estaban en la plaza, llegaron los pacos a controlarlos y se los llevaron así nomás. Supe que los mataron porque en la comisaría tenían a los Hernández, a los Maureira y a los Astudillo. Ellos trabajaban en la viña Naguayán. Tenían sindicatos y cosas así. También los conocí. Todos nos conocíamos en la Isla. Esos cabros eran retranquilos. Eran casi de mi misma edad. Trabajaban en el campo y no se metían en cuestiones. Bueno, el papá sí, el Maureira viejo, pero los cabros no. Los pacos los torturaron y los cabros tuvieron mala suerte porque vieron todo. No podían soltarlos porque iban a hablar, así que se los llevaron junto con los otros once y los mataron a todos. Los cabros no tenían nada que ver con el fundo, con Naguayán, y mucho menos con sindicatos.

Yo supe que los tenían atados con esas amarras plásticas. Les vendaron la vista, los pusieron de rodillas, y con el fusil les dieron en la nuca. No los mataron en los hornos; los fueron a botar allá. Son rumores. Yo tenía hartos amigos, y eso era lo que se decía de los cabros.

Cuando Miguel Ángel no llegó a la casa, mi tía se preocupó mucho. Empezó a preguntar en el pueblo. Le dijeron que

se lo habían llevado los pacos. Partió para la comisaría, pero le decían que ahí no estaban, que se lo habían llevado al Estadio Nacional. Ella ya estaba viejita, pero igual partía siempre a preguntar. La pobre estaba destrozada. Estuvo varios años así. Pobre vieja, sufrió tanto. Después, cuando los encontraron en el cerro, me hice cargo yo de los trámites; mi tía ya estaba enferma. Quedó muy triste con todo esto, amargada y destrozada. Ya era bien mayor y envejeció más aún con esto. En la Vicaría de la Solidaridad nos ayudaban hartito. Para allá partía con mis vecinos, familiares de los otros chiquillos. Fue por ellos que nos enteramos del hallazgo. Tuvimos que partir al Instituto Médico Legal. Yo lo reconocí al tiro. Al Peochoco, mi hermano, como no trabajaba, siempre le faltaban cosas, así que yo le prestaba ropa, mi reloj y unos zapatos que le gustaban mucho. Me di cuenta al tiro de que esos eran mis bototos. Justamente, nunca más había vuelto a verlos. Era obvio, porque mi hermano andaba con ellos el día en que se lo llevaron. Ahí estaban, frente a mis ojos, las mismas suelas. Fue una sensación tan rara. Por un lado la tristeza de saber que estaban muertos y dónde los habían ido a tirar; y, por otro lado, un alivio saber al fin dónde estaba el Miguel Ángel.

Con los años todo se va al olvido, a pesar de que me acuerdo de él siempre. Era mi único hermano, con el que crecí. Yo lo cuidaba hartito. Ha sido muy triste no poder seguir viviendo cosas con él, no saber qué habría hecho de su vida. Era tan inteligente. A lo mejor hubiera sido profesor. Cuando voy a la Isla paso siempre a verlo. Está en un mausoleo rebonito y enorme. La gente se olvida y eso es muy triste, pero es la ley de la vida. Los vecinos antiguos ya fallecieron casi todos. La juventud no está ni ahí con lo que pasó en el cerro de Lonquén. No se acuerdan, y es obvio porque no lo vivieron. Entonces pasan los años y todo se olvida.



**HERRERA**



**María Inés Herrera Villegas (izq.), 69 años**  
**Rosa Ester Herrera Villegas (der.), 59 años**  
*Hermanas de José Manuel Herrera Villegas*

**Población Juanita Aguirre, Conchalí.** La cita es en el hogar de María Inés, hermana mayor de José Herrera Villegas. Junto con Iván Ordóñez, eran los más jóvenes del cerro: ambos tenían diecisiete años. Nos comenta que ella, junto a tres hermanos más, nacieron en Isla de Maipo. Los menores habían nacido todos en Santiago, en un hospital. Al entrar, un retrato ilumina el living con la sonrisa enorme de José Manuel. Su hermana nota mi fijación en él y me acerca la fotografía original. Era un matrimonio, una fiesta familiar. José Herrera aparecía con un traje formal junto a muchos niños. «Esta es la pega que hizo don Lucho Navarro», dice Óscar. «¿Te acuerdas cuándo daba vuelta el lente para hacer zoom? Pues bien, aquí hay un ejemplo». «Así es», agrega María. «Este retrato nos lo dieron en la Vicaría hace muchos años. Nosotros llevamos la foto y allá la agrandaron y quedó el rostro grande del Cochecho, que era como le decíamos de cariño». Al rato llega Rosa Ester, la hermana menor. Nos sentamos. Tenían inquietud y curiosidad por saber más de este trabajo. Les hablamos del libro y les contamos que eran una de las últimas familias que entrevistábamos.

**María Herrera Villegas (MHV):** Nosotros éramos nueve hermanos. Quedamos seis vivos. José era el tercero. El día en que desapareció yo tenía diecinueve años, José diecisiete. Él trabajaba y estudiaba. Cuando no regresó me mandaron a mí a la Isla a preguntar qué había pasado. Mi papá le consi-

guió trabajo como ayudante de mecánico en Santiago, y en el verano se iba a la Isla, porque allá cosechaban papas, tomates, cebollas, choclos y un montón de cosas más. El José era reempeñoso, muy trabajador. Siempre, de chiquitito que se las rebuscaba.

**Rosa Herrera Villegas (RHV):** Iba bien seguido a la Isla. Aparte de las cosechas que menciona mi hermana, iba a ver a mi abuelita y a todos los familiares que teníamos. Somos como cien primos por parte de los Villegas y el José se crio con ellos. Entonces para él la Isla era su segunda casa. Aparte de sus familiares, tenía amigos allá. Sus compinches eran estos cabros, los que estaban en la plaza con él.

**MHV:** Nosotros nacimos todos en Santiago, pero íbamos tan seguido para allá que era como si fuéramos de las dos partes. El Cochecho era el que se hallaba más. Le gustaba mucho el campo, a pesar de que nunca vivió allá.

**RHV:** Mis padres se conocieron en la Clínica Santa María. Mi mamá se llamaba María Inés Villegas Acevedo, mi papi Juan Jordan Herrera González. Ellos eran funcionarios ahí. También trabajaban mis tías en ese lugar. Entonces nos llevábamos entre Santiago y la Isla desde chiquititas. Mi papá hacía mantenciones eléctricas y mi mamá trabajaba en el aseo. Se conocieron de jovencitos, se enamoraron y se casaron. Mi mamá toda la vida fue de Isla de Maipo, pero se vino a trabajar a Santiago y, al conocer a mi papá, se quedó aquí en la capital.

**MHV:** Yo tenía doce años cuando llegamos a vivir a Conchalí, mi hermana Rosa tres. José nació en Isla de Maipo. También se vino de chiquitito para acá. Antes vivimos en el centro y otras partes de Santiago. Mi papá era cuidador. Le pasaban

una casa y ahí partíamos todos a cuidarla. Como les contaba, mi hermano se movía siempre de aquí para allá. Era bien trabajador, empeñoso, buen hijo.

Me acuerdo de que cuando mi mamá escuchaba radio, decía en la casa que en el país existía el bando uno y el bando dos. Siempre repetía eso, y cuando salíamos se preocupaba mucho de que volviéramos temprano por el toque de queda. «No vaya a ser que uno de los dos bandos los agarre», nos decía. No teníamos idea de política en la casa. Mi hermano menos. Él era trabajador. Le gustaba andar con las patas medidas en el barro y también salir con sus amigos, como cualquier cabro de su edad, pero no en cuestiones políticas. Eso nunca. Cochecho era simpático, muy chistoso. Aquí también tenía hartos amigos que lo querían. Jugaba en el club de fútbol del barrio La Estrella Naciente, en una cancha de por aquí cerca. Le gustaba harto y era bien bueno. Le gustaba bailar y cantar. Siempre andaba con una hermana en la plaza, porque a los dos les gustaban las cosas artísticas, y allá se bailaba toda la tarde.

**RHV:** Acá en la población la cosa era jodida. Se metían a las casas tupido y parejo a sacar gente. Se hacían hartas barricadas. Yo me acuerdo. Era chica, pero me acuerdo. Nosotros, los Herrera Villegas, no nos metíamos en esas cosas. Nunca nos controlaron o revisaron la casa, porque sabían que no nos metíamos en política. Me acuerdo de que mi mami, por mejor, le decía al José que se fuera para la Isla, que acá la cosa estaba movida y que allá, por ser campo, imaginaba que era mucho más tranquilo.

**MHV:** Así mismo fue. Todos estábamos tranquilos con que mi hermano estuviera allá. Nunca tuvo problemas con nadie, si él solo se dedicaba a trabajar en el campo. Imagine usted que tenía diecisiete años. Era un niño. ¿Con quién iba a

tener problemas? Manuel Navarro era su yunta. Se conocían de chiquititos. Creo que venían de una fiesta. No andaban haciendo nada malo.

**RHV:** También era bien estricto el José. En ese tiempo los hermanos hombres eran como los papás de una también. Tenían ciertos derechos. Entonces, cuando llegaba y me veía en la calle, me pegaba un coscorrón, se enojaba y me mandaba para adentro. A mi hermana una vez lo pilló con un chiquillo en la calle y también la agarró a coscorrónes y le echó la aniñá al cabro.

**MHV:** Cuando íbamos a los malones era jodido el Cochecho. Apenas veía que nos poníamos a bailar con los chiquillos. Él llegaba y nos decía, delante de todos: «Ya, María, vámonos para la casa». Yo pienso que lo hacía por cuidarnos. Como dijo mi hermana, así era la cosa en esos años. Quizás era una forma de demostrarnos cariño. No sé, la verdad. Estudió en un liceo de Conchalí y después en Recoleta. Además de trabajar, estudiaba. Tenía una polola por ahí, media escondida. En fin, cosas normales para un cabro de su edad.

**RHV:** Hasta que un día no volvió más.

**MHV:** Mi mami siempre le decía que, si se le hacía tarde en la Isla, que se quedara allá con sus tíos y abuelitas; y que al otro día, el lunes, se viniera temprano a trabajar. A veces lo hacía así, y otras se venía el domingo en la tarde. El domingo 7 de octubre no volvió. Mi mamá tenía un mal presentimiento de que algo le había pasado. Lo esperamos todo el día lunes y tampoco llegó. Fue el martes 9 que mi mami me mandó a preguntar por él a Isla de Maipo. Fui al campo, me bajé en la plaza y caminé por Santelices hacia los Muñoces. Me acuerdo de ese trayecto como si fuera ayer. Yo sabía que algo había

pasado; el Cochecho nunca se perdía de esa forma. La angustia y preocupación me estaban comiendo. Allá mis tías me dijeron que había estado en la casa, pero se había ido el domingo a tomar la micro en la plaza. Después fui donde otro tío y me contó que le habían dicho que ese día se lo habían llevado detenido. Partí a la comisaría de la Isla a preguntar por él. Me dijeron que, efectivamente, lo habían tenido ahí, pero que después lo habían mandado a Talagante. Me devolví para allá a buscar a mi hermano y supe que, de la comisaría de la Isla, los habían llevado a FAMA E, pero de ahí los habían trasladado al Estadio Nacional. Yo no entendía nada. Preguntaba por qué, si mi hermano nunca había estado metido en ningún problema, pero me decían que no sabían nada. Ahí me devolví a la casa y le conté a la familia lo que había pasado. Desde entonces fuimos todos los días al Estadio Nacional. Después empezamos a turnarnos: cuando no iba yo, lo hacía mi hermano mayor, mi mamá con mi papá, y así. Nos poníamos afuera a esperar. Todos los días soltaban a un grupo de hombres. Salían barbones y flaquitos, como perdidos, desorientados. Éramos muchos familiares, mucha gente, y cuando salían todos nos acercábamos a ellos para ver si eran los nuestros, pero el Cochecho nunca apareció.

**RHV:** Nosotros conocíamos a la Tinita y a don Lucho, los papás de Manuel Navarro. Vivían a la vuelta de unas tías. De toda la vida nos ubicábamos, así que nos juntamos para buscar a los cabros. No conocíamos a nadie más de las otras familias. Durante esos cinco años buscamos y buscamos, pero no encontramos nada, ninguna noticia. Después se supo a través de una confesión en la iglesia que los habían matado y tirado allá en Lonquén. Fue terrible eso.

**MHV:** Un primo mío me contó que había otro joven en la plaza con ellos, pero que justo le habían dado ganas de ori-

nar. Se escondió atrás de un árbol y en eso pasó la patrulla de Carabineros y los cabros empezaron a gritarle cosas. Discutieron y se los llevaron. Eso fue lo que supimos después. Son rumores. Uno nunca va a saber qué pasó realmente.

Una vez íbamos a ir con Rosa al cerro de Lonquén. Era un aniversario. Yo quería saber cómo era el lugar donde habían ido a tirar a mi hermano. Justo se enfermó un sobrino mío, así que fui sola. Me acuerdo que leí un párrafo en la memoria de mi hermano, y me encontré con una pariente que me ayudó a tener una foto grande de él, que estuvo por muchos años en el cerro. Me gustó ir. Rezamos hartito. Siento que le recé mucho a mi hermano, a su presencia. Era bien bonito todo lo que allí se hacía. Esa vez me invitaron a almorzar y conocí a unos jóvenes que estaban haciendo un documental sobre los mártires de Lonquén. Fue bien bonito porque uno como que mantiene la memoria del hermano vivo, como si el Cochecho estuviera acá con nosotros.

**RHV:** Mis papis estaban destrozados. Nunca habían pasado por algo así, nunca se imaginaron que les iba pasar eso con un hijo. Para los años nuevos, navidades, esas fiestas, era puro llanterío. Nos acordábamos de él y todos llorábamos. Es que es terrible dejar de ver a un ser querido tuyo de un día para otro y no saber dónde está, si tiene hambre o frío. Uno quiere protegerlo y no sabe cómo.

**MHV:** Cuando sabíamos que iban a soltar a detenidos, de donde fuera, para allá partía mi papá con mi hermano mayor. En otras ocasiones iba mi hermana con mi mamá para el Estadio Nacional, Villa Grimaldi, Tres Álamos. Pero nunca apareció. Mi papá soñaba con verlo salir de alguna parte, todo chascón y barbón, sucio y hediondo, y así mismo se lo llevaría para la casa. A nadie le importaría. Todos lo abrazábamos porque al fin volvía a nuestro hogar, pero nunca pasó.

Conversaban con otras señoras y había de todo: mujeres con hijos doctores, abogados, etc. Llevaban cocaví porque estábamos todo el día allí. Uno como que se hacía amigo de las otras familias. Así fue hasta que un día nos enteramos de que lo habían encontrado. Partí con mi mamá al Servicio Médico Legal. Mi viejita reconoció la ropa: un pantalón café con un chaleco gris. Ella se los lavaba siempre en la artesa. Fue muy triste, pero al mismo tiempo fue un alivio al fin saber dónde estaba el Cochechito.

**RHV:** Ya de más grande empecé a acompañar a mi mamita. De chica no me llevaban a ningún lado, pero siempre sabía todo porque paraba la oreja cuando hablaban los grandes. Siempre estuve muy preocupada por mi hermano. Yo lo quería mucho. Estaba ese día en la iglesia cuando no llevaron los restos y los fueron a tirar a la fosa común de la Isla. Todos los familiares teníamos comprados unos cajoncitos y un pedacito de terreno que nos había facilitado el Cementerio General. Teníamos todo organizado cuando se supo que no iba a ser nomás el funeral, porque estos tipos así lo decidieron. No solo la muerte de José fue terrible, sino también todo lo que vino después. Fuimos cuántas veces a sacarnos sangre para comprobar que eran ellos. A nosotros nos sacaron el ADN de todos los hermanos. El día en que abrieron la fosa común estábamos solo los familiares. Cerraron las puertas del cementerio. Fue un momento muy íntimo y emotivo, de mucha tristeza.

**MHV:** Es muy triste vivir con esto. Toda la vida lo recordamos. Mi mamita en las noches siempre pensaba que iba a llegar. Sentía un golpe, un ruido, y pensábamos que era él.

**RHV:** En esta casa hay unas fotos del Cochecho, en la mía y en la de mis hermanos también. Siempre está presente.

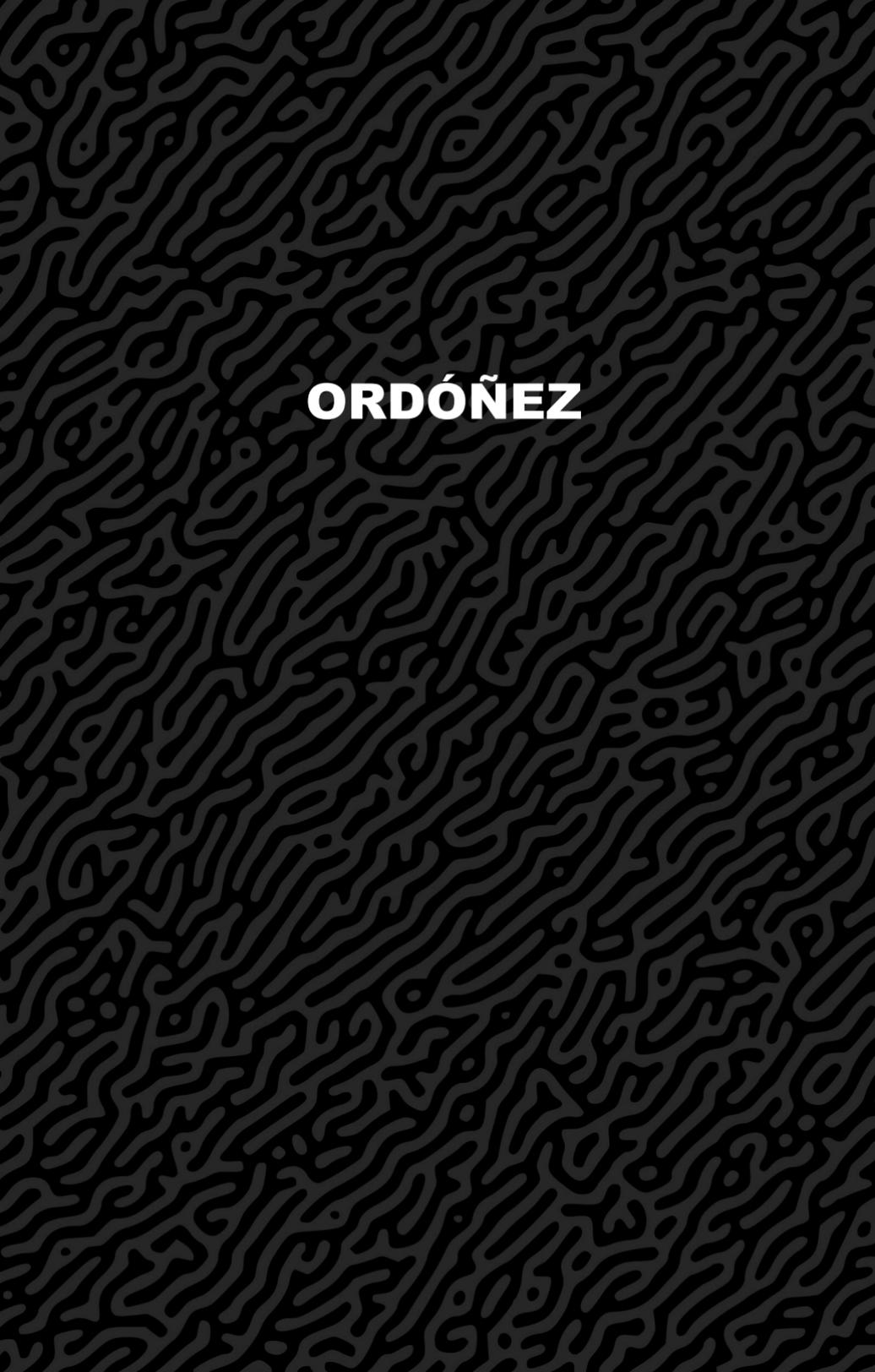
Tenemos muchas de estas láminas donde por una parte sale su cara y por la otra una breve historia. Esto lo escribió uno de los Maureira. Le regalamos algunas a la familia y amigos, para que el rostro de mi hermano siempre esté presente y nos cuide. Es que no podemos olvidarlo. Si eso llega a pasar, si se nos olvida su cara, su voz, su recuerdo, ahí sí que lo perdemos para siempre. Mientras lo recordemos estará con nosotros.

**MHV:** Yo soñaba todas las noches que llegaba. Fue terrible. Harta pena y sufrimiento para todos. Pero, como dice mi hermana, siempre está presente el José Manuel. Mi mami no alcanzó a sepultarlo. Ella falleció el 2004 y mi papá en 1998. Nosotras nos hicimos cargo de eso y fuimos a buscar sus restos en un cajoncito al Instituto Médico Legal. Eso fue en el 2010. Después nos fuimos en caravana para Isla de Maipo, a devolverlo al cementerio. Ahora hay un mausoleo precioso, enorme y siempre bien cuidado al que nunca le faltan flores.

**Les pregunto si creen que es posible reparar su historia familiar, si se puede resignificar de alguna manera lo que les tocó pasar.**

**RHV:** No sé si exista reparación. Lo que sí sé es que tienen que pagar.

**MHV:** Sí. Todo se paga en esta vida. De alguna u otra manera, los carabineros que le hicieron esto a mi hermano y a los demás tienen que pagar. Dios tendrá que perdonarlos. Ellos tienen que arreglar cuentas con él, pero nosotros queremos justicia, que paguen, y así fue en este caso. Los carabineros están presos. Pienso que así se consigue un poco de reparación, solo un poco.



**ORDÓÑEZ**

**Hay familias que han cerrado esta etapa en su vida, por lo que no hablar de lo que pasó es una decisión tomada. Por lo mismo no fue fácil acceder a un familiar de Iván. A través de una sobrina de Ordóñez, obtuvimos el contacto de Lillian, quien nos atendió vía correo electrónico desde Canadá. En él sostiene que está interesada en conversar sobre su hermano, pero que ha estado un poco ocupada ayudando a una hija fuera de Toronto, lo que le complica tener acceso a un computador. Agrega que puede hacernos llegar una carta que escribió hace algunos años atrás, en una visita del Museo de la Memoria y Derechos Humanos de Chile al lugar donde reside:**

Buenas tardes y bienvenidos a Toronto:

Mi nombre es Lillian Meza Lama, chilena. Hace algunos años resido en Toronto, Canadá. Acá soy Lillian Maldonado. Me cambiaron el nombre cuando llegué de emigrante. Traigo conmigo una foto y vengo a contarles su historia. En ella aparece Iván Gerardo Ordóñez Lama, mi hermano. Tenía diecisiete años.

Mi hermano Daniel, un día de septiembre de 1973, recibió un llamado desde Isla de Maipo, comuna en donde vivían mis padres. Era mi madre que le pedía desesperadamente que recibiera un par de días a Iván en su casa en Santiago, ya que, en uno de los muchos allanamientos y redadas por las rurales calles de la Isla, Carabineros lo había detenido y

golpeado, y ella temía por su seguridad. Cuando lo soltaron, estaba en muy mal estado: herido, sucio, temeroso, con su cabello cortado por un cuchillo. Después nos enteramos de que eso era un tanto común por esos días en Chile: si los militares veían a jóvenes con el pelo un poquito largo, con sus propias navajas los rasuraban. Era una suerte de acto para ordenar a la juventud. Recuerdo que Iván estaba muy angustiado y avergonzado por su apariencia. Se duchó. Le cambiamos ropa, y Daniel lo llevó a la peluquería del barrio, donde lo tuvieron que rapar, porque el pelo lo tenía demasiado disparate. Cuando regresaron se veía tan bonito. Sus ojos azules relucían más que nunca. Fui corriendo a mi pieza a buscar la cámara y le tomé esta foto. Nunca imaginamos que sería la última de su vida.

Ya habían transcurrido unos días, así que volvió a Isla de Maipo, dos días después de su cumpleaños. Estaban celebrando con unos amigos. Posterior a ello fueron a la plaza del pueblo, donde fueron detenidos por Carabineros. Esa fue la última vez que la familia lo vio con vida. Ni mi hermano ni sus amigos militaban en ningún partido político. No había motivo alguno para que se los llevaran a la tenencia.

Mi madre se enteró de lo que había ocurrido, pero Carabineros lo negó todo. Según ellos, no sabían dónde estaba. Comenzamos a buscarlo desesperadamente. Fuimos a todas partes: cárcel de Talagante, morgue, Estadio Nacional, distintos lugares donde había gente detenida. Donde llegábamos nos daban pistas que resultaban ser falsas: que los habían visto en Colina, que se los habían llevado los militares, y así. Lo buscamos incansablemente. La angustia de mi madre se hacía cada vez más profunda. Cinco años lo buscamos sin parar, hasta que en 1978 un campesino que buscaba por los cerros a su hijo detenido desaparecido, hizo la denuncia a la Vicaría de la Solidaridad de que había encontrado restos hu-

manos en unas minas de cal en el cerro de Lonquén próximo a Isla de Maipo. Se logró comprobar que eran los detenidos por Carabineros en 1973, siendo el primer caso de detenidos desaparecidos reconocido por el Estado de Chile, que en ese tiempo estaba al mando de Pinochet. Desde el hallazgo, que se hizo público por la prensa, hasta tener el nombre de mi hermano entre esa nómina, mi familia pasó por días de mucha angustia. Fue en septiembre de 1979, a casi un año del hallazgo, que nos enteramos de que mi hermano y sus amigos eran efectivamente parte de esa lista. Fue terrible.

Lo que se nos dijo fue que a uno de los carabineros se le había pasado la mano con un detenido, causándole la muerte en la tenencia, y que el capitán había tomado la decisión de que no podían quedar testigos por temor a represalias, generando la sentencia de muerte a los otros catorce. Pero esto no es todo. Existen actos aún más infames dentro de esta historia, y fue que las madres y familiares de las quince víctimas fueron a reclamar a sus seres queridos para darles cristiana sepultura, estando dentro de una iglesia con ataúdes y una misa preparada, cosa no menor, ya que era el primer funeral de detenidos desaparecidos políticos en la dictadura; pero no se pudo efectuar porque la noche anterior agentes de la dictadura se habían robado los cadáveres dentro de bolsas de basura, y las habían ido a arrojar a una fosa común de Isla de Maipo, para que se mezclaran con otros restos, y así no lograran reconocer a sus familiares. No les bastó asesinar. Por varios días después de este suceso cerraron el cementerio, impidiéndoles la entrada a los familiares. El sufrimiento para mi familia era muchísimo, sobre todo para mi madre. La injusticia era tremenda. Mi hermano era un niño. En el año 1979, la corte absuelve a todos los carabineros involucrados y les aplica la Ley de Amnistía. No fue sino hasta el 2006 que se abrió nuevamente el caso, luego de que el abogado de de-

rechos humanos, Nelson Caucoto, lograra llevar a tribunales a los uniformados por el caso de dos campesinos asesinados en el puente Naltagua en septiembre de 1973, que eran los mismos carabineros del cerro de Lonquén, liderados por el teniente Lautaro Castro, que al ser requerido para interrogatorio se dio a la fuga, siendo capturado el 28 de junio del 2007 por la PDI, en un cerro de Valparaíso, en donde se ocultaba con otro nombre, Marcelo, y con su apariencia física cambiada.

Es necesario contarles que los restos quedaron en la fosa común por treinta y dos años, hasta que en el primer gobierno de la expresidenta Michelle Bachelet se nos propuso a las familias que exhumaran a los quince y los llevaran a un laboratorio de Estados Unidos. Cuatro años duró la identificación, donde trece de las quince víctimas fueron reconocidas.

El 28 de marzo del 2010 se efectuaron los funerales. Lo que mi madre pudo sepultar de mi hermano fue un pedazo de cadera y un hueso de la pierna. Ahora descansa en un hermoso mausoleo de las víctimas de los Hornos de Lonquén, en el cementerio de Isla de Maipo.

Un amigo de mi hermano me hizo llegar una carta a través de mis redes sociales. Me gustaría compartirla con ustedes:

Iván Ordóñez Lama:

Llegó a vivir a Isla de Maipo siendo tan solo un niño, acompañando a su mamá Lillian Lama Egnem. Aburrido del colegio optó por dejarlo y vivir la vida. Por las tardes recorría potreros, cerros y campos, mientras observaba atentamente los olores, texturas y colores del campo. En las noches compartía junto a sus amigos, con quienes gustaba beber algunas copas y escuchar música bajo los árboles.

De personalidad fuerte y rebelde para la época, mal llamado revolucionario para algunos. Iván era contestatario de todo: apolítico, buen amigo, leal, querido, entretenido. Las paredes de la escuela le quedaban chicas; él siempre quería andar cabalgando por el mundo entero. Por lo mismo, a veces sacaba algún caballo escondido para andar arriba de él por horas entre los cerros de Isla de Maipo. Después los devolvía. En más de alguna ocasión tuvo problemas, y era nombrado como un mal niño. Pero yo digo que no lo era; nada hacía con malas intenciones. Solo quería ir siempre más allá para conocer y vivir la vida, como él decía.

Bueno para el baile, le gustaba ir a fiestas. Amigo de sus amigos. Hacíamos fogatas y conversábamos horas enteras. Los cabros de su edad trabajaban en el campo o estudiaban. Esas eran sus vidas. A Iván le gustaba caminar por horas y horas por los cerros, observar los atardeceres, escuchar a los pájaros, ir a sentir el río Maipo por sus pies. Era un joven libre.

Su madre recuerda que lo vio por última vez dos días antes de ser detenido. Tenía apenas diecisiete años. Aquel día había regresado a buscar ropa y a avisar que volvería a salir, pero antes le comentaría a su madre que la vida de ambos cambiaría drásticamente. Lillian, sin emitir comentarios, solo se dedicó a escucharlo atentamente, imaginando nuevos aires para su hijo.

## EPÍLOGO

### RECONOCERNOS HUMANOS

Como un viaje que termina; así se siente escribir estas palabras. Al principio, cuando me invitaron a participar en este proyecto, todo fueron ilusiones e ideas que se fueron transformando en la práctica, mutando y desapareciendo. Armar la estructura para las entrevistas, esa seguidilla de preguntas que recogerían en palabras el barrido de los cincuenta años, fue como calibrar una flecha que uniera temporalmente la magnitud del antes, el durante y el después de la noche del siete de octubre.

Trazar la ruta; esa fue la etapa siguiente. Identificar a quiénes entrevistar y contactarlos. Fueron muchas las llamadas que hicimos para presentar el proyecto e invitar a las personas involucradas en el caso. El pitido incesante del teléfono en la oreja, la espera, algunos síes y otras varias veces noes.

Personalmente, como investigadora, me interesaba conectar con recuerdos que describieran la vida de las víctimas antes del tan abrupto e injusto asesinato. En ese sentido, fue un vaivén de sensaciones sentarse a escuchar cada relato. Abrazo profundamente en mi corazón el momento en que la señora María Hernández, junto a su salamandra, cubierta

por su poncho, me contó cómo ella de ocho años y sus dos hermanos, de cinco y tres años cada uno, pasaban las tardes arriba del techo tomando leche y comiendo moras, mientras saludaban a los trabajadores que pasaban y se reían. De esos niños arriba del techo, el más pequeño era Óscar Nibaldo, el más desordenado y regalón de la familia Hernández. A él se lo llevaron cuando tenía treinta años. Brota de este recuerdo una inocencia que humaniza, con la que es necesario conectar a partir de este momento histórico. Aparecen frases como «violaciones a los derechos humanos», eufemismo para no nombrar los hechos violentos por los cuales tuvieron que pasar.

Fue bonito escabullirse entre palabras para reconectar con momentos e imágenes tan vívidas. Cada relato, tan único en sí, nutrió desde perspectivas diferentes la misma historia. Más veces de las que imaginé nos encontramos con palabras de quebranto y dolor, palabras ante las cuales a veces simplemente no sabíamos cómo continuar, qué hacer ni qué decir. En esos momentos, el silencio inundó el espacio y, entre miradas vidriosas, nos reencontramos. Si bien ni yo ni Horacio vivimos en carne propia la dictadura cívico-militar, nos resultó imposible no empatizar con lo que nos contaban, entre palabras escuálidas y sorbos de agua, ojos que buscaban en las esquinas, en el techo y en los detalles de la habitación, alguna excusa para destrabar el momento y poder así seguir con la conversación. Y sucedió: siempre encontrábamos la forma de continuar conversando.

Cuando digo que fue «bonito» no me refiero a al sentido superficial de la palabra, sino más bien al hecho de transitar la fragilidad que implica estar vivos y querer abrir nuestro corazón y amar, más aún si el amor del que hablamos ha sido truncado por un episodio tan horroroso y desgarrador como lo fue el del caso en cuestión. Fue bonito disponernos

a escuchar, atesorar con respeto y cariño cada palabra, cada imagen, cada mirada; tomar con la delicadeza necesaria los momentos que con tanta confianza nos fueron compartidos. Esa fragilidad, esa vulnerabilidad de confesarnos humanos y asumir que hay dolores que, por más que pase el tiempo, no se alivian ni se van. Solo queda aprender a vivir con ellos y hacerles un espacio dentro de lo cotidiano. Eso fue bonito: reconocernos humanos y rotos. Encontrarnos, de alguna u otra forma, en ese dolor.

Espero que al terminar este viaje, tras haber recorrido estas historias, se guarden para sí un regalo, alguna imagen, momento o frase que les haga sentido. Por mi parte, no puedo no contar que encontré parte de mi árbol genealógico entre las y los entrevistados. El tío de Manuel Navarro, Don Fernando, me transmitió un aire familiar desde que entré a su casa. Al ver las bicicletas, las fotos inundando las paredes, no pude evitar pensar en mi abuelo. Luego de conversar, crecía en mí la inquietud y resultó que sí: todos los de apellido Navarro compartimos ancestros en la Hacienda de Aculeo, descendientes de un hermano de Amador Navarro, mi tatarabuelo.

*Naguayán* es un aporte a la lucha histórica del «Nunca más» y, en ese sentido, tiene un valor intrínsecamente territorial que enriquece aún más el trabajo. Quiero decir que la labor de construir los acuerdos que nos permitan afirmar que hechos como el de Lonquén no se repetirán es una tarea colectiva; que, si bien ya tiene presencia a través de diferentes lenguajes, conmemoraciones y agrupaciones, aún hay un largo camino que recorrer, aún hay mucho trabajo por delante.

Tal como he mencionado antes, las personas que gestamos este libro no vivimos la dictadura, pero sí el estallido social de 2019, momento en el que, como se dijo, se vivieron «apremios ilegítimos» y «violaciones a los derechos huma-

nos», ambos eufemismos para no decir «tortura», «detención», «mutilación» y «muerte». De las muchas cosas que han pasado desde entonces, una que merece especial atención es que aún hay trabajos que realizar para que cada una de las personas que habitan este territorio tenga garantizada su integridad, bienestar y dignidad, sin importar cuál sea su preferencia política, orientación sexual, creencia religiosa, etc. Tenemos la tarea de elaborar las estrategias necesarias para alcanzar la materialización del acuerdo social que asegure la dignidad de los cuerpos, porque hay cosas que no se pueden hacer y no deben ser validadas ni justificadas bajo ninguna circunstancia. No es concebible la tortura, la desaparición, el asesinato. No puede pasar. No es posible. No se justifica ni se valida.

Reconocernos como seres humanos a nosotros mismos y a las personas que nos rodean, a las que conocemos y a las que no, implica caer en cuenta de que dependemos inevitablemente el uno del otro, y que no podemos escapar de esta condición cuando queramos (Butler, p. 14). Si me cuido a mí también cuido a los demás, si cuido a los demás también cuido de mí. Esta puesta en valor del otro es vital para construir la realidad desde la colaboración, y cimentar así un habitar colectivo que resguarde el bienestar de cada una de las personas. Ante todas las cosas, velar por la dignidad.

Es en espacios culturales y educativos donde se deben desarrollar estas conversaciones y reflexiones. Como jóvenes, tenemos la posibilidad y la responsabilidad de hablar, preguntar, escuchar, intercambiar ideas, percepciones, sensaciones y, por sobre todas las cosas, respetarnos, reconocer el valor en la diversidad, lo enriquecedor que es tener diferencias, para así cuidar de nuestra vulnerabilidad tanto como cuidamos la del que tenemos al lado.

Confío en las acciones, confío en los hechos, y sé que esta utopía que nos palpita en el pecho es un trabajo a realizarse con amor, escucha y, por sobre todo, perseverancia. Merecemos justicia, verdad y dignidad.

**Marcela Navarro González**



## BIBLIOGRAFÍA

- Butler, Judith** (2006). *Vida precaria: El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Corte Suprema**. Sentencia de Casación dictadas en la causa Rol N.º 30.170-2017, de fecha dieciocho de junio de dos mil dieciocho.
- Jelin, Elizabeth** (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Jelin, Elizabeth** (2018). *La lucha por el pasado*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Matus, Alejandra**. «Lonquén: el fin del adjetivo “presunto”». En *Los archivos del Cardenal. Casos reales*, editado por Andrea Insunza y Javier Ortega. Santiago de Chile: Catalonia Limitada, 2011, pp. 15-26.
- Memoria Viva** (2023). «Castro Mendoza Lautaro Eugenio». En Memoria Viva: <https://memoriaviva.com/nuevaweb/criminales/criminales-c/castro-mendoza-lautaro-eugenio/>
- Museo de la Memoria y los Derechos Humanos**. «Confirman que restos son de campesinos ejecutados». Diario La Nación, 1990. En Museo de la Memoria y los Derechos Humanos: [https://interactivos.museodelamemoria.cl/hallazgos/?page\\_id=474&post=61](https://interactivos.museodelamemoria.cl/hallazgos/?page_id=474&post=61)
- Pacheco, Máximo** (1980). *Lonquén*. Santiago de Chile: Editorial Aconcagua.
- Sarlo, Beatriz** (2005). *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

## **AGRADECIMIENTOS**

A Rafaela Salinas, Mónica Carreño, Marco Barría, Daniela Guzmán, Marco González y Cristóbal Zúñiga, por su amor, conversaciones y apañe.

### **Marcela Navarro González**

A Mariana Kuyén Pino por mostrarme siempre la simpleza de las cosas. A Natalia Paloma Contreras y a su mágica máquina de coser, que me acompañaron mientras se escribía este libro. A Beatriz Sanhueza y Luis Soto por su apoyo incondicional. A Eloísa y Renata Alvarado por sus abrazitos cuando la pena de estos relatos ganaba. A los que me precedieron en el arte de esculpir al tiempo con palabras.

### **Horacio Pino Sanhueza**

A Claudia Sánchez Loyola y Carlos Maureira por su infinita disposición y apoyo, que hicieron posible este libro. A la Corporación Memoria Lonquén por su incansable lucha por la verdad, la justicia y la memoria. A la Corporación Cultural de Talagante por su apoyo a este proyecto. A las y los entrevistados que otorgaron generosamente sus testimonios.

# ÍNDICE

- 11**      **Prólogo:** *Héctor Contreras Alday*
- 15**      **Introducción:** *Horacio Pino Sanhueza & Marcela Navarro González*
- Entrevistas**
- 41**      Luis Navarro Vega
- 53**      Héctor Contreras Alday
- 63**      Mario Muñoz Molina
- 73**      **Maureira**
- 75**      Corina Maureira Muñoz
- 97**      Hilda Sepúlveda Garrido
- 105**      Carlos Maureira Navarrete & Miguel Maureira Sepúlveda
- 111**      Claudia Salgado González
- 117**      **Astudillo**
- 119**      Claudio Calderón Araneda
- 127**      Norma Astudillo Rojas & Roberto Astudillo Rojas
- 145**      Diego Astudillo Muñoz & Ihara Astudillo Muñoz
- 155**      Karla Aguirre Chasco
- 163**      **Hernández**
- 165**      María Irene Hernández Flores
- 185**      **Navarro**
- 187**      Erasmo Navarro Salinas
- 197**      Fernando Navarro Herrera

215	Hugo Navarro Aránguiz
227	Génesis Vergara Navarro
237	<b>Brant</b>
239	Juan del Carmen Brant Bustamante
245	<b>Herrera</b>
247	María Inés Herrera Villegas & Rosa Ester Herrera Villegas
255	<b>Ordóñez</b>
257	Lillian Meza Lama
263	<b>Epílogo:</b> <i>Marcela Navarro González</i>
269	<b>Bibliografía</b>



EN ESTE TRABAJO COLABORARON DANIEL  
VISCARRA EN EDICIÓN, Y ROBERTO  
MORALES EN DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN.  
EL LIBRO FUE IMPRESO UN OSCURO DÍA  
DE INVIERNO. SE TERMINÓ DE CORREGIR  
MIENTRAS CONTEMPLABAS, CON LA MIRADA  
PERDIDA, EL ATARDECER.